

LAIA SINCLAIR

**La vida es más bella
si la vives**

**Mientras
sonríes**

Rancho Triple K

Contemporánea



Contenido

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Agradecimientos](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas Sweety](#)

[Información](#)

La vida es más bella si la vives

**MIENTRAS
SONRÍES**

Laia Sinclair

SweetyStories

©Laia Sinclair 2017

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories
<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición marzo 2017

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Agradecimientos

Antes que a nadie, quiero darte las gracias a ti, que tienes esta novela entre tus manos. Gracias por poner tu confianza en mí y en esta segunda historia del rancho Triple K. Espero que la historia de amor entre Nita y Knox sea de tu agrado, y que la disfrutes a cada paso tanto como yo lo hice escribiéndola, que llores, que rías, que te emociones, te comas las uñas cuando toque, y respires aliviada al final. Por favor, no seas muy dura con los protagonistas cuando cometan alguna estupidez, errar es de humanos, y ellos lo son.

También quiero dar las gracias al equipo de Dirty Books. Por confiar en mí, por cuidarme y aconsejarme cuando lo he necesitado, y por animarme cuando las cosas parecían que no iban como debían. Sois las mejores.

Y a mi familia, por supuesto. Por respetar mi ratito de soledad cuando me reúno con las musas. Os quiero mucho.

Laia Sinclair.

Todo ocurrió con demasiada rapidez.

Estaba frente a Álvaro Ojeda, calibrándolo con los ojos, cuando vi esa sonrisa suya que ya me había puesto los pelos de punta cuando la había visto en las fotos que el teniente me había enseñado casi un año antes.

—¿Quieres probar la mercancía? —me dijo, y sus ojos oscuros relampaguearon un instante—. Adelante, no te cortes. Échate unas rayitas, invita la casa.

Había sido un duro y largo camino llegar hasta aquí, un camino que me había costado un año de mi vida. Álvaro era el mayor narcotraficante de Boston, un distribuidor a gran escala. No trataba con los camellos a pie de calle, sino con otras mafias y bandas a las que les hacía llegar el material para que ellos la distribuyeran. Trataba directamente con los cárteles colombianos y hacía de intermediario, llevándose un buen porcentaje por el trabajo. Si conseguíamos quitarlo de la ecuación, el movimiento de cocaína se detendría y durante mucho tiempo las calles de Boston estarían limpias. Y si teníamos suerte y lo convencíamos para testificar, quizá podríamos dismantelar la mayoría de mafias y bandas de la zona.

Me había costado mucho acercarme hasta él para conseguir este encuentro cara a cara, meses de trabajo y de hacerme pasar por una narcotraficante dispuesta a gastar mucho dinero para conseguir buen material hasta ganarme su confianza y que accediera a reunirse conmigo. El trato era millonario, y le dejé bien claro a su subalterno, con quién había estado haciendo negocios hasta aquel momento, que no iba a ceder en mi demanda: quería hacer el trato directamente con Álvaro Ojeda. Los millones que iban a moverse esta noche, bien valían que él estuviera presente.

—No suelo cagar donde como —le solté, en mi más puro estilo de chica dura—. Las drogas hacen que el ser humano pierda el control de sí mismo, y a mí me gusta mantener siempre el control.

Estábamos en las afueras de Boston, en medio de un descampado oscuro rodeado por naves industriales. La única iluminación que teníamos eran los faros de nuestros propios coches, y la luz difuminada que llegaba, más mal que bien, de las calles adyacentes donde se amontonaban los almacenes y las fábricas.

—Una chica sensata. —Álvaro volvió a sonreír, y tuve que hacer un esfuerzo por no echar a correr.

Siempre me pasaba lo mismo. Desde que había entrado en el Departamento de Narcóticos de la policía de Boston, todos se maravillaban por mi sangre fría, y por la facilidad que tenía de meterme en el papel de una narcotraficante dura como el acero. ¿La verdad? Cada vez que tenía que «hacer negocios» con uno de estos hijos de puta, temblaba por dentro. Era como si una alarma chillona me gritara en la cabeza «¡Corre! ¡Corre! ¡Lárgate de aquí!». Pero no lo hacía. Me quedaba allí, quieta como un roble en mitad de un campo, cumplía con mi parte, y acabábamos enchironando al sospechoso con un buen puñado de cargos y pruebas en su contra.

Pero esa noche todo se fue a la mierda.

—¿Sabes qué? No me fío una mierda de las zorras como tú. —Me repasó de arriba abajo con ojos encendidos, como si me desnudara, y se pasó la lengua por los labios—. No me fío una mierda —repitió.

Aquello se estaba yendo al carajo, así que improvisé. No podía permitir que el tío dudara de mis intenciones, ni del personaje que estaba interpretando. Me acerqué a él en dos zancadas, con las

manos bien separadas del cuerpo para que ningún gatillo fácil de los que lo acompañaban, pensara que tenía la intención de hacerle daño a su jefe, o se desataría un infierno que me costaría la vida.

Me quedé a dos centímetros de su nariz, y lo miré con los ojos destilando frialdad.

—Me importa una *mierda* que no te fies de mí —le espeté siseando, recalcando con dureza la palabra mierda—. Mis credenciales están limpias, yo tengo el dinero, tú la mercancía, y vamos a hacer negocios. No intentes joderme, Álvaro.

Él sonrió de medio lado. He de reconocer que si el tío no fuese pura escoria, quizá sí dejaría que me jodiera un rato. Era guapo, del tipo latino, como yo, con el pelo oscuro y los ojos de un color chocolate muy apetecibles. Con el cuerpo musculoso, parecía un atleta de triatlón. Pero era pura escoria, y yo no me acostaba con ratas.

—Eso es precisamente lo que estoy intentando, nena —me susurró—. Siempre les hago una prueba a mis compradores, ya sabes, para asegurarme que no son polis encubiertos. Normalmente me conformo con que se pongan hasta el culo de coca, pero en tu caso... —Me volvió a repasar de arriba abajo, sentí su mirada acariciándome, desnudándome, mientras se pasaba la lengua por los labios. Solo le faltaba echar a babear—. En tu caso, —repitió. Me miró fijamente los labios y tuve que esforzarme por no apretarlos, y seguir manteniendo esa postura relajada, como si aquí no estuviera pasando nada fuera de lo normal, que por regla general, hacía que ellos también se confiaran—. Me conformaré con que le hagas un buen trabajito a mi pequeño Dick Tracy.

Al principio no lo entendí, hasta que comprendí el juego de palabras. El muy cabrón quería una mamada.

—¿Así, en frío? —le seguí el juego—. ¿Sin una cita previa? Soy una chica tradicional, no me van esas cosas. —Sonreí, coqueta, y di unos pasos atrás para poner distancia entre ambos—. Pero después de una buena cena, quién sabe...

Él se echó a reír con desgana y yo tuve la compulsión de gritar el código rojo que haría que todo el descampado se llenara de polis, pero apreté la mandíbula y pude contenerme porque todavía no había pasado nada por lo que pudiéramos encerrar a aquella rata de cloaca y tirar la llave.

—Así que eres una chica tradicional... En ese caso, nena, estamos perdiendo el tiempo.

Se giró e hizo un gesto con la mano a sus secuaces, cuatro hombres gigantes como armarios empotrados, con grandes bultos bajo los sobacos que me indicaban claramente el tipo de material que escondían allí: armas grandes, potentes, de las que la revientan a una de un disparo.

—¡Espera! —grité. No quise parecer desesperada, pero mi voz sonó como un graznido—. He venido a hacer negocios, no a venderme como una puta en un burdel. ¿Es que una mujer no puede mantener su dignidad?

Se giró para mirarme, a medio camino de su coche.

—No me gustas, princesa de hielo —soltó con desprecio—, a pesar de todos tus antecedentes y de lo que la gente dice de ti. El lugar de una mujer está en la cama con las piernas abiertas, para que su hombre pueda follarla bien, y no aquí, intentando comprar la mierda que vendo.

La feminista que hay en mí se revolucionó al oír esas palabras, pero me mordí la respuesta sarcástica que asomaba a mis labios. Tenía un papel que interpretar, y debía ceñirme a él.

—Quizá cuando encuentre al hombre adecuado me convertiré en una idiota babeante —contesté bromeando—, pero hasta que ese día llegue, una chica tiene derecho a buscarse la vida.

—Quizá el hombre adecuado está aquí delante de ti. —Abrió los brazos, señalándose a sí mismo—. Un hombre capaz de ponerte en tu lugar, que es de rodillas y con la boca abierta. ¿Quieres hacer negocios conmigo? Ya sabes qué tienes que hacer.

Joder. Mierda. El tío no iba a bajarse del burro.

—No lo hagas —susurró una voz a mis espaldas.

Mike.

Joder. Me había olvidado completamente de él.

Mike era mi compañero y mi respaldo. En cada encuentro, se mantenía unos pasos por detrás de mí, metido en su papel de secuaz y guardaespaldas. Nunca hablaba, y a veces incluso llegué a pensar que ni siquiera respiraba, siempre en un segundo plano y casi invisible a pesar de su estatura y corpulencia.

—Debo hacerlo —contesté entre dientes. Álvaro seguía con la mirada fija en mí, esperando mi respuesta, sabiendo que había ganado esa partida.

—Nita, joder —exclamó Mike, y me agarró del brazo.

Los ojos de Álvaro relampaguearon, y entonces se desató el infierno.

Empezó con un leve reconocimiento en los ojos del narco, un fruncimiento imperceptible de su frente y una orden dada con voz fría.

—Matadlos.

No sé qué vio Álvaro en la estampa que formábamos Mike y yo allí, con mi brazo sujeto por su fuerte mano, enmarcados por las luces de los coches, en mitad del descampado, bajo el cielo oscuro de aquella noche desastrosa, pero lo que vio no le gustó nada y decidió cortar por lo sano.

Todo ocurrió como en cámara lenta y, al mismo tiempo, como en una de esas películas mudas que van más rápido de lo normal.

Álvaro se giró y se dirigió a su coche mientras sus secuaces sacaban las armas. Mike me empujó con fuerza para sacarme de la línea de tiro mientras desenfundaba y gritaba. Yo caí golpeándome el hombro y la cabeza contra el suelo. Las balas silbaron. Grité «¡cielo negro! ¡cielo negro!», que era el código que haría que los policías apostados en las calles adyacentes, o escondidos dentro de las naves industriales, cayeran sobre el descampado como un enjambre de abejas furiosas. Rodé sobre mí misma y saqué mi arma. Disparé, furiosa, sin ver realmente a dónde. Algo me emborronaba la visión, y ante mí solo veía bultos que se movían sin ton ni son.

Gritos. Maldiciones. Intenté levantarme y algo impactó en mi pierna, haciendo que doliera como mil demonios, como si el infierno se hubiera apoderado de ella. Caí de nuevo, sin dejar de disparar, apretando la mandíbula para no gritar. Me pasé la mano por la cara, intentando despejar los ojos. Algo caliente y húmedo la empapó.

Entonces llegaron. El descampado se llenó de los uniformes oscuros del SWAT, de las luces azules y rojas de los coches, y todo acabó tan rápido como había empezado.

—¿Mike? —grité, o por lo menos eso es lo que creí. La realidad fue que mi voz a duras penas salió por la boca más que como un susurro.

Me levanté, cojeando, y arrastré la pierna hasta donde, unos segundos antes, había estado Mike, dispuesto para protegerme. Todavía seguía allí. Por lo menos, lo que quedaba de él.

El funeral de Mike fue como todos los funerales de un agente que ha caído durante el servicio, pero no para mí. Él no había sido solo mi compañero y mi respaldo; también se había convertido en mi amigo, en el hermano que nunca había tenido. Cuando llegué a narcóticos me acogió bajo su ala, me enseñó todo lo que sabía y que yo necesitaba, y poco a poco pasó de ser mi mentor a ser mucho más.

Muchos creían que ese algo más tenía mucho que ver con la cama, pero la realidad era que nunca nos habíamos acostado, ni siquiera dado un beso. Sí, a veces había visto en sus ojos esa ansiedad por dar el paso, o lo había sorprendido comiéndome con los ojos, pero yo siempre me las había apañado

para cortar el momento porque no quería que nuestra relación se complicara. Me gustaba, consideraba que era guapo, pero apreciaba demasiado lo que teníamos como para mandarlo todo al diablo por un revolcón que no llegaría a nada más porque, en ese sentido, yo no sentía nada especial por él.

Sí, lo que le había dicho al hijo de puta de Álvaro Ojeda era cierto, yo soy una chica tradicional que no se entrega al sexo con cualquiera, ni de buenas a primeras, por un simple calentón.

Asistí al funeral en silla de ruedas, con la pierna jodida y una conmoción cerebral. Tuve que pelearme con el médico para hacerlo, y casi me obliga a pedirle el alta voluntaria. Al final, conseguí que me diera un respiro y que las enfermeras miraran hacia otro lado durante un par de horas, durante las que me pude escabullir con una silla de ruedas del hospital, empujada por el teniente, para volver después a mi cama, toda dolorida y asqueada de la vida.

No había podido procesar la muerte de Mike hasta aquel momento, y me pasé dos días en que tiré por la ventana mi vestido de tía dura y lloré a todas horas como una magdalena.

Mike ya no estaba. Mike estaba muerto. Y había sido culpa mía.

Pero el remate vino tres meses después, cuando ya estaba físicamente recuperada, y cuando llevaba varias sesiones en el psicólogo del departamento.

—Lo siento, Nita, pero no puedes volver a la calle.

Esas fueron las palabras del teniente que me dejaron helada hasta el tuétano. Estábamos en su despacho, en la comisaría. Las voces amortiguadas de la gente que trabajaba allí, mis compañeros durante cuatro años, llegaban hasta mí a través de la cristalera que nos separaba de ellos.

—¿Cómo? —pregunté, aturdida—. El psicólogo me ha dicho que podía reincorporarme.

No entendía nada.

—Reincorporarte, sí. Volver a trabajar encubierta, no. Puedes hacer trabajo administrativo, nada más.

—¡Hijo de puta! —exclamé, cabreada. El muy cabrón del loquero no había tenido huevos a decírmelo a la cara.

—¡Nita!

—Lo siento, teniente, pero no pienso quedarme sentada detrás de un escritorio rellenando papeles y haciendo informes. Me niego. Si no puedo trabajar en la calle aquí, pediré el traslado. A anti vicio, u homicidios.

—¿Crees que allí no leen los informes psicológicos? Estés donde estés, da igual. El psicólogo ha dictaminado que eres inestable, como una bomba de relojería que estallará en cualquier momento. Una patata caliente, hablando claro, que nadie querrá coger con la manos porque corre el riesgo de perderlas.

Me levanté en un impulso. Ese ha sido mi mayor problema una gran parte de mi vida. ¿Cuándo trabajaba encubierta, bajo una identidad falsa? Era fría y calculadora. Pero lo olvidaba cuando volvía a ser la inspectora Nita García, y actuaba por impulsos, muchas veces estúpidos y errados.

—Pues me voy —anuncié, con la esperanza de que el teniente se bajara del burro y rompiera el informe del psicólogo—. Soy la mejor en mi campo, y si el departamento de policía no me quiere en las calles, me buscaré otro trabajo en el que no sean tan tiquis miquis.

—Nita, no digas gilipolleces. ¿A dónde irás si dejas la policía?

Me encogí de hombros.

—FBI, DEA. Parques y jardines. Me disfrazaré de arbusto y perseguiré a los dueños de los perros que no limpian sus cacas. Lo que sea con tal de no quedarme detrás de un escritorio.

Saqué mi placa dorada, la que tanto trabajo me había costado conseguir, y la dejé sobre la mesa,

delante del teniente. Hice el gesto de ir a sacar mi arma, pero entonces me acordé que no la tenía, que me la habían retirado hacía semanas cuando los de asuntos internos investigaron el tiroteo, y no me la habían devuelto.

—Nita, piénsalo bien.

—No tengo nada que pensar. Gracias por todo, William. —Lo llamé por su nombre por primera vez en los cuatro años que llevaba trabajando bajo sus órdenes—. Ha ido un placer trabajar para ti.

—Nita, te estás equivocando de medio a medio.

—Quizá, puede ser, pero prefiero eso a quedarme donde ya no se fían de mí.

Me largué de allí sin despedirme de nadie. Me sentía como un pedazo de mierda repudiada. Todo por lo que había luchado, todo lo que había conseguido, se estaba yendo por el desagüe con rapidez. Había perdido a mi mejor amigo, pero por lo visto eso no era bastante, y los hados habían decidido que podían pisotearme todavía un poquito más arrebatándome la única esperanza que me había mantenido en pie desde el día del tiroteo: recuperar mi trabajo.

Salí a la calle y el frío me golpeó en toda la cara. El invierno había llegado con ganas y, aunque todavía no había nevado, las calles pronto se cubrirían de blanco para joderme todavía más.

Odiaba la nieve. Odiaba Boston. Odiaba mi vida. Me odiaba a mí misma.

Qué panorama, ¿eh? Definitivamente alentador.

Quince días más tarde, después de haber recibido los elegantes rechazos por parte del FBI y de la DEA, y cuando estaba tomando en consideración de forma seria el ahogar mis penas como lo hacen tradicionalmente la mayoría de policías, aferrándome a una botella de whisky, llegó la llamada que cambió mi vida para siempre.

Capítulo uno

El pueblo de Cascade parecía sacado de una postal de Navidad. Hacía sol y las calles estaban despejadas, pero la nieve cubría todo lo demás. Era un pueblo pequeño, de casas bajas y porches delanteros, con gente de aspecto tan feliz que me daban ganas de sacar la cabeza por la ventanilla del coche que había alquilado en el aeropuerto, y vomitar. Crucé una plaza en la que había varios muñecos de nieve y un montón de críos correteando alrededor y enseguida vi la oficina del *sheriff*, mi destino.

En mi mente todavía resonaba el eco de la conversación que había mantenido con mi amigo Mac, que había regresado a su pueblo hacía un tiempo para hacerse cargo del puesto de *sheriff*.

Su llamada de teléfono llegó cuando yo ya estaba desesperada, al borde de empezar a ahogarme en una botella de whisky. Al principio no me sorprendió, porque nos llamábamos de vez en cuando desde que nuestros caminos se habían separado. Los lazos creados durante los meses que estuvimos juntos en la academia de policía eran fuertes, y el hecho de que fuéramos destinados a comisarías diferentes no hizo que nuestra amistad se perdiera.

Después, él desapareció del mapa y nos perdimos la pista durante un tiempo.

—Dichosos los oídos —le dije en cuanto contesté. El identificador de llamadas del móvil me había chivado quién era.

—Lo mismo digo, algodón de azúcar.

No pude evitar echarme a reír. Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así. El mote venía de los primeros días en la academia, cuando yo llegué dispuesta a imponerme a todo el mundo, con tan mal carácter que solo me faltaba ladrar. Un día, Mac se presentó ante la puerta de mi habitación con un palo de algodón de azúcar, para que me ayudara a dulcificar mi carácter, me dijo. Le cerré la puerta en las narices, y acabó con el dulce estampado en la cara. Desde ese día fui «algodón de azúcar» para él, en un claro sarcasmo al mal humor que siempre cargaba conmigo.

—He estado ocupada —me excusé.

—¿Tanto como para no decirme que estás sin trabajo?

Me quedé fría como el hielo, y me retraje en mí misma. ¿Iba a echarme una bronca por eso? ¿A tenerme lástima? No pensaba permitirselo.

—Eso no es asunto tuyo —contesté con hosquedad—. Además, ¿cómo te has enterado en ese pueblucho perdido lleno de paletos en el que estás?

—Tenemos teléfonos, ya sabes. Y sigo manteniéndome en contacto con mucha gente.

—Y son todas unas alcahuetas que no tienen nada mejor que hacer que cotillear —gruñí.

—No tienen nada mejor que hacer que preocuparse por su amiga y compañera que está en problemas.

—Y... ¿me llamas para regodearte?

—No seas gilipollas. Te llamo para ofrecerte un trabajo. Voy a necesitar aumentar el personal de la oficina en los próximos meses, y te quiero a ti como mi segundo.

—¿Me ofreces trabajo por compasión?

—Sí, por compasión, te lo suplico —gimió con voz aflautada como si estuviera en un apuro en el baño, bromeando para hacerme reír, y lo consiguió—. En serio, Nita. Van a construir un *resort* cerca de Cascade, y en unos meses esto empezará a llenarse de turistas. El Ayuntamiento ya ha aprobado el presupuesto para aumentar mi personal, y estaba rompiéndome la cabeza buscando a alguien que

contara con la misma experiencia que yo para que fuese mi mano derecha, cuando me enteré de lo que había pasado contigo.

—Soy una bomba de relojería, eso es lo que dijo el psicólogo. ¿No tienes miedo de que te estalle en los morros?

—Yo soy una puta bomba de relojería, Nita, así que no, no me preocupa.

Acepté, por supuesto. Malditas las ganas que tenía de encerrarme en un pueblo de mierda en la otra punta del país, pero, ¿qué otras opciones tenía? ¿Vender hamburguesas en el McDonalds de la esquina? Así que empaqueté todas mis cosas y alquilé un trastero para guardarlas. No tenía ni idea del tiempo que estaría fuera, ni siquiera si acabaría volviendo, pero de momento no me apetecía llevármelo todo. Me traje conmigo lo más necesario: la ropa y algunos objetos de los que no quería separarme. Los metí en una maleta y me subí en un avión rumbo al estado de Montana.

Aparqué delante de la oficina del *sheriff*, detrás de dos coches patrulla. Justo cuando estaba cerrando la puerta, sonó mi teléfono.

—Hola, mamá —dije con cansancio—. Te dije que te llamaría yo en cuanto llegara y tuviera un momento.

—Siempre dices que llamas y nunca lo haces —me regañó—. Ni siquiera sabríamos que habías dejado el trabajo si William no nos hubiera avisado.

Mi teniente y mi padre se conocían desde hacía años. Mi padre también fue policía en Boston hasta que se jubiló hacía un par de años, y se fue con mi madre a vivir a Florida, en una de esas urbanizaciones solo para jubilados, con pistas de tenis, piscina, campo de golf y servicio médico las 24 horas del día.

—El teniente podría haberse estado calladito —contesté yo de mal humor. Tenía treinta años y mis padres seguían metiéndose en mi vida como si fuese una adolescente recalcitrante y revoltosa.

—Eres imposible, hija. Te comportas como si fuésemos tus enemigos, sin darte cuenta de que lo único que queremos es que seas feliz.

La especialidad de mi madre, hacerme sentir culpable por querer ser independiente.

—Lo sé, mamá —me obligué a decirle para que se tranquilizara, porque si no lo hacía, empezarían los sollozos apagados.

—Lo sabes, pero te da igual.

—Mamá, lo siento, pero tengo que colgar. No te preocupes, ¿vale? Todo irá bien.

Colgué sin esperar a que me contestara, porque sabía que a continuación llegaría la lista de «cosas que he hecho mal en mi vida», y después la de «errores que ella me advirtió que no debía cometer», seguidos de «las noches de insomnio que he provocado por mi mala cabeza». Como cuando decidí entrar en la academia en lugar de ir a la universidad y buscarme un buen hombre con el que casarme; o cuando pedí el ingreso en narcóticos cuando ascendí a inspectora, o cuando...

Bueno, era una lista interminable que me negaba a repetir, y que aumentaría considerablemente cuando les confesase que, entre mis planes de futuro, no entraba el ser madre. Ese día el cielo caería sobre mi cabeza, aplastándome.

Subí a la acera y me dirigí hacia la puerta de la oficina del *sheriff*. Justo cuando iba a empujarla, se abrió y me encontré chocando contra un duro muro de carne masculina.

—Lo siento —dijo una voz aterciopelada. Levanté los ojos y me encontré con un rostro anguloso de piel tostada por el sol, unos ojos brillantes, entre verdes y azulados, y un gran sombrero de vaquero.

Era un hombre alto. Yo mido 1'75 y mi frente quedaba a la altura de su nariz afilada. Sonrió,

mostrándome una perfecta hilera de dientes de anuncio de dentífrico.

Lo miré entrecerrando los ojos. El muy capullo estaba ahí quieto, en mitad de la puerta, sin apartarse para que yo pudiera entrar, mirándome con ojos traviosos como si yo fuese un bollo relleno de crema y él estuviese a punto de darme un bocado.

Me dieron náuseas.

—O te apartas, o te vomito encima —le dije.

—¿Nita? —La voz de Mac sonó detrás del desconocido, que por fin se apartó para dejarme entrar—. ¿Acabas de llegar y ya estás haciendo amigos?

—Díselo aquí a don muñeco de nieve. —Le señalé con el pulgar mientras pasaba por su lado—.

¿Amigo tuyo?

—Knox Wescott —dijo mirando al hombre—, permíteme que te presente a Nita García, la nueva incorporación a la oficina del *sheriff*, y que será mi mano derecha en cuanto jure el cargo.

«¿Esta monada, una poli?», me pregunté en cuanto Mac me la presentó.

Cuando había chocado con ella en la puerta, su aroma me había inundado las fosas nasales. No llevaba el típico perfume floral e intenso que solían llevar las mujeres que yo conocía, sino algo mucho más liviano, como a cítricos. Me gustó, pero cuando levantó el rostro para mirarme y clavó en mí sus ojos oscuros, fríos y entrecerrados, me sacudió un estremecimiento por todo el cuerpo. Por un momento tuve la sensación de que iba a cogerme con sus manos y partirme en dos.

«Qué repelús» pensé, pero continué con mi rostro amistoso pegado a mi cara, el rostro que todo el mundo espera ver siempre en mí, el sonriente, divertido, fiestero y ligón Knox Wescott, que se ha tirado a la mitad de la población femenina del estado.

Alargué la mano hacia ella para estrechársela. La miró, me miró a la cara, y la palmeó con desgana sin llegar a cogerla, soltando un «encantada» que sonaba a cualquier cosa menos a que estuviera «encantada» de conocerme.

—Será interesante verte de uniforme.

No sé por qué lo dije. Mi lengua es mil veces más rápida que mi cerebro, y a pesar de que me ha metido en más de un lío, no he conseguido encontrar la manera de contenerla.

La chica era guapa, con ese pelo negro cayéndole en cascada hasta la cintura, unos grandes ojos negros que brillaban como si tuvieran vida propia, la piel morena, y unos labios carnosos que darían mucho juego en la cama. Durante un momento me pregunté qué sentiría si los utilizara para hacerme una mamada, pero acto seguido me vi en urgencias, sangrando como un cerdo, porque me había arrancado la polla de un mordisco.

Eso hizo que se me encogiera, y no era a consecuencia del frío que entraba por la puerta todavía abierta.

Nita ni siquiera se dignó contestarme. Se giró para darme la espalda y pude ver con claridad el trasero que ocultaban los tejanos que vestía: prieto, redondo, perfecto.

No pude ver nada más de ella aquel día. El plumón que llevaba puesto, abrochado hasta el cuello, no me dejó calibrar su figura, ni el tamaño de sus pechos. Aquello era un acto reflejo, no porque verdaderamente me interesara a nivel sexual, pero los hábitos adquiridos durante mi lejana adolescencia eran muy difíciles de abandonar, sobre todo porque no había encontrado ninguna mujer que me interesara más allá de un buen polvo.

Si algún día encontrase a una mujer como Clara, la esposa de mi hermano Kaden, haría lo

imposible por reformarme y cambiar de actitud. Pero en casi veintiocho años que tenía, no había encontrado ni rastro de ella. No había un amor platónico en mi vida, ni una mujer que me hubiese marcado de alguna manera especial. No había jadeado como un perro, ni suspirado por amor. Nunca en toda mi vida.

Y estaba claro que no iba a hacerlo por una mujer como Nita, que exudaba autoridad, agresividad y decisión por todos los poros de su piel. A mi me habían gustado siempre las mujeres más bien sumisas, no del tipo «átame a la cama, azótame el culo y haz lo que quieras conmigo», pero sí de las que no solían discutir, las que bajaban los párpados con timidez cuando me acercaba a ellas y les hablaba, las que era consciente que me deseaban y sabía que me comían con los ojos.

Y Nita no parecía en absoluto de ese tipo. Era más bien una mujer guerrera, y a mí no me gustaban las guerreras.

Me fui haciendo un gesto con la mano para despedirme, pero Mac ya estaba hablando con ella y no se dio ni cuenta que yo abandonaba la oficina. Salí a la calle y cerré la puerta detrás de mí.

Era mediodía, y me apetecía mucho tomar una cerveza. En invierno no hay mucho trabajo en el rancho de la familia, el Triple K, y las obras del *resort* que íbamos a construir en una pequeña parte de las tierras del rancho no iban a empezar hasta la primavera, cuando la nieve y el hielo hubiesen desaparecido. Así que no tenía mucho qué hacer para ocupar mi tiempo, excepto perderlo.

Mi otro hermano, Keitan, con el que había empezado a trabajar en el proyecto del *resort* años atrás, cuando todavía estábamos en la universidad, se había trasladado a Nueva York después de la boda de mi hermano Kaden con Clara. Tenía la misión de buscar financiación para el proyecto utilizando los contactos que habíamos hecho durante esa época, y no tenía planeado volver hasta pocos días antes de Navidad, cuando toda la familia se reuniría para pasar las fiestas.

Hacía años que no se reunía la familia al completo, desde la muerte de mamá. Entonces yo tenía nueve años, pero todavía recordaba con claridad lo que era reunirse durante varios días con tíos, tías, primas, primos... Mamá lo organizaba, y la casa se llenaba de gente. Si me levantaba de noche para ir al baño, tenía que ir con cuidado de no pisar a nadie porque mi dormitorio se llenaba de primos durmiendo en colchones en el suelo; y si bajaba a la cocina para beber agua, los ronquidos de los adultos que se amontonaban en el comedor y el salón, me acompañaban durante todo el camino.

Pero cuando mamá cayó enferma y murió, con ella desapareció la tradición.

Hasta este año, en que Clara, bendita sea, había decidido revivirla con el beneplácito de todos nosotros.

Me encaminé hacia el Winter is coming, el bar propiedad de Annabelle, una preciosidad morena con ojos azul zafiro que llegó aquí desde Florida cuando heredó el local de su tío. Sirven la mejor cerveza del condado, y los mejores nachos de todo el estado, receta propia de su familia y que no vende a nadie por mucho dinero que le ofrezcan.

—Buenos días, preciosura —la saludé sentándome a la barra y dejando sobre ella mi sombrero *stetson*.

—¿Buenos días? Casi más bien buenas tardes. ¿Acabas de levantarte, trasnochador?

No esperó a que pidiera, y me llenó una gran jarra de cerveza con su gracia habitual, que dejó delante de mí. El bar no estaba muy lleno, y estaba ella sola detrás de la barra. Pero por la noche, en cuanto caía el sol, se llenaría a reborar de gente con ganas de divertirse.

—Hace horas que estoy de pie. —Tenía fama de juerguista y trasnochar a menudo, pero eso no me había impedido nunca levantarme temprano al día siguiente, si era necesario—. Acabo de salir de la oficina de Mac, y me he chocado con su nueva ayudante.

—¿Nueva? ¿Una mujer? ¿No me digas que este pueblo empieza a entrar por fin en el siglo

veintiuno?

—Eh, que somos muy modernos —me quejé—. Hay luz eléctrica en las casas, llega la televisión por cable, y hay cobertura para los móviles. ¿Qué más quieres?

—Un poco de mentalidad progresista y moderna —refunfuñó—. Algunos de tus congéneres parecen recién sacados de las cuevas.

—¿Te ha pasado algo? —pregunté, preocupado. Belle no es el tipo de mujer que suele quejarse por que sí.

—Nah, nada importante. Oye, ¿y tu hermano? ¿Qué sabes de él?

—¿De Kaden? —me extrañé. Belle y él fueron amantes hace años, y pasaron a ser buenos amigos cuando su relación terminó—. Si vino ayer por aquí con Clara, ¿no? ¿No hablaste con él?

—Me refiero a Keitan, idiota.

—¡Ah, ese! Ni idea. —Me encogí de hombros—. Follándose a media Nueva York, supongo.

—No sé de dónde sacáis tantas energías —se rio—. Y la nueva ayudante, ¿cómo es?

—¿Qué nueva ayudante?

—Joder, tío, estás un poco espeso, ¿no?

—Belle, me cambias de un tema a otro sin aviso, ¿qué quieres?

—Que espables, coño.

Me dio un golpe con el nudillo del dedo corazón en la cabeza, y dolió.

—Au, joder con la furia latina. —Me froté la cabeza mientras la miraba con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué me pegas? —le reclamé, gimiendo como un niño. Se echó a reír al ver mi pantomima, y yo la acompañé durante un rato—. Pues tiene toda la pinta de ser latina como tú, y se llama Nita García. Supongo que la conocerás pronto, está ahora en la oficina hablando con Mac.

—Será bueno tener a una mujer de uniforme por aquí.

—Sí, supongo que sí. Aunque si tiene el mismo genio que tu...

—¿Qué problema tienes con mi genio?

—Que es demasiado exuberante.

—¡Eso no es verdad! Soy una persona cabal, analítica, poco dada a dejarse llevar por las emociones. —En ese momento sonó un estruendo de cristales rotos al otro lado del local—. ¡Morgan! ¡Otra vez rompiendo mis malditos vasos! ¡Te los voy a descontar del sueldo!

La observé saliendo como una furia de detrás del mostrador hacia el pobre camarero que se había tropezado con sus propios pies, un chaval joven, de no más de veinte años, que palidecía a marchas forzadas mientras la veía acercarse a él como una locomotora desbocada. No pude evitar echarme a reír. ¿Cabal, analítica y poco dada a dejarse llevar por las emociones? Sí, seguro.

Mac me recibió con un abrazo de oso que yo acepté sin gruñir demasiado. Después empezó a hablar y me enseñó la comisaría, pero yo presté poca atención. Mi estúpida mente se había quedado pillada con el aroma masculino que había captado al chocar contra don muñeco de nieve, también llamado Knox Wescott, a pesar de tener la nariz embotada por el frío de la calle.

—¿Hay muchas movidas por aquí? —pregunté, más que nada para no parecer idiota.

—¿Movidas? No, no muchas. No hay grandes crímenes, ni narcotraficantes. Algún idiota de instituto vendiendo maría, borrachos los fines de semana, algún robo de vez en cuando... Es una zona tranquila, aunque quizá eso puede cambiar en cuanto el resort de los Wescott se ponga en marcha. Quién sabe.

Esto último lo dije con disgusto, como si no le gustase nada la perspectiva. Un momento, ¿de los Wescott?

—¿Wescott? ¿Como muñeco de nieve?

—Sí. De hecho, la idea fue suya y de su hermano menor.

—¿Hay más como él?

—¿Cómo él?

—Sí, ya sabes... —Moví las manos sin saber bien cómo expresar en palabras lo que quería decir

—. Como él.

Mac dejó ir una risita que no me gustó nada, pero me guardé muy mucho de quejarme o pedirle explicaciones.

—Son tres hermanos. El mayor, Kaden, está felizmente casado. Después está Knox, al que acabas de conocer. Y el pequeño, Keitan, está en Nueva York pero aparecerá por aquí en unos días, para las Navidades. ¿Por qué esa curiosidad?

Eso mismo me estaba preguntando yo a mí misma. ¡Qué me importaba a mí esa familia!

—Para saber si tengo que hacerme con un cargamento de antieméticos —gruñí.

—¿Antieméticos? —Mac se rio—. He oído decir muchas cosas de esos hermanos, pero no precisamente que fuesen vomitivos. De hecho, la mayoría de mujeres suspiran por ellos.

—Ya, seguro. Oye, tengo hambre, ¿dónde se puede comer por aquí?

—En el Grill & Chips. Cojo la chaqueta y nos vamos.

—¿Y dejas la oficina sola?

—No hay problema. Tengo el desvío de llamadas activado y me llegará al móvil.

—¿Y si viene alguien para... lo que sea?

—Esto es un pueblo, Nita —me dijo con condescendencia—. Me encontrarán en seguida.

—Si tú lo dices...

El Grill & Chips resultó ser un lugar agradable, hogareño y calentito, que teniendo en cuenta el frío glacial que había en el exterior, se agradecía mucho. Paredes pintadas de un verde claro y recubiertas de madera clara hasta la altura de mi cintura, mesas cubiertas con manteles a cuadros rojos, fotos antiguas (supongo que de Cascade) enmarcadas, y un gran ventanal en la parte trasera que daba a una terraza exterior que ahora estaba cubierta de nieve.

—Cuando llegue la primavera abrirán la barbacoa de nuevo —comentó Mac—. Entonces será una delicia venir a comer aquí.

—¿Quieres decir que ahora no lo es? —preguntó una voz varonil a mis espaldas.

—Sabes perfectamente que no es eso, Sebastian —replicó mi amigo con una sonrisa—. Nita, permíteme que te presente al dueño, Sebastian Cole. Sebastian, esta es Nita García.

Sebastian me ofreció su mano y yo la estreché. Tenía una sonrisa franca y cordial, y unos bonitos ojos chocolate. Por un momento pensé que había venido a parar al pueblo de los «chicos guapos», porque tres de tres era demasiado para las estadísticas: Mac, el muñeco de nieve, y ahora Sebastian.

—Encantada de conocerte.

—¿Estás de visita en Cascade? —preguntó.

—No, viene para quedarse —contestó Mac por mí—. En unos días se incorporará a la oficina del *sheriff*, y será mi mano derecha en cuanto coja el ritmo al puesto.

—Estupendo. Es bueno tener caras nuevas por aquí. ¿Vais a comer?

—Sí, por favor.

Sebastian nos sentó en una mesa cercana a los ventanales que daban a la terraza ahora cerrada,

que estaba cubierta de nieve. El sol se reflejaba sobre ella, multiplicando la claridad que daba por sí mismo.

—¿Qué va a ser? —nos preguntó. Recitó los platos del día y ambos escogimos una buena hamburguesa con patatas fritas, beicon y huevos.

—Veo que no has perdido tu apetito —me dijo Mac cuando Sebastian se retiró para llevar nuestro pedido a la cocina.

—Eso nunca —gruñí.

Soy comilona, y lo bueno es que con todo el ejercicio que suelo hacer cada día, quemo con facilidad toda la grasa. Lo malo, es que en las últimas semanas, sumida en mi depresión por todo lo que había ocurrido, viéndose derrumbar mi vida y mi futuro ante mis propios ojos, me había abandonado bastante y esas calorías de más se habían agarrado con fuerza en mis caderas.

—Me alegro. Con todo lo que ha pasado, esperaba encontrarte cadavérica y no de tan buen ver.

—¿Buen ver? Mis narices. He engordado.

—Para mí estás estupenda.

—Deja de darme cera. ¿Vamos a ir negocio por negocio para que me presentes? —pregunté para cambiar radicalmente de tema.

—No. Este viernes hay reunión del consejo municipal, y lo haremos allí. Estará presente casi todo el mundo y nos ahorraremos el paseo.

—Ajá. Estaré lista como una res para ir al matadero.

Sebastian nos trajo la comida y la atacó con ganas. Estaba hambrienta, además de cansada por el viaje. No es que estuviera tranquila, ni que mi mente se decidiera a darme un descanso de la pesadilla en la que estaba sumida desde el tiroteo, pero ¡eh! una chica tiene derecho a intentar relajarse, aún cuando su mejor amigo estaba descansando bajo tierra y ella todavía no había conseguido descubrir qué lo había provocado todo.

—Lo habrías conseguido, ¿sabes? —me dijo Mac en un susurro. Al principio no entendí de qué me hablaba, pero al mirarlo al rostro supe que se refería a lo que había provocado que me largara de Boston.

—Quizá. Pero lo dudo. El loquero tiene razón, ¿sabes? Hay algo aquí —me toqué la cabeza con el dedo varias veces—, que hizo *crack* aquella noche. Todavía no he averiguado el qué, pero supongo que cuando lo haga, no me va a gustar una mierda.

Mac sonrió con la tristeza pintada en los labios.

—Sé a lo que te refieres.

Lo miré, intentando averiguar si solo estaba intentando ser comprensivo, o realmente sabía de qué iba todo aquello. Lo que vi hizo que me preguntara qué era lo que le había pasado a él cuando desapareció, y que lo había llevado de regreso a su pueblo buscando, ¿qué?

—Sí, supongo que sí. —Me quedé en silencio unos minutos, dedicando toda mi atención a la hamburguesa que tenía delante de mí, masticando con pereza porque no quería que mi boca quedara vacía ya que no quería seguir hablando. Pero acabé tragando, y las palabras salieron sin que me diera cuenta—. ¿Sabes qué estaba a punto de hacer cuando me entró tu llamada? —Mac no contestó. Se limitó a mirarme y esperar que yo siguiera hablando—. Tenía una gran y hermosa botella de whisky encima de la mesa, preparada para empezar a ser vaciada.

—Emborracharse no es la respuesta.

—No. Tampoco lo es mirar el cañón de una Smith & Wesson y preguntarse qué se sentirá al tener una bala en la cabeza.

—Joder, Nita.

—Tranquilo. —Sonreí con cansancio intentando quitarle hierro al asunto, bromeando—. El suicidio ha desaparecido de mi lista de cosas pendientes. Solo pensar en mi madre llorando delante de mi ataúd, me quitó las ganas.

—Eso es bueno.

—Sí. Por eso te agradezco que pensaras en mí para este trabajo. De verdad.

—A pesar de lo que me costó convencerte.

—Bueno, una chica decente tiene que hacerse rogar, ¿no?

Mac se echó a reír, y yo me relajé. Las cosas se habían puesto demasiado intensas y ya estaba sintiéndome incómoda, pero el momento había pasado, todo lo que había que decir se había dicho, y ahora podía empezar a concentrarme en mi futuro como ayudante del *sheriff* en el remoto pueblo de Cascade, Montana.

Keitan regresó una semana antes de Navidad, y me tocó a mí ir a buscarlo al aeropuerto. No es como si hubiese más alternativas. Clara, la esposa de mi hermano Kaden, llevaba unos días encontrándose mal, y este no tenía intención de separarse de ella por cuatro horas, que era el tiempo que se tarda en ir y volver del aeropuerto. Y con mi padre no se puede contar.

No recuerdo muy bien la época anterior a que mi madre muriera, pero Kaden dice que había sido un hombre enérgico, de los que se hacían cargo de todo y al que no le asustaban las responsabilidades. ¿Pero desde que mi madre murió? Se convirtió en una sombra de sí mismo. Ese es el hombre que recuerdo desde siempre, verlo sentado delante del televisor con la mirada perdida como si estuviera sumido en sus propios recuerdos y no en lo que fuera que se suponía que estaba viendo. Aunque lo peor venía cuando se encerraba en su cuarto, horas y horas, repasando una y otra vez todas los álbumes de fotos.

Cuando Clara llegó a nuestras vidas y Kaden se enamoró de ella, pareció revivir un poco. Lo vi sonreír genuinamente varias veces durante la boda, rodeado de toda la familia. Esa fue la mecha que prendió en Clara la idea de volver a celebrar las Navidades como antaño, como antes de que mi madre nos dejara tan solos y perdidos.

La tarde en que, sentados ante el televisor, al principio del invierno, le contamos cómo se llenaba la casa de gente, bromas y risas durante tres días seguidos, sus ojos se iluminaron y surgió la determinación que iba a llevarnos a volver a iniciar la tradición.

Bien por ella, aunque los primos ya no éramos unos niños, y no tenía ni idea de cómo coño íbamos a meter a tantos adultos allí dentro... porque no iban a venir solos. La mayoría de los críos que habían compartido habitación con Keitan y conmigo, habían crecido, formado sus propias familias, y algunos hasta tenían hijos.

Iba a ser una auténtica locura.

—¡Knox, tío!

La voz de mi hermano Keitan hizo que me girara y abandonara los recuerdos. Venía hacia mí llevando una de esas maletas afeminadas con ruedecitas que iban haciendo clic clic al rodar sobre el suelo. El muy cabrón no parecía mi hermano, con ese traje evidentemente caro cubriendo su cuerpo, y el abrigo largo que le llegaba hasta justo encima de las rodillas. ¿Y eso era una corbata? Pues sí. El señorito se había ido de Cascade siendo un paleta más del rancho, y volvía convertido en un auténtico dandy con zapatos relucientes.

—¿Qué coño te han hecho en Nueva York? —le dije mirándolo de arriba abajo—. No durarás ni dos segundos en el rancho con esas pintas.

—Allá donde fueres... —dijo antes de soltar la maleta y envolverse en un abrazo—. Os he echado de menos.

—Sí, ya, por eso te has pasado en Nueva York, ¿cuánto? ¿Dos meses?

—Bueno, no podía dejar a Colin hacer todo el trabajo, ¿no?

Colin Pemberton, el mayor hijo de puta que ambos habíamos conocido, amigo de la universidad, descendiente de una familia de prestigio y asquerosamente rico, era el que nos había ayudado a ponernos en contacto con las personas que iban a poner el dinero para poder construir el *resort* con el que llevábamos soñando desde aquella época.

—Entonces, cuando llamaste hace casi un mes para decir que teníamos el dinero, ¿mentiste?

—¿Eh? ¡No! ¿Por..?

—Treinta días de más, Keitan. Por lo menos, espero que te lo hayas pasado bien —añadí riéndome cuando él puso cara de no entender por qué lo estaba riendo—. Te estoy tomando el pelo, tío.

—Joder, por un momento pensé que Kaden había hecho algo de *yum yum* contigo y te había contagiado su personalidad.

Kaden, el serio de los tres hermanos. Sip. Durante muchos años, de él solo recibimos recriminaciones y riñas por ser unos auténticos gilipollas irresponsables. No es que no tuviera razón, simplemente nos divertíamos cabreándolo porque nos hacía sentir unos auténticos inútiles.

Mucho drama familiar había ahí, que afortunadamente resolvimos. Gracias a Clara, de nuevo. Huérfana desde los doce, la chica nos hizo ver lo estúpidos que estábamos siendo desaprovechando el tener una familia.

—Nah, solo quería joderte un rato. Pero mantengo lo de tu ropa. Con el frío que hace fuera, no sobrevivirás.

—Como si tus pantalones vaqueros fuesen más calientes —gruñó—. Venga, vamos, que tengo ganas de llegar a casa y darle un abrazo a nuestra cuñada.

Salimos del edificio del aeropuerto y el frío nos congeló hasta las pelotas. El cielo estaba nublado y podría ponerse a nevar en cualquier momento. Mala cosa. Por suerte, como cualquiera que vive en un lugar donde la nieve es lo más normal del mundo, estábamos preparados para lo peor.

—Espero que nos dé tiempo a llegar a casa —murmuró Keitan mirando el cielo.

—Se te van a estropear los zapatos —me burlé—. ¿Italianos? ¿Quién ha pagado todo eso?

—Colin. Dijo que no podía presentarme a sus amigos con los harapos que llevaba en la maleta, que sería como darles luz verde para burlarse de mí. Entonces yo me liaría a puñetazos con ellos, y adiós a la oportunidad de conseguir la financiación.

—Vaya mierda de amigos tiene.

Llegamos hasta el todo terreno y subimos. Dentro hacía casi tanto frío como fuera; el calor que mantenía cuando lo abandoné, ya era solo un recuerdo.

—Ponlo en marcha de una vez, y enchufa la calefacción. Me estoy congelando.

—Te has ablandado — me reí.

—Vete a la mierda —replicó.

—Nooop, nos vamos a casa, gracias.

Conduje sin prisas. Las carreteras estaban libres de nieve gracias a la maquinaria que constantemente las mantenía limpias, pero el peligro de que hubiera placas de hielo, a pesar de la sal, era algo muy diferente. Mejor llegar tarde que no llegar nunca. ¿Qué decía eso de mi supuesta irresponsabilidad? Jódete, Kaden.

—¿Y qué ha pasado en Cascade durante mi ausencia? —preguntó Keitan mientras se arrellanaba en el asiento y bostezaba. El calor de la calefacción estaba haciendo su trabajo.

—Hay una nueva conejita en juego —dije antes de darme cuenta de que había abierto la boca.

Conejitas. Así llamábamos a las mujeres desde que teníamos quince años, consecuencia de la cantidad de PlayBoys que habíamos almacenado debajo de nuestras camas en aquella época.

—¿En serio? ¿Y de dónde ha salido?

—La ha traído Mac. Es su nueva ayudante.

—¡No me jodas! —exclamó, riéndose—. Será divertido verla desenvolverse entre los borrachos del fin de semana.

—No creo que vaya a ser divertido para ellos —dije yo con el ceño fruncido—. Tiene toda la pinta de ser una chica dura.

—Pues será más divertido todavía. ¿Cómo es?

—Bueno, esta tarde podrás conocerla si vienes a la reunión del ayuntamiento.

—Nunca voy a esas reuniones. Son aburridas.

—Bueno, hoy tenemos una motivación extra para ir.

—Paso. Prefiero darme una buena ducha e ir al Winter a tomar algo después. ¿Tú vas a ir?

—Sí. Tengo que hacerlo. Va a hablarse del impacto que el *resort* va a tener en el pueblo, y tengo que estar ahí.

—Mi parte en el proyecto ha sido mucho más divertida —se burló—. ¿Quedarse aquí para pelear con esos politicuchos? No, gracias.

—En realidad es puro trámite, ya lo sabes. Lo más importante ya se decidió en los despachos, y el proyecto está totalmente aprobado. Quizá haya alguna voz discordante, pero me encargaré de ella. Para eso voy.

Y a pesar de mi convencimiento, no estaba muy seguro de que esa fuera la verdadera razón para ir a la reunión. Lo que había dicho era cierto, el proyecto ya estaba aprobado, y no importaba que hubiera una pequeña parte de la población que no estuviera de acuerdo. Teníamos todos los permisos requeridos, tanto los municipales como los estatales, y nadie podía hacer nada ya para detener la construcción del complejo vacacional. Que yo estuviera o no en la reunión del consejo municipal, era irrelevante. Entonces, ¿por qué iba a ir? Una vocecita me dijo quería volver a verla a ella; al fin y al cabo, iba a ser su presentación, quería ver cuán imponente estaba vestida de uniforme, y ofrecerle mi respaldo. Iba a encontrarse muy sola entre tanto desconocido. Pero la acallé porque, ¿desde cuándo a mí me importaba una mujer hasta ese punto?

El regreso del hijo pródigo fue celebrado con alegría y abrazos. Clara, con su pelo corto y lila, dejó ir el bastón con el que se ayuda para caminar y se colgó del cuello de Keitan con lágrimas en los ojos como si hiciera años que no lo veía, en lugar de los dos meses que habían pasado desde su marcha. Mi hermano Kaden revoloteó alrededor de su mujer como una gallina clueca, como si temiera que pudiese pasarle algo.

—Clara, lo estás ahogando —le dije yo riéndome, viendo a mi hermano ponerse azul poco a poco.

—Ay, perdona, perdona —dijo separándose de él, olvidándose que había soltado el bastón. Se desequilibró un poco, pero tres pares de manos, las de Kaden, Keitan y las mías propias, estuvieron allí al segundo para evitar que se cayera.

Clara tenía un defecto en el pie que la impedía poder moverse sin la ayuda del bastón que siempre llevaba consigo, pero nunca había dejado que este «pequeño contratiempo», como ella decía, le arruinase la vida. Era alegre, vital, decidida y valiente, y consiguió enamorar a mi hermano Kaden con un solo golpe de pestañas. Lo que fue una suerte para todos nosotros.

—Clara, ¿quieres dejar de hacer locuras? —la recriminó su marido mientras la cogía en brazos.

—¿En serio quieres eso? —le preguntó bromeando con voz carnal mientras deslizaba su dedo por los nerviosos labios de mi hermano... que logró ser el doble perfecto de un semáforo.

—¡Clara! —exclamó, horrorizado, mirándola con los ojos tan abiertos que parecía que fuesen a saltar de sus órbitas.

—Yo me voy a dar una ducha. Que lo paséis bien —dijo Keitan, riéndose y subiendo las escaleras de dos en dos, acarreando su maleta.

—Y yo... no sé, voy a perderme por ahí. ¿Necesitaréis la cocina, o vais a subir a vuestra habitación? Si puedo dar mi opinión, prefiero lo segundo.

—¡Knox! —gritó Kaden, más rojo todavía. Clara se reía a carcajadas, abrazada al cuello de su marido, y me guiñó un ojo mientras este la llevaba escaleras arriba, detrás de Keitan.

Sí, adoraba hacer que mi hermano mayor se sonrojara, pero todavía me gustaba más verlo feliz. Y con Clara, lo era.

Nunca había estado en un consejo municipal. Según Mac, venía casi todo el pueblo, abarrotando el salón de actos, que también era el cine y teatro municipal, entre muchas más cosas.

En el escenario habían puesto varias sillas detrás de un atril de madera, en el que estaba de pie el alcalde con un mazo en la mano, y detrás, sentados, los ediles. Mac y yo estábamos a un lado, entre bastidores, aunque una silla permanecía vacía, supongo que la de él.

—Deberías estar ahí sentado, ¿no? —le pregunté en un susurro, señalando la silla que no había ocupado nadie.

—Sí, pero prefiero estar aquí contigo, haciéndote compañía.

—No soy una cría, Mac. Puedo esperar aquí yo sola.

—Me estás haciendo un favor, así que no te quejes.

La voz del alcalde resonó, diciendo mi nombre y dando un buen repaso a mi historial en la policía de Boston. Por suerte, o no sabía nada del desafortunado incidente que me había traído hasta allí, o prefirió callárselo.

—Demos una cálida bienvenida a la agente Nita García.

Hubo aplausos, y Mac me empujó para que saliera al escenario, con él detrás. Me sentí muy rara, con todos esos pares de ojos mirándome con atención, como un puñetero pez dentro de una pecera y sin posibilidad de escape. El pantalón del uniforme que llevaba puesto y que Mac me había entregado hacía unas horas, de un marrón feo con ganas, me picaba las piernas.

—Aguanta, algodón de azúcar —me susurró al oído, burlándose de mi turbación e incomodidad.

—Vete a la mierda —le contesté, con mi mejor y más falsa sonrisa en el rostro.

—Hazlo como te dije, ¿ok? Y todo irá bien.

«Uh. Sí. Lo que sea», pensé.

Me puse ante el atril, lo aferré a él con ambas manos, y... me quedé en blanco. Creo que hasta empecé a temblar. Mierda. ¿Por qué tenían que hacer las cosas tan complicadas en los pueblos? Presentarme así, como si fuese una puta estrella del rock... «Es para que todo el mundo sepa quién eres antes de que empieces a trabajar», me había contado Mac, como si el uniforme que vestía no fuese a ser suficiente para dejar claro quién era y cuál era mi cometido.

—Es un placer para mí... —empezó a recitar Mac a mis espaldas, con voz muy baja para que no llegara al micrófono que tenía delante.

Carraspeé, y repetí lo que había dicho, y a partir de ahí conseguí terminar mi breve discurso con un montón de «placer», «honor» y todas esas cosas. Aunque maldita la ilusión que me hacía haberme visto obligada a venir a trabajar aquí, en este pueblo perdido de la mano de Dios. Pero las alternativas, trabajar en el McDonalds de la esquina, o en un Walmart, eran mucho peores.

La gente aplaudió como bienvenida y a mí me dieron ganas de coger de la mano a los que tenía en el escenario conmigo y saludar en plan grupo de teatro al finalizar una función. Resistí la tentación y salí de allí, arrastrando la chaqueta gruesa que llevaba pegada la insignia que me delataba como ayudante del *sheriff* desde aquel momento. Atravesé el *backstage* por el mismo camino por el que había llegado hasta allí, y salí por la puerta trasera hacia el congelante frío exterior, en medio de un

callejón oscuro y tenebroso.

Si fuese fumadora, en aquel momento habría fumado una docena de cigarrillos, uno detrás de otro. Pero no lo era, así que pensé que quizá la mejor opción que tenía era irme a beber algo fuerte. Como un vaso de cianuro, gracias. El circo que habían montado para presentarme a los habitantes de Cascade, como si fuera una estrella de la NBA, me había hecho sentir ridícula, como un bicho raro en medio de un montón de paletos, y tenía que quitarme de encima esa sensación de estupidez galopante que cargaba auestas.

Arrastré los pies por el callejón mientras me ponía la chaqueta y la abrochaba hasta el cuello. Por suerte, era calentito, lo mejor de todo el uniforme. ¿Cómo diablos podía aguantarlo Mac? Me picaba hasta en sitios que ni sabía que existían, y me moría de ganas de irme hasta el pequeño apartamento que iba a ser mi hogar, y quitármelo de encima como una se quita un bicho reptante, con asco y gritando.

A la salida del callejón, me di de bruces con alguien.

Vaya. Perfecto. Don muñeco de nieve. Casi me dieron ganas de ponerme a cantar en plan Frozen. O de empujarlo hasta una hoguera, a ver si se derretía.

—Buenas noches —me dijo, llevándose la mano hacia el sombrero *stetson* que llevaba puesto.

—Buenas noches y adiós —le contesté, haciendo una finta para esquivarlo y seguir mi camino, pero él empezó a caminar a mi lado. Era de noche, y la única luz que nos iluminaba, era amarilla lechosa, y venía de las farolas.

—Te he visto bastante nerviosa allí arriba.

—No estoy acostumbrada a ser el número principal en una pista de circo —refunfuñé.

—Supongo que aquí se hacen las cosas muy diferentes de donde sea que tú vienes. —Esperó, para ver si yo decía algo, pero me mantuve callada, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, y caminando deprisa—. ¿De dónde eres?

«Del coño de mi madre» estuve a punto de contestarle, pero llevaba el uniforme puesto, y si hay alguna cosa por la que yo siempre he mostrado respeto, es por él, así que me mordí la lengua e intenté ser educada, tal y como me enseñó mi madre.

—De donde nací, muñeco de nieve.

—Como todos, supongo. Pero, ¿dónde se produjo el fascinante acontecimiento?

Paré en seco mi caminata y me giré para mirarlo. Estaba muy guapo, con unos pantalones vaqueros que se ceñían a las caderas, y la cazadora tipo aviador con el cuello de pelo. Sus ojos verde azulados brillaban divertidos entre la penumbra que producía el ala de su sombrero. Se había detenido al mismo tiempo que yo, y había quedado directamente bajo el foco de una farola.

—¿Por qué te interesa? —le pregunté.

—Por lo mismo que al resto del pueblo. —Se encogió de hombros—. Simple curiosidad. Pero no me lo digas si no quieres, aquí todo acaba sabiéndose, así que ya me enteraré tarde o temprano.

—A ver, muñeco de nieve, ¿no has oído al alcalde? Ha leído todo mi *currículum* enterito. Solo le ha faltado contar si mi madre me dio teta o no.

—Nunca escucho cuando habla el alcalde —dijo encogiéndose de hombros—. Es un tío muy pesado. ¿Te apetece una cerveza? —me invitó de sopetón.

Estuve tentada de decir que no. Knox Wescott no me gustaba a pesar de lo guapo y encantador que parecía ser, y precisamente eso fue lo que me decidió a decir que sí.

—Sí, pero antes he de cambiarme. No me gusta beber con el uniforme puesto.

—Vale. Te acompaño.

Empecé a caminar de nuevo, e intenté convencerlo de que no hacía ninguna falta que hiciera de

escolta para mí. Con que me dijera dónde podíamos encontrarnos, era más que suficiente. Pero él se empeñó en ir conmigo hasta mi pequeño apartamento. No sé si tenía la vana y estúpida esperanza de que lo invitara a subir para echarme en sus brazos acto seguido, pero cuando le dije que esperara abajo, en la calle, plantado en mitad de la nieve que había caído hacía un rato, se quedó estupefacto.

—¿De verdad me vas a obligar a esperarte aquí?

—Nadie te ha pedido que me acompañes. Es más, me he empeñado en que no lo hicieras, pero tú no me has hecho caso. Así que ahora, aguanta con las consecuencias, muñeco de nieve. Espérame aquí si quieres, o dime dónde encontrarnos dentro de un rato.

Me miró como si esperara que le dijera que estaba bromeando, pero al verme serio se dio por vencido.

—Ok. Aquí te espero, entonces. Pero no tardes demasiado o tendrás que arrancarme del suelo porque las suelas de mis botas se habrán pegado por culpa del frío.

—Camina alrededor de la farola —le dije, riéndome a pesar de todo—. O baila un poco.

—¿Cómo? ¿Así? —Dio un par de pasos de claqué y soltó un quejido, doblándose y cojeando—. Maldita sea, hace demasiado frío. Creo que me ha dado un tirón la pierna. Necesitaré un masaje. ¿Te ofreces voluntaria?

—Lo mío es pegar puñetazos, muñeco de nieve —volví a reír—, no dar masajes.

Me giré y atravesé la puerta, cerrándola detrás de mí, mientras lo oía reírse conmigo.

Me cambié deprisa. Knox no me gustaba, no, para nada, pero había logrado hacerme reír, lo que era un tanto para él. Había estado demasiado triste durante las últimas semanas, desde el tiroteo y la muerte de Mike, y ¡diablos! me merecía poder dejar toda esa mierda atrás, aunque solo fuera durante unas horas.

Así que me cambié con rapidez. Nunca he sido de las mujeres que se vuelven locas buscando en su armario qué ponerse. Unos tejanos, unas botas, una camiseta, un jersey de lana gruesa y de cuello alto, y mi anorak. Pero antes de salir de nuevo por la puerta de mi apartamento y bajar las escaleras, me detuve. Si iba tan rápido, Knox pensaría que lo hacía porque me daba pena tenerlo esperando. Pero si me entretenía, pensaría que era para arreglarme... para él. Bueno, nada mejor que presentarme sin arreglar, pero tardando un rato, para darle un poco en los morros. Así que miré el reloj y me propuse esperar quince minutos antes de bajar las escaleras.

Me apoyé contra la puerta y miré el que ahora era mi apartamento. Era pequeño, pero más que suficiente para mí. Cocina americana, con una barra que la separaba de la zona donde estaban el sofá y la televisión, tras la que había una ventana que daba a la calle. Un aseo pequeño, con ducha en lugar de bañera. Y un dormitorio con cama de matrimonio y armario empotrado. No necesitaba nada más, y el alquiler, que el ayuntamiento había tenido la deferencia de pagar tres meses por adelantado, era bastante bajo.

El armario del dormitorio era más que espacioso para meter mi ropa, y alguien había tenido la consideración de poner sábanas y toallas nuevas en él, además de mantas y un edredón de plumas súper denso que era más que suficiente para mantenerme caliente durante la noche.

También me había encontrado el congelador de la nevera llena de paquetes de comida precocinada.

Por cierto, tenía que preguntarle a Mac quién había sido, para poder darle las gracias personalmente. ¿Habría sido él? Probablemente. Era el único que sabía que yo odiaba cocinar.

Al recordar la comida, como si mi estómago hubiera estado comunicándose telepáticamente con mi cerebro, gruñó con hambre.

Qué suerte.

Si no hubiera tenido a Knox esperando abajo, me habría calentado algo en el microondas y hubiera cenado antes de salir a beber algo. Pero el vaquero estaba abajo, y si me entretenía más, iba a encontrarlo con las pelotas congeladas, más Frozen que nunca. Y después, me vinieron a la mente las magníficas hamburguesas de Sebastian.

Se me hizo la boca agua.

Bueno, ya que Knox se empeñaba en acompañarme en contra de mi voluntad, ¿por qué no hacerle pagar una buena cena? ¿Eh?

Decidí que ya había esperado lo suficiente, y salí, cerrando de un portazo. Bajé las escaleras dando saltos, y al abrir la puerta de la calle, el frío me golpeó de nuevo.

—¿Siempre hace tanto frío aquí?

Knox estaba ahí, de pie, dando saltitos mientras aplaudía con las manos enfundadas en unos gruesos guantes.

—Estás en Montana, cariño —me contestó.

—Primero, no soy tu *cariño*, muñeco de nieve. No vuelvas a llamarme así. Y segundo, Boston tampoco es un paraíso tropical. Pero esto...

—Ya te acostumbrarás. ¿Preparada para ir al Winter?

—¿Al Winter? ¿Me estás tomando el pelo?

—El Winter is coming. El mejor bar de Cascade. Cerveza de la buena, y unos nachos para chuparse los dedos. Te presentaré a Belle, su dueña. Aunque ella ya te conoce, ha estado en la reunión.

—Me parece bien, pero antes quiero cenar algo. Estoy muerta de hambre y me apetece mucho una hamburguesa del Grill.

—Vamos, entonces.

Sonreí. Sabía que iba a querer acompañarme.

—No pienso invitarte —le dije, para que no hubiera dudas al respecto.

—Claro que no. Soy un caballero. Invito yo.

Podría haber protestado y hacerme la ofendida, pero ¿para qué? Que invitara él a las hamburguesas, y quizá yo invitaría a las cervezas después. Al fin y al cabo, él se lo había buscado.

Mientras la esperaba, de pie delante de su puerta, congelándome el culo y las pelotas, me pregunté mil veces qué coño estaba haciendo ahí. No me parecía que Nita fuese el tipo de mujer que se abría de piernas con facilidad, y a mí solo me gustaban ese tipo de tías, ¿no? En realidad, ella no me caía muy bien. ¿Entonces?

«Es la novedad», me dije, mientras empezaba a moverme para que no se me congelaran los pies.

Por supuesto, tenía que ser eso.

Nita era contestona, desafiaba constantemente con la mirada, me había mirado por encima del hombro desde el primer momento en que habíamos chocado en la puerta de la oficina del *sheriff*, y no parecía muy dispuesta a dejarse seducir. Pero era una cara nueva y tenía unos labios muy interesantes para experimentar con ellos.

Así que decidí pegarme a ella durante toda la noche, a ver qué pasaba.

Por eso la invité a cenar en lo de Sebastian, y después la acompañé al Winter.

Me moría de ganas por saber qué se escondía debajo de ese anorak. Esperaba una de esas camisetas de tirantes minúsculas, con un escote de infarto por el que pareciera que sus pechos

intentaban escapar. Me volvían loco esas camisetas, porque muestran la suficiente piel para que un hombre pueda soñar despierto, y provocan las ganas de arrancarlas a mordiscos.

Pero no. ¡Ah, no! Nita tenía que llevar un absurdo jersey de lana gruesa, ancho como una tienda de campaña, y de cuello alto. La cosa más informe que había visto nunca.

—¿Tú nunca te vistes sexy? —le pregunté cuando se quitó el anorak antes de sentarnos a cenar.

—Solo cuando salgo con alguien que me interesa.

Touché. Ahí, en todo mi amor propio.

Iba a tener un arduo camino por delante si me empeñaba en seducirla...

Media hora después, entrábamos en el Winter. Le presenté a Belle, y parecieron entenderse inmediatamente. Empezaron a hablar en español y me sentí absurdamente ignorado, por lo que agarré mi cerveza y las dejé allí solas. Busqué a Keitan, pero no lo vi por ningún lado, así que pensé que realmente había decidido no venir y meterse en la cama a dormir. «Te estás haciendo viejo, hermanito», me reí. No hacía mucho que éramos capaces de pasar toda la noche despiertos, bebiendo o follando, e irnos al rancho a trabajar en cuanto amanecía. Pero parecía que las semanas que había pasado en Nueva York se habían cobrado su precio.

Intenté sacar a bailar a Nita, pero no hubo manera. Intenté ponerla celosa sacando a otras, pero ni se inmutó. ¿Qué coño le pasaba a esta tía? Cualquiera mujer de las presentes se hubiera puesto a dar saltos de alegría si yo empezaba a revolotear a su alrededor, pero esta parecía un puto témpano de hielo.

Bebí más de lo que lo hacía normalmente, frustrado, y acabé borracho como una cuba.

Belle, la dueña del Winter is coming, me cayó bien desde el principio, y no solo porque pudimos estar hablando entre nosotras en español sin que el resto de personas de alrededor se enteraran de lo que decíamos. Me contó algunas cosas de Knox, aunque yo no le pregunté nada. Se sorprendió, creo, al vernos llegar juntos; pero sobre todo fue el empecinamiento de él por llamar mi atención.

—Está decidido a follar contigo —me dijo entre risas.

—Pues lo lleva claro el pobre —le contesté.

Me divertí no haciéndole caso. Tenía claro que Knox es el tipo de tío que nunca recibe un no por respuesta, y hacerlo sufrir se convirtió en mi máxima prioridad aquella noche.

—No, no quiero bailar contigo, muñeco de nieve.

Su rostro al recibir mi tercera negativa fue muy divertido de ver, pero lo fue más cuando sí acepté la invitación de otro.

Cuando vimos que estaba como una cuba, me sentí un poco culpable. Belle dijo que no me preocupara, que se lo llevaría al sofá de su apartamento, que estaba directamente encima del bar. El retortijón que sufrí en el estómago al oírla debería haber sido un aviso, como una campana de emergencia sonando, petándome los tímpanos, avisando a todo el mundo que en algún lugar había un incendio.

El retortijón vino a consecuencia de una imagen desconcertante que me vino a la mente: Belle y Knox en la cama, follando. No quise saber por qué pensar en ellos dos juntos, piel contra piel, me sentó tan mal, así que apagué la alarma de un manotazo, como si fuese la alarma del móvil, y me sorprendí a mí misma diciéndole:

—No te preocupes, yo me encargo de él.

Belle se limitó a encogerse de hombros y contestarme: «muy bien, como quieras», lo que tranquilizó el instinto asesino dirigido a ella que me había nacido en la base del estómago y que amenazaba con estallar en cualquier momento.

No quise analizarlo, me negué rotundamente a escuchar los avisos que mi subconsciente me estaba enviando, y me lo llevé a mi apartamento, pasando su brazo por encima de mi hombro, ayudándolo a caminar, tropezando por el camino más de una vez, maldiciéndolo por ser tan alto, ancho de hombros, y tener un cuerpo tan pesado a pesar de que no tenía ni un gramo de grasa de más.

A duras penas conseguí hacerlo subir por las escaleras mientras balbuceaba incoherencias y reía como un tonto. Creo que seguía intentando ligar conmigo, pero bastante tenía yo con concentrarme para no caer escaleras abajo con él, y en obligarle a que se agarrara en el pasamanos para ayudarme, como para intentar descifrar la retahíla de necedades que soltaba por la boca.

Al final, conseguí llevarlo sano y salvo hasta el sofá, y lo dejé caer ahí sin muchos miramientos. Saqué un par de mantas, que le eché por encima.

Cuando yo entraba en el baño para lavarme los dientes y prepararme para irme a la cama, lo oí roncar como un descosido. Me acerqué a él y lo observé mientras dormía. Su rostro estaba relajado, y durante un momento tuve la extraña sensación de que allí faltaba algo, que algo había cambiado de forma casi imperceptible, como si el rostro que llevaba Knox cuando estaba despierto, no fuese el mismo que veía en aquel momento.

Mike decía que en cada uno de nosotros, en realidad hay tres personas: la persona que los demás ven, la que nosotros mostramos al mundo, y la que somos en realidad. Quizá en aquel momento

estaba viendo el verdadero rostro de Knox, y me gustó mucho más que el que se empeñaba en mostrar. Relajado, con una sonrisa tierna que me hizo preguntar en qué estaría soñando.

Suspiré, sacudí la cabeza, y me fui a dormir.

Me desperté varias horas después, y no de una manera agradable.

Desde el tiroteo en que Mike había muerto, el sentimiento de culpa estaba ahí y me jugaba malas pasadas cuando no era capaz de controlarlo. Tenía pesadillas, que me despertaban totalmente angustiada, llena de sudor, con la respiración agitada y un grito a punto de salir.

Me incorporé de un salto, mirando a mi alrededor, buscando la pistola que siempre guardaba debajo de la almohada. Pero ya no tenía pistola, y no la tendría hasta que Mac me entregase la que me correspondía como ayudante del *sheriff*.

Tendría que hacerme con una. Debería haberlo hecho antes, tener una que fuese mía, y no solo la que me dio el departamento de policía de Boston. La mayoría de polis que conozco tienen una de refuerzo, pero nunca me decidí.

De repente, sentí náuseas. Se me enroscaron en la boca del estómago, y me levanté de la cama para correr al baño. Al pasar al lado del sofá miré de reojo a Knox para verlo dormir a pierna suelta. Agradecí a Dios por este pequeño favor, y me lancé sobre el inodoro para echar todo lo que contenía mi estómago. Adiós hamburguesa, adiós patatas fritas, adiós cervezas.

No había bebido demasiado. Tres cervezas son mi tope. Nunca me he emborrachado, ni tomado drogas, ni me he metido nada que me hiciera perder nunca el control sobre mí misma. Soy del tipo deportista, me gusta cuidarme, y la única concesión que me hago es con la comida. Me gusta mantenerme en forma, pero no por estética, sino por supervivencia.

—¿Te encuentras bien?

Gemí de disgusto. La voz de Knox, adormilada, sonó casi encima de mí.

—Vuelve al sofá a seguir durmiendo la mona —le dije. Seguía arrodillada en el suelo, casi abrazada al inodoro, esperando por si acaso porque no estaba segura que no fuese a vomitar de nuevo.

—Ya estoy despejado, pero tengo la vejiga a punto de reventar.

—Demasiada información para mi gusto, gracias.

Lo oí abrir el grifo y por un momento estuve a punto de gritar, pensando que estaba meando en el lavamanos, pero mi temor se despejó cuando me puso un vaso lleno de agua delante de las narices.

—Toma, aclárate la boca. Le he echado unas gotas del enjuague bucal que tienes ahí.

—Gracias.

Cogí el vaso que me ofrecía e hice varios buchitos, tirando el agua después. Mi boca y yo se lo agradecemos infinitamente.

—Creo que has bebido demasiado. No deberías hacerlo si no te sienta bien.

No era por eso que había vomitado, pero le dejé creer que sí. La alternativa era contarle que las náuseas me venían por culpa de la pesadilla que acababa de tener, me preguntaría sobre ella, y... bueno, que no tenía ningunas ganas de hablarle de Mike y de lo que ocurrió en Boston. Hacía menos de una semana que lo conocía, y solo nos habíamos visto dos veces, aunque ahora estuviera en mi casa, durmiendo en mi sofá. ¿Confianza entre nosotros? Ninguna.

—Lo tendré en cuenta —contesté con una mueca, levantándome del suelo—. Vuelve a dormir.

—¿Necesitas que te ayude?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí, joder, estoy segura.

Dejé el vaso sobre el lavamanos y me lo quedé mirando. Seguía plantado en medio del minúsculo baño, y yo no podía salir hasta que se apartara. De repente, me di cuenta que sus ojos habían abandonado mi rostro para fijarse en...

—¿Me estás mirando las tetas?

Se puso colorado. Como un tomate. Como un semáforo. Como una brasa ardiendo.

Levantó la mirada bruscamente y se giró para salir del baño. Casi me dieron ganas de echarme a reír. Lo hubiera hecho si no me encontrase fatal.

—¿Ruborizándote como una nena? —lo provoqué.

—Si no me necesitas, mejor me voy —contestó con sequedad.

—Te has ruborizado y te da vergüenza. Por eso quieres irte.

—No. Me voy porque no me apetece demasiado que me rompas mis partes nobles de una patada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque si no me alejo de ti ahora mismo, te besaré hasta que pierdas la cordura, y después te follaré hasta que grites mi nombre.

Me estremecí hasta la raíz del pelo. Oírlo hablar así, tan crudamente, me encendió. Supongo que también tuvo mucho que ver que en aquel momento me sentía vulnerable. La pesadilla me había golpeado fuerte, Mike había muerto, y yo tenía una exagerada necesidad de sentirme viva. O de que me abrazaran. O de... sentir, simplemente. Quizá fue un poco de las tres cosas.

—Te prometo que no voy a convertirte en un eunuco —le susurré.

Se giró a la velocidad del rayo y fijó sus ojos en los míos. Después los desplazó por todo mi cuerpo, de arriba abajo, haciéndolo sentir como una caricia. Me desnudó con los ojos antes siquiera de moverse. Yo llevaba puesto un pijama grueso, pero fue como si no llevara nada encima.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Pensé que se iba a abalanzar sobre mí. La intensidad de su mirada me lo advirtió. Me iba a agarrar con esas manos enormes, rompería la ropa que llevaba puesta, y me follaría allí mismo, contra la pared, o encima de la mesa, o donde fuese. Sería intenso y salvaje. El deseo se arremolinó en mi útero y se me cortó la respiración.

Entonces entrecerró los ojos, su mirada se convirtió en desconfiada, y dio un paso atrás.

—Será mejor que no. Nos vemos.

Y se fue. Así, sin más, cogió su chaqueta y salió por la puerta, cerrándola con cuidado. Lo oí bajar las escaleras mientras yo seguía quieta en el mismo sitio, totalmente desconcertada y muda.

—¡Será cabrón! —susurré al fin—. Pero qué hijo de...

Cuando salí a la calle, estuve a punto de volver a subir las escaleras a la carrera, tirar la puerta abajo, y tomar lo que me había ofrecido. Pero aguanté el impulso y me alejé de allí en busca de mi coche.

En algún momento de la noche había perdido mi *stetson*, y la nieve me caía sobre las orejas y se metía por debajo del cuello de la chaqueta. Me lo subí, intentando cubrirme un poco más, pero ni siquiera aquella incomodidad ni el frío que me estaba congelando, consiguió que mi maldita erección se desinflara.

Apreté el paso y tuve que reacomodarme el pantalón porque me apretaba demasiado.

¿Por qué había salido huyendo como un cobarde? Pocas preguntas tienen una contestación tan

simple y a la vez tan complicada. Nita se había pasado toda la noche aguantando mis intentos de llevármela a la cama, ¿y de repente baja todas sus defensas e intenta seducirme ella? ¿Después de tener una pesadilla? Algo que no quiso admitir. Ah, no, claro, la dura de Nita García no podía confesar delante de mí que su malestar de estómago había sido provocado por una pesadilla. ¿De veras creía que no la había oído? ¡Si hasta estuve a punto de levantarme para despertarla cuando oí que ya lo había hecho ella sola!

Quería un polvo para olvidar. Usarme descaradamente para olvidarse de lo que sea que le provocó la pesadilla. Y aquello me sentó como un tiro en el pie porque lo cierto era que se hubiera acostado con cualquier tío que hubiese estado a su alcance en aquel momento.

Pero la cuestión principal era: ¿por qué me importaban tanto sus motivos? Si hubiese sido cualquier otra mujer, me habría importado una mierda porqué se abría de piernas para mí, mientras lo hiciera. ¿Que era para vengarse de su novio o marido? Ningún problema. ¿Porque tenía un picor y quería que la rascara? Por mí, perfecto.

¿Entonces? ¿Qué coño pasaba allí?

Me negué a analizarlo. Me di mil motivos, todos falsos, con tal de no aceptar que Nita García, la mujer que me llamaba muñeco de nieve, y que se enfrentaba a mí con la cabeza alta y mirándome a los ojos, me gustaba mucho más allá de un posible polvo, y que por eso me había sentido herido y la había rechazado.

Una puta locura.

Llegué a casa sobre las cinco de la mañana, y me encontré a Elsa en la cocina, sentada delante de una taza de café.

Elsa es nuestra cocinera y asistente. Ocupó el lugar de Clara cuando esta se casó con Kaden, y se trasladó a vivir a casa junto a su pequeño hijo, Miki. Es muy joven, veinticinco años, pero ha tenido una vida bastante dura. Se quedó embarazada a los diecisiete y el que entonces era su novio la abandonó al enterarse, y como decidió tener a su hijo en contra de la opinión de su familia, esta la hizo de lado y la dejó a su suerte. Había estado sola desde entonces, viviendo en un cuchitril con su hijo, hasta que Clara se hizo su amiga y la llamó para que viniera a trabajar al rancho.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Se la veía cansada, como si no hubiera dormido en toda la noche. Tenía cercos oscuros debajo de los ojos y la mirada opaca.

—Miki ha pasado mala noche —me dijo—. El maldito resfriado. No ha parado de toser y ahogarse.

Me preocupé. Miki es un pequeño diablillo al que todos nosotros queremos mucho.

—¿Has llamado al médico?

—Sí. Se ha ido hace un rato. Es lo de siempre cuando se resfría, el asma se le dispara y... el broncodilatador no le hacía efecto.

Ahogó un sollozo, y yo me apresuré a sentarme a su lado para abrazarla. Es curioso, pero creo que todos hemos «adoptado» a Elsa como una hermana, y nunca hemos intentando ligar con ella a pesar de que es muy guapa, y nosotros somos unos malditos ligones. Por eso mi abrazo fue fraternal y nada sexual.

Ella se dejó abrazar, sabiendo que estaba a salvo, y sollozó durante unos minutos hasta que se recompuso, ahuyentando el miedo que había pasado.

—¿Y por qué no has avisado a Clara, mujer? —le dije—. Sabes que por la mañana, cuando se entere, se enfadará.

—Porque últimamente no se encuentra muy bien, y no quería molestarla. Necesita dormir.

—¿Miki está dormido, ahora?

—Sí, en cuanto el doctor lo atendió y le puso la inyección, se alivió al poco rato y se durmió, por fin.

—Pues ahora tú vas a hacer lo mismo. Regresa a la cama y duerme.

—¡Pero me tengo que levantar en nada! Tengo muchas cosas que hacer y...

—Nada. No te preocupes. Lo haremos entre todos, que no somos unos inútiles totales. Tú, a dormir.

—Pero...

—Pero nada. A la cama, venga.

—Está bien. ¡Pero Clara no debe hacerse cargo! —me advirtió, amenazándome con un dedo—.

Ella también necesita descansar, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. No la dejaremos levantar ni un dedo, ni siquiera para amenazarnos.

Miré su dedo, que seguía apuntándome, y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se puso colorada.

—Soy muy mandona, ¿verdad? —gimió, avergonzada.

—Sí, pero no te preocupes, nos encanta que seas así. —La cogí por los hombros y la obligué a levantarse de la silla donde estaba sentada—. Venga, a la cama.

La empujé un poco en dirección a su habitación para dar énfasis a mi orden. En la puerta de la cocina se detuvo y me miró, dirigiéndome una sonrisa cansada.

—Gracias. Eres un tío estupendo, aunque todas mis amigas digan que no.

Dejé ir una risita de incomodidad. No estoy acostumbrado a que digan cosas buenas de mí fuera de la cama, y me limité a encogerme de hombros.

Cuando Elsa desapareció, me dejé caer en la silla que ella había ocupado, y me terminé el café que había dejado a medias. No había dormido mucho pero no pensaba meterme en la cama. Nita ocuparía mi mente y tampoco podría dormir, así que pensé que sería mucho mejor tomarme el café, subir a darme una ducha, y ponerme a hacer el desayuno para que cuando mi familia se despertara, se lo encontrara todo preparado.

El día siguiente a una noche de pesadillas, es duro. No solo por la evidente falta de sueño, sino porque vuelven a mí la culpabilidad y los remordimientos que normalmente puedo mantener a raya. Sé que Mike no murió por mi culpa. Mi cabeza lo sabe. Yo no apreté el gatillo que disparó las balas que lo mataron, ni siquiera inicié el tiroteo; pero mi corazón va por libre y me martirizo repasando todo lo que dije, todo lo que hice, buscando el motivo de que todo acabara tan mal. ¿Qué fue lo que hizo que Álvaro Ojeda diera la orden de matarnos? ¿Qué gesto, qué palabra nos delató? ¿O ni siquiera fue eso? Me hubiera gustado que el maldito hombre hubiera sobrevivido para poder decírmelo, pero cayó muerto al igual que sus sicarios. No tengo a nadie a quién preguntar.

—Estás muy callada.

Iba con Mac en su coche patrulla. Era mi primer día de trabajo y yo estaba hecha una auténtica mierda. Cuando me presentó a los que serían mis compañeros, a duras penas pude gruñir un «encantada» para corresponder a su bienvenida. Después de las presentaciones, Mac me metió en el coche porque tenía que llevarme a hacer la primera parte del recorrido. La oficina del *sheriff* no se ocupa solo de mantener el orden en Cascade, por supuesto. Tiene todo el condado bajo su responsabilidad, y eso incluye los ranchos, granjas y pueblos aledaños. Tenía que conocer la zona, y

Mac había decidido que aquel era tan buen día como cualquier otro para empezar.

—No he pasado una buena noche —contesté a su observación. No iba a confesarle lo de las pesadillas, y esperaba que Knox no fuese tan burro como para ir por ahí contando lo de mi vomitona.

Aunque quizá era pedir demasiado...

—Ya me han contado que te llevaste a Knox a tu casa. Vaya manera de inaugurarla, ¿eh?

La sonrisa en su cara no era recriminatoria, sino más bien burlona, como si pensara que yo...

Maldita sea, eso era precisamente lo que estaba pensando el muy cabrón.

—No me lo follé, si es lo que piensas. —Nunca me había gustado ir con rodeos—. El tío iba como una cuba, y a pesar de ser un idiota, se ha portado bastante bien conmigo, así que me dio lástima que se quedara tirado por ahí.

—Quedarse en casa de Belle no es quedarse tirado por ahí...

—No conozco a esa mujer —gruñí—. No sé qué intenciones tenía.

Mac se echó a reír con tanta fuerza que estuvimos a punto de salirnos de la carretera. Tuvo que parar el coche para poder seguir riendo hasta que el ataque se le pasó, mientras yo lo imprecaba con palabras nada bonitas.

—Dioooooossss, cuando se lo cuente a Knox se va a partir el culo —balbuceaba mientras no paraba de reír.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado.

—¿En serio no se la ves? —preguntó, medio sorprendido—. Quizá debería advertirte de la reputación que tiene.

—Sé qué reputación tiene. Belle me lo dijo.

Era verdad, era una de tantas cosas sobre las que hablamos la noche anterior, mientras Knox intentaba ponerme celosa bailando con otras después de que yo lo rechazara un montón de veces. Pero la reputación no lo es todo, lo sé de primera mano. Mi reputación en el departamento de policía había sido de ser una tía dura y fría como el hielo primero; y la de ser un polvorín a punto de estallar después del tiroteo en el que murió Mike. No, la reputación no lo es todo, ni mucho menos. Las personas somos mucho más que eso, ¿no?

—Ahora, dime la verdad, ¿por qué te lo llevaste a tu casa?

—No creo que eso sea de tu incumbencia, y me he cansado de este tema.

No hablamos más sobre eso. Mac se limitó a llevarme por carreteras y caminos, presentándose a las gentes que vivían allí como su nueva ayudante, hablándome de cada uno de ellos, de sus vidas, sus antecedentes (si los tenían), los problemas vecinales que tenían.

—Mañana te llevaré a Portnam y a Castle Rock, y te presentaré a los agentes que hay en aquellas oficinas. Dependen de la nuestra, pero acostumbran a trabajar con bastante autonomía a no ser que sea algo gordo.

—Define «gordo».

—Asesinatos y cosas así. Algo que no sucede casi nunca. No hay grandes problemas en este condado. Hay drogas, por supuesto, pero tenemos a los camellos bastante controlados y están fichados. Los robos menores y el vandalismo son los delitos más comunes. No tenemos bandas, ni crimen organizado. Es una tierra dura, y las gentes también lo son, tanto los hombres como las mujeres. Y a pesar de que pueda haber disputas y diferencias de opiniones, cuando hace falta, somos como una piña.

—Estás muy orgulloso de pertenecer aquí —dije con sorpresa. Nunca me había imaginado que Mac sintiese algo así. Cuando lo conocí, a duras penas hablaba de su infancia en Cascade, como si hubiese algo doloroso que quisiese olvidar y hablar de su pasado hiciese que la herida sangrase.

—Es un buen lugar en el que nacer y crecer, a pesar de todo.

Me quedé intrigada, pero no pregunté por qué se había ido de Cascade si tan orgulloso estaba de pertenecer a este lugar.

—¿Y siempre hace tanto frío y está todo nevado? Te juro que estoy harta de verlo todo blanco.

Cambié de conversación porque me sentía incómoda. Quería hacerle preguntas, pero sabía que las respuestas no eran de mi incumbencia. La amistad también tiene fronteras que no hay que cruzar si no has sido invitado.

—En absoluto. La primavera te va a sorprender, ya verás. Y el verano es bastante caluroso.

—Clima variado, entonces.

—Para todos los gustos.

—¿Y a donde vamos ahora?

Mac soltó una risita absurda entre dientes, y supe que no iba a gustarme su respuesta.

—Al Triple K, el rancho de los Wescott. Lo he dejado para el último para que te pudieras relajar.

—Y pillarme con la guardia baja, ¿no? —rezongué. Qué cabrón era Mac cuando quería.

—Exactamente. Quiero ver vuestra cara cuando os veáis después de la noche loca que habéis pasado.

—No ha habido noche loca, ya te lo he dicho.

—Sí, claro, lo que tú digas.

—¡Maldita sea, Mac! —casi exploté—. No tengo por qué negarlo si fuese verdad. ¿Tengo novio? No. ¿Marido? No. Estoy soltera y libre. ¿Por qué tendría que negar que follamos, si lo hubiésemos hecho? No. Tengo. Ni. Un. Puto. Motivo. Así que, ¿no será que realmente *no* hicimos nada?

Ni loca iba a confesarle que lo invité y en lugar de arrollarme con pasión, se largó dejándome sola y cabreada. No nos haría ningún bien, ni a Knox ni a mí.

—¿Y qué hicisteis, entonces?

—Dormir, coño, dormir. Yo en mi cama, él tirado en el sofá. ¡Por Dios, si con la borrachera que muñeco de nieve llevaba a cuestas no podía ni tenerse en pie! ¿De veras crees que la *cosa* le hubiese funcionado?

—¡La *cosa*! —Mac volvió a estallar en carcajadas, mientras atravesábamos lo que parecía un camino despejado con nieve amontonada en ambos lados—. Si él se entera que has llamado *cosa* a su enorme y solicitado miembro viril, entrará en crisis.

—Todos los hombres entráis en crisis cuando una mujer se burla de vuestro miembro —gruñí—. No esperaba que él fuese distinto.

A los pocos minutos, una casa se fue perfilando en el horizonte. Era grande, con un tejado a dos aguas de color azul, y la fachada tan blanca que casi se confundía con el paisaje nevado. Tenía un porche delantero que abarcaba de una esquina a otra.

—¿Es esa?

—Sí, la casa principal del rancho. Lo que ves a la derecha, son lo establos. ¿Sabes montar a caballo?

—No. Ni ganas.

—Pues tendrás que aprender. Quizá le pida a Knox que te enseñe.

—Ni se te ocurra. No lo harás si quieres seguir siendo un hombre entero.

—Esas amenazas duelen, ¿sabes? Pero sería conveniente que aprendieras.

—Enséñame tú.

—Lo siento, pero eso no entra dentro de mis funciones como tu jefe. Búscate la vida, chica.

—Eres una persona muy retorcida.

—Y por eso somos amigos, ¿no? —se echó a reír.

—Sí, y porque soy la única que te aguanta...

Capítulo cuatro

No estábamos acostumbrados a tener reuniones familiares. La última que tuvimos, fue cuando nuestra madre nos dijo que estaba muy enferma y pocas semanas después, murió; así que cuando Clara y Kaden nos dijeron que tenían que hablar con nosotros de algo muy importante, unido al hecho que durante los últimos días ella no se había encontrado nada bien, hizo que todas nuestras alarmas saltaran disparadas.

Nos sentamos en el salón muy desconcertados. Yo volví a sentirme igual de impotente y confundido que entonces, como si hubiera borrado de un plumazo los últimos años y volviera a ser un muchacho de nueve, lo bastante mayor para comprender lo que pasaba, pero no lo bastante como para gestionar adecuadamente lo que aquello me hizo sentir.

La confusión y la impotencia fue lo peor. Después, la rabia que me llevó a cometer muchas barbaridades. El dolor por la pérdida, la sensación de haber sido abandonado, el sentimiento de soledad... Creo que por eso me aferré a Keitan, porque era el único con el que podía hablar de todo eso porque él estaba pasando por lo mismo. Éramos unos críos, y nos vimos solos y abandonados por nuestra madre, que murió; por nuestro padre, que se cerró en sí mismo, dejando que la pena lo alejara de todo y de todos; y por nuestro hermano mayor, aquel que siempre había estado ahí para nosotros, que con catorce años tuvo que dejar su niñez a un lado y hacerse cargo del rancho porque nuestro padre era incapaz de hacerlo.

Kaden volvía a tener el rostro impenetrable de entonces. Estaba serio, y en la frente habían vuelto a aparecer esas arrugas de preocupación que solo lo habían abandonado cuando Clara entró en su vida.

Mi corazón galopó por el miedo. ¿Clara estaba enferma? ¿Era eso?

Pero al mirarla a ella, sentada al lado de Kaden en el sofá, vi que tenía el rostro exultante de felicidad. ¿Cómo podía ser?

—¿Qué ocurre, hijo? —dijo nuestro padre al fin. Ni Keitan ni yo nos habíamos atrevido a hablar. Seguramente él también estaba reviviendo los malos recuerdos.

—Oh, venga, Kaden, ¡díselo! Los pobres creen que es una mala noticia. Y tu rostro alimonado no ayuda nada —lo riñó Clara a punto de echarse a reír.

¿Qué cojones estaba pasando?

—No tengo claro que sea una buena noticia —gruñó él. Clara se puso seria y se llevó las manos al vientre, como si quisiera protegerlo de algo.

Un momento.

¿No será que..?

No, si fuese eso no parecería como si a Kaden le hubiesen obligado a tragar un vaso de leche agria.

—¿Es que no le quieres? —preguntó Clara con un hilo de voz. Jesús.

Jamás la había visto tan vulnerable. «¿Qué coño estás haciendo, Kaden?» pensé.

—Cariño, ¡claro que sí! —exclamó, cogiéndole ambas manos—, pero... los peligros...

—Déjate de tonterías, y da la noticia de una vez, cabezota. —Menos mal que Clara siempre ha tenido mucho carácter, el suficiente para conseguir que mi hermano sacara la cabeza de su propio culo—. ¡Venga!

—Está bien. ¡Estamos embarazados!

Intentó ser alegre al dar la noticia, pero su voz sonó bastante chirriante por el esfuerzo. No estaba nada contento, y eso no era bueno. Había algo más que no estaban contando.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté, serio.

—¡No hay ningún problema! —exclamó Clara con alegría—. Tu hermano, que es bastante melodramático y ya se está poniendo en lo peor, como siempre.

—¿Y qué es lo peor? —preguntó Keitan.

—¡Pues que es peligroso para Clara dar a luz! —casi gritó Kaden, levantándose y empezando a caminar de un lado a otro. Estaba furioso—. A causa de su malformación, no tiene las caderas como debería tenerlas, y el doctor duda que puedan dar de sí para que el niño nazca de forma natural.

—Y precisamente por eso —dijo ella con calma—, cuando llegue el momento, se programará una cesárea. Kaden, cariño, no pasará nada, ya lo verás. ¡Miles de niños nacen de esa manera cada año!

—Pero...

—¡Joder, Kaden! —exclamé yo levantándome, casi echándome a reír. Su rostro era un verdadero poema lleno de preocupación, y solo porque en sus ojos vi auténtico miedo, me controlé—. Clara tiene razón, no hay porqué preocuparse.

—¿Eres médico, acaso? ¿Tienes alguna puta idea sobre embarazos y partos?

—No, pero...

—Exacto. No, y no hay «peros» que valgan. —Volvió a sentarse al lado de Clara y le cogió las manos—. Cariño, tú eres lo más importante para mí, y no me gusta pensar que pueda pasarte algo.

Ella se soltó una mano con delicadeza y le acarició el mentón. Poco a poco se inclinó hasta posar su rostro sobre el pecho de mi hermano, mientras él la rodeaba con sus brazos.

Eran una imagen hermosa, los dos juntos, porque en aquel momento transmitían todo el amor que se profesaban, y que casi era tangible, sólido; estuve tentado de levantar una mano para intentar tocarlo, y me sentí ridículo y vacío al mismo tiempo. Anhelaba con desesperación tener lo mismo que tenían ellos, pero en aquel entonces me sabía demasiado cobarde como para arriesgarme como lo había hecho él.

—No me va a pasar nada, amor mío —susurró Clara, cerrando los ojos.

Mi padre se levantó de su sillón, y nos hizo un gesto a Keitan y a mí en silencio, ordenándonos abandonar el salón para dejarlos solos. Asentí con la cabeza y nos fuimos, cerrando la puerta con cuidado al salir.

—Un nieto —susurró mi padre mientras subía las escaleras para ir, supongo, a su dormitorio—. Jamás creí que llegaría este día. Vuestra madre sería muy feliz.

Ni Keitan ni yo contestamos. Sabíamos qué presagiaba esa frase. Nuestro padre padecía una depresión crónica, y siempre que pasaba algo bueno, él se entristecía porque nuestra madre no estaba allí para vivirlo junto a él.

—Jamás quiero verme como él —dijo Keitan con determinación cuando supo que ya no nos oiría—. Si alguna vez me enamoro, hazme un favor y pégame un tiro.

—No tenemos que ser como él, ¿sabes?

—¿En serio? ¿Has visto a Kaden ahí dentro? Ha sido como volver a ver a nuestro padre el día que mamá murió. Si le pasa algo a Clara...

—Ni se te ocurra pensar algo así. A Clara no le pasará nada de nada. Tendrá a su bebé, nosotros tendremos un sobrino o sobrina al que mimar y malcriar, y Kaden quedará como un tonto por haber sufrido tanto sin ninguna necesidad, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, Knox. Me voy a ver los caballos.

Cogió su chaqueta y salió. Yo me quedé allí plantado, sin saber qué hacer. Pensé en irme a

Cascade y pasar por el Winter a tomar algo al mismo tiempo que mandaba al diablo a mi familia. Quizá podría toparme por casualidad con Nita *la dura*. Sonreí al pensar en ella. ¿Nita *la dura*? No, tenía que encontrar un apodo más original para ella. A mí me llamaba muñeco de nieve, aunque no tenía ni idea de por qué. Quizá debería preguntárselo primero y después buscar un mote a la altura. ¿Barbie cop? No, no tenía nada de Barbie, afortunadamente. Aunque sus piernas sí eran largas. Y su pecho, generoso. Y tenía cinturita de avispa. Pero no era rubia, ni su piel lechosa. Al contrario. Su pelo era negro y brillante, y la piel, dorada. Pero desde luego, lo que más la diferenciaba de la famosa muñeca, era que no mostraba ni un ápice de vulnerabilidad en todo su cuerpo. No tenía aspecto de muñequita delicada con tendencia a romperse fácilmente. Todo lo contrario. Y la fiereza de su mirada, o el rictus de su boca cuando se burlaba de mí, gritaban alto y claro «ten cuidado, que muerdo y te arranco el brazo». U otras cosas, como amenazó con hacerme.

Sacudí la cabeza para quitármela de la mente. ¿Qué se me pasó por la cabeza la noche anterior, para rechazarla como lo hice? Si hubiera echado un polvo con ella, a estas horas ya estaría en el baúl de los recuerdos, ¿verdad? ¡Por supuesto!

Me cabreé conmigo mismo, y subí los escalones de tres en tres. Me metí en mi habitación, me tiré sobre la cama, y encendí la tele que tenía colgada en la pared. Tenía que distraerme con algo, lo que fuera. Pasé canal tras canal, esperando encontrar algo que llamara mi atención. ¿Una peli? ¿Una serie? Desde luego, no Ophra. ¿Teletienda? Por favor. Al final me quedé enganchado a un episodio de Hawaii five—0. Siempre es bueno para el alma ver estallar cosas por los aires, y ver a tíos pegando muchos tiros.

Cuanto más nos acercábamos al rancho, más nerviosa me iba poniendo. ¿Por qué? Quizá porque la noche anterior, Knox me rechazó. Y me dolió. ¿Por qué lo había hecho el muy cateto? Se pasó toda la noche provocándome, intentando seducirme, y cuando por fin me decido a darle carta blanca para follar, va y se marcha. No hay quién entienda a los hombres.

—Esperemos que esté toda la familia —dijo Mac aparcando delante del porche. Bajó del coche y subió los tres peldaños de un salto. Yo fui detrás de él, pero sin correr. No tenía ninguna prisa en llegar. En realidad, lo que tenía eran ganas de salir corriendo en dirección contraria.

Mac tuvo que llamar a la puerta dos veces antes de que alguien abriera, una chica de aspecto joven con cara de cansada.

—Hola, *sheriff*. ¿Qué se le ofrece? —dijo.

—Hola, Elsa. ¿Está la familia en casa? Tengo que hablar con todos.

—Sí, adelante. —Mac entró, y yo fui detrás.

Fuimos por un pasillo hasta una gran puerta doble de madera oscura. Pude ver que dejábamos atrás una gran cocina de la que salía un espléndido aroma a comida que me hizo babear. Tenía hambre.

Abrió la puerta doble y nos hizo pasar.

—Voy a avisarles. ¿Les apetece tomar algo? ¿Una cerveza, o café?

—No, nada, Elsa, gracias. No estaremos mucho tiempo.

—Muy bien, *sheriff*.

Elsa se fue y nos dejó a solas. Miré a mi alrededor. Estábamos en un salón decorado de manera muy masculina. Las paredes estaban cubiertas de madera oscura. Había una chimenea con rescoldos, como si hubiera estado encendida hasta hacía poco. Un gran televisor, sofás de cuero, y un ventanal

que ocupaba toda una pared. Había una librería abarrotada y una vitrina llena con fotos familiares enmarcadas.

—Hola, Mac. ¿Ocurre algo?

Oír su voz me puso tensa. Me giré poco a poco, intentando componer una sonrisa lo bastante sincera como para engañar a Knox. Maldita sea si quería estar allí.

—Vengo a hacer la presentación oficial de Nita a tu familia.

—Es un placer tenerte en mi casa —dijo, mirándome con ojos llenos de picardía. Maldito fuera.

—Me alegro por ti, muñeco de nieve. Por lo menos alguien está feliz —contesté yo.

—¿Y tú no lo estás?

—Llevo todo el día con Mac, metidos en el mismo coche. ¿Quién podría estar feliz en mi lugar?

Knox soltó una carcajada y Mac levantó una ceja.

—Veo que ya tenéis suficiente confianza como para bromear.

—No es lo que piensas —soltó Knox poniéndose serio.

—¿Y qué es lo que pienso, si puede saberse?

—Oh, vamos, sabes perfectamente que en Cascade los chismorreos vuelan durante el invierno. La gente tiene poco que hacer y se aburren.

—Ah, te refieres a que has pasado la noche en su casa.

—Para tu información, no ha pasado nada.

«Porque tú te echaste atrás, capullo», pensé, viendo el intercambio entre ambos hombres. ¿Qué pretendía Mac?

—Ya, Nita me lo ha contado todo.

Knox dirigió su mirada hacia mí bruscamente y alzó una ceja. Yo me quedé impasible, mirándolo y maldiciéndolo. Mac interpretaría esa mirada de manera errónea, por supuesto, y pensaría que nos habíamos acostado. Bueno, ¿qué más daba? Al infierno con todo. Que creyese lo que le diese la real gana.

—¿Todo? —preguntó, escondiendo sus evidentes ganas de echarse a reír.

Mac no tuvo tiempo de contestar, afortunadamente. En ese momento entraron los que supe que eran los hermanos de Knox, acompañados de una mujer que me pareció la viva imagen de la alegría y la felicidad. Era coja y caminaba con ayuda de un bastón que parecía un arcoiris, igual que ella, con el pelo color lila, y la ropa llena de colores. Tenía el rostro radiante, casi brillaba, igual que sus ojos sonrientes, y me fue presentada como Clara Wescott, la mujer del hermano mayor de Knox.

Saludé a todos, dando la mano cada vez que Mac me presentaba. Keitan Wescott era muy parecido físicamente a Knox, igual de alto, de moreno, y con esa picardía en la mirada y en los labios. En cambio, en los ojos de Kaden había una profunda tormenta que se convertía en amor incondicional cuando miraba a su esposa.

—Os quedaréis a cenar, ¿verdad? —dijo Clara con una sonrisa.

Habíamos estado sentados en el salón, hablando de todo y nada. Habían servido café y yo me había estado sintiendo bastante incómoda bajo el atento escrutinio de Knox, que a duras penas pronunció una palabra. Todo giró alrededor del trabajo de ayudante del *sheriff*, y de la conveniencia de que el pueblo se fuera modernizando, aceptando a una mujer como representante de la ley.

—Por supuesto —contestó Mac sin darme opción a negarme. Maldito fuera. Yo no quería quedarme allí, y cenar con Knox y su familia—. Jamás desaprovecho la oportunidad de saborear uno de los guisos de Elsa.

—Tuvimos mucha suerte cuando decidió trasladarse aquí y trabajar para nosotros cuando Kaden y yo nos casamos.

En ese momento entró en el salón, como una tromba, un chiquillo de unos siete años. Llegó gritando de alegría, después de dar un portazo en la puerta principal, y dejando un reguero de nieve por el suelo detrás de él.

—¡Tía Clara! ¡Tía Clara! ¡Charlie me ha dejado montar en su caballo! ¡Y dice que cuando llegue la primavera, me enseñará a montar si mamá me da permiso! ¡Crees que me lo dará? ¿Eh? ¿Eh?

—Pues no lo sé, Miki. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Al oír el nombre, lo observé más atentamente. Miki. Michael. Mike. Joder. Con tantos nombres en el mundo, ¿tenía que llamarse así precisamente? Era un chico delgado, con ojos vivaces y una gran sonrisa, que se puso serio cuando oyó la sugerencia de Clara.

—¿Y si no me deja? —susurró lleno de pena—. Como siempre estoy malo, igual me lo prohíbe.

Los hombres presentes se miraron entre sí, un poco tristes. ¿Qué le pasaba al crío? ¿Tenía alguna enfermedad?

—Michael Lidiuk, ¿se puede saber de dónde vienes? —preguntó una voz severa de mujer.

—Hola, mamá —susurró cabizbajo—. He estado con Charlie. —De pronto, se le volvieron a iluminar los ojos—. ¡Me ha dejado subir a su caballo un ratito! ¿No es genial? ¡Y no me ha pasado nada!

—¿Y quién te ha dado permiso para levantarte de la cama? Has estado con fiebre durante cuatro días, y tuvo que venir el doctor por tus ataques de asma. ¿Y a la que me doy la vuelta, te escapas y sales a la nieve?

—Lo siento, mamá, pero ¡ya me encuentro bien! ¡Y me aburría mucho!

—Vete a la cama ahora mismo, jovencito, y reza para que pases una buena noche o estarás castigado durante el resto de tu vida. —Cuando el pobre chiquillo se fue, cabizbajo, Elsa se giró hacia nosotros—. Lo siento mucho. No me gusta tener que reñirlo delante vuestro, pero es que...

No terminó la frase, se llevó el puño a la boca y se giró, marchándose precipitadamente.

—Voy con ella —dijo Clara, levantándose también—. La cena no tardará mucho. Mientras tanto, portaos bien y sed amables con nuestra invitada, que con un niño revoltoso ya tengo bastante. Y esto va por vosotros dos —añadió, señalando a Knox y a Keitan.

El primero se limitó a mirarme con una sonrisa torcida, y el segundo echó una carcajada antes de decir:

—Hermanita, tranquila, no me acerco a las mujeres que saben disparar.

—Entonces todavía serías virgen —le rebatió Kaden con una sonrisa—, porque en Cascade, las únicas mujeres que no saben empuñar un arma todavía usan pañales.

Todos se echaron a reír, incluso Mac. Yo miré a Knox, sonriendo, y me guiñó un ojo.

No pude dejar de mirar a Nita durante toda la cena. Todos hablamos, bromeamos, reímos, pero yo no podía apartar mis ojos de ella, observando cada leve movimiento de su rostro, y me di cuenta de pequeños detalles que habían pasado desapercibidos para mí la noche anterior, como el leve fruncimiento de cejas que hace antes de reírse, o que siempre se pone en la boca pedazos pequeños de comida y los mastica meticulosamente; que hay un mechón de pelo que tiene tendencia a escapársele de la coleta en la que lleva recogido su pelo cuando va de uniforme, o que arruga la nariz cuando oye algo que no le gusta mucho, como si las palabras olieran mal. Lo hizo varias veces cuando Clara le preguntó cosas personales, antes de contestar con vaguedades y desviar la conversación hacia otros temas. Mac la ayudó a hacerlo cada vez, así que sospeché que, fuese lo que

fuese sobre lo que quería evitar hablar, él sabía qué era.

Cuando se marcharon, salí a despedirlos. Kaden se había llevado a Clara a la cama porque se había quejado de dolor de espalda y estaba cansada. Elsa se quedó en la cocina, recogiendo. Mi padre ni siquiera había bajado a cenar aquella noche, y Keitan desapareció con su coche en cuanto terminó de masticar el último bocado porque había quedado con alguien. Una chica, seguro. Keitan no mueve el culo a esas horas y con el frío que hacía si no es por una chica.

Así que salí hasta el porche detrás de ellos para decirles adiós, ejerciendo de perfecto anfitrión, pero Mac remoloneó antes de bajar los escalones. Cuando Nita se metió en el coche, renegando por el frío, él se giró hacia mí para que ella no pudiera verlo.

—Aléjate de ella, Knox —me dijo mirándome con seriedad. Pocas veces había visto tanta determinación en su mirada.

—¿Es que acaso la quieres para ti? —le pregunté, sonriendo, muy en mi línea de estupidez.

—Lo que no quiero es que le hagan daño, y tú se lo harás tarde o temprano. Aléjate de ella, si no quieres que te rompa la cara.

—Eso es violencia policial, ¿lo sabías? —me burlé.

—No iré de uniforme cuando venga a por ti. Nita es mi amiga, y lo último que necesita es que un cabrón como tú le complique la vida. Ya han empezado a correr los rumores sobre anoche...

—Anoche no pasó nada. Yo iba borracho como una cuba.

—¿Es que acaso eso importa? Os fuisteis juntos, y la pasaste con ella. Es más que suficiente para que todas las alcahuetas de Cascade tengan tema para hablar durante semanas. Nita es nueva, una forastera que tendrá que imponer su autoridad a menudo. ¿Quieres hacérselo más difícil?

Mac tenía razón, por supuesto.

—No.

—Pues apártate de ella. ¿Entendido?

—¿Y si te confesara que creo que para mí ella es diferente a las otras?

—Te diría que me importa una mierda. Así de claro. Que crees que es diferente porque todavía no has follado con ella, pero que en cuanto lo consigas se habrá terminado la novedad y seguirás como siempre. Déjala en paz. No necesita ser una muesca más en tu polla.

—No puedo prometerte nada, Mac. Así que haz lo que creas que debes hacer, porque yo haré lo mismo.

Toda la conversación transcurrió entre sonrisas tensas para que Nita no se diera cuenta de que estábamos hablando de ella. Cuando por fin Mac se metió en el coche, yo me quedé allí plantado en el porche mirándolos alejarse, siguiendo las luces hasta que estuvieron demasiado lejos de la casa como para verlos. Fue entonces que maldije. El proteccionismo que el *sheriff* estaba teniendo hacia Nita me había molestado en lo más hondo, sin saber por qué. No supe reconocer los celos que empezaban a consumirme porque él sabía cosas de ella que, probablemente, yo jamás llegaría a conocer. Porque él tenía una relación con ella que yo nunca conseguiría. Porque Nita confiaba en él como jamás llegaría a confiar en mí.

Entré y di un portazo que hizo que los cristales de la puerta vibraran. Elsa salió de la cocina, con la manos mojadas, y me miró enfadada.

—¿Quieres hacer el favor de no hacer tanto ruido? No son horas, y me ha costado mucho hacer que Miki se durmiera después de... la locura que Charlie le ha metido en la cabeza.

—Lo siento, no lo pensé.

—Ese es tu problema, que no piensas —rezongó, metiéndose en la cocina de nuevo.

Yo fui detrás de ella, arrastrando los pies. Saqué una cerveza de la nevera y me senté en uno de

los taburetes de la isla central. Bebí en silencio observando cómo Elsa hacía su trabajo, aclarando los platos antes de meterlos en el lavavajillas.

—Elsa, ¿qué piensas de mí?

La pregunta me salió sin proponérmelo. Ella se quedó quieta un instante, pero después siguió con su tarea.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que qué opinión tienes sobre mí.

Se quedó callada durante unos instantes. Pensé que no iba a contestarme, algo que no sería extraño, al fin y al cabo era una empleada de mi familia y yo no tenía por qué hacerle preguntas de tipo personal, pero cuando estaba a punto de darme por vencido, cerró el lavavajillas y se sentó delante de mí para mirarme fijamente a los ojos.

—Las mujeres que han pasado por tu cama creen que eres un hombre sin corazón ni sentimientos. Las que todavía no lo han hecho, también, pero cada una de ellas tiene la secreta esperanza de ser la elegida que hará que te enamores, y te cambiará. Por eso siguen cayendo en tus trucos a pesar de la fama que te precede.

Eso lo sabía, era la imagen que me había cuidado mucho de mostrar ante todo el mundo, sin saber por qué lo hacía.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Oh, antes de conocerte bien pensaba que eras uno de esos tíos que solo se quieren a sí mismos y que eras incapaz de enamorarte en serio.

—¿Y ahora que me conoces mejor?

—Sigo pensando que eres incapaz de enamorarte, pero por otro motivo muy distinto.

—Y, ¿qué motivo es ese?

—No sé si te gustará oírlo —dudó. Dejó de mirarme a mí para mirarse las manos—. Solo soy una empleada, Knox, y además, una que ni siquiera se graduó en el instituto. ¿Qué sé yo de esas cosas!

—Eres más inteligente de lo que quieres hacer creer, Elsa. Y no te preocupes, lo que digas no saldrá de aquí aunque no me guste. Si temes que haga algo para que te despidan...

—¡No! No es eso, sé que tienes buen corazón y que no harías algo así. No es eso. Es que... no sé, parece que en estos meses hemos empezado una buena amistad, y no me gustaría fastidiarlo por meterme donde no me llaman.

—Bueno, sí te llaman cuando te lo estoy pidiendo directamente, ¿no? —la rebatí con una sonrisa—. Necesito saberlo, Elsa, porque estoy hecho un lío.

—Es la chica nueva, ¿verdad? La ayudante del *sheriff*. He visto cómo la miras.

Asentí con la cabeza, no atreviéndome a decirlo en voz alta porque, ¿cuánto hacía que conocía a Nita? ¿Días? ¿Y cuántas veces había hablado con ella? ¿Tres? Era una locura sentir una conexión tan fuerte con alguien a quién, en realidad, no conocía. Pero ahí estaba, y quería saber por qué me daba tanto miedo.

Elsa suspiró y asintió con la cabeza.

—Está bien, pero seguramente lo que voy a decirte no te gustará nada.

—Soy un chico grande, Elsa —bromeé.

—Hay cosas para las que nunca somos lo bastante mayores, Knox, sobre todo cuando se trata de nuestros padres.

—¿Qué tiene que ver..?

—Es por tu madre, Knox. Por eso te niegas a dejar que tu corazón sienta algo. Te escondes detrás

de una pared de hormigón porque, en el fondo, tienes miedo de amar y que te vuelvan a dejar.

—Mi madre no me dejó. Se murió.

—Sí, pero no hay diferencia, ¿verdad? Porque el resultado es el mismo: alguien a quién amabas profundamente te dejó solo, rompiéndote el corazón. Y se llevó a tu padre con ella, porque aunque él siga aquí, durante todos estos años es como si no hubiese estado. Es solo miedo a salir herido de nuevo, lo sé muy bien, porque estoy en una situación parecida.

A Elsa, su novio la había abandonado cuando se quedó embarazada, y su familia le dio la espalda porque se negó a abortar. Se encontró embarazada y sola, sin nadie en quién apoyarse o que la ayudara. Tuvo que recurrir a los servicios sociales, y pelear muy duro para demostrar que era capaz de cuidar del pequeño Miki, siempre con el miedo de que decidieran que no era apta y se lo quitaran.

—Puede que tengas razón —susurré. Sus palabras no me habían sorprendido porque, en el fondo, ya lo sabía aunque jamás lo había aceptado. ¿Cómo puede asumir alguien que es un tullido emocional?—. Pero, ¿qué puedo hacer para cambiarlo?

—Eso no lo sé, Knox. También estoy buscando la respuesta a ese problema. Si la encuentro, ya te lo diré.

Capítulo cinco

Mi madre no paró de llamarme por teléfono varias veces cada día para que fuera a pasar las Navidades con ellos. Me resultó una tortura decirle una y otra vez que no pensaba ir, que me era imposible, que acababa de empezar en un trabajo nuevo y que tenía que cumplir lo que se esperaba de mí. Ella nunca ha entendido por qué es tan importante para mí ser policía, aunque sea de un pueblucho de mala muerte perdido en mitad de Montana. Mi madre, criada en la mejor tradición republicana, pensaba que la mujer debía casarse y tener hijos, y dejar todo lo demás a los hombres, que para eso eran hombres.

Las calles de Cascade seguían nevadas. Hacía días que no caía ni un copo, pero con el frío era imposible que la nieve se deshiciera, aunque eso no impidió que los habitantes decoraran las calles y las casas con luces de colores, figuras de Santa Claus, renos, guirnaldas de papel, y mil cosas más. El pueblo parecía sacado de un cuento de Navidad, y eso me deprimía todavía más.

Nunca había sido un problema pasar sola estas fechas, porque por un lado el trabajo en narcóticos me absorbía, y por otro, siempre había un día en que nos juntábamos todos los compañeros y lo celebrábamos. Habían sido mi familia desde que mis padres decidieron irse a vivir a Florida, cuando mi padre se jubiló, aunque antes no es que fuéramos precisamente un ejemplo a seguir. Mi relación con mi padre siempre fue tensa, y mi madre nunca logró comprender cómo había sido posible que pariera a una niña como yo, revoltosa, contestona y poco femenina. De pequeña me ponía esos ridículos vestidos con volantes y cintas en el pelo, que me duraban cinco minutos porque eran incómodos para jugar a béisbol, o para subirme a los árboles. Con once años se rindió, y dejó que fuese yo misma quién escogiera mi ropa. A partir de ese momento, las faldas y los vestidos dejaron paso a los pantalones y las camisetas.

Pero en Cascade no tenía a nadie. Mi relación con mis compañeros todavía era inexistente fuera del trabajo, y no parecía que fuese a hacerse mejor con el tiempo. Eran cordiales, sí, y se mostraban amables conmigo, pero captaba en ellos cierto resentimiento hacia mí por ser forastera y haber llegado para ocupar un cargo de responsabilidad que seguro cualquiera de ellos se creían mejor capacitados que yo para desempeñar.

Y puede que tuvieran razón, aunque no estaba dispuesta a admitirlo ante ellos.

Esa semana hice las rondas con Mac. Era la mejor manera de ir haciéndome con el trabajo, y que la gente me conociera y se fuera acostumbrando a mí. No hubo ningún problema, excepto un día que hubo un altercado en el Winters. Belle nos llamó porque había un borracho buscando pelea. Hasta el momento nadie había caído en sus provocaciones, pero eran las siete de la tarde, el lugar estaba empezando a llenarse, y todos sabemos qué ocurre cuando hay demasiada testosterona concentrada en un mismo sitio.

Llegamos en un momento, una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño. Al entrar, Mac me hizo un gesto con la mano, diciéndome así que me encargara yo. Alcé una ceja y sonreí de medio lado. ¿Pensaba que iba a asustarme de un simple borracho? Me había medido con la peor calaña en Boston, cómo iba a asustarme de un borracho. Aunque fuera un gigante peludo que me sacaba un palmo, y pareciera un puto armario empotrado. ¿Es que en este maldito pueblo ni los borrachos eran hombres normales, por Dios?

Comprobé que llevaba el arma bien asegurada en su funda. No sería la primera ni la última vez que un descuido por parte de un poli hacía que algo de base trivial acabara en tragedia. No me iba a

pasar a mí, ya tenía demasiadas cosas sobre mis espaldas. Si acababa forcejeando con él y el tío tenía la mala idea de intentar robarme el arma, se iba a dar con un canto en los dientes.

Me acerqué a él con decisión. El tío estaba en mitad del bar. Se balanceaba como si estuviera a bordo de un bote y el oleaje lo golpeará con furia, y sacudía los brazos mientras bramaba contra las mujeres y arengaba a los hombres en contra de ellas. Genial, borracho y misógino.

—Eh, tío listo, estás molestando. ¿Por qué no sales a que te dé el fresco un rato? —le dije.

Vale, no fue la mejor manera de acercarme a él, pero ¿qué coño sabía yo de tratar con este tipo de gente? La academia había quedado muy atrás en el tiempo, y los drogatas con los que solía tratar en mi anterior trabajo, sabían cómo me las gastaba y no intentaban joderme la vida.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo el mastuerzo.

Sonó algo así como «faisha gué denemosh aguí», pero lo entendí perfectamente.

—Tienes a una ayudante del sheriff muerta de frío, deseando que su turno acabe, y sin ningunas ganas de tener que lidiar con un armario empotrado borracho como una cuba, pero mira, la vida es injusta. ¿Por qué no nos haces un favor a los dos, y sales a la calle por las buenas?

—¿Por las buenas? ¿Y qué pasará si me niego? ¿Harás pucheros para ver si tus lágrimas me conmueven?

Se inclinó hacia mí y casi me intoxico con su aliento, pero me negué a dar ni un solo paso hacia atrás. Los borrachos son como los perros, a la que les demuestras miedo, se te echan a la garganta.

—Pues que me tocará sacarte por las malas.

—¿Tú y cuántos más? ¿Vas a pedir ayuda a la caballería?

Levantó una mano, no sé si para tocarme o para qué, pero vi mi oportunidad y la aproveché. Le cogí la mano, la retorcí, giré con rapidez, y al cabo de cinco segundos estaba en el suelo, de rodillas, con el brazo en la espalda y aullando de dolor.

—Esto es lo que pasa cuando no consigo las cosas por las buenas —le dije. Ni siquiera me di cuenta de que se había hecho el silencio en el local—. ¿Vas a salir por propia voluntad, o tiro de tu brazo para sacarte?

—Ya me voy, ya me voy —gimió.

No debí fiarme de él, pero tampoco soy cruel y decidí darle una oportunidad. Bastante lo había humillado ya. Craso error. En cuanto lo solté, intentó abalanzarse sobre mí. Supongo que pensó que si me cogía desprevenida, podría conmigo gracias a su corpulencia. Ese error fue de él, porque no pensó en que estaba de rodillas y borracho como una cuba. Finté, esquivé sus manos, y lo agarré de la nariz. Humillante, pero efectivo. Lo saqué a rastras del local, tirando de su nariz mientras me seguía andando de rodillas, y lloriqueando. No oí los aplausos hasta que volví a entrar.

—Has hecho un trabajo estupendo —me felicitó Mac.

—Me tienes que enseñar cómo lo has hecho —dijo Belle, dándome un abrazo—. Cada vez que Sam baja de las montañas y se emborracha, tiemblo porque nunca puedo controlarlo.

—Cuando quieras —le aseguré, y lo dije en serio. No me importaba compartir mis habilidades y mi experiencia con ella.

El resto de la semana fue más o menos tranquilo. Alguna disputa vecinal, un par de hurtos en la tienda cuyo ladrón resultó ser uno de los pocos adolescentes problemáticos que vivían en el pueblo, y poco más.

Cuando llegó la noche de Navidad ya estaba mentalizada para pasarla a solas, pero entonces Mac se apiadó de mí y me obligó a pasarla con él y su familia. Fue divertido, sobre todo a partir de que convencí a su madre que no tenía ninguna intención de *cazar* a su hijo como marido. No hubo ninguna urgencia aquella noche, ni al día siguiente, y todo transcurrió en paz y tranquilidad.

Empecé a cogerle gusto a esto de vivir en un pueblo.

Las Navidades fueron una auténtica locura. Tener la casa llena de gente la convirtió en un puto manicomio del que no pude huir durante tres días seguidos, pero ver a mi cuñada tan feliz hizo que fuera soportable.

Clara era huérfana. Su madre la había abandonado a los pocos días de nacer, dejándola sola con su padre, y este murió cuando ella tenía doce años. Desde entonces había estado sola, bajo la tutela de protección de menores, que la habían enviado de una casa de acogida a otra, y no había sido una experiencia especialmente reconfortante. Por eso todos nos desvivimos para que aquellas Navidades, las primeras que pasaba como miembro de nuestra familia, fuese la mejor de todas; y por eso aceptamos, aunque fuese a regañadientes, que nos llenara la casa de primos, primas, tíos, tías, sobrinos, sobrinas, y otra fauna familiar.

Aunque tener que compartir el dormitorio con otros tíos no fue una experiencia agradable; y oír sus quejas por no poder dormir con sus mujeres, tampoco.

—Ya no somos niños, joder —protestaba uno—. Cuando éramos pequeños era divertido dormir en el puto suelo, en un colchón hinchable. Pero entonces no os apestaban los pies, ni Terry roncaba.

—Yo no ronco —protestó el susodicho dándose la vuelta y aporreando la almohada.

—Mis cojones, que no.

Cinco hombres adultos intentando dormir ahí, una puta locura. Y eso sin contar lo cuescos que alguno se soltó y que casi hacen que nos muramos ahogados.

—No quiero oír ni una puta queja delante de Clara, —les advertí—. Si os pregunta, ha sido absolutamente maravilloso y hemos vuelto a sentirnos como cuando éramos niños.

—Todo lo que quieras, pero si el año que viene va a ser igual, yo no vengo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Para el año que viene ya tendremos el resort funcionando, imbéciles. Ya me ocuparé yo de organizarlo allí con tal de no oler vuestros pedos.

Pero todo valió la pena, solo por ver el brillo de alegría en los ojos de mi cuñada, y oír su risa por toda la casa. Incluso Kaden olvidó sus preocupaciones y se permitió disfrutar, eso sí, sin dejar de revolotear alrededor de Clara intentando evitar que ella se cansara demasiado, algo casi imposible de conseguir. Éramos muchos, y Elsa no podía con todo ella sola, así que para evitar que a mi hermano le diese un ictus los tres hermanos nos arremangamos y nos metimos en la cocina, cumpliendo todas sus órdenes hasta que el resto de mujeres de la familia nos echaron de allí para hacerse cargo de todo.

Fue una Nochebuena inolvidable, y un día de Navidad perfecto. Durante los cuales no pude dejar de pensar en Nita, preguntándome en dónde estaría, o si estaría pasando estas fechas familiares estando sola.

Estuve varias veces a punto de llamar a Mac para preguntárselo, pero después del numerito que me montó la tarde que estuvieron aquí, pensé que no era una buena idea. Sobre todo porque el muy cabrón se negaría a darme el número de Nita y acabaríamos cabreados. No es bueno andar mosqueando al *sheriff*. Pero tenía que hacerme con su número de alguna manera, y la opción más lógica era pedirle ayuda a Clara.

Aunque hubo una cosa que no fui capaz de prever.

Me acerqué a Clara el mismo día en que la casa quedó por fin vacía. Kaden y Keitan habían ido con Charlie para echar un vistazo al rebaño y echarles de comer. En invierno no hay mucho pasto, y hay que asegurarse que comen lo suficiente para que no enfermen o mueran.

Clara estaba sentada en el salón con una pequeña libreta en la mano y tomando notas mientras miraba alrededor. De vez en cuando anotaba algo, y después se daba golpecitos con el lápiz en los labios, como si estuviera pensando.

—¿Qué haces? —le pregunté sentándome a su lado en el sofá.

—No me gusta este salón. Es demasiado... masculino. ¿Os molestaría si lo redecorara?

—A mí me da igual —le contesté encogiéndome de hombros.

—Es que me agobia tanta madera. Y es demasiado oscuro a pesar del ventanal que tiene.

El salón tenía las paredes recubiertas de madera de abeto rojo, igual que el parquet, y los muebles también eran oscuros.

—Tienes razón, es bastante deprimente.

—Casi toda la casa lo es —susurró—. Hay demasiada tristeza acumulada en ella, Knox. Demasiada. Quiero llenarla de colores y alegría. No quiero que mi hijo crezca en un lugar tan lúgubre.

—Tienes mi voto a favor, Clara. Y no creo que Kaden o Keitan sean un problema.

—Ya, sé que el único al que no le gustará será tu a padre. Y no sé cómo enfrentarme a eso.

—Tú no tienes que enfrentarte a nada. Déjanoslo a nosotros.

La casa estaba igual que en la época en que murió mi madre. Mi padre la había mantenido así por ella, pero Clara tenía razón, era hora de hacer cambios, olvidarse del dolor del pasado y afrontar el futuro. Kaden y Clara iban a tener un hijo, una nueva generación de Wescott estaba en camino, y no podíamos permitir que creciera en una casa que era un museo dedicado a la memoria de nuestra madre.

—Eres un amor, aunque estoy tentada de preguntarte qué quieres a cambio —me dijo mirándome con los ojos entrecerrados.

—¡Clara! No quiero nada a cambio, y la duda me ofende.

—Knox, no has venido hasta aquí para ver qué estaba haciendo. A estas alturas, nos conocemos demasiado bien. Tenías algo en mente. Venga, escúpelo.

—Que conste que no te lo pido a cambio de nada. Aunque me digas que no, seguiré de tu lado en lo de poner la casa del revés, ¿ok?

—Entendido. Ahora, dime qué necesitas.

—Que me consigas un número de teléfono.

Parpadeó, confusa. Entrecerró los ojos hasta convertirlos en una rendija por la que a duras penas podía verse el iris.

—¿El teléfono de quién?

—El de Nita, la nueva ayudante del *sheriff*.

—¿Y por qué no se lo pides directamente, si tanto te interesa?

—Porque dudo que me lo dé. Es evidente, ¿no?

—¿Y para qué lo quieres?

—Pues para poder llamarla. ¿Por qué haces preguntas tan tontas?

—No son preguntas tontas, tú das respuestas obvias. Y me has entendido perfectamente. Tú nunca persigues a mujeres que no están interesadas en ti. Y si sospechas que la nueva ayudante de Mac no va a darte su teléfono si se lo pides, es porque no tiene ningún interés en ti. ¿Es que piensas acosarla?

—Joder, Clara, tú solo dime si vas a hacerme el favor o no. ¿A qué viene este tercer grado?

—¡Y lo pregunta el que dice que yo hago preguntas tontas!

—Me estás volviendo loco —gemí, desesperado, y ella se echó a reír.

—Está bien —me dijo al fin—, te conseguiré su número de teléfono, pero por una sola razón: tengo ganas de verte enamorado, y tengo la impresión de que esta mujer te ha dado fuerte en la cabeza.

—No digas tonterías —mascullé, y me maldije. ¿Tanto se me notaba?

—Sí, claro, tonterías... Tendrías que haberte visto la cara la noche que cenó aquí. Cada vez que Keitan coqueteaba con ella, parecía que ibas a saltarle al cuello y ahogarlo. Y cuando hablaba ella, la mirabas embobado.

—Estás loca.

—Sí, sí... loca.

Poco a poco me fui haciendo con la vida en Cascade, y también con mi trabajo. Mac tenía razón cuando me dijo que las cosas por aquí solían ser tranquilas, y más en invierno. Me ocupaba de cosas que no tenía ni idea que fueran de mi responsabilidad, como avisar a los quitanieves cuando alguna calle acumulaba más nieve de la deseable, visitar un par de veces al día a la señora Roschild, una anciana que vivía sola a media hora del pueblo, o llevar hasta sus casas a los adolescentes que pillaba haciendo travesuras, deseando que las vacaciones de Navidad terminaran de una vez para que todos volvieran a estar ocupados en sus clases.

Dos días antes de fin de año, fui a los grandes almacenes para echar un vistazo. Me había propuesto cambiar toda la decoración de mi apartamento, empezando por quitar el papel horrible que tenía, demasiado campestre para mi gusto, y darle un par de manos de pintura. Quería modernizarlo un poco, convertirlo en algo más acorde conmigo y mi personalidad.

Mac me había dicho que en los almacenes Summer podría encontrar de todo, y que lo que no tuvieran en stock, podría encargarlo y en dos días lo tendrían. Así que aproveché mi primer día festivo para ir a echar un vistazo.

El edificio ocupaba casi toda una manzana. Era enorme y tenían de todo, desde electrodomésticos hasta vestidos de noche, pasando por maquillaje, monos de trabajo y, sí, también tenían pintura para paredes, todo repartido en estanterías bien organizadas.

Me paseé un rato, curioseando. No tenía demasiado dinero para poder gastar, y no iba a invertir mis ahorros en un apartamento que era de alquiler, pero había cosas que me llamaron la atención y me las apunté mentalmente para ir haciéndome con ellas. Me había dejado muchas cosas en Boston, metidas en el trastero, pero eran objetos y muebles que pertenecían a mi vida anterior. Si todo iba bien en Cascade, quizá en primavera me llegaría hasta allí y me traería las pocas que quería conservar, y me desharía de las demás.

Hasta quizá me metería en una hipoteca y me compraría un apartamento que fuese mío. En Boston nunca había llegado a decidirme a hacerlo, como si supiera que mi vida no iba a transcurrir en esa ciudad. Pero aquí, en este pueblecito de «mierda», como me repetía mi madre cada vez que me llamaba por teléfono, empezaba a sentirme bien, a dormir mejor, a respirar de verdad. Me sentía feliz, sin saber muy bien por qué. Quizá también tenía mucho que ver el haberme alejado de los lugares en los que había pasado tanto tiempo con Mike. En Cascade nada me lo recordaba, y aunque seguía pensando en él, y todavía le daba vueltas a la noche en que murió, ya no me pesaba tanto.

Y eso era algo que hacía que me sintiera culpable, como si de alguna manera lo estuviera

traicionando.

—¡Hola! Nita, ¿verdad?

Me giré hacia la voz cantarina que sonó a mis espaldas, y me encontré con Clara, la cuñada de Knox.

—Hola. Sí, esa soy yo.

—Uf, me alegro de no haberme equivocado. Soy un poco olvidadiza con eso de los nombres. — Se rio, tapándose la boca con la mano libre. La otra la tenía apoyada en el bastón con el que se ayudaba a caminar—. ¿Estás buscando algo en especial? Puedo llamar a Hannah para que te eche una mano. Esto es enorme y, por lo menos yo, siempre me pierdo cuando vengo.

—No, pero gracias por el ofrecimiento. —No quería ser antipática, de verdad que no, pero nunca he sido una persona demasiado sociable, y no sé qué hacer cuando alguien se acerca a mí y es amable—. En realidad ya he encontrado lo que buscaba, pero me apetecía darme una vuelta y echar un vistazo. Tienen muchas cosas y quiero redecorar un poco mi apartamento.

—¡Qué casualidad! —exclamó, para acto seguido acercarse a mí y hablar en un susurro, como si lo que me estuviera contando fuese un secreto—. Yo quiero hacer lo mismo con la casa Wescott, aunque mi marido todavía no lo sabe. —Soltó una risita, como una niña planeando una travesura—. Es que esa casa tiene demasiado dolor acumulado, ¿sabes?

No, no lo sabía, y aunque me abrió la curiosidad, no me atreví a pedirle que me lo contara.

—Entiendo lo que quieres decir. —¿No había estado pensando hacía un minuto, algo parecido sobre mi apartamento en Boston, y los lugares a los que iba con Mike?

Ella me miró frunciendo los labios.

—Sí, lo sabes, ¿verdad? —Suspiró—. Algún día te pediré que me lo cuentes, cuando seamos amigas —afirmó—, pero mientras tanto, ¿qué te parecería unirme a las comidas dominicales con mis amigas? Te encantarán. Están un poco locas, pero son buenas tías. Hannah es la jefa aquí, los almacenes son de su padre; y Britt es profesora en la escuela de primaria. Nos reunimos cada domingo para comer juntas, y contarnos nuestras cosas. Gracias a ellas me sentí como en casa cuando llegué a Cascade.

—¿No eres de aquí? —pregunté, extrañada. Sí que su aspecto era raro para un pueblo como aquel, con su ropa llena de colorines, y su pelo teñido de lila; pero no me había imaginado que fuese una forastera, como yo.

—¡Qué va! Nací y crecí en Nueva York.

—¿Y cómo viniste a parar aquí?

Enfocó sus ojos negros en mí y me miró fijamente, como si me estuviera estudiando.

—¿Sabes qué? Que te lo contaré si vienes a comer con nosotras. ¿Qué me dices?

No lo pensé. No tenía a nadie allí excepto Mac, y toda mujer en el mundo necesita amigas, ¿verdad? Clara me estaba ofreciendo la oportunidad de serlo, y además, no iba a desaprovechar la ocasión de saber más cosas de Knox, porque, ¿quién mejor que su cuñada para proporcionarme información?

—Que de acuerdo. Aunque estaré trabajando y no sé el tiempo que podré quedarme.

—Bueno, pero las ayudantes del *sheriff* también tienen que comer, ¿verdad? —Se rio—. ¡No os alimentáis del aire!

—Te aseguro que no —me reí también, dándome una palmada en las caderas—. Y estas son testigos de eso.

—Pues ven, voy a presentarte a Hannah, que está por aquí. ¡Hannah! —gritó, y algunas caras se giraron para mirarnos, lo que me hizo sentir un tanto cohibida por un lado, y por otro, me entraron

ganas de reírme también.

—Está atrás, en el almacén, Clara —dijo una voz masculina desde otro pasillo—. Ve a la caja y espérala allí, que voy a decirle que la buscas.

—Muchas gracias, guapo. Dale recuerdos a tu madre.

—De tu parte.

Clara se agarró a mi brazo y se apoyó un poco en mí mientras caminábamos.

—Esto de estar embarazada está resultando ser un poco más difícil de lo que pensaba —murmuró.

—¿Estás embarazada? No lo sabía.

—Pocas personas lo saben aún, y te agradecería que no lo comentaras con nadie. Kaden y sus hermanos ya me tienen bastante loca, preocupándose y vigilándome constantemente como halcones.

—¿Son pesados?

—Uf, ni te lo imaginas, y todo porque no voy a poder dar a luz de forma natural por culpa de mi cadera, y tendrán que programar una cesárea.

—Vaya, lo siento. —No sabía qué otra cosa podía decirle.

—Bah, —agitó una mano en el aire—, no tienes porqué. No voy a ser la primera mujer en dar a luz así, ni seré la última. Solo que Kaden y sus hermanos son un tanto sobre protectores conmigo. Son buenos muchachos, ¿sabes? Knox y Keitan, a pesar de su fama.

—Sí —me reí—. Su fama les precede de largo.

—Lo único que les pasa es que tienen miedo a enamorarse, igual que le pasaba a mi marido. Solo necesitan que aparezca la mujer adecuada para que se dejen de tonterías y se tiren de cabeza a por ella, como hizo Kaden.

—¿Estás intentando vendérmelos? —le pregunté sonriendo. Si aquello me lo hiciera cualquier otra persona me enfadaría, y mucho. Pero era imposible enfadarse con Clara, me di cuenta entonces. Absolutamente imposible.

—Intento vendérselos a toda mujer que se cruza en mi camino —confesó, contrita—. Tengo alma de alcahueta, ya te irás dando cuenta. Por cierto, tú y Mac no estaréis liados, ¿no?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué preguntas eso?

—Bueno, os conocéis desde hace mucho, eso es evidente. Y confía en ti.

—Nos conocimos hace años, sí, en la academia de policía de Boston. Te contaré la historia —contraataqué, haciéndole lo mismo que me había hecho ella—, este domingo, mientras comemos.

Clara se puso a reír mientras llegábamos a la caja. Una chica rubia, de pelo ensortijado, venía hacia nosotras caminando muy decidida, y me dirigió una mirada nada amigable.

—Hola, Clara —dijo cuando llegó hasta nosotras—. Fred me ha dicho que me estabas buscando.

—Sí, cariño. —Se dieron dos besos, pero no de esos falsos que había visto muchas veces, de aquellos que ni rozaban la mejilla por temor a estropear el maquillaje—. Quiero presentarte a Nita, es la nueva ayudante del *sheriff*, y vendrá a comer con nosotras los domingos. Espero que no te parezca mal.

—¿Y no tiene que estar trabajando? —preguntó. Se veía a la legua que yo no le gustaba. Su voz emitía una animadversión que era palpable en el aire.

—Ahórrate tu mala leche, cariño. No tiene ningún interés en Mac —le dijo frotándole el brazo con cariño. Después se giró hacia mí—. Hannah está enamorada del *sheriff* desde hace años, pero el muy capullo no le hace ni caso.

—¡Clara! —gritó la aludida, mirando a su alrededor para ver si alguien había oído a su amiga.

—¿Qué?

—Que no tienes que ir contándoselo a todo el mundo.

—No se lo cuento a todo el mundo. Solo a ella, para que entienda esa mirada que le has echado.

—Te aseguro que Mac y yo solo somos amigos —le confesé—. Nada más.

—Está bien. Entonces puedes unirte a nosotras los domingos.

—¡Estupendo! —Clara aplaudió como una niña que se había salido con la suya—. Ahora danos tu teléfono, así podremos *whatsapear* entre semana y contarnos todos los cotilleos.

No pude decirle que no, y así fue como me vi incluida en la pandilla de Clara, la cuñada del hombre que me estaba quitando el sueño, y del que me quería mantener lo más alejada posible.

Cuando Clara volvió de Cascade, yo estaba en el cercado observando a los caballos. Los había sacado para que se ejercitaran y los estaba viendo correr, embelesado. La vida en el rancho no era algo que yo hubiera elegido si hubiese estado en mi mano hacerlo, pero había momentos, como aquel, en que me alegraba de estar allí.

Clara debió verme desde la casa, porque se acercó hasta donde yo estaba sin bajarse del flamante coche que mi hermano le había regalado hacía unos meses. En invierno, con toda la nieve acumulada, le era difícil desplazarse caminando por culpa de su pierna.

Bajó del coche, se tapó la cabeza con la capucha del chaquetón, y vino hacia mí. Vi que tenía dificultades, y que ponía una expresión de fastidio con cada paso que daba, así que me acerqué yo a ella en varios pasos y la cogí en brazos.

—¡Eh! ¿Por qué todos los hermanos creéis que tenéis el derecho a tratarme como si fuera una inválida?

—Porque eres nuestra hermanita —le contesté, riéndome porque sabía que estaba bromeando—. Nuestra hermanita embarazada. Y porque si Kaden se entera de que no te protegemos cuando él no está presente, nos mata.

—Sois unos hombres maravillosos —me dijo mientras la bajaba al lado de la cerca—. Es una lástima que os empeñéis en parecer lo contrario. Cualquiera mujer sería muy feliz si os enamoráis de ella.

—¿Amor? Buf, *vade retro*, cuñada. Ni lo menciones. El amor es una trampa.

—¿A ti te parece que Kaden está viviendo en una trampa?

—Kaden ha tenido suerte. No hay muchas mujeres como tú por el mundo.

—Afortunadamente para el mundo —se rio—. Ahora en serio, Knox, ¿nunca vas a permitirte amar?

—No me gusta el cariz que está tomando esta conversación.

Se quedó callada, mirando correr a los caballos. Dante, el caballo de Kaden, estaba haciendo cabriolas provocando a los demás. Era un animal precioso, con mucha energía, con el pelo brillante y las crines largas alborotadas. Los demás le seguían el juego, no en vano era el macho alfa de la pequeña manada.

Miré el reloj. «Media hora más, —pensé—, y sacaré a las yeguas».

—Me preocupas, Knox —dijo finalmente, cuando ya pensé que se había olvidado de hablar—. Me preocupas tú y lo que tengas planeado para Nita. Parece una chica muy vulnerable.

—¿Vulnerable? —me asombré—. Nita es una chica dura. ¿No has oído lo que hizo con Sam?

—El cuerpo y el corazón son dos cosas diferentes, Knox. Deberías saberlo. Que sea capaz de tumbar a un borracho que abulta tres veces más que ella, no significa que su corazón no sea delicado.

—Clara, no la conoces —me enfurruñé. Lo hice porque estaba poniendo en voz alta todos los motivos por los cuales debería dejar en paz a la ayudante del *sheriff*, pero yo no quería oírlos.

—Tienes razón, no sé nada de ella, pero hemos estado hablando hace un rato. La veo perdida, Knox, y sola. Muy sola. ¿Qué crees tú que la trajo aquí? Porque si lo piensas detenidamente, no hay ningún motivo aparente por el que una mujer como ella, lista, inteligente y una profesional como la copa de un pino, acabe de ayudante del *sheriff* en un pueblo como el nuestro. ¿No te has parado a pensarlo?

—Tu cabeza trabaja demasiado —bromeé dándole un pequeño toque con el dedo en la frente.

—Es lo que tiene no tener nada que hacer —gruñó—. Ni siquiera Elsa me deja ayudarla en las cosas de la casa. Nita me cae bien, Knox. Cuando la miro, me veo a mí cuando llegué al rancho, tan perdida y sola. No quiero que le hagas daño.

—¡Yo no quiero hacerle daño! —protesté. Y era verdad. Aunque a veces, lo hacemos sin querer, ¿no?

—Lo sé. Sé que no es tu intención. Pero no quiero que juegues con ella al ratón y al gato. Las demás mujeres que hay por aquí te conocen, saben cómo eres y la fama te precede. Pero ella acaba de llegar.

—Sabe perfectamente la fama que tengo —me tocó a mí el turno de gruñir—. Me caló el primer día.

—Lo que yo decía, es demasiado lista para haber venido aquí a trabajar sin un motivo.

—¿Y a qué viene todo esto? —le pregunté, un poco cansado. No me estaba gustando que Clara me juzgara igual que lo hacían todos los demás. Ella me conocía mejor que eso.

—Porque he conseguido su teléfono, pero no sé si dártelo.

—¿Qué? —La cogí por la cintura, la alcé y di varias vueltas con ella en brazos—. ¡Eres la mejor! —reí—. Sabía que lo conseguirías.

—¡Oh, bájame, loco! —gritó, riéndose también—. ¡Bájame!

Obedecí, y al ponerla en el suelo, le di un beso en la frente.

—Vamos, dámelo.

—No.

—¿Cómo? —Mi cara debió ser un poema, porque se echó a reír de nuevo.

—No te lo voy a dar, hasta que pienses en por qué tienes tanto interés en ella. Quiero que analices tus sentimientos, Knox.

Bufé, incómodo, y me giré para apoyar los brazos en la cerca. La nieve lo cubría todo, aunque el buen tiempo y el sol que había asomado durante los últimos días, habían hecho que gran parte empezara a derretirse, mostrando parches de tierra salpicando el manto blanco.

—Hace poco que la conozco, Clara. ¿Cómo voy a sentir algo por ella?

—Bueno, cuando yo vi a Kaden por primera vez, sentí, y mucho; aunque en aquel momento no pude identificar qué era. Me costó varias semanas darme cuenta de que me había enamorado de él.

—Pues entonces te aseguro que no es amor lo que yo siento por Nita, porque la primera vez que la vi, tuve ganas de echarme a correr y alejarme de ella.

—¿Y por qué quisiste salir corriendo?

—¿Básicamente? Porque me dio miedo. Me miró de una forma que creí que iba a convertirme en un eunuco allí mismo. Y se burló de mí. Me llamó «muñeco de nieve». Todavía lo hace —añadí, fastidiado—, siempre que nos vemos.

Clara sonrió de una manera enigmática, y sacudió la cabeza sin dejar de mirarme.

—Vaya. Cuando se lo diga a Kaden, no se lo va a creer.

—Cuando le digas, ¿qué?

—Que te has enamorado, ¡por fin!

Se echó a reír mientras caminaba con dificultad hacia el coche, apoyándose en su bastón multicolor. Pensé en ayudarla, pero al final me di la vuelta y miré hacia los caballos. Que se fastidiara. ¿Enamorado, yo? Ni de coña. No estaba enamorado de Nita, era imposible. Había hablado con ella, ¿cuántas veces? ¿Tres? ¿Cuatro? Era una mujer irritante, y lo único que me impelía a querer besarla era para conseguir que se mantuviera callada. Aunque no lo había hecho. Lo único que me pasaba era que quería echar un polvo con ella y no lo había conseguido. No importaba que cuando

había tenido la oportunidad, tuve un ataque de caballeridad y me fui, dejándola sola y sin haberle puesto una mano encima, porque me había sentido ofendido. Había intentado utilizarme para olvidar lo que fuese que la había despertado y la había hecho vomitar. Una pesadilla, seguro. Una pesadilla en la que yo no había vuelto a pensar. Porque todo el mundo tenía pesadillas de vez en cuando, ¿no? Aunque, ¿y si ella no las tuviera solo de vez en cuando?

Rememorando aquel momento, me di cuenta que en sus ojos había algo más que deseo por mí. Había también resignación y pesar. Como si algo la estuviese rompiendo por dentro. Claro que todo podrían ser imaginaciones mías. ¿Qué sabía yo de Nita? Nada. Nada de nada. ¿Y cómo puedes estar enamorado de alguien del que no sabes nada? Eso es una estupidez. Una muy grande.

Ya estaba acostumbrada a pasar la noche de fin de año trabajando, y no me supuso ningún problema. Era la primera noche que me quedaba sola en la oficina, atendiendo el teléfono por si había alguna urgencia. Colin, uno de mis compañeros, me había estado enseñando la noche anterior. No es que hubiese mucho que aprender. Contestar, tomar nota, y avisar a quién correspondiera.

No teníamos patrullas de guardia. En un pueblo tan pequeño no hacen falta, por eso los compañeros que les toca pasan el turno en su casa, durmiendo, a no ser que los llamen. Muchas noches ni siquiera es necesario.

Pero la noche de fin de año sí lo es, por precaución. Siempre hay altercados por culpa del alcohol, me contó Mac. Además, los fuegos artificiales que iluminan el cielo a las doce en punto son magníficos, y viene mucha gente de todo el condado para verlos, lo que provoca un aumento puntual de la población durante esa noche, y con ello, más problemas.

Lo que no entendía era por qué me mantenía encerrada entre las paredes de la oficina en una noche como aquella. Había demostrado con creces que era capaz de contener a un bravucón violento sin ningún problema ni ayuda de nadie. Entonces, ¿por qué no me quería en la calle?

—Porque no quiere que la gente te coja miedo.

Me sobresalté al oír la voz. Había estado tan ensimismada en mis pensamientos, que no había oído entrar a Colin. Miré al chico, un joven de poco más de veinte años, con el pelo rubio paja y algunas pecas sobre su nariz. Era joven, pero su cuerpo no pertenecía a un hombre que estaba saliendo de la adolescencia. Delgado pero con músculos definidos, y con una sonrisa sincera y cordial que siempre estaba presente en su rostro.

—¿Cómo dices?

—Que Mac no quiere que la gente te coja miedo.

—¿Estaba hablando en voz alta? —me sorprendí.

—Has murmurado, pero yo tengo buen oído. —Se acercó a mí, arrastrando una silla, y se sentó a mi lado, en la esquina donde teníamos la centralita de teléfonos y la emisora de radio—. ¿Qué tal la noche?

—¿En serio la gente me ha cogido miedo? —me sorprendí. Colin bufó.

—Por supuesto. Nunca nadie había tumbado con tanta facilidad a Sam. Hay quién dice que eres una especie de ninja asesino.

Me eché a reír, no pude evitarlo. ¿Un *ninja* asesino? La gente de Cascade podía tener muchos defectos, pero la falta de imaginación no era uno de ellos, desde luego.

—¡Venga ya! Mac habría podido tumbar a Sam con un brazo atado a la espalda.

—Mac prefiere intentar razonar primero, antes de utilizar la violencia. Y nunca se emplea tan a

fondo como lo hiciste tú.

Eso sí me sorprendió. El Mac que yo había conocido sabía perfectamente lo que era capaz de hacer su cuerpo con el entrenamiento que estaba recibiendo en la academia, y le gustaba alardear de ello. En esa época, me metió en varias peleas solo para demostrarlo. Fue un milagro que no nos expulsaran. ¿Qué le había hecho cambiar?

—Voy a servirte un café —dijo Colin, levantándose—. ¿Quieres?

—No sé cómo podéis llamar café a esa agua sucia que bebéis.

—No se lo digas a Zack —rió él—. Es el que pone la cafetera siempre.

Zack era otro de nuestros compañeros, un hombre bajo y recio, con el cuello tan ancho que podría confundirse con una columna. Cuando Mac me lo presentó me sentí aliviada: no era nada guapo ni atractivo, toda una novedad teniendo en cuenta que los pocos hombres jóvenes de Cascade que había conocido hasta aquel momento, parecían modelos sacados de GQ.

—Pues alguien tendría que decírselo —murmuré.

—Hazlo tú. Contigo no protestará.

—¿Porque soy una *ninja* asesina? —bromeé.

—No, porque eres mujer y le dan miedo —se rio él.

Colin se fue al poco rato, y volví a quedarme sola. Se acercaba el paso de medianoche, el año 2016 iba a despedirse a lo grande mientras yo permanecía encerrada entre las paredes de comisaría. Estuve tentada de llamar a mis padres para felicitarles el año nuevo. Incluso cogí el móvil que tenía al lado para hacerlo. Pero no me apetecía nada escuchar los reproches de mi madre, ni la voz gruñona de mi padre de fondo. Seguían sin comprender por qué había abandonado la policía de Boston para irme a trabajar como ayudante del *sheriff* en un pueblo de Montana. Mi padre pensaba que era una cobarde por haber abandonado al primer escollo, algo que me dolía en lo más profundo; y mi madre seguía creyendo que debía enfocar mi vida en un único objetivo: buscar un marido y formar una familia.

Dejé caer el móvil sobre la mesa con brusquedad y maldije en silencio. ¿Tanto les costaba aceptar mi resolución?

«Los psicólogos son un incordio, pero necesarios. —Podía oír la voz de mi padre la única vez que hablamos después de tomar mi decisión—. Si te pusieron detrás de una mesa a remover papeleo porque consideraban que no estás en condiciones de salir a la calle, deberías haberlo aceptado. Al fin y al cabo eres una mujer».

Ese «al fin y al cabo eres una mujer» fue lo que me sacó de quicio. Como si yo no hubiese demostrado con creces ser una buena agente de policía, y saber hacer mi trabajo mejor que el hombre más cualificado. Mi tasa de arrestos era la más alta del departamento, y la de criminales juzgados y condenados, también. La fiscalía estaba encantada conmigo porque casi siempre conseguía todas las pruebas necesarias, y de la forma correcta. Nunca, ni un solo criminal se había librado por culpa de un error de procedimiento.

Pero mi padre no podía sentirse orgulloso de mí. ¡Claro que no! Para él, al fin y al cabo, solo era una mujer.

—Esto es un error y una muy mala idea.

Esta es la frase que me iba repitiendo a mí mismo durante todo el camino hasta la comisaría. Estuve tentado de desaparecer, esconderme en algún granero o algo, pero sería inútil. Cuando a Clara

se le metía una idea entre ceja y ceja era como un toro en un rodeo, centrado y concentrado solo en quitarse al vaquero que tiene sobre el lomo. En el caso de Clara, la idea central era que yo estaba enamorado de Nita y que debía conquistarla. ¿Que yo negara tal sentimiento? Solo era una contrariedad que no iba a tener en cuenta.

—Si quieres conquistarla, tienes que mostrarle al mismo Knox que nos permites ver a Elsa y a mí.

—Joder, Clara, a ti te quiero como a una hermana, y a Elsa la aprecio. No hay nada sexual por el medio.

—No seas burro, Knox, sabes a qué me refiero. Tienes que dejarle ver al hombre cariñoso, amable y tierno que tienes dentro. El que se preocupa por los demás, el que sabe escuchar, el que nos hace reír...

—Bueno, reírse, eso ya lo hace; aunque no tengo claro si es conmigo o de mí —gruñí.

No sirvió de nada que intentara protestar. Me endilgó una cesta de picnic llena con comida y algo parecido al champán pero sin alcohol, para que se lo llevara a Nita, la invitara a cenar y brindara con ella por el año nuevo.

Así que en cuanto llegamos a Cascade, media hora antes de las doce de la noche, me empujó en dirección a la oficina del *sheriff* ante la divertida mirada de mis hermanos.

—Esta me la pagas —mascullé entre dientes, pero obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un cambio agradable que en lugar de estar riñéndome constantemente por ser un mujeriego, me ayudara y animara a conseguir llevarme a la cama a la mujer que deseaba. Aunque fuese por un motivo equivocado.

Atravesé la plaza 4 de Julio con la nieve por los tobillos, la cesta en las manos, y esquivando a la multitud que se había reunido allí para ver los fuegos artificiales. Pude sentir en mi nuca los ojos aprobadores de mi cuñada y los burlones de mis hermanos.

La oficina del *sheriff* estaba en la misma plaza, al otro lado del ayuntamiento. Me quedé parado unos segundos ante la puerta, preguntándome qué demonios estaba haciendo allí, si lo más probable era que Nita me tirara la cesta y mis buenas intenciones por la cabeza.

—El mundo es de los valientes —me animé a mí mismo, y casi me eché a reír al ser consciente de la estampa que estaba ofreciendo: yo, Knox Wescott, el mujeriego irredento de Cascade (honor que siempre he compartido con mi hermano), acojonado por la mujer que estaba al otro lado de aquella puerta.

Entré sin pensármelo más. Empujé la puerta y la atravesé, dejando que se cerrara por sí misma detrás de mí.

Nita estaba sentada en la esquina donde tenían la radio y la centralita del teléfono. Estaba echada hacia atrás, con las piernas, esas piernas imposiblemente largas que me volvían loco, reposando sobre la mesa. Miraba al techo, y parecía pensativa y enfadada.

Al oír la puerta giró la cabeza hacia mí. Entrecerró los ojos, bajó la vista hasta mis manos, donde tenía agarrada la cesta de picnic, y arrugó el entrecejo. Tuve el impulso de proteger mis partes nobles poniendo la cesta delante, y lo hice de forma inconsciente, en un arrebató. Tenía la misma mirada que el día en que la conocí, la que me decía que era capaz de arrancarme la polla de cuajo de un solo mordisco.

Me quedé allí quieto, maldiciendo a Clara por su idea, a mí por mi fijación con Nita, y al mundo por... por lo que fuese.

—¿Qué haces aquí, muñeco de nieve? —me preguntó bajando las piernas y poniendo los pies en el suelo. Se inclinó hacia adelante, puso el codo sobre la mesa y apoyó el rostro en la mano, sin dejar

de mirarme.

Yo levanté la cesta para mostrársela, en un acto de paz y concordia. Parecía que estaba a punto de saltar sobre mí y no precisamente en el buen sentido.

—Te he traído esto de parte de Clara. Mac le dijo que estarías aquí, sola, y ha pensado que no era bueno que pasaras el primer fin de año sin estar acompañada.

Mal. Mal. Muy mal, Knox. Tenías que haber dicho que era idea tuya. ¡Serás idiota!

Pero en lugar de enfadarse, su rostro se dulcificó e incluso llegó a sonreír.

—Clara es muy amable preocupándose por mí.

—Así es Clara.

Yo también sonreí, y me atreví a dar unos pasos en su dirección. Después de todo, el mundo es de los valientes, ¿no?

—¿Dónde pongo esto? —Señalé la cesta que llevaba en las manos—. Tenemos sandwiches de pollo y de pavo, ensalada, pastel de carne y unas cuantas cosas más. Igual Clara pensaba que iba a alimentar a todo un regimiento —bromeé.

Ella se rio, y mi estómago hizo algo así como encogerse primero, y cosquillas después, una sensación de lo más molesta.

—Aquí mismo.

Se levantó y fue hacia la mesa que había más cerca. Apartó a un lado los papeles que la cubrían y extendió las manos como una azafata de un programa de televisión.

—*Voilà*. Ya tenemos sitio.

—Estupendo.

Empecé a sacar las cosas de dentro de la cesta ante su atenta mirada. Yo la miré de reojo, y juro que la vi relamiéndose.

—¿No has comido nada?

—Llevo aquí desde las cinco de la tarde, y nadie se ha preocupado de traerme nada. Ni yo pensé que no podría salir ni un momento a cenar.

—Entonces estarás hambrienta.

—Un poco, sí. —Sonrió con timidez, y tuve que esforzarme por contener un parpadeo de sorpresa. ¿Nita, sonriendo con timidez? Era preocupante.

—Pues adelante, todo es para ti.

—¿Tú no vas a comer nada? —preguntó, sentándose ante la mesa y lanzándose a por la comida. Le dio un bocado a un sandwich de pollo y se relamió—. Mmmmm, esto está delicioso.

—Yo ya he cenado con la familia, pero voy a esforzarme y te acompañaré. Cenar a solas no es una buena manera de empezar el año.

—Tienes toda la razón.

Hablamos durante un rato mientras cenábamos. Tuvimos suerte y el teléfono no sonó ni una sola vez, así que Nita se fue relajando poco a poco, abandonando el rostro serio y preocupado que mostraba cuando llegué, e incluso bromeó varias veces conmigo.

Me gustaba oírla hablar sobre cómo le habían ido las cosas desde que había llegado a Cascade. No entendí por qué se mostraba tan comunicativa cuando por regla general era como un muro de hormigón que no contaba nada sobre sí mismo. Me habló de su encontronazo con Sam en el Winter, y de lo que Colin le había dicho, que la gente empezaba a tenerle miedo.

—¿Te lo puedes creer? —se rio con ganas—. ¿Es que nunca han visto a una mujer tumbar a un hombre?

—Bueno, no es algo que se vea todos los días. Y menos cuando el hombre es Sam.

Abrí el mosto y saqué las copas. Los minutos corrían rápidos, pronto sonarían las campanadas que daban inicio al nuevo año, y los fuegos artificiales llenarían de luz y color el cielo nocturno. Brindaríamos, beberíamos y...

Me quedé de piedra. ¡Maldita Clara! ¿Cómo no había pensado en lo que vendría después? Por primera vez en mi vida, maldije las tradiciones y al que las inventó.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó, preocupada—. Te has puesto serio de repente.

—No, no, nada —disimulé—. Creo que me he mordido —mentí.

—No me extraña, esto está buenísimo —se rio dándole otro bocado a su sandwich.

Llené las copas. Me tembló un poco el pulso como si fuese un puto adolescente, solo pensando en lo que haría después. ¿Me lo permitiría Nita? ¿O me soltaría un sopapo de los que pasaban a la historia? Sonreí. La tradición es la tradición, y no podía culparme por aprovecharme de ella. Además, por un beso suyo bien valía la pena el riesgo, ¿no?

Se acercó medianoche, y yo contaba cada minuto que pasaba. Seguí hablando con ella, pero mis ojos se quedaban fijos en sus labios sin que pudiese evitarlo. Sí, pasé de maldecir a regocijarme en nuestras tradiciones, sobre todo la que acompañaba la noche de fin de año: el beso. Porque si no besabas a alguien en esta noche tan especial, significaría que pasarías el año en soledad. Por eso nadie se negaba a este beso, por eso todo el mundo lo ofrecía y lo aceptaba, sin importar que el que te lo daba era el hombre que amabas, o el más necio de tus enemigos. Y allí, en la oficina del *sheriff*, no había nadie más: solo Nita y yo.

Me sentí como un adolescente a punto de dar su primer beso. Una ridiculez que me negué a analizar.

Empezaron los fuegos. Nita y yo teníamos nuestras copas en las manos. De repente, me levanté, la cogí de la mano, y casi la arrastro hasta el exterior.

—Ven, vamos. Nadie va a llamar durante los próximos minutos. Puedes salir a ver los fuegos.

—Pero... —intentó protestar, pero no acabó de formular su queja.

Nos quedamos en la puerta, mirando al cielo iluminado. Los cohetes explotaban y derramaban su regalo multicolor, iluminando el cielo oscuro. Palmeras, gusanitos de colores que se quedaban flotando en el aire, cascadas de fuego... mil y una formas que ocuparon el cielo sobre nuestras cabezas.

No solté su mano, y no sé por qué. Me gustaba tenerla allí, rodearla con la mía, notar sus dedos y su palma engarzados entre los míos. Era... como si ese fuese su lugar, como si nuestras manos no tuvieran que estar en ningún otro lugar más que allí.

Fue una sensación extraña la que se apoderó de mí. Dejé de mirar el cielo y los fuegos para mirarla a ella. Tenía el rostro alzado. Sus ojos brillaban de felicidad, y la sonrisa en sus labios era auténtica, sincera, y no estaba cargada de amargura. Por unos minutos vi la niña que seguramente había sido, alegre, feliz, confiada. ¿Qué le había pasado? me pregunté. ¿Qué la había convertido en la mujer que era ahora? Punzante, desconfiada, con una amargura y un dolor en el alma que a veces se esforzaba por esconder, y otras dejaba libre sin ningún pudor.

Me morí de ganas de descubrir sus secretos, de hacer todo lo posible por curarla. Deseaba sanar su corazón para que pudiera volver a sentir como aquella niña que vislumbraba como una foto superpuesta sobre la Nita de hoy en día.

No pude contenerme, y antes que los fuegos finalizaran con el estruendo que llenó e hizo vibrar las casas de todo el pueblo, la atraje hacia mí y la besé.

Capítulo siete

Me encontré entre sus brazos y su boca sobre la mía sin saber bien cómo habíamos llegado a esa situación. El resto el mundo desapareció. Los fuegos artificiales enmudecieron y las brillantes explosiones pasaron a estar detrás de mis ojos cerrados. Deslicé las manos por su pecho muy despacio hasta que alcancé su nuca y las dejé allí quietas, temiendo moverme, mientras su lengua invadía mi boca y yo le daba la bienvenida.

Fue un beso lento, suave, y concienzudo. Sentí el calor de su cuerpo pegado al mío, a pesar de los quilos de ropa que llevábamos puesta para protegernos del frío. Sentí su corazón latir, o quizá fue el mío propio que retumbaba en mis oídos. No lo sé. Pero su marcado compás, cada vez más frenético, me sumió en un estado de éxtasis enajenado. Pasó un minuto. O una hora. O un siglo. Pasó una eternidad y un instante. Sus labios carnosos y su lengua traviesa hicieron que me estremeciera y me dejara llevar por una emoción que nunca antes había sentido. No era solo pasión, ni lujuria. No tenía nada que ver con que mi centro estuviera cada vez más húmedo, o que mis pezones se erizaran, o que mi piel gritara famélica por el contacto con su piel. Tenía más que ver con un vacío que había en mi corazón y que ni siquiera sabía que estaba allí, hasta que él, con su ternura, lo llenó.

Y me asusté. Me asusté de muerte y tuve ganas de gritar mientras mi cuerpo seguía rendido a sus caricias, y cuando su boca se apartó de la mía y me miró, sonriente, me aparté de él y volví adentro sin decir ni una palabra, cerrando la puerta a mis espaldas y dejándolo en plena calle, solo y confuso.

No me siguió. Lo odié y se lo agradecí al mismo tiempo. Mis manos temblaban y necesitaba pensar. O quizá precisamente necesitaba no hacerlo. Estaba tan confusa como él, exultante y aterrada. Me senté en mi silla delante de la centralita y miré por la ventana. Seguía allí, mirándome, esperando quizá que le hiciera una señal para que me siguiera. Aparté la vista y me enfoqué en el teléfono, que empezaba a sonar. Contesté a la llamada, escuchándome hablar como si fuese otra persona. Mi mente se había dividido en dos, la profesional que atendía su trabajo y la mujer que temblaba por culpa de un beso. Un beso que había removido algo en mi interior que quería mantener enterrado: la mujer que sentía, vivía y podía amar. Porque amar a un hombre como Knox Wescott era un maldito error que podía costarme muy caro.

Cuando volví a alzar la vista después de colgar el teléfono, él ya no estaba allí. Respiré, aliviada, y al mismo tiempo, entumecida. Quería que regresara y que su boca me asaltara de nuevo; pero también que no volviera a cruzarse en mi camino.

Aturdida y aterrada, pasé el resto de la noche. Atendí las llamadas, envié a las patrullas a cada incidente, y cuando amaneció y vinieron a relevarme, me di cuenta que el cesto del picnic seguía allí, sobre la mesa, con las dos copas y los restos de comida. Lo recogí sin decir una palabra, me despedí y me marché a mi apartamento, dejándome caer sobre la cama apenas sin quitarme el uniforme.

Me quedé dormida al instante.

Dormí durante toda la mañana, y fue un sueño inquieto y nada reparador. Tuve pesadillas. Los malos recuerdos se fundieron con mis miedos construyendo una narración aterradora en la que mis manos estaban llenas de la sangre de Knox mientras Mike me gritaba que todo era culpa mía. Que siempre era culpa mía. Me desperté más cansada de lo que me había acostado. Mientras se preparaba el café, me di una ducha rápida dejando que en el último minuto el agua helada venciera a la caliente y me espabilara con la impresión. Con el pelo envuelto en una toalla y un albornoz cubriendo mi cuerpo, me senté ante la taza de café. Bebí a sorbos, dejando que su calidez me calentara el cuerpo.

Con movimientos automáticos, dejé la raza sucia en el fregadero y me vestí el uniforme limpio

después de secarme el pelo y hacerme una coleta. Al día siguiente ya llevaría el sucio a la lavandería. Me calcé el cinturón con el arma, puse el móvil en su funda, encendí el walkie y me puse la chaqueta. Antes de salir miré hacia fuera y estaba nevando de nuevo. Alargué la mano para coger el gorro de lana y me lo encasqueté, escondiendo debajo todo mi pelo.

Llegué a la oficina del *sheriff* al mismo tiempo que Colin, que se acercó a mí en dos zancadas y con una sonrisa en la cara.

—¿Preparada para enfrentar el turno? —me preguntó, alegre.

—Eso siempre —le respondí intentando imitar su estado de humor, pero supongo que mis palabras sonaron como un gruñido, porque me miró con preocupación.

—¿Estás enferma?

—Nah, he tenido una mala noche, eso es todo. Puede que esté incubando algo.

—Si te sientes mal en algún momento, avísame, ¿ok?

—Tranquilo, no te preocupes.

Entramos juntos. El resto de compañeros estaban allí, tanto los que iban a irse a casa como los que trabajarían aquella tarde. Mac asomó la cabeza desde su oficina y me llamó.

—¿Tú no duermes nunca? —le pregunté, entrando y cerrando la puerta a mis espaldas.

—A veces creo que no —murmuró, dejándose caer en su silla y frotándose el rostro—. ¿Estás preparada para quedarte al cargo? —me preguntó mirándome con seriedad.

—Por supuesto —afirmé con rotundidad.

—Estupendo, porque yo voy a tener que ausentarme un par de días de Cascade y quiero dejarte al mando.

—¿Les va a gustar a los demás?

—Me importa un cuerno si les gusta o no. Tú tienes más experiencia que todos ellos juntos. De todas formas, si necesitas asesoramiento pídele consejo a Colin. Es el más joven, pero también el más preparado de todos y está estudiando derecho, así que lo tiene todo muy fresco. ¿De acuerdo?

—No sabía que estaba estudiando —murmuré sorprendida.

—No me extraña.

—¿Qué quiere decir eso?

Mac resopló, cansado. Se dejó caer hacia atrás y cruzó las manos sobre su estómago mientras enfocaba mis ojos en mí.

—Quería dejar este tema para otro día, pero ya que lo sacas... No confraternizas nada con tus compañeros, Nita. Entiendo que la situación en la que estás no es nada fácil, y que en los últimos meses has pasado por mucho; y también sé que no todos te han recibido con los brazos abiertos aunque nadie se haya quejado abiertamente. Pero somos compañeros, independientemente del lugar que ocupemos en la jerarquía, y estamos todos en el mismo barco. No hablas con ellos, ni permites que te hablen a no ser que sea algo relacionado con el trabajo. Esa no es la manera de ganarte su respeto y su amistad, y lo sabes perfectamente.

—Lo sé, Mac, lo sé. Pero en este momento yo no puedo... no soy capaz de... —Me puse la mano en la frente y froté, intentado aclarar mis ideas y poner en palabras mis sentimientos. No lo conseguí—. No sé cómo explicarlo.

—Pero yo entiendo a qué te refieres. Mike murió, perdiste a tu compañero y a un amigo en un tiroteo, en mitad de una misión, con todo lo que eso implica. Sé lo que sientes, Nita. Lo sé muy bien. La rabia, la impotencia, el sentimiento de culpabilidad, las preguntas... ¿Y si en lugar de eso, hubiera hecho lo otro? ¿Y si dije o hice algo que lo provocó? ¿Y si...? ¿Y si...? Y las pesadillas es lo que peor sabemos gestionar, ¿verdad? —Dejó ir una risita cansada y después se frotó los ojos—. Nita, no

debes permitir que esos sentimientos te aislen. Mike, además de tu compañero, era un buen amigo. Nadie va a ocupar su lugar, ni siquiera cuando te permitas volver a crear lazos de amistad con tus actuales compañeros. Porque vas a tener que hacerlo, tenlo por seguro. Y cuanto antes empieces, menos doloroso será. Si permites que la soledad en la que vives ahora se enquisté, después no podrás deshacerte de ella.

—Parece que sabes muy bien de lo que hablas —susurré, mirándolo con otros ojos. ¿Qué le había pasado durante el tiempo que había desaparecido de mi radar?

—No tienes ni idea, Nita, ni idea. Quizá algún día te lo cuente, aunque lo dudo. Permití que se enquistara, por eso sé de lo que te estoy hablando. Crea lazos, inicia amistades con tus compañeros. Permítete salir del cascarón antes de que sea demasiado tarde, algodón de azúcar.

Me reí al volver a oírlo usar ese mote que nadie me había dedicado desde hacía tantos años. Desde la academia. Parecía que había pasado toda una vida.

—Me esforzaré, Mac. Te lo prometo.

Mac sonrió con sinceridad y se alzó de un salto, dando una palmada en la mesa.

—¡Estupendo! Entonces, vamos a decirles que tú estás al mando y a ver la cara amarga de algunos de ellos. Y no dejes que te incomoden.

—Eso está hecho.

Los días siguientes al beso, viví aturdido. No era evidente para los demás, o por lo menos, esperé que no fuese demasiado evidente que me había pasado algo que me había golpeado como un rayo. Al volver a casa Clara me preguntó cómo había ido todo; y yo, acostumbrado a fingir, lo hice lo mejor que supe y le mostré mi mejor sonrisa.

—Fenomenal —le dije mientras subía las escaleras de dos en dos, sin pararme a mirarla.

Seguí con mi rutina en el rancho. Si Clara me hubiera dado el teléfono de Nita, la habría llamado. O no. Lo cierto es que no lo sé, pero en aquel momento lo utilicé de excusa para no ponerme en contacto con ella. Podría haber ido a verla, o llamarla a la oficina del *sheriff*, pero me puse excusas para no hacerlo. Necesitaba pensar y, para poder hacerlo, debía permanecer alejado de ella.

Porque tenerla cerca lo único que provocaba en mí era que mi cerebro dejara de funcionar porque mis partes menos nobles reclamaban toda la sangre que circulaba por mi cuerpo.

—Oye, tío, ¿te vienes esta noche a Templeton? Conocí a una morenaza que tiene una amiga, y nos esperan para «bailar». —Keitan hizo un gesto obsceno con las caderas y las manos, imitando el coito—. Qué, ¿te animas? ¿O prefieres permanecer aquí como alma en pena?

—¿Alma en pena? ¿Qué coño quieres decir? —Lo miré desde la cama, donde me había tumbado a leer un libro. Él permanecía en la puerta, y se había apoyado en una jamba mientras me miraba burlón.

—Te conozco mejor que nadie, ¿lo has olvidado? —dijo acercándose y sentándose en la cama, a mi lado. Hacía años que no estábamos así, desde que éramos pequeños, cuando mamá murió y él se sentaba y me miraba llorar sin comprender muy bien qué estaba pasando—. A los demás puedes engañarlos, pero no a mí.

—Vete a la mierda —le solté, girándome para darle la espalda.

—Qué nenaza eres. ¿Todo esto tiene que ver con una mujer recién llegada al pueblo a la que le gusta vestirse de uniforme?

—Que me dejes en paz, Keitan.

—¡Joder, Clara tiene razón! —exclamó sorprendido, a punto de echarse a reír—. Le dije que no podía ser, que tú nunca caerías de rodillas por una mujer, pero veo que estaba equivocado.

—Yo. No. Estoy. Enamorado.

Keitan soltó una risita baja y me palmeó los hombros. Yo seguía de espaldas, negándome a mirarlo.

—Lo que tú digas, colega. Lo que tú digas. —Se levantó de la cama para marcharse—. Pues tendré que ocuparme yo solito de la morenaza y su amiga. Deséame suerte.

Por fin me dejó a solas con mis pensamientos. Me sentía como un puto adolescente padeciendo mal de amores, suspirando como un idiota por una mujer que, aunque había respondido con pasión a mi beso, después se había alejado de mí como si tuviera la peste y temiera que fuese a contagiarla. ¿Qué coño pasaba con ella? ¿Y conmigo? Nunca, jamás, en toda mi vida, me había obsesionado con una chica. ¿Que una mujer me hacía caso? Me metía en sus bragas. ¿Que no la veía yo muy feliz con mis intentos? Me apartaba y punto, sin traumas ni egos maltrechos, e iba a por otra. ¡Será por mujeres en el mundo!

Pero con Nita era totalmente diferente. Cuando la veía aparecer, me sentía feliz y nervioso al mismo tiempo, como si toda la seguridad en mí mismo me abandonase, dejando en su lugar a un tío acomplejado e idiota. Tenía que esforzarme para no ser torpe y para hablar en lugar de balbucear. A cada paso que daba en su dirección, tanto física como mental, tenía que ir recordándome que ella solo es una mujer y no una especie de diosa que sostuviese en sus manos el secreto para mi felicidad.

Me cansé de estar tumbado en la cama, de comerme la cabeza pensando, de aburrirme, de sentirme confuso y aturullado. Necesitaba algo de acción, moverme, lo que fuese.

Maldita sea.

Necesitaba ver a Nita. Y necesitaba permanecer alejado de ella.

Me levanté de la cama y miré por la ventana. Ya estaba anocheciendo, así que de salir a montar a caballo, nada. Decidí que lo haría al día siguiente, que me levantaría al amanecer y saldría a dar un paseo con Kratos. Mi pobre caballo llevaba demasiados días conformándose con salir al cercado. Era un caballo nervioso que necesitaba acción, y durante este invierno no había tenido mucha, con todas las nevadas que habían caído.

«Decidido —pensé—. Mañana saldré a cabalgar a no ser que vuelva a nevar».

Amaneció un día claro y soleado, un día perfecto para sacar a Kratos. Me levanté bastante animado y bajé a la cocina a desayunar. Elsa ya estaba allí, pero el resto de la casa todavía seguía durmiendo. Hablé un rato con ella mientras me tomaba el café; me riñó por no querer comer nada, pero se aplacó cuando acepté llevarme un par de sandwiches y prometí comérmelos en un rato. Le di un beso en la frente que la dejó un poco descolocada, y volví a sentirme yo mismo por primera vez desde que Nita había llegado a mi vida.

Kratos necesitaba el paseo y, en contra de lo que hacía normalmente, aceptó que le pusiera las bridas y la silla sin protestar ni intentar morderme. Es un caballo con genio, nervioso y poco amable, supongo que por eso me había encariñado tanto con él.

Salimos a cabalgar. La nieve impedía que pudiese ir al trote o galopar, pero el esfuerzo de pisar sobre ella hizo el efecto que él necesitaba, y era gastar energía. Me comí los sandwiches y me perdí en el desierto blanco que me rodeaba. Aproveché para dejar de pensar, y solo sentir. Es fantástica la paz que da la soledad cuando todo lo que te rodea es naturaleza pura. Salvaje no tanto, porque hacía años que esta parte de Montana había sido domesticada, pero no tener ni siquiera cobertura en el móvil era como volver al pasado, cuando los colonos llegaron por primera vez. No había nadie en

kilómetros a la redonda, solo estábamos Kratos, la naturaleza y yo.

Y Nita.

Porque no se iba de mi pensamiento. Por más que intentaba no pensar en ella, su imagen venía a mí una y otra vez: su gesto hosco cuando nos conocimos, el mismo día en que ella llegó a Cascade y chocamos en la puerta de la oficina del *sheriff*; su risa, la noche en que salimos a cenar; su manera de negarse a mí cuando intenté bailar con ella una y otra vez; el brillo en sus ojos cuando se burlaba de mí y me llamaba «muñeco de nieve»; su inseguridad y su silencio cuando cenó con mi familia en casa. Pero sobre todo, en mi mente veía sus ojos soñadores la noche de fin de año, cuando salimos a ver los fuegos artificiales; unos ojos que me provocaron la necesidad acuciante de besarla y que me trajo hasta este estado de confusión del que no parecía poder salir.

¿Qué me ocurría? ¿Por qué me sentía así? Nunca había sido igual con ninguna otra mujer. El beso con Nita había sido especial, y había conseguido que se apoderaran de mí todo un arsenal de emociones para las que no estaba preparado. Y su huída después del beso me había convertido en un hombre taciturno, huraño y triste.

De repente, me vi a mí mismo como si me mirara en un espejo, y lo que vi no fue mi rostro, sino el de mi padre. Sus ojos tristes, su ceño arrugado, la mirada huidiza.

La pesadilla, aquello que me juré en que yo no me convertiría jamás, se estaba haciendo real. Me había enamorado de Nita y, como yo no era capaz de atraerla hacia mí, había empezado a comportarme como mi padre a la muerte de mi madre. Me sentía hundido, deprimido, cansado y sin fuerzas para seguir adelante.

Era un estúpido, porque Nita no estaba muerta, y el único beso que nos habíamos dado pareció gustarle mucho. Debería haberme sacudido los nubarrones de la cabeza y tomar la determinación de hacer todo lo posible por enamorarla. Luchar por ella. Plantarle cara la destino y ser valiente.

Pero fui cobarde. Tuve miedo de luchar y perder, de no conseguir que ella me amara como yo me descubrí amándola a ella. Pero, por encima de todo, me aterraba convertirme en una sombra de mí mismo al no poder tenerla a mi lado, igual que mi padre.

Tenía que huir. Tenía que irme de Cascade y hacer todo lo posible por olvidarla. Nita no era una mujer que me conviniera. Era demasiado dura para mí, orgullosa y peleona. Nunca me habían gustado las mujeres como ella, por muy guapas que fueran, (y Nita lo era, mucho). La olvidaría si me esforzaba en ello.

Si llamaba a Colin seguro que me acogería en su apartamento. Éramos amigos desde la universidad (aunque nunca nos contó qué coño hacía un tío forrado como él, de una familia tan importante, en una universidad de segunda en lugar de estar en Harvard), y desde entonces habíamos ido manteniendo el contacto a pesar de la distancia. No me diría que no si le pedía refugio en su apartamento de Nueva York.

Me iría. Pondría quilómetros entre Nita y yo, y quizá así conseguiría volver a retomar el control de mi vida y de mi corazón.

Pasaron enero y febrero, y no volví a ver a Knox. Al principio agradecí su ausencia, pero después, al ver que los días pasaban y que ni siquiera me encontraba con él por casualidad por la calle, empecé a preocuparme y a echarlo de menos. ¿Me estaría evitando? No me hubiese extrañado, después de la manera en que lo traté la noche de fin de año.

El 14 de febrero, día de San Valentín, se celebró un baile a pesar del frío. Montaron una carpa en

mitad de la plaza 14 de Julio, la plaza principal del pueblo, alrededor de la cual están el ayuntamiento, la comisaría y otros edificios importantes; y la gente del pueblo se pasó para bailar al son de una orquesta que solo tocaba música empalagosa. Las parejas bailaban abrazadas, y odié ver sus caras de enamorados porque me hizo sentir que me faltaba algo. Busqué inconscientemente a Knox, y cuando me di cuenta de lo que hacía, me maldije. Me habría largado de allí si no hubiera estado de uniforme y trabajando.

Cuando me enteré de que el objeto de mi obsesión se había ido a Nueva York y que su familia no sabía cuándo volvería, fue un mazazo.

Lo hice un sábado a principios de marzo, cuando Clara vino a verme. No había ido a ninguna de las reuniones dominicales con sus amigas a las que me había invitado. Había insistido varias veces, pero yo no tenía ganas de reunirme con un grupo de chicas para hablar sobre tonterías. Tenía cosas más importantes que hacer en lugar de divertirme, como pasar las horas sola en casa mirando la pared, o escuchar las interminables regañinas de mi madre por teléfono. Al final, había desistido de invitarme más pero no de intentar hacerse mi amiga.

No sé si sabía algo de lo que estaba pasando entre Knox y yo, y si ese era el motivo de su insistencia por hacerse amiga mía, porque nunca me contó nada sobre él si yo no preguntaba primero. Y no pregunté. En todas esas semanas, a pesar de morirme de ganas por saber dónde estaba y qué estaba haciendo, nunca, jamás, pregunté a nadie por él, y mucho menos a Clara.

—¡Hola, cielo!—dijo entrando en la comisaría, ayudándose con el bastón y sonriendo como siempre hacía.

—¡Clara! ¿Qué haces por aquí? ¿Ha pasado algo? —me preocupé.

—No, ¿por qué tiene que haber pasado algo? ¿Es que no puedo aprovechar que he venido a Cascade, para ver a mi amiga?

Me encogí de hombros porque no quería discutir con una embarazada. Por mucho que ella se empeñara, yo seguía sin considerarla mi amiga; una conocida molesta, si acaso.

—¿Entonces?

—Qué rancia eres, hija —protestó, dejándose caer en una silla—. He venido a verte, nada más. ¿Te apetece ir al Grill a tomar un café?

No me apetecía mucho, pero Clara estaba ya de casi cinco meses y siempre me habían dicho que no había que contradecir a una mujer embarazada.

—¿Puedes tomar café? Pensé que con el embarazo no era aconsejable.

—Yo me tomaré un zumo, no te preocupes. Pero tú pareces necesitarlo.

No me extrañó que pensara eso. Últimamente no dormía muy bien. Las pesadillas habían vuelto, y me daban la lata noche sí, noche también. Nunca eran iguales, pero en todas estaban Mike y Knox, y había mucha sangre. Una delicia, vamos.

—Está bien —suspiré. Me levanté y me dirigí a Colin, que estaba en la centralita—. Me voy a tomar un café con Clara. Cualquier cosa, al móvil, ¿ok?

—Ok, jefa.

—¿Te llaman jefa? —preguntó sorprendida mientras salíamos de allí.

—Solo Colin. Es un buen chico y me ha cogido cariño. El resto —arrugue los labios—, no les hace mucha gracia que cuando Mac no está, sea yo la que ocupe su lugar.

—Hombres, siempre tan estúpidos.

Alcé una ceja y la miré mientras caminábamos por la calle. Íbamos despacio, al paso de Clara, y me di cuenta que parecía moverse más despacio que de costumbre.

—¿Tienes algún problema con Kaden? —le pregunté, porque nunca le había oído este tipo de

comentarios.

—Me está volviendo loca con esto del embarazo. Comprendo que tenga miedo por todas las complicaciones adicionales que presenta por culpa de mi anatomía, pero me está agobiando mucho. Me trata como si fuese de cristal, y aunque un poco de atención y mimos no vienen mal, demasiados son agotadores. Por eso he aprovechado hoy para escaparme del rancho en cuanto él se ha dado la vuelta —se rio—. Cuando se dé cuenta que no estoy, entrará en pánico.

—Pobre, te gusta torturarlo.

Entramos en el Grill y Sebastian nos acompañó hasta una mesa libre. Su mujer nos miró desde la barra con el ceño fruncido. No entendía cómo podía estar siempre de mal humor teniendo un marido como Sebastian, que siempre tenía una sonrisa en los labios.

—¿Café? —preguntó cuando nos sentamos.

—Yo no, o Kaden me mata —se rio Clara—. Tráeme un zumo natural de naranja, por favor.

—Yo sí, y que esté bien cargado. Y unas tortitas, que todavía no he desayunado y el estómago me está matando.

—Oído cocina.

Sebastian se apartó de nuestra mesa y Clara me miró con atención.

—Son las diez de la mañana, ¿y todavía no has desayunado?

—No me eches tú también la bronca, que ya tengo bastante con Mac —gruñí—. Y ahora, cuéntame a qué viene esta insistencia por tomar café conmigo.

—No tienes ningún tipo de habilidad social, ¿lo sabías? —se quejó.

—No tengo tiempo para practicar.

—No, y ganas parece que tampoco. ¿Siempre has sido así?

Lo pensé, miré hacia atrás en el tiempo, y me di cuenta que...

—Sí, más o menos.

—Bueno, —sonrió con amplitud—, supongo que cada uno es como es. A mí me caes bien a pesar de todo.

—A ti te cae bien todo el mundo —me reí con ganas—. Clara, eres la persona más amistosa que he conocido nunca.

—Ah, pero antes no era así, ¿sabes? Cuando vivía en Nueva York siempre estaba encerrada en mí misma, y no tenía amigos. Como tú, más o menos. Claro que yo no era tan borde... creo.

—No me lo creo.

—Créete lo que quieras —me dijo encogiéndose de hombros—. Tampoco te he traído aquí para hablar de esto. Lo que quiero es invitarte a la barbacoa que haremos en el rancho el último domingo de marzo, para celebrar la llegada de la primavera.

—Te lo agradezco, pero...

—Vendrá medio Cascade —me interrumpió—, y no tendrás que ver a Knox. Todavía está en Nueva York y no tiene intenciones de regresar en una buena temporada —añadió con tristeza.

—¿Está en Nueva York? —no me pude aguantar de preguntar, sorprendida. Por eso no daba señales de vida—. ¿Y qué hace ahí?

—Pues no lo sabemos. —Se encogió de hombros—. Se fue días después de fin de año, sin dar ninguna explicación.

La noticia me dejó hecha polvo y con un gran sentimiento de culpabilidad. ¿Había sido yo la responsable? ¿Fue mi reacción a su beso? Me negué a creer algo así en un principio, pero cuantas más vueltas le daba, más me parecía que sí. Knox se había mostrado conmigo muy distinto a la manera en que me habían contado que se comportaba con las otras mujeres. Su beso fue... tierno,

además de espectacular. Intuí en él una gran carga emocional además de la lujuria. Fue... como si se contuviera porque tuviese miedo a que yo saliera corriendo; pero, al mismo tiempo, como si intentara demostrarme que yo era diferente al resto. Quizá solo era un truco de mujeriego, pero había algo en mi corazón que me decía que no era así.

O quizá simplemente era que yo quería creerlo así.

Fuera como fuese, me sentí culpable. Debería haberlo llamado por teléfono, o quedar con él para hablar sobre lo que había pasado. En lugar de eso, me escondí en mi trabajo y mis obligaciones para no tener que enfrentarme a él otra vez.

Porque tenía mucho miedo de las emociones que despertaba en mí.

Me hacía sentir demasiado, y no estaba dispuesta ni preparada para ello.

Las semanas que pasé en Nueva York no fueron para nada como yo las esperaba.

Colin me llevó a la semana de la moda, donde me sentí como un pez fuera del agua. Nunca he tenido la facilidad de Keitan por mezclarse entre la gente sea donde sea, y aunque intenté disfrutar de las fiestas de después de los desfiles, abarrotados de hermosísimas modelos vestidas con ropa escandalosa y ligeras de cascos, lo cierto es que no me divertí en absoluto.

No hacía más que compararlas con Nita, y ninguna de ellas salía ganando.

A finales de febrero me llevó a rastras hasta su avión privado y nos fuimos a Nueva Orleans. Se celebraba el Mardi Gras y fue una semana de locura. Creo que me pasé los siete días completamente borracho, y en mi memoria solo quedaron recuerdos borrosos. En mi descargo he de decir que fue mi último intento de olvidar a Nita, que se había pegado a mi cerebro como si fuese una lapa. Me despertaba y me dormía pensando en ella; me la imaginaba desnuda entre mis brazos y acababa manchando las sábanas, o rociando la pared de la ducha como un puto adolescente con las hormonas alteradas.

Pensé que emborracharme me serviría, pero creo que no fue del todo bien. Uno de los pocos recuerdos que tengo es el de tener un pezón en la boca y murmurar su nombre. No sé que pasó después, pero me desperté con un terrible dolor de cabeza y la huella de una palma estampada en mi mejilla.

Colin hizo todo lo posible por sacarme de ese estado catatónico sexual en el que estaba sumido. Me presentó a todas las bellezas que conocía; me llevó a todas las fiestas, reuniones informales y antros de perversión a los que fue invitado; incluso me llevó a un club BDSM del que salí huyendo y casi con ganas de vomitar, algo que provocó su burla durante varios días seguidos.

No es que tenga nada en contra de las personas a las que les va estas prácticas y disfrutan con ello, ni las juzgo, pero no es lo mío. ¿Atar a una mujer en la cama? Ok, sí, es divertido. ¿Darle unos azotes con la mano? Si a ella le pone, ok, también puedo hacerlo. ¿Pero lo que vi allí? Eso escapó ya a mi entendimiento.

—No sé qué te pasa, tío —me dijo Colin un día mientras regresábamos de una fiesta, hastiado—. Tenías a la rubia a punto de caramelo, y a la morena, también. A ninguna de las dos les hubiese importado venirse con nosotros. Joder, a las dos les hubiese encantado hacer un trío. Las tenías locas. Solo tenías que chasquear los dedos y se habrían abierto de piernas.

—No estoy de humor —respondí mirando por la ventanilla del coche.

—¿Sabes por qué cuando vamos de fiesta me llevo al chófer? —me preguntó. El mencionado alzó una ceja y nos miró por el retrovisor—. Para poder follar en el coche. Para eso. Podríamos habérselo montado aquí con las dos dulzuras, los cuatro a la vez. ¡Para eso tengo una puta limusina, coño! Pero desde que estás aquí, volvemos solos a casa, y me estoy hartando. ¡Hasta han empezado a correr rumores sobre nosotros!

—¿Rumores?

—¡Sí! Que tú y yo follamos. Juntos. El uno con el otro. ¿Sabes el daño que le estás haciendo a mi reputación de mujeriego?

—Pues aprovéchala —le solté sin mirarlo—. Hay muchas tías que están deseosas de cazar a un gay para llevarlo por el «buen camino».

—Eso es un truco estúpido para perdedores que no se han comido un colín en la vida —gruñó—.

Lo único que tienes que hacer es dejar de espantarlas, joder. ¿Dónde coño está el Knox que yo conocía?

Eso mismo me pregunté yo, y no encontré respuesta. Bueno, sí. Estaba perdido y arruinado por culpa de una mujer morena, de ojos negros, piernas de infarto y un carácter venenoso. Ahí estaba, intentando sobrevivir a su veneno, que me había invadido el corazón, y para el que no conocía ningún antídoto.

—Lo siento, Colin. Últimamente estoy fuera de juego.

—¿Fuera de juego? Lo que estás es hecho un puto moñas. Si te vieras con mis ojos, saldrías corriendo y no pararías hasta llegar a Anchorage. O a México.

—No exageres, tío.

—¿Exagerar? —Se echó a reír con ganas mientras estiraba las piernas—. Exagerar, dice. Tío, te pasas las horas con la mirada perdida; cuando te hablo, tengo que hacerlo dos veces para que me hagas caso porque la primera ni me has oído; no miras a las tías con deseo, sino como si estuvieras analizándolas; y no se te ha puesto dura ni una sola vez en todo este tiempo. Bueno, sí, con la morena de Nueva Orleans, que acabó dándote una hostia porque dijiste un nombre que no era el suyo. Ahora, ¿me dirás quién es esa Nita, y qué ha hecho contigo?

—Envenenarme, eso es lo que ha hecho —gruñí, enfadado. Enfadado porque tenía razón, y porque me molestaba que fuese tan evidente. Cabreado con Nita por despertar en mí un anhelo que no deseaba; y conmigo mismo por ser un maldito cobarde que, en lugar de aceptar lo que sentía, había salido huyendo.

—Creo que necesitas tener una larga charla con alguien, Knox.

—¿Te ofreces voluntario?

—¿Qué? ¡Ni de coña, tío! ¿Qué crees que soy? ¿Una mujer?

Desistí de acompañar a Colin y salir de fiesta por ahí, y me convertí en un turista más. Empecé a visitar y hacer todas las cosas que los visitantes hacen cuando llegan a esta ciudad: dar largos paseos por Central Park, patinar en el Rockefeller Center, subir al Empire State Building, tumbarme sobre el césped a la sombra de la Estatua de la libertad... Pero, sobre todo, lo que hice fue pensar y mirar sin reparos a todas las parejas enamoradas que se daban muestras de cariño en público, preguntándome por qué coño yo no podía hacer como esos hombres.

La respuesta era simple.

Mi padre.

Ver a mi padre día tras día era deprimente; el dolor que había sentido por la muerte de nuestra madre no había desaparecido con los años. Se había abandonado completamente, era una sombra de sí mismo y ha dejado pasar la vida sin vivirla. Pero sobre todo, había conseguido que tuviese un miedo cerval a acabar como él. Por eso había huido de Cascade y de Nita. Por eso no quería saber nada del amor.

De lo que no había sido consciente hasta aquel momento, es de que ya no podía hacer nada para evitar amar a Nita porque ya estaba enamorado. Y el intento de olvidarla no estaba funcionando en absoluto.

Debía tomar una decisión porque no podía seguir así durante mucho más tiempo, o acabaría volviéndome loco.

Una semana antes de la barbacoa a la que había sido invitada en el rancho Triple K, recibimos en comisaría una llamada de Clara. Charlie, uno de los vaqueros, había salido a montar a caballo llevándose al pequeño Miki, el hijo de Elsa, y el caballo había regresado solo.

Nos movilizamos inmediatamente. Reunimos a todos los agentes disponibles y nos dirigimos hacia el rancho. El ambiente en la casa era un auténtico drama. Elsa lloraba abrazada a Clara mientras el viejo señor Wescott intentaba tranquilizarlas. Kaden y Keitan habían salido a caballo inmediatamente, siguiendo el rastro todavía fresco, para buscar a los desaparecidos.

Como yo todavía era nueva y además no sabía montar a caballo, me tocó quedarme allí. El resto de agentes se dividieron para cubrir más zona, y fueron desapareciendo de dos en dos.

—Tranquila, Elsa, los encontrarán, ya verás —le repetía Clara a Elsa para tranquilizarla, y supongo que también para convencerse a sí misma.

La voz corrió inmediatamente por el pueblo, y en media hora se presentó casi la totalidad de la población de Cascade para ofrecer su ayuda. No tuve más remedio que organizarlos.

—Señor Wescott, ¿cree que Charlie puede haber salido del rancho?

—No, en absoluto.

—Sólo iban a dar una vuelta —dijo Elsa entre sollozos—. Miki me pidió permiso y Charlie me convenció de que sería bueno para él.

—Pero no sabemos a qué parte del rancho pensaba llevarlo.

El rancho era grande y el señor Wescott me proporcionó un mapa detallado gracias al cual pude organizar grupos de búsqueda que cubrieran todo el terreno posible.

Fueron horas angustiosas que pasamos entre cafés, mapas, y comunicaciones a través de la radio porque en gran parte de esa extensión no había cobertura telefónica. Tuve que llamar al doctor para que le suministrara un tranquilizante a Elsa, que cada vez estaba más nerviosa; cuando le hizo efecto, ayudé a Clara a llevarla a su cama.

Pasaron cinco horas hasta que tuvimos buenas noticias. Miki estaba perfectamente, pero Charlie, no.

Por lo visto, algo había espantado al caballo, que se había encabritado. Si Charlie hubiese ido solo habría podido controlarlo fácilmente gracias a su experiencia; pero Miki se asustó, Charlie tuvo que soltar las riendas para evitar que el chico se cayera, y el animal, libre de ataduras, consiguió tirarlos a ambos de la silla. El pie del vaquero se quedó enganchado en el estribo durante unos segundos y, aunque por suerte no llegó a arrastrarlo, fue el tiempo suficiente como para que su pierna se rompiera con las sacudidas.

Miki se portó como un campeón. En lugar de asustarse y lloriquear como habría hecho cualquier otro niño, siguió todas las indicaciones de Charlie al pie de la letra y consiguió encender una fogata que llevó a los hermanos Wescott hasta ellos.

Charlie tuvo que ser evacuado en helicóptero hasta el hospital de Templeton. La fractura de su pierna era abierta y había sangrado bastante, además de estar sometido a temperaturas que, aunque no eran ya tan bajas como en pleno invierno, sí lo suficiente como para provocarle una hipotermia en el estado en el que se encontraba.

Miki, en cambio, llegó a la casa del rancho riéndose y contando la experiencia como una gran aventura que, afortunadamente para todos, había acabado bien. Era demasiado pequeño para ser consciente del peligro real que había corrido. El doctor, que había permanecido allí en espera de noticias, lo revisó para comprobar que estaba bien antes de llevarlo con su madre, que todavía estaba algo adormilada a consecuencia del tranquilizante que le había tenido que suministrar unas horas antes.

Fue un momento muy emotivo y lacrimógeno; hasta yo acabé derramando un par de lágrimas de emoción que me limpié con brusquedad. Tuve mucha envidia de Clara cuando Kaden la abrazó y le permitió que llorara sobre su pechera, mojándole la camisa. Yo nunca había podido hacer algo así, y en aquel momento creo que, si Knox hubiera estado presente y me hubiera ofrecido sus brazos, habría acabado cediendo a la tentación, muy a pesar de mí misma.

Me quedé en el rancho hasta que el último grupo de búsqueda regresó, y cuando esto sucedió, me escabullí con un escueto adiós, me subí a mi coche patrulla, y me fui de allí echando leches.

Cuando regresé a Cascade después de la llamada de Kaden, lo hice con las ideas claras y con una importante decisión tomada. No podía seguir huyendo de mis sentimientos, y solo había dos cosas que podía hacer: una era ignorarlos y seguir como siempre; la otra, era arriesgarme con Nita.

Supongo que el accidente de Charlie me ayudó a ver las cosas de una manera diferente. Hasta aquel momento había intentado rechazar con todas mis fuerzas el amor que sentía, pero las implicaciones que el accidente de mi amigo conllevaban, me obligaron a tomar otra decisión. Charlie hubiera podido morir allí, desangrándose lentamente, si no lo hubieran encontrado. Ocurren accidentes mortales a diario, es un peligro que la vida lleva implícito. Podemos caer de un caballo, ser atropellados, estamparnos con el coche, o sufrir una enfermedad mortal, como mi madre. Pero no podemos dejar que la posibilidad de la muerte temprana de las personas que amamos nos paralice, porque entonces seríamos incapaces de vivir de verdad.

Durante los últimos días que había pasado en casa de Colin, había pensado mucho en la muerte de mamá y en las semanas que la precedieron. Ella nunca perdió las ganas de vivir, ni siquiera cuando fue evidente que la enfermedad ganaría la batalla. Intentaba sonreír hasta cuando el dolor era insoportable, y le encantaba que Keitan y yo la visitáramos a escondidas, aun cuando sabíamos que papá no quería que la molestáramos.

Keitan no entendía lo que pasaba, pero yo, sí. Era pequeño, pero no tanto como para no comprender que algo muy malo estaba ocurriendo, algo que tenía que ver con mi madre, y tenía la corazonada de que pronto la perdería. Desgraciadamente, no me equivoqué aunque nadie me había contado nada ni me había preparado para ello.

Los meses que siguieron a su funeral, fueron muy duros. Perdí a mi madre, pero ella se llevó también a mi padre, que pasó a ser una sombra de sí mismo y a ignorarme en el mejor de los casos. Kaden, mi hermano mayor al que adoraba e intentaba imitar, se convirtió en alguien huraño y distante, y estaba ausente durante la mayor parte del día, ocupándose de sustituir a papá en la dirección del rancho. Tanta responsabilidad siendo tan joven, pues solo contaba con catorce años, lo hicieron crecer demasiado deprisa y pasó de ser un hermano con el que podías jugar y bromear, a ser un adulto responsable que ya no tenía tiempo para sus hermanos pequeños.

Con la muerte de mi madre no la perdí solo a ella, sino a todos los que amaba. Excepto a Keitan, que se convirtió en mi compañero inseparable y con el que empecé una carrera casi autodestructiva de chiquilladas y travesuras que casi consiguieron que nos expulsaran del colegio. Ni siquiera sé cómo logramos graduarnos y entrar en la universidad.

No podía permitir que la muerte de mi madre, que había condicionado mi comportamiento durante toda mi vida, siguiese marcando mis pasos.

«El mundo es para los valientes, Knox».

Así que regresé a Cascade decidido a arriesgarme con Nita y a hacer todo lo posible para

conquistarla. Y la mejor forma de hacerlo con una mujer como ella, era no andarse por las ramas ni con triquiñuelas. Sabía que había una fuerte atracción sexual entre nosotros, lo había notado cada vez que estábamos juntos, y el día del beso la electricidad que corrió entre nosotros fue espectacular. La sentí rendirse incondicionalmente a mis caricias durante unos minutos, y aunque no sabía qué era lo que la había sacado de la nube de pasión que nos rodeaba, estaba dispuesto a descubrirlo y a hacerlo desaparecer.

Cuando llegué a casa, Clara y Elsa me recibieron con un abrazo. Kaden y Keitan habían salido a trabajar, ya que con la baja de Charlie, y hasta dentro de unos días que se reincorporara el resto de la plantilla, solo habían quedado ellos dos, porque con mi padre no se podía contar. Si cuatro personas, incluido Charlie, era poco personal para cuidar del rancho, hacerlo solo con dos era una auténtica locura; pero la crisis nos había obligado a despedir temporalmente al resto de trabajadores, y nos íbamos apañando hasta que yo decidí irme en un arrebato totalmente egoísta y estúpido.

Por suerte, el invierno estaba a punto de terminar y a principios de abril volverían el resto de los muchachos, algo que yo tenía toda la intención de aprovechar para tomarme mucho tiempo libre para dedicárselo a Nita y a su conquista.

—¿Y Charlie? ¿Cómo está? —les pregunté. Sabía que la rotura había sido bastante problemática, y que habían tenido que operarlo para ponerle un par de clavos en la pierna; Clara me había informado de ello por teléfono.

—Mucho mejor. En unos días le darán el alta en el hospital y lo traeremos a casa —me contestó Clara.

—¿A casa?

—Sí, el muy cabezota se viene aquí, aunque no parece muy contento con la idea —me aclaró Elsa—. Pero no le queda más remedio. Es eso, o volver a casa de sus padres en Templeton, algo que todavía le disgusta más.

—Es que no puede quedarse solo en su apartamento —añadió Clara.

—Tiene que tomarse las cosas con calma.

—Claro, claro —dije yo porque no sabía qué decir. Ambas parecían muy decididas a cuidar del herido, sobre todo Elsa, a la que le brillaban los ojos—. ¿Piensas hacerle pagar caro el susto que te dio, Elsa? —pregunté, porque no era una idea descabellada. Parecía una chica bastante tranquila y de carácter afable, pero se convertía en una leona cuando tocaban a su hijo. Y Charlie lo había puesto en peligro, aunque fuese de una manera involuntaria.

—Pienso torturarlo cruelmente hasta que me suplique piedad.

Elsa desapareció en la cocina y yo acompañé a Clara hasta la terraza trasera, donde estaba la piscina ahora tapada y cubierta, y unas tumbonas muy cómodas. Quería tumbarse allí un ratito para aprovechar el sol, y descansar.

—¿Qué tal llevas el embarazo?

—Yo, bien. Kaden, no tanto —gruñó—. No para de volverme loca, revoloteando a mi alrededor sin dejarme mover tranquila. ¿Te puedes creer que para estar sola, tengo que escaparme como si fuese una criminal? Y lo mismo cuando quiero ir hasta Cascade a ver a mis amigas. Como le comente que tengo intención de conducir, se queda en casa para llevarme y traerme, como si no tuviera cosas más importantes que hacer, como cuidar del rancho.

—Está preocupado por ti —le dije mientras se tumbaba. Le alcancé la manta para que se tapara las piernas, y me senté a su lado, en la otra silla.

—Está aterrado, lo sé —dijo con tristeza, cerrando los ojos—. Y lo comprendo, Knox. De

verdad que lo comprendo. Pero no puede permitir que el miedo gobierne su vida y sus actos. Yo también tengo miedo de que le pase algo. Le quiero mucho, y no quiero volver a quedarme sola. Antes de conocerle me había resignado a vivir en soledad, pero ahora... no podría volver a aquello.

—Tú no volverás a estar sola, nunca —le prometí—. Ahora tienes una familia, Clara.

Clara era huérfana. Su madre la había abandonado en el mismo hospital materno dos días después de nacer, y su padre había muerto cuando ella tenía doce años. Había pasado el resto de su infancia de hogar de acogida en hogar de acogida, sin encontrar una familia dispuesta a hacerse cargo de una niña con problemas de salud.

—Lo sé. —Sonrió y estiró el brazo para cogerme la mano y apretármela con cariño—. Y tú, ¿qué tal? ¿Te has aclarado las ideas?

—Sí, están totalmente claras.

—¿Y qué has decidido hacer respecto a Nita?

—Convertirme en el hombre de su vida.

—Ya era hora, Knox.

Tuve la «suerte» que el día de la barbacoa a la que Clara me había invitado, coincidió con mi fin de semana libre, así que no tuve ninguna excusa para no asistir. Creo que Mac hizo trampas y lo alteró para que fuera así, pero no tenía pruebas y tuve que tragarme mis sospechas.

Salí a correr bien temprano, como cada mañana desde que la nieve había desaparecido. Tenía que ir retomando todas las rutinas que había abandonado en los últimos meses después del tiroteo, y hacer ejercicio era una de ellas. Lo práctico hubiese sido poder ir al gimnasio, pero no había ninguno en Cascade y no me apetecía mucho tener que ir hasta Castle Rock.

Mientras corría pensé en lo que me había dicho Belle, la dueña del Winter. Todavía no había podido quedar con ella para enseñarle algunos trucos para lidiar con hombres grandes y poder tumbarlos al suelo, pero es que no tenía un lugar donde poder hacerlo. Hacía falta espacio, colchonetas, y un conejito de indias masculino que fuese preferentemente alto y fuerte, y que se aviniera a ser usado de *punching ball*.

Mi cabeza empezó a darle vueltas a la idea, porque estaba segura que no solo sería Bell la interesada en algo así. Podría organizar algún tipo de curso de defensa personal para mujeres, y hasta quizá el ayuntamiento podría ayudar pagando las equipaciones y un local. Cascade no tenía un centro social propiamente dicho, y los adolescentes del pueblo no tenían un lugar al que ir a pasar el rato cuando salían del instituto de Castle Rock, lo que los llevaba a maquinarse demasiadas travesuras. Una cosa llevó a la otra, y de mi mente empezaron a brotar idea tras idea sin parar.

Tenía que hablar con Mac al respecto, a ver qué opinaba él.

Regresé a casa a ducharme, y me arreglé para ir a la barbacoa: unos tejanos, un jersey de cuello vuelto, y mis botas calentitas. La única concesión que hice fue maquillarme un poco, y solo porque las ojeras habían hecho aparición bajo mis ojos y no quería ir pareciendo una muerta viviente.

Llegué al rancho Triple K en unos minutos, conduciendo el pequeño coche que me había comprado unos días atrás porque no se puede vivir en Cascade sin tener un medio de transporte para moverse de un sitio a otro, y no podía disponer del coche patrulla cuando no estaba de servicio.

Aparqué frente a la casa, junto a otros coches que ya había allí, y subí las escaleras del porche. En la parte de atrás se oía ruido de conversaciones y risas, y el aroma de la carne asándose en las brasas llenaba todo el aire. Levanté la mano para llamar y, en ese momento, se abrió la puerta y Knox

apareció.

—Hola —me dijo con una de sus sonrisas impresionantes—. Bienvenida.

Yo me quedé sin habla. No estaba preparada para encontrármelo, además que Clara me había asegurado que él no estaría. Tuve que tragar saliva para recuperar la voz, y alcé la cabeza para poder mirarlo a la cara. Seguía tan guapo como siempre y me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta para evitar la tentación de acariciarle la mandíbula en la que se apreciaba el rastro de una barba de dos días.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa, si no recuerdo mal. —Fue un tanto sarcástico, pero sin perder la sonrisa—. Me alegro de verte —añadió con voz suave.

No supe qué contestar a eso y volví a tragar saliva. Mi instinto me decía que le soltara un comentario borde, pero lo cierto era que yo también me alegraba de verlo, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Knox carraspeó, llamando mi atención hacia su cuello, donde la nuez bailaba cada vez que tragaba. Sentí deseos de acercarme a él y lamer ese bulto tan sexy hasta hacerlo jadear. Si su motivo para irse de Cascade fue volverme loca, parecía haberlo conseguido porque al tenerlo ante mí, no podía pensar en otra cosa que en echarme encima de él como una perra en celo y montarlo hasta que las piernas se me convirtieran en gelatina.

—¿Me dejas pasar? —le pregunté al fin. Su cuerpo ocupaba toda la puerta y yo no tenía ni un resquicio por el que poder entrar.

—Luego. Tenemos que hablar, Nita, y la casa está llena de gente.

—¿Hablar? ¿De qué? —me sorprendí.

—De muchas cosas. Ven conmigo.

Me ofreció su mano. No cogió la mía a la fuerza, ni hizo movimiento alguno que pudiera forzarme a hacerlo. Solo se quedó quieto, esperando que yo la aceptara.

Miré su mano, alcé la mirada para mirarle los ojos, y volví a bajarlos para centrarme de nuevo en ella. Dudé durante un instante, preguntándome qué significaba aquel gesto. No parecía propio del Knox que yo conocía.

—Está bien —accedí al fin, con el terrible presentimiento que aquel simple gesto iba a cambiarme la vida para siempre, sin saber si iba a ser para bien o para mal.

Me llevó caminando hasta los establos. Estaban un poco apartados de la casa principal, pero no tanto como para no poder ir dando un paseo. Knox no soltó mi mano, pero tampoco dijo nada. Caminamos en silencio, cogidos de la mano como dos enamorados, algo que hacía que me sintiera bien y mal al mismo tiempo. Estaba asustada, nerviosa y alterada. Intenté distraerme fijándome en lo que me rodeaba. La nieve había desaparecido completamente y el rancho empezaba a mostrar la primavera que acababa de empezar. Había brotes verdes naciendo entre la tierra húmeda, el cielo estaba limpio y azul, y la paz solo se veía perturbada por las risas y el eco de conversaciones que venían de la barbacoa.

Las cuadras eran un edificio grande de madera pintada de blanco, con un tejado rojo que sobresalía llamando la atención. Estaba muy bien cuidado, casi más que la propia casa principal. El interior estaba limpio y olía a heno y paja fresca. La luz entraba por unas claraboyas que había en la parte superior, e iluminaba todo el recinto.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque aquí no nos molestará nadie.

—Knox, de verdad, no sé qué crees que tenemos que hablar, pero...

No me dejó continuar. Acercó sus labios a los míos y me besó, con pasión y con ternura. No me avasalló, ni sentí que me obligaba a aceptar su beso. ¡Parecía tan diferente del Knox del que me habían hablado tanto, previniéndome contra él! Simplemente me besó, rodeando mi rostro con sus manos, y sin que ninguna otra parte de nuestro cuerpo llegara a tocarse.

No era suficiente. Mi cuerpo reaccionó a la caricia de sus labios y me hormiguearon las piernas y el estómago. El deseo que ya sentía por él se acrecentó, y di el paso que me acercó más a él, hasta que nuestros cuerpos se rozaron.

No dejamos de besarnos. Ni cuando yo le rodeé el cuello con mis brazos. Ni cuando Knox posó las manos en mi cintura para acercarme más a él. Ni cuando sentí su excitación pegada a mi estómago. Ni cuando sus manos empezaron a recorrer mi espalda.

Cuando nuestras bocas se separaron para jadear, faltos de aire, nos miramos a los ojos.

—No veo que estemos hablando mucho —farfullé.

—Después. Antes tengo que volver a besarte —susurró, y cumplió su palabra.

Me hizo perder el sentido. Hasta aquel momento no había querido reconocer cuánto lo había echado de menos. No había nada entre nosotros, pero solo la posibilidad de encontrármelo por la calle había sido un aliciente para mí. Como una cría estúpida. Y saber que estaba fuera, lejos, en Nueva York, probablemente pasándoselo bien y ligando con todas las mujeres guapas, libres y sofisticadas que había en aquella ciudad, me había amargado cada minuto de cada día.

No sé cómo pasó, pero cuando nuestras bocas se separaron de nuevo, yo me encontré aplastada contra la pared, con su magnífico cuerpo atrapando el mío. En cualquier otra circunstancia habría reaccionado con furia, pero no con él, no allí, no cuando deseaba que siguiera besándome, acariciándome y muchas cosas más.

—Te he echado mucho de menos —me repitió, igual que había hecho hacía un rato cuando me recibió en la puerta del rancho.

—Eso ya lo has dicho —susurré, provocándolo.

—No lo suficiente, Nita. Tengo muchas cosas que decirte. Estas semanas que he pasado en Nueva York me han servido para reflexionar.

—Y yo que pensé que te habías ido a ligar con las neoyorkinas —intenté bromear.

—No, me fui para olvidarte. —Me dejó muy sorprendida. No me esperaba una confesión así, en toda regla—. Desde que nos conocimos he estado pensando cada vez más en ti. Me atraes, te deseo, me vuelvo loco imaginando mil cosas contigo. Nunca me había pasado algo parecido. Ninguna mujer, en toda mi vida, ha conseguido meterse tan dentro de mi corazón. Me asusté y salí huyendo. Pensé que si no te tenía cerca, dejaría de buscarte y de pensar en ti. Me equivoqué.

Tragué saliva. La boca se me había quedado seca, y había perdido la voz en algún punto entre la garganta y la lengua. ¿Knox estaba haciendo lo que creía que estaba haciendo? No podía ser.

—Te estás burlando de mí —atiné a susurrar. Lo hice por miedo, aunque sus ojos me mostraban sin lugar a dudas lo sincero que estaba siendo.

No había terminado la frase cuando me di cuenta del gran error que había cometido. Knox se apartó de mí con brusquedad y se giró, dándome la espalda. Sentí frío. Fue como si de repente él se hubiese desplazado a muchos kilómetros de mí.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó sin mirarme, dolido por mis palabras.

—No —contestó mi boca sin darme tiempo a pensar—. No, no lo creo. —Me acerqué a él y lo rodeé con los brazos, dejando que mi rostro descansara sobre su amplia espalda—. Pero esto tampoco es fácil para mí, ¿sabes?

—Solo te pido que nos demos una oportunidad, nada más. Deja que te demuestre que contigo es

diferente, que para mí eres especial.

Sabía que me estaba arriesgando, pero con Nita no tendría una oportunidad si no lo hacía así. Tenía que ser valiente y abrirle mi corazón, mostrarle lo que había para darle la oportunidad a ella de que reconociera que quizá también sentía algo parecido por mí.

Que en un primer momento me preguntara si me estaba burlando de ella, me enfadó. Primero, porque yo estaba siendo completamente sincero; y segundo, porque entre mis muchos defectos nunca ha estado el burlarme de una mujer, por ningún motivo. Podía bromear, pero jamás burlarme, y menos menospreciando sus sentimientos.

Pero me aplacó que rectificara inmediatamente y que se pegara a mí. Sus manos sobre mi estómago trazaban pequeños círculos, acercándose cada vez más al lugar donde yo quería tenerlas. Creo que lo hacía inconscientemente, pero no por ello fue menos placentero.

—No sé si estoy preparada para tener una relación, Knox. Ni sé cómo hacerlo.

Me giré para poder rodearla con mis brazos. Me moría de deseo, por volver a besarla, acariciarla, desnudarla por fin, disfrutar de su maravilloso cuerpo y hacerla disfrutar como ningún hombre lo había hecho antes. Pero me guardé las ganas, encerradas bajo llave. Mi impaciencia podía austarla, y era el momento de hablar, no de actuar.

Nita era una mujer valiente, pero también tenía un fondo de vulnerabilidad escondido bajo esa fachada de chica dura. Lo mismo que escondía yo bajo mi fama de seductor.

—Yo tampoco; pero podemos aprender, juntos. Sin presiones ni prisas. Salgamos, tengamos citas como en esas películas que tanto os gustan a las mujeres...

—Jason Bourne no tiene citas —gruñó, medio riéndose, con el rostro pegado a mi pecho.

—Pero consiguió mantener una relación con una mujer.

—Que acabó matándola, qué bien...

—No soy yo quién ha puesto el ejemplo —me reí—. Además, ni tú ni yo somos espías, ni hay un loco ruso suelto que quiera matarnos.

—Eso también es verdad. —Alzó el rostro y me miró con sus enormes ojos oscuros—. Pero te advierto que soy muy difícil e independiente. No estoy acostumbrada a pedir permiso a nadie, y no voy a empezar a hacerlo a hora. Seguiré haciendo lo que quiera, cuando quiera, y dónde quiera.

—No soy un carcelero, Nita. No sé mucho de relaciones, pero hasta ahí llego. Además, si en ese «seguiré haciendo lo que quiera» no está incluido el sexo sudoroso con un hombre que no sea yo, no habrá problema. Yo también soy independiente, ni estoy acostumbrado a pedir permiso a nadie.

—No sé si lo conseguiremos —bufó—; esto es demasiado complicado.

—Intentémoslo, Nita. ¿Qué podemos perder?

—No lo sé.

—Arriesguémonos.

—De acuerdo —dijo después de suspirar—. Pero como me pongas los cuernos, te arranco las pelotas.

Me eché a reír, porque la amenaza la dijo con convicción. No me extrañaría que si yo cometía la locura de engañarla con otra, cosa que no tenía ni la más remota intención de hacer porque ella se había convertido en la única que me interesaba, la cumpliría.

—No habrá otras. No las necesito. Solo te necesito a ti.

—Muy bien. ¿Y cómo sellamos este pacto?

—¿Qué te parecería otro beso?

La sonrisa traviesa que me dirigió me hubiera hecho tropezar con mis propios pies si hubiese estado caminando. Por suerte para mí, estaba allí quieto con ella entre mis brazos, y no necesitaba moverme.

La besé de nuevo, por supuesto. Intenté ser concienzudo para hacerla vibrar. Quería que se derritiera entre mis manos como la mantequilla cuando la acercas al fuego. Deseaba hacerla perder el control, oír sus gritos de placer, que me arañara la espalda. Estaba convencido de que Nita podía ser muy salvaje en la cama, pero aquel no era el momento ni el lugar. Estábamos en el establo y tenía la casa llena de gente a unos cuantos metros de donde nos habíamos escondido.

—¿Tienes mucho interés de quedarte en la barbacoa? —le pregunté susurrando sobre su boca, esperanzado de que su respuesta fuese no. Si era así, la metería en mi coche y me la llevaría a Cascade, hasta su apartamento, donde podría tenerla para mí solo.

—Clara me invitó, y no sería educado no aparecer.

—Me temía que dijeras eso —me quejé, enfurruñado como un niño al que le han quitado su juguete preferido.

—Eh, lo bueno se hace esperar —dijo ella separándose un poco de mí y palmeándome el pecho—. Me iré temprano y te esperaré en mi casa. Tengo ganas de saber si lo que se adivina debajo de tanta ropa es tan bueno como parece.

Se relamió los labios, provocándome, haciendo que imaginara mil perversiones con ella. Maldición, esta mujer era un peligro para mí, y para cualquier hombre con ojos en la cara y polla entre las piernas. Toda ella era sensual, y explosiva; incluso ese aire de chica dura y peligrosa hacía que mi pulso se acelerara y la deseara con desesperación.

Se deshizo de mi abrazo y empezó a caminar para salir del establo. No pude resistir la tentación de darle una palmada en el trasero tan deliciosamente tentador que tenía.

—¡Auch! ¿Qué llevas metido en el bolsillo?

La mano había chocado contra algo duro y me había hecho daño.

—Algo de lo que no me separo nunca —contestó, riéndose.

—Pero, ¿qué es? —insistí por pura curiosidad. Ella se rio sin parar de caminar.

—Créeme, no quieres saberlo. Probablemente no te gustaría.

—Déjame adivinar. No es un arma de fuego porque no podrías esconderla ahí, pero siendo tú, seguro que tampoco es algo típico de mujeres, como un estuche de maquillaje. Me ha parecido que era largo, estrecho, y desde luego, muy duro. Me ha dolido bastante.

—Eres un flojo —se burló.

—Soy un pobre chico de campo, y los chicos de campo solemos ser duros, ¿sabes? Déjame verlo.

La cogí por detrás, rodeando su cintura con un brazo, pegándola a mi cuerpo. Ella volvió a reírse mientras forcejeaba para soltarse. Sé que si hubiera querido, podría haberse desembarazado de mí con facilidad, pero se limitaba a retorcerse como una anguila y a reírse a mandíbula batiente. Eso era una clara señal de que se lo estaba pasando bien, y de que no le molestaba lo que le estaba haciendo.

Acabamos en el suelo sobre el empedrado del establo, ella boca arriba, y yo encima, entre sus piernas. Dejó de reírse y me miró con fijeza; los ojos le brillaban con intensidad, y me rodeó la cintura con sus piernas y empezó a balancear las caderas para frotarse contra mi endurecido miembro.

—Quieres distraerme —susurré, temblando con cada roce.

—¿Está funcionando? —preguntó con picardía.

—Ni lo más mínimo —mentí descaradamente.

—Pues tendré que esforzarme más.

—No lo harás, a no ser que quieras que te folle aquí mismo —la amenacé con voz ronca por el deseo.

—¿Y quién te dice que no es eso precisamente lo que busco?

—Joder, Nita —gemí, desesperado, porque ya me importaba una mierda lo que escondía en el bolsillo de atrás del pantalón, y solo pensaba en quitarle la ropa y hundirme en ella.

Mis oídos empezaron a zumbar cuando me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia ella para besarme. De repente, tenía mucho calor a pesar del fresco que todavía hacía a finales de marzo. Le desabroché la chaqueta para poder deleitarme en la forma de sus pechos bajo mi endurecida mano, pero no era suficiente. La puse bajo el jersey, uno horrible de cuello alto, y tiré de la camiseta para poder tocar su piel. Su gemido contra mi boca me enardecíó. Era suave y estaba muy caliente, y se estremeció con el contacto de mi mano.

Sus manos no se estuvieron quietas, y también empezaron a explorar mi cuerpo. Me sacó la camisa de dentro del pantalón y desabrochó el cinturón, el botón y la bragueta. Temblé de anticipación, pero de repente se quedó inmóvil durante un segundo, para empezar, inmediatamente después, a empujarme frenéticamente para apartarme de encima de ella.

—¡Viene alguien, joder! —gritó en susurros mientras me empujaba—. ¡Levántate, coño!

Aturdido, atiné a comprender lo que me estaba diciendo. El zumbido en mis oídos desapareció y oí voces que venían hacia donde estábamos nosotros. Me levanté de un salto y la cogí de la mano para ayudarla a levantarse con rapidez.

—Ven —le dije, arrastrándola conmigo a la carrera hasta escondernos en un box donde solo había algunas balas de heno entre las que podíamos escondernos.

Cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido. Las voces estaban cada vez más cerca. Reconocí a Keitan (maldito fuese) y una voz femenina. ¿Hannah? «Ah, no, hermanito, como te líes con la amiga de Clara vas a pasarlo muy mal», pensé.

Nos tumbamos en el suelo escondidos entre el heno. Nita había pasado de estar horrorizada por la posibilidad de que nos pillaran, a estar muy divertida con la situación. Hacía esfuerzos por no reírse, y decidí que la mejor manera de evitar que estallara en carcajadas y nos descubrieran, era ocupando su boca con algo mucho mejor que la risa: un beso. Aunque cambié de idea cuando la oí gemir.

Pero no era Nita la que gemía. Joder. Era Hannah. ¿Estaban dándose el lote? «Creo que Keitan quiere morir muy lentamente», pensé, divertido. Hannah era intocable, todos en el pueblo lo sabíamos.

De repente, una voz ocupó todo el espacio, resonando con furia.

—¿¡Qué coño se supone que estáis haciendo?!

—Uh, oh —susurré—. Ese es Mac. Esto va a ponerse interesante.

—¿Por qué? —preguntó Nita, pero no pude responderle porque al otro lado de la puerta se había liado parda.

—¿Y a ti qué te importa? —gritó Hannah hecha una furia. Me hubiese gustado poder asomarme para verlo, en serio. Esto pintaba mejor que un culebrón.

—Keitan, eres un cabrón —gritó Mac.

—Vete a la mierda, tío —contestó mi hermano.

—¿Deberíamos hacer algo? —me preguntó Nita en un susurro. Yo negué con la cabeza. Los tres eran adultos, que solucionaran ellos sus problemas.

Hubo más gritos, algunos golpes, el ruido de un puño chocando contra la carne y, de repente, el

sonido del agua saliendo a presión por la manguera que utilizábamos para limpiar el suelo del establo.

—¡Eres un gilipollas, Mac! —Esa era Hannah—. Llevas años ignorándome, ¿y ahora me haces una escena porque he decidido pasármelo bien con Keitan? ¡Pues a ver si el agua te aclara las ideas, imbécil! Y ahora, lárgate de aquí. ¡Déjame en paz!

No pude evitar reír en silencio, mordiéndome los labios para no echar una carcajada. Mac se merecía eso y más. Todo el pueblo sabía que Hannah llevaba enamorada de él desde el instituto, igual que sabíamos que él se negaba a hacerle caso pero no quería que nadie la tocara. No era la primera vez que algún pobre idiota se llevaba un buen puñetazo por intentar ligar con ella. Hannah no lo sabía porque nadie se había atrevido a contárselo, ya que estar bajo el punto de mira del sheriff no era algo con lo que pudieras vivir fácilmente. Me pregunté qué había llevado a Keitan a hacer algo así, si nunca se había sentido atraído por la rubia.

—¿Lárgame y dejarte a solas con este capullo? ¿Es que no sabes que lo único que quiere es follar, y que después te dejará tirada como si fueses basura?

—¿Y no te has parado a pensar que quizá, solo quizá, lo único que quiero es follar, y punto?

—¿Pero tú te estás oyendo? Estás hablando como una puta.

Ouuuuu. El ruido que sonó inmediatamente después de eso, fue, sin lugar a dudas, una gran y magnífica bofetada. Bien por ti, Mac. Ahora sí que la habías cagado pero a base de bien.

Hubo un forcejeo. Alguna imprecación, y la puerta del box se abrió y vi asomar el rostro de Keitan. Sus ojos brillaban llenos de diversión, aunque tenía un ojo que se estaba empezando a hinchar con ganas.

—¿Hay sitio ahí para mí? —preguntó en un susurro. Sin esperar a que contestáramos, se tumbó boca arriba sobre el heno, a nuestro lado, poniendo las manos bajo la cabeza.

—Lárgate —le gruñí.

—Ni de coña. Si Mac despierta de la nube de deseo que ahora mismo se ha apoderado de él (por cierto, se están besando, por si os interesa), puede que vuelva a intentar pegarme, y no me apetece mucho, la verdad. Este ojo ya me duele bastante como para sumarle más sufrimiento.

—Deberías ir a la cocina y ponerte un filete en él —le sugirió Nita, divertida con la situación.

—*Nope*. Voy a quedarme aquí un rato, hasta que ellos terminen. Por cierto, ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Buscar una aguja —refunfuñé.

—Escondernos, porque nos estábamos dando el lote pero no queríamos que nos pillarais —contestó Nita con tranquilidad—. Por cierto, muchas gracias por la interrupción —añadió con sarcasmo—. ¿Todos los hermanos venís aquí a meter mano?

—Nah, somos más de motel si la chica no tiene apartamento propio.

—Creo que se han ido —los interrumpí—. Keitan, echa un vistazo.

—Ni loco me asomo.

—Ya lo hago yo —suspiró Nita—. Sois unos cobardicas.

Se arrastró por encima de mi cuerpo para poder incorporarse y acercarse a la puerta del box. Cerré los ojos y tensé la mandíbula, porque tenerla encima de mí así, fue un momento infernal por el simple hecho de que no podía agarrarla, besarla y follarla. Joder, me tenía tenso como la cuerda de una puta guitarra. Ni siquiera el follón que se había armado, había conseguido deshinchar mi erección.

Nita se asomó con cuidado por encima de la puerta del box, e inmediatamente se levantó y la abrió.

—Se han ido. Será mejor que volvamos, y tú, directo a la cocina a ponerte algo en ese ojo.

—Pero antes deberíamos adecentarnos un poco —me reí, yendo hasta su lado. Le quité algunas briznas de heno que se le habían enredado en el pelo—. Parece que nos hayamos estado revolcando en el pajar.

—Bueno, eso es exactamente lo que habéis estado haciendo, ¿no? —se burló Keitan.

—Parece que *los tres* nos hayamos estado revolcando en un pajar. Juntos.

—Solo me faltaría eso, —gruñó Nita—. Que se corriera la voz de que me lo estoy haciendo con los dos hermanos Wescott, a la vez.

—Mejor me voy yo primero —se rio Keitan—. Vosotros esperad un rato, y quitaos todo eso que tenéis en el pelo y en la ropa.

Hacía tiempo que no me reía tanto. Knox tenía ese efecto en mí, que era capaz de hacerme olvidar todos los miedos y las pesadumbres con gestos sencillos que si vinieran de otro serían molestos y mal recibidos. Mientras nos estuvimos quitando mutuamente las briznas de heno que había por toda nuestra ropa y pelo, volvió a aprovechar para hacerme cosquillas y para preguntar qué llevaba escondido en el bolsillo trasero del pantalón. Pensé que se había olvidado, pero Knox era muy tenaz cuando quería algo. Así que le confesé que suelo llevar una navaja allí, porque no me gusta ir completamente desarmada fuera del trabajo, pero tampoco me parece bien ir con el revólver a todos lados.

—¿Sabes utilizarla? —me preguntó mientras volvíamos a la casa.

—No me pongas a prueba, muñeco de nieve —me reí.

Fue un día divertido. Knox intentó entrar en el jardín trasero de la casa, donde se estaba celebrando la barbacoa, cogidos de la mano; pero yo me resistí y no lo permití. Era demasiado pronto, y no quería que todo el mundo empezara a cuchichear a nuestra costa. Sobre todo, quería evitar a cualquier precio los comentarios del tipo «pobrecita, también ha caído». La fama de Knox como mujeriego era demasiado conocida y todos pensarían que yo iba a ser una más. No quería arriesgarme a que tuvieran razón. La opinión que de mí tuviesen los habitantes de Cascade era fundamental para poder llevar a cabo mi trabajo; si no me respetaban, me sería muy difícil imponerme a cualquiera en situaciones difíciles y comprometidas. No me convenía que pensarán que era una mujer facilona, o una cabeza hueca que se dejaba seducir por el primer hombre guapo que se cruzaba en su camino. Ser policía en un pueblo tan pequeño no es fácil, porque todo el mundo se conoce y llegan a saber de tu vida más que tú mismo. ¿Cómo iban a respetarme como agente de la ley, si no lo hacían como mujer y persona?

Así que rehuí su mano y me aparté de él en cuanto entramos en el recinto. Saludé con una sonrisa, hablé con todos un rato, y no permití que la presencia de Knox, que me vigilaba como un halcón hasta hacerme sentir incómoda, me molestara. Había aceptado tener citas con él, no ser su propiedad privada.

Hannah estaba allí, pero no vi a Mac por ningún lado. Me pregunté qué pasaba realmente entre ellos, y si sentían algo el uno por el otro, porque Mac no hacía algo al respecto. Era una situación extraña la que habíamos vivido en las cuadras, y no solo por todo lo que Knox me había hecho sentir. Quizá debía acorralar a mi jefe y coserlo a preguntas hasta hacerlo confesar.

Keitan no volvió a aparecer, y me pregunté si debía ir a ver cómo estaba. El pobre se había

llevado un buen puñetazo que le había puesto morado el ojo y quizá necesitaba ayuda.

Clara resplandecía, a pesar del embarazo. O quizá gracias a él. No lo sé. Pero sus ojos brillaban mirando a Kaden de una manera que envidié, sobre todo porque en los ojos de él había la misma felicidad. Aunque a veces la veía agobiada, cuando se ponía en modo súper protector y solícito hasta hacer vomitar. Yo nunca había tenido a alguien que se preocupara tanto por mí. Mike había sido un buen amigo, pero no hasta el punto de estar a mi lado cuidándome cuando me había sentido enferma. Era más bien de los de dejar espacio y apartarse al menor indicio de que su presencia te molestaba. Y, a veces, las personas necesitamos que nos molesten aunque no lo queramos. Igual que Kaden estaba haciendo con Clara.

Y, a veces, necesitamos que simplemente se sienten a nuestro lado y nos cojan las manos sin decir nada. Como Kaden hacía con Clara.

Envidié su relación, y me pregunté si yo sería capaz de tener algo semejante con Knox.

Fui de las primeras en despedirse. Abracé a Clara y le di las gracias por invitarme. La picardía en su mirada me dijo que en algún momento durante la mañana Knox le había contado algo, pero como no me comentó nada yo pude hacerme la tonta.

También me despedí de Kaden y de Knox. Estaban juntos, hablando, cuando les ofrecí mi mano, primero a uno y después al otro. Ellos me la estrecharon, aunque la mirada de Knox me dijo claramente qué era lo que quería de mí, y no era precisamente estrechar mi mano.

—Te acompaño —me dijo.

—Sí, ocúpate tú —contestó Kaden—. Yo voy a ver si Clara necesita algo.

—¿Tu hermano está bien? —le pregunté cuando se marchó. Yo me refería a Keitan, pero él no lo entendió así.

—Está muerto de miedo. Todo esto del embarazo de Clara lo está volviendo loco.

Entramos en la casa para atravesarla. Yo lo seguí por el pasillo.

—Me refería a Keitan.

—Supongo que sí —contestó encogiéndose de hombros.

—¿No has ido a verlo?

—¿Para qué? No es el primer puñetazo que se lleva, ni será el último. Además, no me apetece hablar de él ahora —susurró.

Me cogió por los hombros y me empujó hacia la salita en la que habíamos estado el día que Mac me llevó para presentarme a la familia. Allí me besó sin darme tiempo a reaccionar, pegándose a su cuerpo como si quisiera que nos fundiéramos en uno solo.

—Verte hablar con todos esos tíos, casi me ha vuelto loco —confesó, susurrando sobre mi boca.

—¿Eres del tipo celoso? —me sorprendí.

—Parece que sí.

—Pues mejor será que te controles, muñeco de nieve. No me gustan los agobios, ¿sabes?

—Lo sé. Pero eso no me impide besarte hasta volverte loca a ti cada vez que tenga un ataque.

—Siempre y cuando no lo hagas en público...

—En privado. Siempre en privado. Así podré vengarme haciéndote cochinas —bromeó.

—Pues esto no es muy privado que digamos —dijo una voz a sus espaldas.

—¡Papá! —casi gritó. Se puso tieso como un palo y se separó de mí como si lo hubieran empujado con un resorte—. Lo siento, pensé que estarías echándote una siesta.

Casi me reí. La situación era mortificante para ambos. Pillados por su padre mientras nos metíamos mano. ¡Qué bochornoso! Pero verlo a él transformarse de un hombre hecho y derecho, a un adolescente inseguro, fue realmente cómico.

—¿Con el ruido que hay en el jardín? Imposible. Encantado de volver a verla, señorita —me dijo dirigiéndose a mí. Me guiñó un ojo sin que Knox lo viera y yo enrojecí hasta la raíz del pelo.

Salimos de allí casi a la carrera mientras el padre de Knox se sentaba en el sofá y encendía la televisión.

—Qué vergüenza —susurré medio riéndome, cuando salimos al exterior.

—¿Vergüenza? Tú no vas a tener que mirarlo a la cara durante el resto de tu vida, recordando este momento. Jamás había besado a una mujer bajo este techo, y mucho menos, delante de él.

—Vaya, qué novedad. El desvergonzado de Knox Wescott está avergonzado porque su padre lo ha pillado besando a una chica —me reí.

—No, no lo entiendes, Nita. —Parecía muy mortificado y casi me dio lástima. Casi—. Me ha pillado besándote a ti, en una habitación en la que pasa muchas horas al día.

—Pues creo que se lo ha tomado bastante bien. Hasta me ha guiñado un ojo.

—¿Te ha guiñado un ojo?

Llegamos hasta mi coche y apoyé el trasero en él para poder mirarlo bien.

—Sí. ¿Qué crees que significa eso?

—No tengo ni idea —murmuró—. Con mi padre es difícil saber qué piensa. Él... bueno, vive en un perpetuo estado de depresión desde que mi madre murió.

—Vaya, lo siento —dije. Tuve el presentimiento que aquella revelación, dicha casi sin importancia, era vital para mí—. Es duro perder a alguien a quién quieres.

—Sí, fue muy duro para todos.

Knox pareció muy triste, y me disgustó verlo así. Quería al hombre alegre que me hacía reír, pero en aquel momento comprendí que la tristeza también era parte fundamental de su carácter, que él también necesitaba a alguien a su lado que lo hiciera reír a carcajadas hasta doblarse por la mitad. ¿Podría hacerlo yo? No lo sabía. Mi carácter no era muy alegre, sobre todo durante los últimos meses. Quizá era hora de que me esforzara por apartar la amargura y el desengaño que había supuesto para mí la muerte de Mike y la traición del departamento de policía.

Me sorprendí utilizando aquella palabra. Traición. Y pensé sobre ella mientras regresaba conduciendo a mi apartamento.

Me había sentido traicionada, aunque no me había dado cuenta hasta entonces. Yo lo había dado todo por el departamento de policía, desde que salí de la academia y entré como simple patrullera. Y cuando ascendí y acabé trasladada a la unidad de narcóticos, fue todavía peor. Mi compromiso con el trabajo había estado siempre fuera de duda, había dado pruebas más que suficientes; y cuando habían descubierto mi facilidad para ponerme en la piel de otras personas, no me dieron ni un minuto de descanso. Mi identidad falsa como narcotraficante había sido sobre explotada, utilizándome para cada nuevo caso que salía y esperando siempre resultados óptimos y rápidos. El deber me había puesto en peligro cada día de mi vida allí, poniendo sobre mi espalda demasiadas responsabilidades. Debía haberse tratado de un trabajo en equipo, pero el equipo éramos Mike y yo siendo utilizados una y otra vez. Hasta que algo salió mal, y ambos pagamos las consecuencias. Él murió, y yo me vi obligada a vivir con un perpetuo sentimiento de culpabilidad al que no era capaz de sobreponerme.

Y entonces, cuando más necesitaba mi trabajo, me dieron la patada.

Vale, realmente no me habían despedido, pero darme la única opción de ponerme detrás de un escritorio para atender teléfonos y papeleo era peor que eso. Era ponerme en la frente la etiqueta de inútil, de quemada, de psicótica. Ya no valía para nada más, porque no era fiable, ni estable; una bomba a punto de estallar, ese era el diagnóstico del psiquiatra del departamento. Ni siquiera me habían dado la oportunidad de demostrarles que estaban equivocados.

Esa había sido la mayor traición, y darme cuenta de ello fue una revelación.

Después de despedirme de Nita, volví a la fiesta. No iba a quedarme mucho más, y menos sabiendo que me estaría esperando en su casa. Estaba deseoso de estar a solas con ella, y esperaba que esta vez todo saliera bien y que nadie nos interrumpiera.

Le dije a Kaden que me iba, algo a lo que él respondió alzando una ceja pero sin hacer preguntas, y subí a mi dormitorio para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa porque la que llevaba puesta olía a humo y comida.

Cuando pasé por delante del cuarto de Keitan, lo vi tumbado en su cama con un filete en el ojo.

—¿Cómo va eso? —le pregunté asomándome a la puerta abierta.

—Duele, joder. Recuérdame a menudo que no debo hacerle favores a nadie, y mucho menos a las amigas de Clara —gruñó en respuesta.

—¿Favores? —Esto prometía ser interesante.

—Sí, favores.

—¿Y en qué consistía el favor, exactamente?

—Quizá te lo contaré otro día, ahora el ojo me duele demasiado. ¿Lo tengo muy mal? —me preguntó, quitándose el filete.

—Está bastante hinchado, pero los has tenido peores.

—Eso lo dudo. Duele como un demonio.

—No seas quejica, tío —me burlé.

—Vete a la mierda.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —bromeé.

—Sí, que me olvides.

Volvió a taparse el ojo y se dio la vuelta en la cama. Me reí de nuevo y me fui hacia mi dormitorio para prepararme para el encuentro con Nita.

Tres cuartos de hora después, estaba subiendo las escaleras hacia su apartamento.

En cuanto Nita me abrió la puerta y vi su rostro, supe que algo iba mal. Se había cambiado de ropa y llevaba puesto un chándal andrajoso nada sexy, algo que desde luego, una mujer no se pone cuando está esperando al hombre que quiere que se convierta en su amante. Además, tenía el ceño fruncido y sus ojos ya no brillaban con picardía.

Se apartó para dejarme pasar sin decir ni una palabra. La seguí y cerré detrás de mí.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó yendo hacia la nevera—. Tengo cerveza, y algún refresco.

—Estoy harto de comer y beber, gracias —intenté bromear, frotándome la barriga.

—Ya, y no has venido a eso —murmuró ella.

—He venido para estar contigo —susurré poniéndome detrás de ella, apoyando mis manos en su cintura—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —contestó, deshaciéndose de mí.

—Algo ha pasado en este rato. Cuando te fuiste parecías feliz, y ahora...

—Te advertí que no soy una mujer fácil de tratar —contestó a la defensiva—. Y como me sueltas alguna broma referente a la menstruación, te la cargas.

—Jamás he hecho bromas de ese estilo —me defendí. Parecía como si estuviera buscando algún motivo para discutir.

Me acerqué a ella de nuevo por detrás, y empecé a masajearle los hombros para tranquilizarla.

En aquel momento era como una fiera a punto de sacar sus garras.

—¿Qué haces? —susurró, echando la cabeza hacia atrás.

—Relajarte. Estás tensa por lo que sea que haya pasado.

—No ha pasado nada —repitió.

—Pues estás tensa por lo que sea que no ha pasado.

—¿Me das la razón de los tontos?

—No, solo intento no seguirte el juego. Estás provocándome para discutir, y no he venido a eso.

—Ya, has venido a follar —dijo con amargura.

—No. He venido a pasar un rato contigo. Si quieres que hagamos el amor, lo haremos. Si quieres hablar, hablaremos. Y si lo único que te apetece es acurrucarte en el sofá y ver la televisión, me acurrucaré a tu lado para hacerte compañía.

Se estremeció bajo mis manos, que seguían intentando relajar sus músculos. Apoyó la cabeza en mi pecho y deslicé las manos por sus brazos hasta abrazarla.

—Lo siento —murmuró—. No he sido muy agradable, ¿verdad?

—No importa.

—Eres muy comprensivo —gruñó, casi como si estuviera decepcionada.

Me reí muy bajito, en su oreja, mientras le besaba el cuello.

—Yo también soy difícil, no creas. Ya lo comprobarás. ¿Te apetece ver una peli?

—Bueno.

—Pues ponte cómoda mientras yo busco algo.

Se dejó caer en el sofá. Todavía tenía el ceño algo fruncido, pero parecía estar más relajada. No supe qué era lo que le había pasado en el camino desde el rancho hasta aquí, y me preocupó, pero comprendí que no quisiera contármelo todavía. Estábamos empezando, ambos éramos bastante desconfiados en cuanto a nuestros sentimientos se refería, y entendía que todavía no tuviese la suficiente confianza en mí. Eso era algo que tenía que ganarme, y estaba dispuesto a ello.

Rebusqué en la exigua colección de *bluerays* que tenía guardados bajo la televisión. La mayoría eran pelis de acción. Cuando cayó en mis manos *El caso Bourne* esboqué una sonrisa al recordar la conversación que habíamos tenido hacía un par de horas.

—¿Te apetece ver esta? —Se rio al ver la carátula y asintió con la cabeza—. Pues esta va a ser. Hazme un sitio.

Me senté en el sofá y Nita se acurrucó a mi lado. Subió los pies descalzos y apoyó la cabeza en mi hombro. Yo la abracé y la acomodé lo mejor que pude para que estuviera cómoda. Necesitaba calidez humana, pero no la que da el sexo, sino la amistad y la confianza. No supe si era un buen camino para recorrer si quería llegar a mucho más con ella. Nunca me habían preocupado las relaciones de pareja y lo que demandaban; pero si lo que necesitaba Nita en aquel momento era un amigo, era lo que iba a ofrecerle.

No hablamos mucho, y al poco rato me di cuenta que se había quedado dormida. Tiré de la manta que había en el respaldo y la tapé con cuidado para que no se despertara.

Otra vez sangre y gritos. Las balas zumbaban por todos lados y se incrustaban en el coche tras el que me había refugiado, levantando astillas de metal que me salpicaban en el rostro. Todo lo veía cubierto por un velo rojizo que aleteaba como si estuviera sacudido por el viento, deformando las imágenes que me rodeaban.

Pude distinguir a Mike en el suelo. Tenía el rostro contraído por el dolor y extendía su mano hacia mí en un mudo grito demandando ayuda; pero yo no me moví de mi precario refugio. Permanecí allí acurrucada, con la pistola en la mano sin saber qué hacer con ella, asustada. Lo llamé a gritos sin ser capaz de moverme, pero mi voz fue ahogada por el atronador ruido de los disparos.

—Nita.

Una voz se coló en mi pesadilla. No era la de Mike, pero me resultaba tranquilizadora y reconfortante.

—Nita, despierta.

—Mike... —susurré.

—Nita, cariño.

Unas manos me sacudieron con suavidad, y yo me revolví con agresividad, apartándome de ellas. Abrí los ojos y parpadeé, confusa. Estaba medio arrodillada en el suelo, en una postura totalmente defensiva, encarada a Knox, que me miraba muy sorprendido.

—Has... has tenido una pesadilla —me dijo con voz calmada.

Me froté la cara con las manos y me levanté sin decir nada, avergonzada por el espectáculo que debía haber dado. Me fui hacia el baño para lavarme las manos y el rostro. Me sentía sucia, contaminada, asquerosa. Me cerré por dentro para que no pudiera entrar, y abrí el grifo del lavabo, dejando correr el agua hasta que salió caliente.

Me froté con fuerza hasta que la piel se me quedó enrojecida. Lo que quería era meterme bajo la ducha y quedarme allí hasta que el agua caliente se terminara, pero Knox estaba esperando en la habitación de al lado y no podía dejarlo allí, solo, durante mucho rato. No estaría bien.

Me sequé y me miré al espejo. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, pero no recordaba haberlo hecho.

Casi me dio la risa al darme cuenta que, por dos veces que Knox había estado en mi apartamento, en ambas ocasiones yo había acabado encerrada en el baño.

Salí, renuente, sin saber muy bien qué esperar de él. Seguía sentado en el sofá, mirando hacia la puerta tras la que yo había desaparecido, y en la que me quedé apoyada en aquel momento.

—Lo siento —le dije en un susurro, mirándome los pies.

—¿Por tener una pesadilla? —se extrañó.

—No, por montarte un número. Otra vez.

Se levantó y vino hacia mí. Su lenguaje corporal me dijo que se acercaba como si yo fuese una fiera que tuviese que se amansada, y casi me hizo sonreír. Casi.

Cuando llegó hasta donde yo estaba, me rodeó con los brazos y me apoyé en su magnífico pecho. No dijo nada, solo me sostuvo el rato que necesité. Yo tampoco hablé. Me limité a disfrutar de su contacto tranquilizador.

—¿Tienes pesadillas a menudo? —me preguntó al cabo de un buen rato.

—Sí —contesté después de pensarlo durante unos segundos. Dudé si decirle la verdad, pero al final creí que era lo mejor. Estábamos empezando una relación, y aunque yo no tuviese todavía la confianza suficiente como para contarle toda la verdad, las mentiras estaban fuera de lugar.

—Espero que algún día confíes en mí lo bastante para contarme qué las provoca —susurró en mi oído—. Mientras tanto, mis brazos estarán a tu disposición cada vez que necesites que te abrace.

Casi me hizo llorar con aquellas palabras. Jamás esperé que Knox pudiese ser tan tierno con una mujer. Su fama y los rumores que corrían sobre él, decían todo lo contrario.

—Gracias.

—De nada. Y ahora... —Se apartó un poco de mí, lo justo para alzarme el rostro con un dedo y

mirarme a los ojos—. Son casi las siete, hora de cenar. ¿Qué tienes en la nevera?

—Nada. Soy mujer de precocinados. El congelador está lleno.

—¿Precocinados? —bromeó—. ¿No cocinas? No me lo puedo creer.

—¿Por qué? —Entrecerré los ojos para mirarlo, combativa—. ¿Es tengo obligación de saber cocinar por ser mujer?

Dejó ir una carcajada mientras volvía a abrazarme con fuerza.

—En absoluto. Solo pensé que una mujer tan capaz como tú, sabría hacer de todo.

—Pues no. Soy un auténtico desastre en las cosas hogareñas. Ni siquiera sé coserme un botón...

—En ese caso, mejor será que salgamos a cenar por ahí. ¿Te apetece?

Lo cierto era que no. Estaba a gusto en casa, y me horrorizaba la idea de salir a la calle con los ojos hinchados como si hubiera estado llorando.

—¿Y si pedimos una pizza? —sugerí.

—¿Pepperoni y doble de queso?

—Y doble de bacon crujiente.

—Ok. Me pongo a ello ahora mismo. Pero en nuestra próxima cita, yo cocinaré.

—¿Tú cocinarás?

—Soy todo un chef —se vanaglorió, haciéndome reír.

—Eso tendrás que demostrarlo.

—Entonces, tenemos un trato.

Cuando regresé a casa, era casi media noche y Clara me estaba esperando sentada en el balancín del porche.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. Estaba envuelta en una manta hasta la cabeza. La primavera ya había comenzado, pero por las noches todavía hacía mucho frío.

—Necesitaba respirar aire fresco —me contestó.

—¿Te has peleado con Kaden?

Parecía triste y algo abatida, y ella solo se ponía así cuando discutían.

—Un poco —confesó.

Me senté a su lado y le ofrecí mi hombro para que apoyara la cabeza. Parecía que esa noche estaba predestinado a convertirme en el paño de lágrimas de las mujeres que me importaban, aunque agradecí tener algo en lo que distraerme para no pensar en el nombre que Nita había pronunciado: Mike. ¿Quién era Mike? ¿Qué significaba ese hombre para ella? Era algo que me martirizaría, pero que no me había atrevido a preguntar. No quería presionarla, y si era alguien importante, como parecía ser, algún día me lo contaría. Cuando estuviese preparada. Mientras tanto, lo mejor era no pensar más en ello.

—¿Y por qué habéis discutido? —le pregunté con suavidad.

—Por que... Es que yo... Verás, él... Maldita sea, no sé cómo explicarlo porque todo ha sido tan... surrealista y vergonzoso. Todo ha empezado porque me he quejado de mi espalda. Él me ha puesto el linimento y... bueno, no puedo evitar... ya sabes, el contacto de sus manos, pues me... ¡Dios mío, qué vergüenza! —Se tapó la cara con las manos—. ¿Por qué te estoy contando esto a ti?

—Porque son las doce de la noche, y soy la única persona que está presente, supongo —bromeé.

—Tonto, te lo cuento porque eres como mi hermano. Aunque no sé si le hablaría de estas cosas a mi hermano, si tuviera uno...

—Probablemente no.

Se rio, avergonzada de nuevo, pero se puso seria antes de continuar hablando.

—Me ha rechazado, Knox. Sé que es porque tiene miedo de hacerme daño, que todo este asunto del embarazo es superior a sus fuerzas. Pero su rechazo me ha dolido mucho. Hemos discutido, yo le he gritado, y le he dicho cosas muy feas. Él se ha enfadado y se ha ido dando un portazo. Sé que está en el establo, con los caballos, y estoy esperando a que vuelva para pedirle perdón.

—Este hermano mío... —suspiré—. Iré a buscarlo, ¿te parece?

—Sí, por favor. Te lo agradecería mucho.

—De acuerdo, pero tú regresa adentro, y métete en la cama. Nadie quiere que pilles un resfriado.

—Vale.

—Venga. —La empujé un poco para obligarla a ponerse en pie y que entrara en la casa. Lo hizo arrastrando los pies, y antes de cerrar la puerta, se giró hacia mí.

—Gracias. Eres un cielo.

—Nah, te equivocas.

—Discutiremos sobre esto otro día. Ahora, convéncelo para que vuelva a la cama conmigo, por favor.

Asentí con la cabeza, y ella cerró la puerta. Yo me giré y suspiré, cansado. Vaya día estaba teniendo.

No vi a Kaden cuando entré en las cuadras. Miré en los *box* vacíos, y recordé el que estaba lleno de heno, donde Nita y yo nos habíamos escondida hacía unas horas. Lo encontré allí, envuelto en una manta, tumbado e intentando dormir.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunté, sobresaltándolo.

—No creo que te importe una mierda. Déjame en paz —gruñó.

—Clara estaba en el balancín, esperando que regresaras.

—¿Qué?! —Se levantó de un salto, dispuesto a salir de allí corriendo para meterla a la fuerza en casa. Se lo impedí cogiéndolo por el brazo con fuerza.

—Ya no está —le dije mientras me fulminaba con la mirada—. La convencí para que volviera a la cama, que es donde deberías estar tú también.

—No puedo —gruñó, apartándose de mí.

—¿Y no puedes por..? —aleté la mano delante de mí, incitándolo a acabar la frase. Volvió a gruñir, pero esta vez fue algo ininteligible—. ¿Qué dices? No te he entendido.

—Que no puedo acostarme con ella.

—Bueno, eso me ha dicho. Y créeme, no es una confesión que mis oídos quisieran escuchar. Al fin y al cabo Clara es como mi hermana, y oír de su boca que su marido no quiere tocarla...

—¿Eso te ha dicho? ¿A ti? ¿Está loca? —gritó.

—No, más bien está desesperada —le contesté, algo furioso. Aquella situación me había divertido al principio, pero Kaden era cabezota y se estaba comportando como un idiota, haciendo daño a Clara con su actitud—. ¿Qué coño te pasa, tío? Comprendo que tengas miedo, pero...

—Pero nada. Tú no puedes comprenderlo. Clara es mi vida, mi aliento, el aire que respiro... si la pierdo, si hago algo que provoque que...

—Vale —lo corté, algo molesto. ¿Que yo no podía comprenderlo? Joder. Lo comprendía perfectamente. La muerte de nuestra madre y el estado en que se quedó nuestro padre, nos había marcado a fuego como si fuéramos reses—. Pero, ¿te has parado a pensar en lo que ha supuesto para ella que tú la rechazaras? Es una mujer fuerte, pero ¡por Dios, tío! Te ama con locura, te necesita.

¿Crees que no tiene miedo? ¡Joder! Es ella la que está embarazada, y es ella la que está en peligro. ¡Y tú la rechazas! Eres un imbécil, tío.

—No puedo hacer el amor con ella, Knox. No puedo —gimió, pasándose las manos por el rostro.

—A ver, —suspiré, cansado—. Comprendo que tengas miedo de penetrarla...

—¡Knox! ¡No hables así de Clara!

—Tío, tengo que hablarte clarito para que me escuches y me comprendas, así que no me vengas con remilgos. Al fin y al cabo, esta situación la has provocado tú con tu estupidez. ¿Tengo que explicarte que hay muchas maneras en que un hombre y una mujer pueden satisfacerse mutuamente, sin necesidad de la penetración?

—Knox... —me advirtió, señalándome con el dedo.

—Vale, no digo nada más. —Alcé las manos porque vi que estaba dispuesto a pegarme, y ya habíamos tenido una pelea hacía unos meses, que nos dejó a ambos para el arrastre. No tenía ganas de repetirlo—. Pero le he prometido a Clara que te llevaría de vuelta a su cama, así que empieza a caminar, o me veré obligado a llevarte a rastras.

—¿Eso le has prometido? ¿Por qué?—preguntó, entrecerrando los ojos, desconfiado.

—¿Tengo que decirlo en voz alta? Pues vale. Porque os quiero, y no me gusta veros enfadados. Así que arreando.

—En el fondo eres un sentimental —se burló, pero agradecí que hubiera desaparecido la crispación de su rostro—. Venga, vamos. Creo que hay una mujer preciosa esperando por una disculpa.

—Y por algo más.

—Cierra la boca, o te la cierro yo —me amenazó. Yo me limité a reírme de él.

Cuando Knox se marchó de mi casa, fue la primera vez que me *sentí* sola además de *estar* sola. Nunca había notado la soledad como algo malo, hasta aquel momento en que me descubrí echándolo de menos y deseando que se hubiera quedado durante toda la noche.

Como si no tuviera ya suficientes cosas en las que pensar.

Como por ejemplo, la manera tan grata en la que me sorprendió su comportamiento. Cuando llegó, yo estaba dispuesta a provocar una pelea para que se enfadara y se marchara. Estaba tan rabiosa, tan enfadada conmigo misma y con todo el mundo, y me sentía tan humillada al darme cuenta de que todos aquellos que deberían haber estado a mi lado, me traicionaron, que no podía razonar. Durante el rato en que estuve esperando a que él llegara, mi cabeza no paró de hacer más y más grande la bola de nieve; hasta que, cuando Knox llegó, ya rodaba por la cuesta sin control alguno. Necesitaba gritar, pelear, desahogarme con alguien, y el pobre era la persona que tenía más a mano.

Pero en lugar de entrar en mi juego y enfadarse, actuó con calma, no dejando que lo provocara, y acabó calmándome de una manera que nadie había conseguido nunca. Tampoco es que alguien lo hubiera intentando alguna vez. Hasta el que había sido mi mejor amigo y compañero, Mike, cuando olía que estaba en ese plan, sencillamente desaparecía con un «cuando te calmes, me llamas».

Pero Knox, no. Él aguantó mis provocaciones sin responder a ellas, y consiguió que la bola de nieve se estrellara estrepitosamente contra un muro de indiferencia sin conseguir nada más que desaparecer.

Por eso estuve tentada de pedirle que se quedara, pero mi orgullo, que ya había sido suficientemente machacado aquella noche por mi propia estupidez, me lo impidió. No me gustaba

necesitar a alguien. No me gustaba que alguien tuviera el poder de hacerme sentir tan bien, segura y protegida, porque eso significaba que también tenía el poder de hacerme mucho daño si quería.

Y eso me horrorizaba.

La mañana pasó tranquila en el trabajo, hasta mediodía, en que recibimos una llamada por una pelea doméstica. Fui rápidamente a la dirección aunque malditas las ganas que tenía de meterme en una pelea de ese estilo. Había tenido mi cupo en estos asuntos el tiempo que estuve de patrullera en Boston, y no eran un asunto fácil. Por regla general, solían llamar los vecinos por culpa del escándalo que formaban. Cuando llegaba y el hombre había pegado a la mujer, esta, por culpa del miedo o de vete a saber qué, se negaba a denunciarlo la mayoría de las veces; es más, si alguna vez me vi en la obligación de detenerlo porque el muy capullo creyó que yo era una sustituta aceptable como *punching ball*, supongo que por el hecho de tener tetas en lugar de pene, la mujer se empeñaba en defenderlo y excusarlo.

El miedo, o la creencia de que el amor puede cambiarlo y convertirlo de un hombre violento y agresivo, a un corderito amoroso, muchas veces las llevaba al hospital. Y en el peor de los casos, a la muerte.

Nunca he creído que el amor pudiera hacer milagros; no sin ayuda psiquiátrica. Un hombre que pega a su mujer no cambia de la noche a la mañana por amor. Antes ha de darse cuenta del problema que tiene, y buscar ayuda especializada. Hay terapias muy buenas que ayudan a controlar la agresividad, y ese es el único camino.

Cuando llegué a la dirección, bajé del coche y comprobé que mi revólver estaba en su funda con el seguro de esta bien puesto. No sería la primera vez que, por un descuido, un enajenado de estos le quitara el arma a un policía y acabara todo muy mal. Eso no iba a pasarme a mí, por eso me aseguré que la tira de cuero estaba bien abrochada, y que si intentaba quitármela, me daría tiempo a impedirselo. Después cogí la porra extensible y la coloqué en su lugar.

Los gritos se oían desde la calle. Un hombre maldiciendo e insultando, algunos golpes, y a una mujer gritando pidiendo ayuda. Otro coche patrulla se estaba acercando desde la otra esquina, y me esperé unos segundos a que llegara. Era Colin, con su andar desgarrado se acercó a mí.

—Yo me encargo —le dije—. Tú solo apóyame, ¿ok?

—Tú mandas, jefa.

Era una casa pequeña, con un diminuto jardín delantero cercado por una valla blanca. Abrimos la verja y entramos. En dos pasos llegamos a la puerta y llamé con fuerza, gritando «¡Policía! ¡Abran la puerta!».

Pararon los gritos y los golpes y, en pocos segundos, una mujer rubia, con el pelo revuelto y el rostro enrojecido, nos abrió la puerta. Tenía un golpe evidente en el ojo y otro en la nariz y, aunque había intentado limpiarse la sangre, todavía había restos.

—Buenos días, señora —le dije—. ¿Está usted bien?

—Sí, sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —musitó con voz trémula.

—Los vecinos nos han llamado porque había muchos gritos. ¿Necesita ayuda?

—No, no, era la televisión. Lo siento. Ya he bajado el volumen. No volverá a pasar.

Balbuceaba nerviosa, y con la mano apretaba inquieta el cuello de su batín arrugado.

—Eso está bien. —No lo dudé ni un instante. Era evidente que la mujer estaba muy asustada, y que mentía. Tenía que sacarla de allí—. Lamento mucho haberla molestado. ¿Podría hacerme un pequeño favor? Verá, es que tengo que rellenar un informe cada vez que acudo a un aviso, pero me he dejado los papeles en el coche. ¿Podría acompañarme hasta allí?

—Yo... es que... —dudó.

Sus ojos no paraban quietos, yendo de mi persona hacia algún lugar detrás de la puerta. «El muy cabrón está escondido ahí», deduje. Le temblaban las manos y parecía a punto de echarse a llorar.

—Entiendo que tendrá mucho trabajo —le dije, comprensiva, extendiendo mi mano hacia ella, ofreciéndosela, haciendo al mismo tiempo una señal a Colin para que se preparara—, y que soy un incordio, pero debo insistir. Mi jefe es muy duro en estos casos. He de tomarle declaración y apuntar toda su afiliación, su nombre y todas esas cosas. Solo serán unos minutos.

—Yo... Es que ahora mismo no puedo, de verdad. Mi marido llegará en cualquier momento, y tengo que terminar de hacer la comida...

La pobre estaba cada vez más asustada y nerviosa. En sus ojos y en todo su lenguaje corporal pude leer que quería salir de allí, que me rogaba que la sacara de allí; pero tenía demasiado miedo como para dar el primer paso.

—Y yo lo comprendo, de verdad. Serán solo un par de minutos. Le prometo que cuidaré de usted —añadí en un susurro, intentando darle confianza. Extendí más mi mano hasta casi rozar la suya. Tragó saliva y arrugó los labios a punto de echarse a llorar.

—Por favor... —suplicó.

Todo pasó en unos segundos. La puerta empezó a abrirse con brusquedad mientras un grito ronco lleno de cólera inundó el aire. Yo le cogí la mano a la mujer y tiré de ella para apartarla y ponerla a salvo. Colin sacó su porra extensible, preparado para actuar. Una mano salió al mismo tiempo que asomaba el rostro de un hombre desencajado por la rabia, una mano que agarró a la mujer por el pelo y tiró de ella, apartándola de mi lado.

Me abalancé sin pensármelo ni un instante. Crucé la puerta siguiendo a la pobre mujer que estaba siendo casi arrastrada. Saqué mi revólver al mismo tiempo que ponía el primer pie en el umbral, y cuando el segundo pie lo cruzó, ya lo tenía encañonado, con el arma metida en su boca, deseando que me diera un maldito y jodido motivo para volarle los sesos.

—Suéltala —le dije entre dientes. Obedeció sin rechistar, con los ojos desencajados por el miedo y la sorpresa. Levantó las manos, temblando—. Colin, sácala de aquí —le ordené sin dejar de mirar a los ojos a aquel ser repugnante.

Colin fue eficiente, y mientras ayudaba a la mujer, que no paraba de llorar, a levantarse y a salir de la casa, lo oí hablar por radio con la comisaría para pedir refuerzos y una ambulancia. Buen chico.

Y nos quedamos solos aquel cabrón y yo.

No pude evitar que mi sonrisa diabólica, la que se había ganado el respeto de tantos narcotraficantes, floreciera y se mostrara con toda su magnificencia, curvando mis labios en una mueca cruel y despiadada.

—Ahora estamos solos, cabrón —susurré para que Colin no me oyera—. ¿Qué crees que puede pasar? ¿Eh? Puedo volarte la cabeza impunemente, sin consecuencias. Te pego un tiro y antes de que mi compañero entre, ya tendrás en tus manos una pistola con el número de serie limado, imposible de rastrear. Intentaste sacar un arma y yo me defendí. Punto pelota y asunto archivado. Tú estarás tres metros bajo tierra, tu mujer libre de tu presencia, y yo dormiré tranquila sabiendo que he sacado de las calles a un perro rabioso como tú. ¿Qué te parece el plan? ¿No dices nada?

El mal nacido no se atrevió ni a moverse. Solo temblaba y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Como si a mí me fuese a dar lástima. Volví a sonreír y le guiñé un ojo mientras amartillaba el revólver.

Se meó y empezó a sollozar, descontrolado.

—Eres escoria —murmuré mientras guardaba el revolver y él se caía al suelo porque las piernas

ya no eran capaces de soportar su propio peso—. Una maldita escoria.

Con la llegada del buen tiempo, el trabajo en el rancho aumentó. Había que reparar todos los destrozos que la nieve y el hielo habían hecho en los cercados, y llevar las reses hacia las primeras zonas de pasto despejadas. Pero la cuadrilla de trabajadores había regresado, y eso me permitió escaparme un rato para ir hasta Cascade para ver y comer con Nita.

Cuando llegué a la comisaría, lo primero que oí fueron los gritos de un individuo al que Colin estaba llevando casi a rastras, esposado, hacia los calabozos.

—¡Eres una zorra! ¡Lo que me has hecho es brutalidad policial! ¡Voy a demandarte, puta!

—Cierra la puta boca, gilipollas —le contestó Colin—. Estás haciendo el ridículo, Arthur.

—¡Me metió el cañón en la boca! —siguió gritando mientras desaparecía escaleras abajo—. ¡Dijo que iba a matarme!

—¿Es eso cierto? —le preguntó Mac, que estaba allí de pie al lado de Nita.

Yo me quedé en la puerta. Nadie había reparado en mi llegada, y no quise interrumpir su conversación.

—¿Está muerto? —preguntó Nita, sarcástica, sentada ante su escritorio—. Porque si es así, da mucho escándalo para ser un puto fantasma.

—Yo lo veo muy vivito, y ruidoso —bromeó Mac.

—Pues entonces será que miente, ¿no?

—Eso no contesta a mi pregunta.

Nita se encogió de hombros y se echó hacia atrás. Subió los pies a la mesa y puso las manos sobre su estómago. Respiró profundamente, miró a Mac, y señaló hacia donde había desaparecido el tío gritón.

—Ese energúmeno solo se ganará una estúpida reprimenda del juez, y lo sabes. Probablemente ni siquiera eso si su mujer se decide a no denunciarlo. Solo quise darle una lección. Hacerle saber que no todas las mujeres le tenemos miedo. Y que aquí hay una que es capaz de descerrajarle un tiro en la cabeza sin parpadear si es necesario. No tuve intención de matarlo; solo de asustarlo. Se lo merecía, Mac. Si no hubiéramos llegado a tiempo, la habría matado de una paliza.

—Probablemente tengas razón en todo lo que dices, pero sabes que no podemos hacer eso. Si el tío decide poner una denuncia contra ti, yo no podré hacer nada.

—No hay testigos, así que no te preocupes. Solo estábamos él y yo, Colin había salido para sacar a la mujer de allí, así que será su palabra contra la mía. Y no le puse ni una mano encima. Utilicé el revólver para someterlo, nada más. Si el tío se asustó al verla tan cerca de su cara, es su problema, no el mío. Eso será lo que declararé en caso que haga falta. ¿A quién creará el juez?

—No es eso lo que me preocupa, Nita, y lo sabes.

—Oh, déjame en paz, ¿quieres? —Se levantó bruscamente. La silla, al quedar libre de su peso, se tambaleó. Entonces, me vio—. Oh, genial —murmuró.

Mac se giró y y entrecerró los ojos al verme.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó.

—No creo que eso sea de tu incumbencia —le contesté.

—Estás en mi comisaría, claro que es de mi incumbencia. —Vino hacia mí. Parecía dispuesto a echarme de allí, pero no me acobardé.

—Mac, déjalo en paz a él también —dijo Nita interponiéndose entre nosotros—. Él es asunto

mío.

—No tiene porqué serlo.

—Mac, soy una chica grande que se pone los pantalones por los pies. Sé cuidar de mí misma, así que no te preocupes tanto por mí, ¿ok?

—No te conviene relacionarte con un tío como él —gruñó.

Nita se acercó y le susurró algo en voz baja que yo no pude oír. Él palideció primero, y se cabreó después.

—Está bien, tú sabrás qué haces.

—Exactamente.

Se giró y vino hacia mí. Estaba preciosa. El uniforme no era precisamente muy atractivo, pero ella era una percha perfecta para cualquier ropa. Incluso para el pijama de franela.

—He venido para invitarte a comer —le dije. Tenía el ceño fruncido y la boca apretada en un rictus. Todo su cuerpo estaba tenso. Parecía preocupada, algo que no me extrañaba después de lo que acababa de ver y oír; pero no me pareció el momento de preguntar qué había pasado—. ¿Te apetece?

—Tengo que rellenar un informe, pero, que diablos, me vendrá bien despejarme un rato.

—Encantado de serte de utilidad, entonces.

Le ofrecí mi brazo como si fuese un caballero, y conseguí que esbozara una sonrisa con ese gesto.

—No voy a salir de tu brazo —gruñó, dándome un manotazo en él; pero lo dijo sonriendo.

—Entonces... —Abrí la puerta y me incliné un poco hacia adelante, como en una reverencia—.

Las damas primero.

Con eso conseguí que se riera abiertamente y relajara los músculos faciales; incluso creí adivinar una chispa de agradecimiento en su mirada.

Más tarde, cuando Nita ya había regresado al trabajo, pillé a Colin por banda. Estaba haciendo una ronda a pie y me puse a caminar a su lado. No había podido evitar dejar de pensar en qué había pasado, y como ella no me llegó a contar nada, creí que quizá podría sonsacarle a él la información que me faltaba.

—Ey, tío. Menuda se ha liado, ¿no? —le dejé caer poniéndome a su lado, caminando a su paso.

—Ya te digo. Nunca creí que una mujer pudiera llegar a dar tanto miedo. Pensé que todo iba a acabar mal, pero lo que Nita hizo... lo acabó todo en un santiamén.

—Es una chica dura.

—Sí, aunque por un momento pensé que no lo conseguiría. La última vez que tuvimos que intervenir no fue fácil reducir a Arthur. Hasta con la ayuda de Mac nos costó trabajo. Pero Nita lo consiguió en dos segundos, literalmente. El tiempo que tardó en dar dos pasos y ponerle el revólver en la cara. Casi me cagué encima. Pensé, ¿y si el tío no se acobarda? ¿Y si se revuelve y le quita el arma? Joder, nunca he tenido tanto miedo en mi vida, te lo juro. Y lo peor de todo —añadió en un susurro, pensativo—, fue que por un instante creí que Nita iba a disparar. Su mirada me dio verdadero miedo, tan fría y distante. Fue... como si se hubiese convertido en otra persona, una a la que no querrías molestar por nada del mundo. Cuando me ordenó que sacara a la mujer de allí sentí un alivio tremendo.

—Pues será mejor que no la hagamos cabrear nunca —bromeé.

Le palmeé el hombro y me despedí de él para regresar hasta donde estaba mi coche, pero a mitad de camino me decidí por entrar un momento en el Winter y tomar una cerveza. Tenía mucho en qué pensar, y en casa lo más probable es que no lo consiguiera. Kaden y Clara seguían de morros, y aunque no era demasiado evidente, yo lo sabía. Clara ni lo miraba, y Kaden andaba por ahí con ojos

de cachorrillo abandonado.

Malditos miedos, que controlaban nuestras vidas hasta convertirlas en un infierno. Comprendía a Kaden perfectamente, y después de hablar con Colin, yo también estaba sentado en esa misma silla.

Hasta aquel momento no había sido verdaderamente consciente de que el trabajo de Nita era peligroso, por lo menos en Cascade. No había caído en la cuenta de las peleas en los bares, o de las disputas domésticas, o de los conductores borrachos que pueden arremeter contra el policía que lo ha hecho parar en el arcén, y atropellarlo.

Pero era evidente que sabía cuidarse, y que estaba acostumbrada a tratar con tipejos como ese Arthur. La admiración y el miedo mezclados en el tono de Colin mientras me contaba lo que había pasado, me hicieron pensar; y sus palabras me hicieron dar cuenta de que en realidad, no conocía a Nita. No la conocía de verdad, ni sabía nada de su pasado. Siempre evitaba las preguntas personales, cambiando de tema de conversación cuando esta se hacía demasiado íntima. Nunca hablaba de sus padres, o de su vida anterior. Solo sabía alguna cosa suelta, como que había conocido a Mac en la academia, o que había estado viviendo en Boston. Exactamente lo mismo que ya sabía todo el pueblo. Pero a mí no me había contado nada más, como si quisiese olvidar ese pasado y centrarse solo en el aquí y el ahora.

Pero el pasado es algo de lo que no podemos huir ni olvidar. Está presente en cada una de nuestras decisiones, coaccionándonos desde el recuerdo. A mí me aterroriza estar enamorado por culpa del pasado; igual que Kaden, igual que, supongo, Keitan. Clara tiene miedo de volver a encontrarse sola en el mundo. Papá vive eternamente triste por culpa de los recuerdos.

No, no podemos huir del pasado, pero tampoco podemos dejar que nos arrebate el futuro. Mi padre era el vivo ejemplo de ello. Él se había rendido cuando mi madre murió. ¿Quién sabe qué hubiera pasado si se hubiese esforzado por seguir adelante? Con toda seguridad, sus hijos no estaríamos tan traumatizados. Y puede que hasta él hubiese logrado encontrar a otra mujer que pudiera hacerle feliz. Pero se había rendido sin intentar luchar siquiera, había permitido que la tristeza lo invadiera, y se aferró a ella.

Tuve la extraña sensación que Nita estaba haciendo todo lo contrario de mi padre. Ella estaba intentando por todos los medios alejar el pasado, actuar como si este no existiese, negarlo desesperadamente. Era la única explicación que encontraba a su obsesión casi enfermiza de no hablar de él, ni siquiera de manera trivial.

Y eso me preocupó, sobre todo porque si quería que nuestra relación siguiese adelante, llegaría un momento en que tendría que presionarla para que confiara en mí, y no sabía cómo reaccionaría ella en esa situación.

Tal y como adiviné, no pasó nada con Arthur. Del juez le cayó una simple reprimenda por el escándalo porque su esposa decidió no presentar cargos contra él. Intenté hablar con ella para convencerla, pero fue inútil. Eso me reafirmó en mi decisión de hacer algo al respecto. Las mujeres siempre estamos indefensas cuando la violencia está presente en el ámbito doméstico; el miedo, la ignorancia o el mal supuesto amor, nos congelan y no hacemos nada al respecto cuando nuestra pareja resulta ser un maltratador. Pero cuando esto ocurre en un lugar como Cascade, un pueblo pequeño lleno de buenas intenciones pero ideas poco progresistas, la gente tiende a mirar hacia otro lado porque «no es asunto suyo», o «son cosas de enamorados»; y la mujer que lo sufre se encuentra sola, sin ningún lugar al que acudir para refugiarse. En una gran ciudad por lo menos tienen cerca algunos

mecanismos que pueden ayudarlas, y aunque sigue sin ser nada fácil, por lo menos tienen una opción.

Pero, ¿qué pueden hacer cuando están completamente aisladas, y saben que no obtendrán ayuda ni comprensión de sus propios vecinos?

Yo no podía hacer milagros, pero sí podía intentar infundir algo de valor en las mujeres, y la mejor manera de hacerlo era enseñarles a defenderse. No era instructora de krav magá, pero mis años de experiencia eran más que suficientes para enseñarles algunas de las técnicas básicas de auto defensa, y era lo que me proponía hacer.

Por eso, cuando mi turno terminó, en lugar de irme a casa a cenar cualquier cosa y descansar como hacía todas las noches, me fui al Winter para hablar con Belle. Estaba segura que ella me ayudaría a poner en marcha esta idea.

No la vi cuando entré. Pregunté por ella al camarero mientras me servía una cerveza, y me dijo que no tardaría mucho en bajar. Me dispuse a esperar acomodada en la barra, mirando la gente que estaba allí divirtiéndose. El Winter siempre estaba lleno a estas horas; supongo que era algo lógico y de esperar. La vida en Cascade es bastante dura, y no hay muchos sitios a los que acudir para pasar un buen rato cuando acaba la jornada laboral.

Bebí un par de tragos directamente de la botella, que es como mejor sabe la cerveza. Miré el reloj, impaciente, y di un tercero. Un vaquero se me acercó e intentó entablar conversación conmigo. No era feo, pero tampoco tenía el aura fascinante que emanaba siempre de Knox. Se acodó en la barra a mi lado e hizo un intento de sonrisa seductora mientras sus ojos me recorrían de arriba abajo.

—Una cara nueva, qué interesante. ¿De dónde has salido, nena?

Me dieron ganas de contestarle una bordería, algo soez y maleducado, pero me refrené, quién sabe por qué. Quizá porque me molestaba que lo que ocurrió con Sam unos meses antes todavía estaba coleando, y no quería reafirmar la imagen de *terminator* que tenían de mí. Bastante había hecho ya en ese día con meterle a Arthur una pistola hasta la garganta... Cuando empezara a correr el rumor de lo que había sucedido se dispararía mi fama, pero en el mal sentido.

Aunque, ¿cuándo me había molestado eso?

Era una pregunta a tener en cuenta.

—No busco conversación, vaquero —le contesté intentando ser amable.

—Pero yo sí, guapa. —Alzó la mano para enrollar el dedo en uno de mis mechones de pelo, y yo me aparté, empujando su mano para alejarle.

—Tío, no te pases —le dijo alguien detrás de él, probablemente un buen amigo—. Déjala en paz.

—¿Por qué? —contestó el imbécil. Arrastraba un poco las palabras, lo que me indicó que seguramente estaba borracho—. Ella es una mujer que está sola, y yo soy un hombre que puede darle lo que necesita.

Se rio mientras balanceaba las caderas en mi dirección en un gesto obsceno y asqueroso. Una mano lo cogió por el hombro e intentó apartarlo de mí, pero se deshizo de ella con una sacudida.

—¿Eres pariente de Belle? Tienes la piel morenita, como ella —comentó bizqueando—. Me encantan las latinas, dicen que son muy putas en la cama.

Se inclinó hacia mí y tuve bastante. Le mostré mi mejor sonrisa, aquella que hacía que mis labios se torcieran en un rictus cruel, lo agarré por la pechera de la camisa y lo acerqué a mí para poder susurrarle sin que nadie nos oyera:

—Soy la nueva ayudante del *sheriff*, gilipollas, y si no dejas de tocarme los cojones, te los arrancaré de cuajo. ¿Has entendido?

—¿Una cosita como tú haría eso? —se burló.

Yo resoplé, cansada. ¿Por qué algunos tíos tenían que ponerse tan pesados cuando se

emborrachaban? ¿Por qué no comprendían que cuando una mujer dice «no», quiere decir precisamente «no» y no otra cosa?

—¿Quieres ponerme a prueba, idiota? —le contesté con mi mejor sonrisa. Cuando se dio cuenta de que había sacado la navaja automática que siempre llevo en el bolsillo, y que la tenía apoyada en su entrepierna, con el filo presionando sobre sus genitales, se puso blanco como el papel y emitió un sonido mezcla de lamento y ahogo.

—No, no. Por supuesto que no.

—Bien. Encantada de conocerte, quién quiera que seas.

Guardé la navaja otra vez en su sitio mientras el pobre estúpido se alejaba de mí tambaleándose. Su amigo lo miró primero a él, y después a mí.

—Lo lamento —me dijo, intentando disculparlo—. Normalmente no se comporta así, pero cuando se emborracha...

—Pues no deberíais dejar que se emborrachara —le espeté—. Es un peligro para él, y para los demás.

Me miró como si me hubieran salido tres cabezas o algo, y soltó un «ya, sí, claro» antes de alejarse en la misma dirección que su amigo.

Hombres estúpidos.

Cuando me quedé sola volví a mirar el reloj. Había pasado media hora desde mi llegada, y no había ni rastro de Belle por allí. Estaba cansada y tenía ganas de irme a mi casa, cenar y meterme en la cama. Le hice un gesto al camarero, que se acercó al instante. Pagué y le dije que ya vendría por la mañana para hablar con Belle, que tenía algo importante que decirle, y le pedí por favor que le transmitiera mi mensaje. Asintió con la cabeza mientras secaba un vaso.

Salí de allí y decidí cortar camino por el callejón para llegar antes a mi apartamento. De paso, podía ver si había luz en el apartamento que Belle tenía encima del Winter. Si la había, quizá me arriesgara a subir para hablar con ella. Estaba muy ilusionada con la idea que quería poner en marcha, y tenía ganas de contárselo a alguien.

«También podrías llamar por teléfono a Knox y contárselo», pensé, y me di cuenta con horror que ni yo tenía su teléfono, ni él tenía el mío. ¿Cómo podía ser? «Qué estúpidos somos», me reí.

Miré hacia arriba de las escaleras exteriores, que reptaban por la fachada lateral del Winter, y vi movimiento arriba en el descansillo. La puerta se abrió y yo me arrimé a la pared, escondiéndome entre las sombras para que no me viera. Salió un hombre, llevando a otro a rastras, alguien visiblemente borracho. Belle salió detrás de ellos.

—Gracias por avisar —le dijo el hombre sereno, y reconocí la voz de Kaden. ¿Qué estaba pasando allí? Cuando giró, la luz de la farola le dio en pleno rostro y vi a quién arrastraba: Knox.

Se me revolvieron las tripas, y lo primero que pensé es que Knox había estado en la cama con Belle. Los celos se arremolinaron en mi estómago al ver su ropa arrugada, el cinturón desabrochado y la camisa medio fuera.

—No hay de qué. Pero deberías hablar con él.

—Pienso hacerlo, no te preocupes —gruñó Kaden con evidente enojo mientras bajaba las escaleras llevando a Knox con esfuerzo—. Voy a quitarle la gilipollez a golpes, si hace falta.

—No seas duro con él.

—¿En qué quedamos?

Knox gimió llevándose una mano a la cabeza, y entonces vi que tenía un parche blanco en la frente con algo que parecían manchas de sangre. ¿Se había hecho daño? Tuve el impulso de salir de mi escondite para ayudarlo. No parecía que Kaden fuese muy afectuoso con él en estos momentos, y

eso me sublevó. Su hermano estaba herido, ¿y él lo trataba así? No era lógico.

Pero no salí de donde estaba oculta. Un sexto sentido me avisó de que no era buena idea que ellos supiera que estaba allí, escuchando su conversación.

—Está borracho, Kaden. Todos hemos cometido errores en ese estado.

—Hay errores y errores —gruñó él—. Y no te preocupes, me encargaré de que te pague todo lo que ha roto. Incluida tu blusa.

¿Blusa? ¿Knox le había roto una blusa a Belle? Me fijé en ella y entonces vi que se refería a la que llevaba puesta. Tenía una manga rota, que le colgaba a medias del brazo, todavía sujeta por el puño a la muñeca. Y también tenía los botones de la pechera arrancados.

Palidecí. No podía verme, pero sentí cómo la sangre me abandonaba el rostro con rapidez. Empezaron a temblarme las manos y me llevé una a la boca para impedir que saliera el grito que quería proferir. En la academia nos enseñaron que, para resolver un caso, siempre debíamos seguir las pruebas físicas; que los testigos no eran fiables nunca, y que debíamos basar nuestras hipótesis en lo que podíamos ver y tocar. Y las pruebas que tenía ante mis ojos me decían, alto y claro, qué había pasado allí. Aunque mi mente se negara a admitirlo. Aunque me doliera. Aunque no pudiera creerlo.

Knox, borracho, había intentado violar a Belle.

Me obligué a permanecer oculta entre las sombras mientras Kaden metía a Knox en la camioneta con la ayuda de Belle. Por suerte, no pasó por mi lado cuando abandonó el callejón; y cuando Belle volvió a subir a su casa, me doblé sobre mí misma y vomité en el suelo.

—Me duele la cabeza —gruñí. Parecía que me habían metido dentro de una batidora y la habían puesto en marcha a toda potencia—. ¿No puedes ir más despacio?

—Puedo, pero no voy a hacerlo. ¿Se puede saber qué coño te ha pasado? —me preguntó Kaden, furioso conmigo. No me extrañaba. Yo también lo estaba.

Había ido al Winter para beber una cerveza y pensar. Había pensando, sí, aunque más bien podría decirse que me había comido la cabeza de mala manera. Y bebido una cerveza tras otra mientras lo hacía, hasta que a las siete de la noche estaba tan borracho que no podía sostenerme en pie.

Intenté marcharme, pero creo que me tropecé con el taburete en el que estaba sentado y me abrí la cabeza contra la barra del bar.

Las cosas ahí se pusieron todavía más borrosas.

—No sé de qué me hablas —contesté.

Tuve la vaga sensación de que alguien me cogía y me llevaba a rastras. Casi no podía ni caminar. Dos voces hablaban, una a cada lado de mi confusa cabeza. Una era masculina, y la otra, femenina. Belle y ¿Morgan, el camarero del Winter? Probablemente.

—La has liado bien, macho.

—Sigo sin saber de qué me hablas.

Todavía estaba borracho, pero el terrible dolor que sentía en mi cabeza parecía que estaba alejando la niebla alcohólica para ocupar su lugar. Genial.

Miré por la ventanilla de la camioneta, que Kaden conducía como si estuviéramos participando en un rally, y me mareé.

—Voy a vomitar —jadeé. Kaden paró en seco, se abalanzó sobre mí para abrirme la puerta, y me empujó sin contemplaciones hasta que caí de cuatro patas sobre el asfalto.

—No tengo ganas de limpiar tu vómito de la tapicería —lo oí excusarse con un gruñido mientras

mis tripas expulsaban todo lo que contenían.

En mitad de la bruma que nublaba mi mente, oí cómo bajaba del coche y se acuclillaba a mi lado.

—Toma —dijo, ofreciéndome una botella de agua.

Cuando terminé de echar hasta la última papilla, la cogí y me aclaré la boca y la garganta.

—Gracias.

—¿Estás mejor?

—No.

—Me alegro.

Me agarró por los sobacos y me tiró, literalmente, dentro del coche. Cerró la puerta sin miramientos, y casi me pilla el pie con ella.

—Ten cuidado, joder —le recriminé. No me contestó. Solo subió a la camioneta de nuevo y volvió a conducir como un loco solo para fastidiarme.

Al día siguiente, no estaba mucho mejor. Me quedé en cama todo el día, vomitando cada vez que alguien entraba para preguntarme si quería comer algo. Solo pensar en comida me hacía tener esa reacción de forma automática.

No vi a Kaden hasta la noche, cuando ya me sentía mejor. Subió con una bandeja de comida y no tuve que agarrarme al cubo cuando el aroma inundó el dormitorio. La dejó sobre la mesita y encendió la luz. Parpadeé, confuso, y me tapé la cabeza con las mantas.

—Tenemos que hablar —dijo.

—No es el momento —gemí. La cabeza parecía que iba a estallarme.

—Llevo todo el día esperando para echarte una bronca de mil demonios, y no voy a posponerla más.

—Vete con Clara y pégale la bronca a ella—le sugerí—. Te aguanta mejor que yo.

—Deja de decir estupideces. —Tiró de las mantas, a las que yo me había aferrado como si me fuera la vida en ello. Pero yo estaba débil, y él no. Ganó, y no me quedó más remedio que gruñir mi enfado mientras me incorporaba y me preparaba para lo que fuera que tuviese que decirme—. ¿Sabes la que has liado?

—No. No me acuerdo de casi nada.

—Pues permíteme que te lo recuerde. Te emborrachaste como una cuba, te caíste y te abriste la cabeza. Belle y Morgan te subieron al apartamento y ella llamó al médico. Te tuvo que poner siete puntos en la frente.

—Ah, por eso me duele tanto la cabeza —suspiré. No todo era cosa del alcohol, lo que era un alivio.

—Belle me llamó para que fuera a buscarte, y mientras esperaba, la atacaste.

—¿¿Cómo?! —No, yo no atacaba a mujeres, ni siquiera yendo borracho—. Eso no es verdad —protesté.

—Intentaste marcharte, y cuando ella no te dejó, la empujaste, tropezaste contigo mismo, te agarraste a ella para no caer, le rompiste la blusa, y acabasteis en el suelo después de llevarte por delante unas cuantas cosas, como su televisión, el equipo de música, una lámpara de pie, y los adornos que tenía sobre el aparador.

—Ah. —No pude decir nada más, aliviado como estaba porque realmente no la había atacado. Qué hermano tan retorcido—. Eso no es atacarla, joder —susurré, mesándome el pelo—. Pensé que...

—¿Qué?

—Yo qué se. Lo has hecho sonar como si hubiese intentado violarla o algo, y solo tropecé con ella. Mañana iré a verla, le pediré perdón y le daré un cheque por el valor de todo lo que le he roto.

—Intenté parecer contrito, pero en realidad estaba bastante aliviado—. ¿Está muy enfadada?

—No lo bastante —gruñó—. Debería haberme pedido tu cabeza en una bandeja, y sin embargo, lo que hizo fue ordenarme que no fuese demasiado duro contigo. ¿Se puede saber por qué te emborrachaste?

—Estaba pensando.

—Pues vaya manera de mierda de pensar.

—Ya. Ni siquiera me di cuenta de que me pasaba con las cervezas.

—¿Y en qué tenías que pensar?

Miré la comida y el estómago volvió a revolverse. Gemí y me acurruqué en la cama, de lado, manteniendo la mirada bien alejada de la bandeja de comida.

—Llévate eso. No voy a comer. No tengo hambre.

—Knox...

—Por favor —supliqué, cerrando los ojos con fuerza, lo que fue contraproducente porque la cama se convirtió en un barco bamboleándose en mitad de una tormenta—. Joder —fue todo lo que me dio tiempo a decir antes de incorporarme a la carrera, volcarme por fuera de la cama, agarrarme al cubo, y volver a vomitar. Me dolía la garganta y el estómago.

—Estás hecho una mierda. ¿Cuántas te bebiste?

—No lo sé. Perdí la cuenta en la décima.

Kaden agarró el cubo y desapareció por la puerta. Volvió al cabo de un rato con el cubo limpio, y lo dejó al lado de la cama.

—Mañana hablaremos —dijo antes de coger la bandeja y marcharse definitivamente. Apagué la luz y esperé a que todo dejara de girar para volver a dormirme.

Pasé una noche muy mala, con pesadillas que me despertaron varias veces y que, aunque olvidaba en cuanto abría los ojos, dejaron su huella en forma de angustia, malestar y ganas de llorar. Y yo siempre he odiado llorar.

El día no mejoró. Mac repartió las tareas como cada mañana, y a mí me tocó ir con Colin para controlar que los feriantes cumplieran las leyes municipales. Se acercaba el Día del fundador y, por lo visto, cada año la celebración era por todo lo alto: habría feria, concursos, competiciones y un rodeo. Todo el pueblo se engalanaba y participaba, desde el más pequeño al más mayor, y al atardecer, en la plaza 4 de Julio, se representaba una obra de teatro que siempre hacía referencia a una parte de la historia de Cascade. Este año le tocaba el turno a la caravana de mujeres que llegaron desde el este para convertirse en las esposas de los granjeros que ya ocupaban las tierras alrededor del pueblo recién fundado.

Por supuesto, eso representaba para nosotros un aumento de trabajo, algo que en cierta manera agradecía porque me sacaría de la rutina, pero que no parecía agrandar mucho al resto.

—¿No te gusta esta celebración? —le pregunté a Colin. Tenía en ceño fruncido mientras miraba por la ventanilla del coche.

—No desde que soy ayudante del *sheriff* —contestó—. Cuando iba al instituto, sí; pero ahora es una jodienda. Los vaqueros que vienen para el rodeo son unos bravucones a los que les gusta provocar. Les encantan las peleas y las borracheras. Es el único día del año que acabamos con las celdas abarrotadas.

—Ya será menos —me reí, conduciendo sin apartar los ojos del camino que nos llevaba hasta el lugar donde se estaban instalando los feriantes.

—No exagero. Además, hacen su aparición los carteristas y los embaucadores. Hay que tener mil ojos.

—¿Viene mucha gente de fuera?

—Viene gente de todo el condado, y de fuera de él también.

—Será divertido —murmuré con sarcasmo.

Lo espoleé para que hablara durante todo el rato, incluso mientras nos dábamos una vuelta por la zona en que estaban montando la feria. Su barboteo de palabras me ayudó a no pensar en lo que había visto la noche anterior. No me interesaba en absoluto la historia de Cascade, y los problemas que sus fundadores tuvieron con los indios; ni lo que ocurrió cuando llegó la caravana de mujeres; ni los inicios de una tal Samantha no se qué en su cruzada como sufragista. No me importaba lo más mínimo, pero era mucho mejor que estar dándole vueltas a la idea de que Knox había intentado violar a Belle, y que si no se había salido con la suya, era porque estaba tan borracho que a duras penas se tenía en pie.

Eso era lo que me decían las pruebas que había visto; pero mi corazón se negaba a creerlo, por eso no paraba de imaginar situaciones de lo más absurdas que pudieran justificarlo.

Pensé en llamarlo. No tenía su número de móvil, pero eso era algo que podía solucionar con facilidad. Le preguntaría qué había pasado la noche anterior, pero eso le haría saber que lo había visto en un mal momento y que había preferido mantenerme oculta en lugar de ir a ayudarlo.

También podía llamar a Clara. Sí, y preguntarle «oye, ¿tu cuñado Knox tiene por costumbre ir violando mujeres?». Seguro que estaría encantada.

También podía ir a preguntarle a Belle, intentar sonsacarla, pero nuestra amistad era bastante superficial, y su carácter era más propenso a mandarme a meterme en mis asuntos, en lugar de echarse a llorar sobre mi hombro.

No había habido denuncia, eso lo sabía. Era lo primero que había hecho por la mañana al llegar a comisaría, repasar los informes de la noche para ver los incidentes. Nada de Belle, ni del Winter.

Así que tenía la cabeza a punto de explotar, porque no podía preguntar sin descubrir que había sido testigo del final de la noche de Knox, y que no había acudido a su lado para ayudarlo.

Vale, tenía a Kaden y a Belle que ya lo estaban haciendo, pero eso no me justificaba. Si yo hubiera estado en su pellejo y me enteraba de que él se había mantenido escondido en las sombras, observando, sin hacer nada, me cabrearía. Independientemente de que yo fuese culpable de haber hecho algo malo o no.

Estúpida. Debería haber salido de las sombras en aquel mismo momento, ayudarles y averiguar lo que había pasado. Sé cuándo me mienten, y no habría dejado pasar nada por alto. Pero me quedé inmóvil, incapaz de reaccionar, desconfiada y asqueada, ya que mi primer pensamiento fue que Knox me la estaba pegando con Belle. Y aunque todo apuntaba a que lo había intentado por la fuerza sin éxito, no justificaba mi manera de reaccionar.

O sí.

Ya no sabía nada.

Pasó todo el día y Knox no apareció, algo que agradecí enormemente. Necesitaba tiempo para pensar, aunque hacerlo era peor. Era como un puto péndulo, yendo del cabreo y las ganas de matarlo al pensar que él había intentado violar a Belle, hasta el asco que sentía por mí misma por buscar justificaciones a su comportamiento, pasando por el sentimiento de culpabilidad por no confiar en él.

«Knox no puede ser un violador», me decía mi corazón, y me daba mil razones para creerlo.

«Pero tú viste lo que viste, y la blusa rota no te la inventaste», me contestaba la razón.

Y yo tenía ganas de darme de bofetadas, o de golpearme la cabeza contra la pared hasta conseguir dejar de pensar.

Pasé otra horrible noche plagada de pesadillas, y al amanecer decidí quedarme en casa y no moverme de allí. Llamé a Mac, le dije que estaba enferma, me tomé una de esas pastillas que el psiquiatra me había recetado para dormir y que no había usado nunca, y me quedé en la cama dispuesta a olvidarme del mundo durante unas horas.

No supe qué hora era cuando el timbre de la puerta me despertó. Intenté mirar el reloj, pero los números bailaban en la esfera. Debía ser ya media tarde porque algo parecido a la luz del atardecer entraba por las rendijas de las cortinas.

Me levanté y fui hasta la puerta, arrastrando los pies y aferrándome a los muebles. Las putas pastillas eran fuertes, y me tenían en un estado somnoliento y abotargado.

—¿Quién es? —pregunté, y supongo que fui lo bastante clara a pesar de tener la lengua de trapo, porque desde el otro lado me respondió una voz.

—Soy Knox.

—Vete —le dije.

—Mac me ha dicho que estás enferma, y seguro que no has comido nada en todo el día. Te traigo una hamburguesa del Grill's.

—No voy a dejarte entrar, violador de mierda —le solté. Las pastillas me estaban soltando la lengua, y ni siquiera sabía qué coño estaba diciendo.

—¿Q-Qué me has llamado? —jadeó, sorprendido. Si le hubiese visto la cara en aquel momento, seguro que tendría la boca abierta y los ojos desencajados.

—Violador de mierda —repetí—. Te vi la otra noche saliendo de casa de Belle. Kaden te llevaba a rastras. Tenías un golpe en la cabeza y ella, la blusa toda desgarrada. Estabas borracho e intentaste violarla.

—¿Eso dijo?! ¡Será hija de puta! ¡No es verdad, maldita sea! ¡Y dudo que Belle dijera algo así!

—¡No hace falta que ella diga nada! —grité—. ¡Lo vi con mis propios ojos! He intentado encontrar mil explicaciones a lo que vi, pero ninguna es lo bastante buena. Solo hay una, y es que intentaste violarla. y ella se defendió.

—Nita, no entiendo nada de lo que me estás diciendo —dijo en un tono de voz que quería parecer tranquilo y razonable—. Abre la puerta y hablemos.

—No hay nada de qué hablar. No salgo con violadores. Ni voy a dejarte entrar. ¡Déjame en paz, joder! ¡Lárgate o llamo a Mac para que venga a sacarte a golpes!

—Esto no queda así, Nita. Volveré y hablaremos.

—Que te jodan. No quiero volver a verte.

Lo oí marcharse y me quedé con la frente pegada a la puerta. Después me giré y miré mi apartamento. Todavía no había hecho los cambios que había planeado, ni siquiera había comprado la pintura para darle una mano a las paredes. ¿Quizá era porque me negaba a admitir que aquí estaba mi futuro? No lo sabía. Solo sabía que me sentía como una mierda, que mi vida era una mierda, y que todo era una auténtica y apestosa mierda.

Me arrastré hasta la cama de nuevo y me dormí en cuanto caí en ella.

Benditos fármacos.

Salí furioso. ¿Violador? ¿Yo? En mi vida, jamás, había forzado a una mujer, de ninguna manera, ni con violencia, ni con chantaje emocional. Para mí, no siempre ha sido no; incluso he rechazado a mujeres dispuestas simplemente porque estaban borrachas. Cuando uno está borracho, no sabe lo que se hace y, al día siguiente, vienen las lamentaciones. ¡Si lo sabré yo! En ese mismo momento, estaba sufriendo uno de esos episodios.

No recordaba exactamente qué había pasado la noche anterior, pero estaba seguro que la violación no había formado parte de la experiencia. ¡Maldita sea! Si mi polla ni siquiera se había levantado ni un poquito, joder.

Me fui hacia el Winter con paso rápido, dando zancadas, con los puños apretados. No sé qué aspecto debía tener, pero la gente se apartaba de mi camino en cuanto me veían. Genial. Debía parecer el ogro del cuento.

Tiré la hamburguesa en una papelera, con rabia, antes de entrar en el Winter y ver a Belle detrás de la barra. Me saludó con una sonrisa que murió en sus labios al ver mi expresión. Di la vuelta, pasé tras la barra, la cogí del brazo haciendo que protestara ante la mirada incrédula de los pocos parroquianos, y la llevé a rastras hasta el almacén de atrás.

—¿Qué coño pasó la otra noche? —le pregunté. Todavía me dolía la cabeza por el tajo que me había hecho. Eso lo recordaba perfectamente—. ¿Y por qué Nita cree que intenté violarte? Porque no lo hice, ¿no?

Me miró con los ojos y la boca muy abiertos por la sorpresa. Parpadeó antes de contestar, y se sacudió, soltando su brazo de mi agarre.

—¡Y yo qué sé de dónde ha sacado esa tontería! ¡Y claro que no lo hiciste! ¡Vaya estupidez!

—Pues alguien debe haberle ido con algún cuento, porque estaba muy segura de sus acusaciones.

—Oye, Knox, no tengo ni idea de lo que me estás contando, ¿vale? Todo el mundo vio cómo te rompías la crisma y que te llevé a mi casa con ayuda de Morgan. Pero nada más. Del resto, solo saben el médico y Kaden.

—El médico... —murmuré, mesándome el pelo—. ¿Crees que sacó conclusiones equivocadas y que fue a comisaría?

—No digas tonterías. Cuando llegó el doctor estabas K.O. Y si hubiese ido a comisaría, ¿no crees que Mac habría venido a hacerme preguntas?

—Sí, supongo —contesté algo más calmado—. Pero entonces, ¿de dónde ha sacado la idea? Está muy enfadada, Belle, maldita sea.

Pensé y repasé nuestra conversación. No había entendido la mitad de las cosas de las que me dijo. Hablaba arrastrando las palabras y la puerta amortiguaba el sonido, lo que lo hacía todo aún más ininteligible; pero me había quedado claro que pensaba que había violado a Belle. ¿De dónde habría sacado esa idea?

—Escúchame —le dije, intentando calmarme—. Tienes que ir y contarle lo que pasó de verdad. Todo.

—¿Todo? —preguntó alzando una ceja, medio sonriendo—. ¿Incluso lo que me confesaste?

—¿Qué te confesé? —pregunte, atemorizado de repente. ¿Se me habría ido la lengua con la borrachera?

—Que estás enamorado de ella, pero que no sabes si podrías soportar tener una relación con una mujer que se pone en peligro a diario por culpa de su trabajo.

Me quedé mudo. ¿Eso le había dicho? Maldita sea. Joder. Por todos los demonios del infierno.

—Esa parte es mejor que la omitas —susurré.

—Ya me lo pensaba. ¿Y la parte en la que caminarías por las llamas del infierno si ella te lo pedía?

—Eso también.

—¿Y que lloraste como una nenaza porque no sabías qué sentía ella por ti?

—¡También, maldita sea! No le digas nada de mis sentimientos, ¿vale? Es algo privado que tengo que decirle yo cuando llegue el momento. Límitate a contarle que me emborraché, me caí, me llevaste a tu casa, llamaste al doctor para que me curara y a mi hermano para que viniera a buscarme, ¿ok? Con eso será suficiente —dije malhumorado. Maldita cerveza y maldita borrachera. ¿Desde cuándo me había convertido en un llorón?

—Está bien, pero no lo haré hoy.

—¿Por qué? —exclamé, indignado. Quería que este asunto se solucionara lo más rápido posible. Quería que Nita supiera la verdad, y que después se sintiera avergonzada y culpable por haber pensado tan mal de mí.

—Porque Morgan, mi camarero, se ha hecho un tajo en la mano con un vaso roto, y he tenido que mandarlo a casa. No puedo dejar el bar.

—¿Y si te la traigo aquí a rastras?

—Entonces, será un placer contarle tus aventuras de borracho —contestó con una sonrisa. La muy canalla estaba divirtiéndose mucho con aquella situación.

—Muy bien. En un rato la tienes aquí.

Iba a sacarla de la cama y de su casa a rastras, sin importarme si estaba enferma o todo era cuento. Estaba furioso, con ganas de gritar y golpear algo, desesperado. Estaba viendo ante mí un futuro sin Nita, negro, solitario y depresivo. Pero no iba a convertirme en mi padre; ah, no. Me había transformado en alguien salvaje, alguien capaz de coger a Nita y arrastrarla hasta la presencia de

Belle. Iba a arriesgarme a recibir una buena paliza, porque estaba seguro de que era capaz de dármele. Podía romperme todos los huesos del cuerpo, y así y todo, la llevaría hasta el Winter, aunque estuviese sangrando como un cerdo y asustase a los niños con mi rostro amoratado e hinchado. Nada iba a detenerme. Porque la alternativa era mucho peor: vivir sin ella, y eso no iba a consentirlo.

Por Dios, se había convertido en la persona más importante de mi vida. Si ella me odiaba, no iba a ser capaz de respirar. Me moriría, literalmente. Me metería en mi cama y dejaría que la inanición se hiciera cargo de mí. O quizá montaría a caballo y me iría a las montañas; le preguntaría a Sam si tenía un hueco en el que pudiese dormir, y viviría mi vida como un ermitaño malhumorado que bajaba una vez al mes a emborracharse.

No iba a consentirlo. Nita escucharía a Belle, y después me pediría perdón por haber pensado de mí algo tan horrible y descabellado. ¿Que yo era un violador? ¿Cómo podía creer algo así?

Subí los escalones de su apartamento de tres en tres, y me puse a aporrear su puerta y a gritar para que me abriera. La vecina de delante se asomó a la mirilla para ver qué pasaba, y me amenazó con llamar a la policía si no dejaba de montar el escándalo. Por primera vez en mi vida, hice algo que jamás había hecho: le mostré mi dedo corazón a una anciana y la mandé a la mierda.

Ya tendría tiempo después de arrepentirme de ello.

Respingó y se apartó de la puerta; hasta mí llegó el sonido de sus pies arrastrándose.

Nita tardó unos minutos en contestar. Lo hizo con voz rasposa, lo que me hizo preguntar si realmente se encontraba enferma. Sentí remordimientos durante un segundo, el tiempo justo para llegar a la conclusión de que me daba igual porque tenía que aclarar ese asunto en aquel mismo momento. Si estar enferma no le había impedido acusarme de algo tan grave, no iba a ser un obstáculo para mí tampoco.

—¿Qué quieres? —me preguntó. Y se inició un diálogo un tanto surrealista y absurdo entre ambos, separados por una puerta que se interponía entre nosotros como una frontera infranqueable, y mi misión era conseguir que desapareciera.

—Abre.

—No.

—Nita, no voy a irme de nuevo. Abre, tenemos que hablar.

—Te he dicho que no. Vete o llamaré a Mac.

—Llegas tarde. Probablemente tu vecina ya lo está haciendo.

—Pues vete antes de que llegue.

—No pienso hacerlo. Es más, como no abras ahora mismo, voy a armar tal escándalo que no te atreverás a volver a salir a la calle nunca más.

—Eso es chantaje.

—A problemas desesperantes, medidas desesperadas.

—El refrán no es así, lo has dicho mal.

—Me da igual. Abre.

—No.

—Muy bien. Voy a empezar a aporrear la puerta de nuevo. O mejor aún, saldré a la calle y empezaré a llamarte a gritos. Todo el mundo se enterará.

—Harás el ridículo.

—Puede. Pero tú no saldrás indemne.

—Eres odioso.

—Lo sé. Abre.

—Te odio.

—Te repites. Abre.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque no. Abre.

Al final se rindió. Abrió la puerta un poco y me miró por el resquicio. No tenía buena cara; había ojeras bajo sus ojos, el pelo lo tenía muy revuelto, y estaba envuelta en una bata llena de dibujos de gatitos con grandes ojos.

—No estoy para discusiones ahora, Knox —me dijo con voz lastimera. Casi me dio lástima. Casi.

—Me da igual. Me has acusado de algo muy grave y quiero demostrarte que no es cierto. —Empujé la puerta y entré. Ella intentó impedírmelo, pero no con la suficiente determinación como para que no pudiese colarme y cerrar la puerta detrás de mí—. ¿De dónde coño has sacado la idea de que soy un violador?

Intentaba mantener el enfado bajo llave y mostrarme calmado, pero me estaba costando mucho hacerlo.

—Ya te lo he dicho. Os vi salir de casa de Belle. Ella llevaba la blusa rota, y tú estabas borracho como una cuba.

—Ah. Qué bien —exclamé, hablando entre dientes—. Entonces, coges unas pruebas totalmente circunstanciales y les das forma tú solita, sin nada que apoye tu tesis. Perfecto. Pero, ¿sabes qué? Que te has equivocado de medio a medio, así que vas a vestirme y te vendrás conmigo al Winter para que Belle te cuente las cosas tal y como fueron de verdad.

—¿En serio? —me miró, incrédula—. Estoy enferma, ¿y vas a obligarme a salir a la calle?

—¿Enferma? —Le toqué la frente con el dorso de la mano—. No tienes fiebre, así que andando. O te vistes o te llevo tal cual estás. Tú eliges.

—Sabes que si intentaras obligarme, no lo conseguirías, ¿verdad?

Ahí estaba la Nita que yo conocía y amaba, la mujer guerrera a la que le brillaban los ojos con determinación.

—Estás enferma, ¿recuerdas? Así que imagino que estarás débil e indefensa. Si puedes defenderte de mí, es que estás lo bastante bien como para acompañarme por tu propia voluntad.

—¿Y si no quiero ir? —me desafió con un relampagueo de ojos.

—Entonces, sabré que no vale la pena luchar por tener una relación seria contigo. Porque si prefieres quedarte aquí, escondida, con una gran mentira imaginaria en lugar de ir a por la verdad, es que no eres la mujer que creía.

—Eres un manipulador, ¿lo sabías?

—Gruñe todo lo que quieras, pero date prisa en vestirme o cumpliré mi amenaza.

—Está bien —se rindió al fin con un suspiro—. Pero tengo que darme una ducha antes. Y prepárame un café cargado, a ver si me despejo. He de quitarme de encima el efecto de las pastillas.

—¿Qué pastillas?

—Las que me tomé esta madrugada para poder dormir. Son fuertes y tienen efecto durante doce horas.

—No sabía que tomaras pastillas.

—Y no lo hago.

Suspiré, cansado de las conversaciones absurdas. Me rendí y me conformé con la victoria que suponía que hubiese decidido acompañarme hasta el Winter para hablar con Belle.

Me convenció por dos razones fundamentales: una era que tenía razón (yo había sacado conclusiones precipitadas); y la otra, que quería creerle. Knox Wescott tenía muchos defectos como hombre, pero no podía creer que fuese un violador. Claro que eso no significaba nada. Tenemos una imagen mental del violador tipo, la de un hombre que acecha en callejones oscuros con el rostro tapado por un pasamontañas, que no es la que se ajusta a la realidad. Un alto porcentaje de las violaciones se producen dentro del entorno familiar y social de la víctima, lo que quiere decir que casi siempre el violador es un pariente o un amigo. Alguien del que jamás podrías imaginar que es capaz de hacer algo así. Muchos ni siquiera son conscientes de que lo que han hecho es una violación porque se dan excusas y justificaciones del tipo «ella lo quería», «lo estaba deseando», «nos estábamos dando el lote, no podía decirme que no la follara». Y no ayuda que muchas víctimas se sientan culpables, como si hubiesen sido ellas las que habían provocado esa situación.

No sabía qué iba a decirme Belle, pero lo que sí tenía claro era que mi experiencia como policía iba a ayudarme a saber si era realmente la verdad, o una visión distorsionada.

Me duché con rapidez con la puerta del baño bien atrancada, por si acaso. Cuando salí, envuelta en el albornoz, Knox había preparado café tal y como le había pedido. Estaba sentado en el sofá, y me ofreció una taza. Estaba serio y no dijo nada. Tenía un buen tajo en la frente y llevaba varios puntos de sutura, de esos adhesivos.

—¿Te duele? —le pregunté sin sentarme, al coger la taza.

—No mucho.

Asentí y di un trago. El café estaba caliente pero delicioso.

Tenía muchos sentimientos contradictorios en aquel momento. Por un lado, estaba preocupada por el golpe inflamado que le deformaba levemente la frente. Tenía ganas de sentarme a su lado y darle besitos curativos, de los abominablemente cursis; de cuidarlo y mimarlo para que se sintiera mejor.

Por el otro, estaba enfadada por su tozudez y me hubiera gustado tener la suficiente voluntad para echarlo.

Pero también me sentía extrañamente eufórica porque a Knox le importaba lo que yo pensara de él, y se estaba tomando muchas molestias para demostrarme que estaba equivocada. Además, había dicho que estaba luchando por tener una relación seria conmigo; nunca, nadie, se había esforzado tanto por mí, ni yo le había importado lo suficiente.

—Esto está bueno.

—Gracias. Date prisa, por favor, quiero llegar al Winter antes de que se llene de gente.

—¿Y por qué no ha venido Belle aquí? —La idea se me ocurrió de pronto. Era extraño que Knox me hiciera ir a mí hasta allí en lugar de traerla a ella, sabiendo como sabía que estaba enferma.

—Morgan se ha cortado con un vaso y ha tenido que ir al médico. Está sola en el bar.

—Muy bien. —Me terminé el café y dejé la taza sobre la mesita—. Dame un minuto para vestirme.

—Aquí espero.

No tardé mucho. Cuando salí, había llevado la taza hasta el fregadero y me esperaba de pie al lado de la puerta.

—¿Vamos? —preguntó, muy serio. Cogí mi chaqueta y salí con él.

Mi apartamento estaba bastante cerca del Winter y no tardamos en llegar. Todavía no había mucha gente y Belle estaba preparando unas botellas detrás de la barra. Fuimos hasta ella, yo con el corazón en la boca por los nervios, y Knox muy decidido a resolver mi equivocación.

—Vamos al almacén —dijo Knox por todo saludo.

—De eso, nada —lo corté yo—. Tú te quedas aquí.

—Muy bien, como quieras. —Se acomodó en la barra—. Aquí te espero. Estoy deseando oírte pedir perdón.

Bufé, y miré a Belle. Ella nos observaba con ojos divertidos. Incluso llegué a pensar que le faltaba bien poco para echarse a reír. Desde luego, no era la típica actitud en una mujer a la que habían intentado violar.

—Ven conmigo, cielo —me dijo, y la seguí hasta la parte posterior del bar, un almacén lleno de cajas de botellas apiladas—. Ahora, cuéntame qué es toda esa historia tan fantástica que le has soltado a Knox.

—No. —Se sorprendió al oír mi negativa—. Antes de hablar, quiero ver si tienes algún tipo de moratón.

—No tengo ninguno, te lo aseguro —contestó, sonriendo divertida.

—Discúlpame, pero en estos momentos tu palabra no vale nada.

Se echó a reír y me guiñó un ojo como si estuviera coqueteando.

—Todo esto no será una excusa para verme desnuda, ¿verdad? Porque si lo que te gustan son las mujeres...

—Soy hetero, no te animes, cariño.

Al ver que yo no me lo estaba tomando a broma, suspiró, resignada, y empezó a desabrocharse la camisa que llevaba.

—Está bien. Solo quería tomarte el pelo un poco, pero ya veo que no estás de humor. ¿De veras crees que Knox intentó violarme? Eso es una estupidez —aseguró, muy convencida.

—Anoche vi lo que vi —gruñí, porque la piel que me mostraba no tenía ninguna marca o señal que me indicara que hubiese sido atacado. No había hematomas, ni marcas de dedos, ni rojeces... nada de nada. Su piel estaba inmaculada.

Giró sobre sí misma para que también pudiera ver su espalda antes de preguntar con sarcasmo:

—¿Contenta? ¿Puedo volver a abrocharme? Aquí hace frío, ¿sabes?

—De acuerdo. Y cuando termines, me cuentas qué pasó anoche con Knox, y por qué él estaba en tu casa, borracho como una cuba, y por qué tú saliste a la calle con una blusa rota.

—Madre de Dios —exclamó, dejando ir un jadeo de asombro—. Lo piensas realmente. Hasta ahora pensé que solo querías hacerlo sufrir un rato, o gastarle una broma pesada.

Me contó lo que había pasado, y estuve todo el rato conteniéndome para no empezar a darme de cabezazos contra la pared por idiota.

Había metido bien la pata, hasta el fondo y más allá.

Cuando Nita y Belle regresaron del almacén, la primera mantenía la mirada baja y la segunda parecía muy divertida con la situación. Yo seguía apoyado en la barra, esperando. Cuando Nita llegó ante mí y siguió sin mirarme, silenciosa, me incorporé y le dije en un susurro que intentaba ser tranquilizador:

—Vamos a tu casa. Tenemos que hablar.

Asintió sin decir una palabra.

Seguía furioso, pero no quería dejar que esta empañara mi razón. Quería escuchar sus motivos antes de empezar a gritar de nuevo. O quizá ni siquiera gritaría. Podía ser que llegara a comprenderla. Por todos los demonios, quería que me diera una explicación lo bastante cuerda de su comportamiento como para poder entenderla y aceptarla. Quizá así dejaría de sentirme tan herido y humillado. No era una cuestión de orgullo, ni de mi honor mancillado; era una cuestión de confianza y de sentimientos vapuleados.

Yo no sabía mucho de relaciones, pero algo había aprendido durante los meses en que había estado observando a Kaden y Clara, y si a alguna conclusión había llegado, era que la confianza era el pilar fundamental de cualquier relación, y que no tendríamos ninguna oportunidad si Nita no confiaba en mí.

Sabía que debíamos darnos tiempo porque, técnicamente, casi no nos conocíamos, pero su reacción me decía que la presunción de inocencia brillaba por su ausencia. Había sido capaz de pensar lo peor de mí sin tener apenas pruebas, y eso había sido peor que si me hubiera dado una paliza.

Llegamos a su apartamento en unos minutos, sin haber pronunciado ni una sola palabra.

Entramos y me fui directo a la cafetera para servirnos una taza a cada uno. Se la llevé hasta el sofá, donde se había sentado, y me acomodé a su lado. La cogió sin decir nada. Su rostro era como un espejo en el que podía ver reflejado todo lo que estaba sintiendo: arrepentimiento, dolor, vergüenza... Podría haberle facilitado las cosas, pero no quise. Quizá fui cruel, pero no más de lo que había sido ella conmigo. Debía hacerle saber cuánto daño me había hecho, aunque eso me mostrara vulnerable. Era hora de poner las cartas sobre la mesa y ser valientes.

—¿No vas a decir nada? —le dije sin mirarla.

Apretaba los puños sobre las rodillas y miraba la taza de café que le había dejado ante ella, sobre la mesita. La cogió sin decir nada, rodeándola con las manos crispadas y temblorosas, como si estuviera en un naufragio y esa pequeña pieza de porcelana fuese su única salvación.

—Lo siento —susurró sin alzar los ojos—. Debes estar furioso.

Lo pensé detenidamente, y me di cuenta de que ya no.

—Lo que estoy es muy dolido.

—Lo comprendo.

—Pero yo no. No comprendo cómo pudiste pensar algo así de mí.

Suspiró entrecortadamente y se encogió de hombros, sin decir nada. Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos dijera nada. Yo tenía ganas de sacudirla para obligarla a hablar, a decir algo, lo que fuera.

—No tengo excusa —dijo al fin.

Ah, no, no iba a dejar que simplemente se encogiera de hombros y no intentara justificarse. Eso

era igual a rendirse, como si ya creyera que nuestra relación no podía ser salvada; yo estaba dispuesto a perdonarla, pero necesitaba que ella me diera el motivo para hacerlo.

—No, no la tienes, pero podrías intentarlo. ¿O es que ya has decidido que no vale la pena? Creo que estoy siendo bastante razonable para que tú también pongas de tu parte.

—Sí, y eso es lo que me da más miedo. Si estuvieras gritando y furioso, pensaría que todavía te importo lo suficiente. Quizá me he pasado tanto de la raya, que ya no quieres...

—Si quieres que grite, gritaré. Pero si lo hago, me volveré a enfurecer y podría decir cosas que no quiero. Las palabras hacen mucho daño, Nita. Tú me has hecho mucho daño, y no quiero hacer lo mismo. Quiero que me des un motivo para perdonarte. Eso es lo que quiero.

—Soy una estúpida desconfiada. Y una amargada, que prefiere pensar lo peor de todo el mundo. Esa es la razón de mi comportamiento. Y no sé cómo cambiarlo.

Giré la cabeza para mirarla y vi que por su rostro rodaban lágrimas silenciosas. No sollozaba, ni hipaba. Seguía aferrando la taza de café sin haberlo probado, con la mirada fija en ella.

Tragué saliva y no supe qué decir. Yo también estaba aterrado porque tenía la sensación de que la estaba perdiendo. Ella se había rendido y no haría nada para solucionarlo.

No podía consentirlo.

—Háblame, Nita. Dímelo todo, por favor —dije con voz estrangulada, yo también al borde de las lágrimas.

—Te he hecho mucho daño, y no sé cómo arreglarlo. Pedir perdón no es suficiente, pero ¿qué lo será? Lo siento, lo siento mucho. Cuando os vi la otra noche, lo primero que pensé es que me habías engañado con Belle. Después, al ver tu estado y su blusa desgarrada... Me volví loca de celos y rabia. He estado todas estas horas intentando buscar excusas que explicaran lo que había visto, hasta que no pude más y me tomé una pastilla para dormir. Me dolía la cabeza de no dormir y de pensar demasiado.

—Podrías haberme preguntado a mí.

—¿Y de qué hubiera servido? Mi experiencia me dice que todo el mundo miente. Me habrías contado lo que fuese y yo te hubiese tenido que creer. Pero eso no me garantizaba que fuese la verdad.

—No confías en mí.

—No confío en nadie, ese es el problema. Además, yo... no estoy bien, Knox —confesó con un susurro—. No estoy nada bien —gimió—. ¿Sabes por qué estoy trabajando aquí, como ayudante del *sheriff*? Porque en la policía de Boston ya no me quieren. Pretendían que me quedara detrás de un escritorio, haciendo trabajo administrativo, porque soy inestable, una bomba de relojería. —Sonrió con amargura—. Todos me dieron la espalda después de la muerte de Mike, como si yo hubiese tenido la culpa. ¡Y te juro que yo no hice nada para provocar el tiroteo! Lo he repasado en mi cabeza una y otra vez desde ese día, y no encuentro el motivo, de verdad que no. Pero no se fían de mí, así que no me quedó más remedio que irme...

Yo no entendía nada de lo que me estaba diciendo; ni siquiera veía una relación entre lo que me estaba contando y lo que había pasado entre nosotros. Pero la dejé hablar, porque supe que lo necesitaba con desesperación.

Titubeando, le puse una mano sobre el hombro. Se estremeció con mi contacto y, sin previo aviso, levantó sus ojos para mirarme y se echó en mis brazos para llorar desconsoladamente. No dije nada, esperé a que Nita siguiera hablando mientras un nudo se iba cerrando en mi garganta, igual que mis brazos a su alrededor.

—Llegué aquí enfadada y furiosa con todos, pensando que mi vida ya no tenía sentido, que mi

futuro había saltado por los aires, hecho pedazos y sin posibilidad de repararlo. Y te conocí, y me pareciste el hombre más estúpido que había sobre la faz de la tierra, pero me hacías reír, y yo ya casi había olvidado como se hacía, y sin darme cuenta dejé que te acercaras demasiado y que empezaras a importarme de verdad, como nadie me había importado antes. Tuve miedo porque me parecías perfecto, pero no hay nadie perfecto, todos tenemos muchos defectos, así que tú debías tenerlos escondidos. ¡Era pura lógica! Y cuando te vi la otra noche, yo... me aferré a ello. Ese era tu defecto, que no eras buena persona, que eras un violador. ¡Ya tenía la excusa perfecta para apartarte de mí! ¿Lo comprendes?

Alzó el rostro y me miró, esperanzada. Lo tenía lleno de lágrimas y los ojos enrojecidos. Saqué un pañuelo de mi bolsillo y me dediqué a limpiárselo suavemente, sin decir nada. Fueron unos segundos que dediqué a meditar lo que iba a decir a continuación. Nita tenía miedo de mí, pero no porque yo le pudiera hacer algo, sino porque sentía por mí algo que no podía controlar. Esa fue la conclusión a la que llegué. Y tenía que ser cuidadoso para no asustarla todavía más.

Quería besarla con pasión, estrecharla más fuerte entre mis brazos, decirle cuánto la amaba, y hacerle el amor con suavidad, poniendo todo mi empeño en hacerle olvidar el mundo entero. Quería que se derritiera entre mis brazos hasta que nada más tuviera importancia.

Cuando terminé de enjugar sus lágrimas, apoyé la frente sobre la suya y cerré los ojos. Llené el pecho con aire inspirando profundamente, muerto de miedo. No quería perderla, me aterraba la idea, y ella me estaba dando una oportunidad que no podía desaprovechar. Ya no importaba el dolor que me había infligido, ahora solo importaba su sufrimiento y yo era el único que podía librarla de él.

—Cuando te conocí, me sentí atraído irremediablemente por ti, pero también me diste miedo. No eres el tipo de mujer con el que solía salir a divertirme, pero me llamaste poderosamente la atención, como la llama atrae a la polilla. Me sentí fascinado por tu fortaleza y tu seguridad, por tu manera de hacer las cosas, tan independiente, como si lo que pensara el resto del mundo te importara una mierda. No pude evitar buscarte y rondarte, sabiendo a lo que me exponía. Me mentí mil veces diciéndome que no sentía nada extraordinario por ti. Yo nunca he querido enamorarme, ¿sabes? El miedo visceral a convertirme en una sombra, como mi padre, me tenía paralizado. Pero no pude evitar amarte con todo mi corazón, y cuando me di cuenta, salí huyendo como un cobarde. Por eso me fui de Cascade, para olvidarte. Pero no pude. Lo único que conseguí durante las semanas que pasé en Nueva York, fue pensar en ti. Por eso regresé dispuesto a hacer lo que fuese para conseguir que me amaras.

—¿Me amas? —me preguntó con un hilo de voz.

—Con todo mi corazón, Nita. Por eso comprendo lo que me has contado. Yo también sé qué es tener miedo a amar, y buscar excusas para no hacerlo.

—Somos un par de idiotas. —Sonrió tímidamente, y yo no pude evitar darle la razón antes de besarla.

Pensé que me gritaría. Que me odiaría. Que estaría tan furioso que no querría escucharme. Pero me sorprendió sentándose a mi lado, hablándome con calma, escuchando atentamente toda mi retahila de palabras sin sentido e intentando comprender por qué yo había sido tan cruel con él.

Derribó todas mis defensas de un solo plumazo.

Cuando sus labios se acercaron a los míos, ya no tuve dudas. Iba a ser valiente porque él lo merecía, y yo también. Aparté el miedo y la desconfianza, y decidí que ya era hora de arriesgarme,

porque sino, no valía la pena vivir.

Acepté su beso y lo devolví. Le rodeé el cuello con los brazos y hundí las manos en su pelo. Me dejé caer hacia atrás y lo arrastré conmigo, decidida a entregarle todo, mi alma, mi corazón y mi cuerpo.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó, apartando levemente su boca de la mía

—Nunca he estado tan segura de algo —contesté en un susurro sobre su oreja, aprovechando para mordisquearla. Dejó ir una risita entrecortada y volvió a besarme.

Ninguna otra frase coherente surgió de nuestras bocas. Gemidos, gruñidos, quejidos y suspiros, muchos. Pero palabras, ni una. Quizá un «oh, Dios» y algún que otro «sí, más, así, sigue así» insertados entre beso y beso. Nuestros cuerpos hablaron mucho mejor diciendo sin palabras lo que sentíamos.

Nunca, nadie, me había hecho el amor con tanta dedicación, ni había conseguido que llegara al orgasmo más de una vez.

En la primera, todavía llevaba el pijama puesto. Me había torturado los pechos por encima de la ropa, y deslizó la mano por debajo de los pantalones y las braguitas. Sus dedos fueron muy traviesos, provocándome alrededor sin llegar a tocar donde quería ser tocada. Intenté incitarlo empujando con las caderas, pero solo conseguí que dejara ir una de sus risitas provocadoras. Cuando finalmente lo hizo, yo estaba tan excitada y fuera de mí, que me corrí de una manera brutal, gritando y aferrándome a su camisa.

La segunda vez, ya estábamos en la cama, y fue con su boca. Me quitó la ropa muy despacio, atormentando cada centímetro de piel con sus labios y su lengua. Me sentí como una gigantesca piruleta de fresa en manos de un goloso. Saboreó mi cuerpo sin contención, haciéndome temblar con sus caricias y sus travesuras. Se deleitó en mi ombligo arrancándome una carcajada cuando me hizo cosquillas. No podía permanecer quieta y me aferré a su pelo como si fuese lo único que permanecía estable en un mundo que estaba desapareciendo de mi visión. Cuando su boca llegó a mi sexo, me inmovilizó con sus grandes y fuertes manos para que no pudiese huir, y se dedicó a atormentarme hasta que grité mi orgasmo hasta quedarme casi afónica.

La tercera vez fue con él en mi interior, y fue la experiencia más maravillosa que había vivido nunca. Lo sentí dentro de mí como si fuésemos dos piezas de Lego que habían sido hechas para encajar a la perfección, y nos convertimos en un todo indivisible. Yo ya no era Nita, sino una parte de Knox; y él ya no era él, sino una parte de mí, la más importante de todas, la que me permitía vivir al latir dentro de mi pecho. Quise fundirme con su piel para que aquello no terminase nunca porque tuve miedo de que, al final, mi mundo volviese a ser gris y oscuro. Le arañé la espalda, le rodeé la cintura con mis piernas, me aferré a él con las uñas haciéndolo jadear de placer mientras embestía con fuerza en mi interior y no me importó el peso de su cuerpo sobre el mío, aplastándome. Me sentí amada, cuidada, protegida; y odié el condón que se había puesto porque no podía sentir plenamente el tacto de su piel tersa en mi alborotada vagina.

Después de gritar nuestra liberación, agotados y sudorosos, me acurruqué entre sus brazos porque no quería que aquello terminara. «Ojalá pudiese detener el tiempo —pensé mientras mis ojos se cerraban— para que este instante fuese eterno».

Dicen que el sexo es sexo, y que los sentimientos no importan. Que puedes tener grandes orgasmos sin importar si amas a la persona con la que estás haciendo el amor. Que lo que importa es

la experiencia y la técnica, y no los sentimientos.

Mentira.

Jamás, en toda mi vida, había tenido un orgasmo tan satisfactorio como el que sentí en mi primera vez con Nita. Fue algo completamente diferente a cualquier experiencia que hubiese tenido antes. Algo que trascendió a lo puramente físico para convertirse en un momento casi... espiritual. Como una revelación, una epifanía que me golpeó con crudeza y me cambió para siempre. Nunca podría volver a sentir lo mismo con otra mujer; nunca querría estar con otra mujer.

Antes de aquello, Nita ya era todo mi mundo, pero después se convirtió en el centro de mi universo.

Sudorosos, jadeantes y agotados, la abracé porque necesitaba seguir sintiendo su cuerpo junto al mío mientras dormía. Ella cerró los ojos como si ya no tuviese fuerzas, y durante un rato la observé dormir pegada a mí, deleitándome en su sonrisa de satisfacción, y en su cuerpo relajado.

Tiré del edredón para taparnos, le di un beso en la frente, y yo también cerré los ojos y me abandoné al sueño.

Me desperté un par de horas después, dispuesto a una segunda ronda de sexo sudoroso, pero Nita dormía plácidamente y me dio lástima despertarla. Miré el reloj, y pensé que necesitábamos alimentarnos antes de volver a quemar calorías.

Me levanté con cuidado, me puse los pantalones, y me fui con cuidado hasta la cocina para ver qué tenía en la nevera.

Nada.

El congelador estaba lleno de productos precocinados, pero no había nada fresco. Volví a la habitación para recoger mi ropa y vestirme del todo en el comedor para no molestarla, y fui a la tienda para comprar lo necesario para hacer la cena. Una hora y media después, tenía preparados una buena ensalada y suficientes espaguetis a la boloñesa como para alimentar a todo un regimiento.

Hora de despertarla.

Me senté en la cama y la observé durante unos minutos, sorprendido por la cotidianidad de lo que estaba haciendo, que al mismo tiempo era algo extraordinario para mí. Nunca me había quedado tanto tiempo en la cama de una mujer y, desde luego, jamás había tenido la necesidad de cuidar de ella, de prepararle una buena cena para que se alimentara. Ni me había quedado embelesado mirándola dormir hasta que ella se revolvió, inquieta, y me miró con sus grandes ojos oscuros.

—Hola —susurró, sonriéndome.

—Hola. —Yo también sonreí, y me incliné hacia adelante para darle un beso ligero en los labios, que se convirtió en una provocación cuando se aferró a mi cuello y tiró de mí hasta hacerme caer encima de ella—. Se va a enfriar la cena —protesté entre risas cuando empezó desabrocharme la camisa para acariciarme los pectorales.

—Para eso existe el microondas —contestó.

Quise volver a hacer el amor otra vez, sin prisas, e intenté saborear su cuerpo, pero no me lo permitió. Me empujó para hacerme rodar por la cama y se montó encima de mí, aprisionándome con las caderas.

—Ahora me toca a mí. ¿Sabes que me pone mucho que tú estés totalmente vestido, y yo, totalmente desnuda?

—Es bueno saberlo —sonreí mientras anclaba mis manos en sus caderas.

Se inclinó hacia adelante hasta que su boca quedó sobre mi oreja para poder susurrar y mordisquearla.

—Me gusta el sexo salvaje —confesó—, y espero que seas un hombre atrevido e imaginativo.

—Puedo ser todo lo que necesites y desees —afirmé mientras sus manos, traviesas, me desabrochaban la bragueta.

—Eso está bien, porque hay muchos lugares en los que quiero que me hagas el amor.

Tragué saliva con dificultad y mi nuez llamó su atención, porque le pasó la lengua por ella muy lentamente, haciendo que yo empezara a temblar.

—¿Te gusta la espontaneidad? —me atreví a preguntar.

—¿El aquí te pillo, aquí te mato de toda la vida? —preguntó con una leve risita juguetona. Me mordió la nuez y yo emití un gemido que me salió del alma—. Sí.

—¿Sin límites ni lugares prohibidos?

—Sin límites ni lugares prohibidos.

—Acabas de darle carta blanca a un obseso sexual —bromeé.

—Acabo de abrir las puertas del cielo.

Sacó mi miembro de su prisión y me cabalgó como una amazona experta. No fue hasta que me corrí en su interior, que me di cuenta que no me había puesto condón.

—Maldita sea —gemí sin poder parar, empujando con mis caderas. Ni siquiera la idea de que se quedara embarazada bajó mi excitación. Es más, pensar en ella llevando un hijo mío, todavía me aceleró más.

Estaba perdido y sonreí como un bobo.

—Tranquilo —me susurró al oído cuando, extenuada, se dejó caer sobre mí—. Esto es un acto de confianza. Tomo pastillas para evitar el embarazo, y confío en que tú estás limpio de cualquier ETS. Porque si no fuese así, me lo habrías dicho.

—Completamente limpio —contesté—. Siempre he usado condón, hasta hoy. Aunque hablar de ETS no es una conversación adecuada para un momento como este.

Nita se rio, y sus pechos, aplastados sobre mi torso, temblaron ligeramente. Mi pene, todavía enfundado con el interior de Nita, se engrosó y empezó a sentirse ligeramente travieso de nuevo.

—¿Dijiste algo sobre una cena? —Asentí con la cabeza, aturdido por el cambio de conversación—. Entonces será mejor que movamos el culo, porque tengo un hambre de mil demonios y estoy empezando a pensar seriamente en comerte todo entero...

Empujé con mi caderas y sonreí. Mis manos seguían firmemente sujetas a sus caderas.

—Me encantaría usarte de fuente para la ensalada, y comer sin usar tenedor. Lamería todo tu cuerpo hasta comerme toda la lechuga y dejarlo limpio de aceite y vinagre.

—Es tentador... y después podrías llevarme bajo la ducha y frotarme con la esponja.

—Joder, Nita —solo atiné a susurrar.

No sé cuántas veces hicimos el amor aquella noche. Solo sé que a la mañana siguiente, cuando me desperté entre sus brazos, me dolían partes del cuerpo que ni siquiera sabía que tenía. Hasta el cielo del paladar y el blanco de los ojos. Pero tenía que ir a trabajar y no me quedó más remedio que levantarme.

Knox todavía dormía, y no me extrañaba. Se había esforzado mucho para darme placer y acabó agotado y deliciosamente maltratado por mis constantes arañazos y mordiscos.

Cumplió su palabra y no dejó ni rastro de la lechuga; y después me dio de comer los espaguetis sin permitirme vestirme ni dejar que yo usara mis manos. Me torturó deliciosamente con las suyas mientras yo intentaba masticar y tragar, y limpió todo rastro de salsa de mi boca con su propia

lengua. Descubrí que los juegos en los que yo estaba aparentemente en desventaja por mi desnudez, me excitaban, aunque no era algo que esperaba que ocurriese en cada cita.

Puse la cafetera y me fui a vestir mientras el café borboteaba. Intenté ser silenciosa para no molestarlo, aunque no pude evitar echarle varias miraditas y morderme el labio para controlar el impulso de despertarlo haciéndole cosquillas. Me encantaba su risa, y que me hiciera reír.

Lo observé atentamente y recordé el estallido emocional que había tenido la noche anterior. Había barbotado palabras sin ton ni son y dudaba que él hubiese entendido algo de lo que le había contado. Debería hablarle de Mike, del tiroteo, y de todo lo que me había traído hasta Cascade. No es que aquellos hechos tuviesen algo que ver con nuestra relación, pero sí tenían un gran peso en mi actual estado emocional. Lo intentaba disimular haciéndome la fuerte, pero todavía era frágil y me sentía vulnerable, y aunque no era fácil para mí confesar algo así, se lo debía a Knox.

Confianza. Ese era mi talón de Aquiles. No era fácil para mí confiar en las personas, pero tenía que hacer el esfuerzo de entregársela a Knox sin condiciones. Se lo había ganado, y se lo merecía, porque si no lo hacía, nuestra relación no iba a llegar a ninguna parte. Y hablar de Mike y de todo lo ocurrido, sería un buen paso.

Me tomé un café en la cocina y le escribí una nota. Iba a hacer algo que nunca había hecho: irme de casa y dejar al hombre con el que había tenido un apasionante y magnífico encuentro sexual, solo, en mi casa. Por una vez, no iba a despertarlo para echarlo, que era lo que había hecho siempre con los hombres que había habido antes en mi vida. Ni siquiera Mike, que había sido mi compañero y mejor amigo, se había quedado solo en mi casa ni una sola vez.

Knox iba a ser el primero, aunque él no supiera lo importante que era este gesto para mí.

«Me he ido a trabajar» le puse en la nota. Después, debajo, en lugar de un beso de carmín, apunté mi número de teléfono.

Salí a la calle y aspiré el aire fresco. Me sentía muy distinta, casi eufórica por aquel cambio radical en mi vida. Estaba saliendo con un hombre maravilloso, y había decidido esforzarme por cambiar aquellas cosas de mí que no me gustaban y que me hacían sentir mal.

No es malo querer cambiar. Sé que mucha gente no lo hace porque se escuda en el «yo soy así, y si alguien me quiere, ha de aceptar todo el paquete». Eso está bien cuando los defectos que tenemos no son, por ejemplo, la dificultad en confiar, o el humor agrio, la facilidad para enfadarse, la desconfianza en los demás, ataques de ira violentos... Hay muchos defectos en nosotros que los demás no tienen porqué aceptar, esa es la verdad. Yo podría aceptar que Knox se tirase algún pedo en la cama, por ejemplo; pero no que masticase con la boca abierta. Eso me daría mucha grima. Tampoco aceptaría que fuese un controlador, o que intentase obligarme a cambiar de trabajo porque el mío es peligroso. Ser policía ha sido siempre mi mayor meta, y aunque mi carrera en Boston se había ido a la mierda, seguía llevando una placa. Hay personas que nos definimos por lo que somos, y yo soy policía por encima de todo lo demás.

Pero sí había muchas cosas que podía cambiar de mi carácter, o por lo menos, intentarlo. Controlar mis ataques de mal humor, y esforzarme por confiar en él, eran mis dos metas más inmediatas.

Mi tercer meta no tenía nada que ver con Knox ni con mi carácter, pero sí con lo que yo era. Iba a hablar con Mac sobre mi idea de dar clases de krav maga a mujeres. Después iba a informarme sobre qué asociaciones de ayuda a las mujeres maltratadas trabajaban en la zona, o si había alguna, para ponerme en contacto con ellas y saber cómo podía ayudar.

Me sorprendí a mí misma cuando me di cuenta de que ya no me sentía una fracasada. Este trabajo ya no era algo que hacía porque no tenía más remedio. Cuando llegué, lo hice sin ilusión y sin ganas.

Ser ayudante del *sheriff* me parecía algo en lo que no tenía ningún futuro profesional, un trabajo de segunda o tercera categoría, muy lejos de la liga profesional en donde había estado hasta aquel momento. Era como haber pasado de ser candidata a la Copa Stanley de la NHL, a jugar en un equipo infantil. Así lo había visto hasta aquel momento. Pero acababa de darme cuenta que no importaba en qué liga se juega, sino el esfuerzo que se le pone en cada partido. Y yo iba a darlo todo por ayudar a las mujeres de Cascade y del condado que lo necesitaban.

A principios de abril empezaron los trabajos de construcción del *resort*, y Nita se sumergió en su trabajo y en el proyecto de un gimnasio donde iba a dar clases de defensa a mujeres; pero eso no impidió que nos viésemos casi cada noche, excepto aquellas en las que ella tenía que trabajar. Yo casi pasé a vivir en su casa. Me sorprendió dándome una llave, y haciendo sitio en su armario para que yo pudiese dejar algunas de mis cosas allí.

Al principio tuve algo de miedo. Las cosas parecían ir muy deprisa y me dio cierta sensación de vértigo; pero después me di cuenta de que esto era precisamente lo que quería, y que si Nita había decidido luchar por esta relación, yo no iba a defraudarla asustándome como un niño.

Mi familia no se sorprendió cuando les dije que iba completamente en serio con ella. Clara me abrazó, llorosa, y Kaden se enfadó conmigo por hacer que su mujer se emocionara demasiado. Las cosas entre ellos estaban bien, pero cuanto más cerca estaba el momento del parto, más estaban los nervios a flor de piel. Estaba de seis meses, y aunque el tocólogo les había dicho innumerables veces que todo iba bien, Kaden no podía evitar estar cada día más preocupado.

Nita también les habló de mí a sus padres, y eso le supuso estar una semana seguida de mal humor. Sus padres, un policía retirado y una mujer típica americana, ama de casa y de ideas republicanas, se empeñaron en venir hasta Cascade para conocerme. Nita consiguió impedirselo, pero solo prometiendo a cambio que iríamos a pasar una semana a Florida.

—Me vas a dejar cuando los conozcas —me decía siempre que se acordaba de esa promesa.

—No digas tonterías —me reía yo.

—Tú espérate y verás.

Yo pasaba el día en las obras, intentando hacer ver que lo controlaba todo a pesar de que no tenía ni idea de nada. Nunca me había imaginado que podrían salir tantos problemas a cada minuto. El primer día habían llegado los arquitectos que Colin nos había recomendado, y que se habían hecho cargo del proyecto monumental que suponía; y con ellos, habían llegado varias cuadrillas de trabajadores. Había hombres de todo el condado, y con ellos, muchos otros que habían venido de más lejos.

El día que se iniciaron los trabajos, acudimos toda la familia, el pleno del ayuntamiento, y algunos invitados de renombre. Pusimos una ilusoria primera piedra y después se celebró un extraño cóctel al aire libre, debajo de una carpa, para que la prensa se hiciera eco de la noticia.

—Esto es publicidad gratis —nos dijo Colin—. Cuanto antes empiecen a hablar del *resort*, mejor.

Vinieron algunos enviados de revistas especializadas, que era lo que Colin quería. Él mismo se había ocupado de traerlos hasta aquí y de agasajarlos hablándoles de las excelencias del proyecto.

Los días fueron pasando y nos fuimos estableciendo en una rutina, y me sorprendí dándome cuenta de que me gustaba. Pasaba el día ocupado en las obras, junto a Keitan y los arquitectos, solucionando los problemas que iban surgiendo; pero por la tarde corría a casa de Nita, que cada día consideraba más mi propia casa, y preparaba la cena para que estuviera lista cuando ella llegara. Nos sentábamos en el sofá y nos contábamos cómo nos había ido el día mientras comíamos, con el ruido del televisor de fondo.

Hacíamos el amor a menudo, aunque había noches en que estábamos demasiado cansados y lo único que nos apetecía era dormir el uno en brazos del otro, algo que para mí había sido impensable

hasta conocerla a ella.

Todo era perfecto, hasta cuando no lo era. Ambos nos esforzábamos para hacer feliz al otro, y hablábamos mucho, más de lo que nunca había hablado con nadie. Ella consiguió que abriera del todo mi corazón, y le hablé de mi madre, de mi padre, y de todo el miedo que había atenazado a lo largo de los años al tener como ejemplo a un hombre que se había hundido irremediablemente en la pena más absoluta al perder a la mujer que amaba.

Ella me habló de Mike, y sus balbuceos de la noche en que tuvimos nuestra pelea más sonada. Me lo contó todo, sobre su amigo, cuánto lo echaba de menos, y de todo lo que pasó la noche del tiroteo y los meses que siguieron a su muerte. Lo traicionada que se había sentido, y lo vulnerable que todavía era.

No volvió a tener pesadillas con aquella noche. Algunas veces quizá asomaba las garras, pero ella se aferraba a mí y se tranquilizaba inmediatamente. Yo lo sabía porque pasaba de estar tensa y con los labios fruncidos en una mueca, a relajarse y sonreír en sueños. Eso me hacía sentir muy importante, casi un súper héroe como Superman, porque de todos los hombres que había en el mundo, yo era el único que era capaz de hacer sentir segura y a salvo a la mujer más fuerte, capaz, valiente y decidida que había conocido en toda mi vida.

Ese fue el mejor regalo que podía darme.

Hablábamos mucho por teléfono. La mañana que me desperté en su casa, después de nuestra primera noche juntos, y descubrí su nota sobre la almohada con su número, me di cuenta de que sí, que íbamos en serio.

Es extraño como algo tan simple y banal como aquello, me reafirmó la confianza. Me había costado un mundo conseguir ese número, y lo guardé en mi agenda como un preciado regalo. Por supuesto, la llamé en cuanto conseguí despegar mis ojos y despertarme del todo con una buena taza de café que ella me había dejado preparado.

Sí, abril fue el mejor mes de mi vida.

Hasta que todo se estropeó.

Todo empezó un día en que estábamos comiendo juntos. Yo tenía ese día libre y fuimos a pasarlo en Templeton, el único pueblo que había cerca de Cascade (si estar a dos horas de coche es considerarlo cerca) que era algo parecido a una gran ciudad.

Llegamos a mediodía y, como estábamos muertos de hambre, nos sentamos en una terraza a almorzar. Hacía un día precioso, el sol ya empezaba a calentar con fuerza, y me sentía feliz.

Hablamos de muchas cosas, incluso de Clara, su embarazo, y la obsesión de Kaden por cuidarla.

—Te prometo que, cuando estés embarazada, yo no me comportaré como él —me dijo.

Yo me quedé muda porque jamás había tenido la intención de tener hijos. Hay mujeres que tienen instinto maternal, pero a mí me había rehuído durante toda la vida, y no me veía con un pequeñajo lloriqueante y cagón en brazos.

Aquello se me atragantó. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que Knox quisiera tener hijos. Abrí la boca para decírselo, pero él había vuelto su atención al plato y a hablar de qué película podíamos ir a ver después.

En los días que siguieron, empecé a sentirme culpable. No había vuelto a salir el tema, pero yo pensaba en ello a menudo; y con cada pensamiento, la idea me aterrorizaba más y más. Sí, la decisión de no tener hijos la tomé estando en narcóticos; mi trabajo era peligroso, como se había demostrado

con creces, y no quería tener que elegir entre mi carrera y unos hipotéticos hijos, ni exponerlos a quedarse huérfanos de madre solo porque yo no podía renunciar a un trabajo en el que arriesgaba mi vida casi a diario.

Recuerdo lo enfurecida que me sentí cuando me di cuenta de que los hombres nunca se encuentran en un dilema semejante. La mayoría de mis compañeros estaban casados y tenían hijos; y los que no, desde luego tenían intención de llegar a ese punto. Cuando le pregunté a uno de ellos si nunca se había planteado el tener que elegir entre su familia y su trabajo, se echó a reír. A veces, cuando estábamos en medio de un caso importante, trabajábamos hasta dieciocho horas diarias, pero él nunca, jamás, se había planteado la posibilidad de dejar narcóticos e ir a otro departamento para poder pasar más tiempo con su familia.

—El trabajo de poli es duro, nena —me dijo con condescendencia—, y mi mujer ya sabía con quién se casaba cuando me dio el sí.

—¿Y si fuese al revés? —le pregunté, buscando provocarle—. ¿Y si fuese ella la que tiene tu trabajo, y tú fueses, no sé, un agente inmobiliario?

Lo único que le provoqué fue otro ataque de risa.

—¡No es lo mismo! —me dijo entre carcajada y carcajada—. Cuando las mujeres tenéis hijos, vuestras prioridades cambian. Ya lo verás cuando tú te quedes preñada.

Ese día me planteé no tener hijos, y me reafirmé en mi decisión cuando, día tras día, me fui dando cuenta de que yo no estaba hecha de la pasta que se necesita para tener hijos. Me horripilaban. Cuando uno se me acercaba, me ponía tensa como un palo y nunca sabía qué hacer con él.

Pero, ¿cómo se lo decía a Knox?

A mediados de mayo, volvió a salir la conversación. Clara ya estaba de siete meses, y la casa estaba revolucionada con los cambios. Habían vaciado una de las habitaciones de invitados y la estaban preparando para el bebé que, según el médico, iba a ser una niña. Estaba volviendo locos a todos porque se sentía extremadamente sensible emocionalmente, y le daba por llorar en cualquier circunstancia. Si estaba feliz, lloraba. Si estaba triste, lloraba. Si estaba alegre, lloraba. Si estaba enfadada, lloraba. Eso decía Knox.

—¿Todas las mujeres os ponéis así cuando estáis embarazadas? —me preguntó, burlándose—. Espero que tú no, porque no lo soportaría. Aunque, teniendo en cuenta tu carácter y tus habilidades especiales, quizá debería preocuparme más que te pusieras violenta.

Me sentó como un puñetazo en el estómago, y casi me dieron ganas de vomitar. Intenté imaginarme con un bebé en brazos, y lo que me dio fue un repelús enorme. Knox debió darse cuenta, porque me miró preocupado y me preguntó si me pasaba algo.

—No, nada —contesté, y aunque no creo que lo convenciera, no insistió.

«Estúpida —pensé—, era el momento perfecto para decirle que no quieres tener hijos».

Una semana después, me contó cómo había sido acompañar a su cuñada al médico para su revisión, porque Kaden no había podido llevarla.

—Fue impactante escuchar el latido del bebé —me dijo—. Por un momento, imaginé que era nuestro hijo y casi me emocioné.

No entendía cómo podía hablar así. Estábamos empezando a salir, y aunque todo estaba yendo muy deprisa, y ambos estábamos convencidos de que nuestro camino iba a terminar en boda algún día, no habíamos hablado de ello todavía. ¿Cómo podía empezar a hablar de tener bebés sin ni siquiera preguntarme si yo quería tenerlos? ¿Por qué suponía que mi respuesta sería sí?

—Basta —susurré.

Estábamos en mi casa, de noche. Me había hecho la cena como tantas veces, y estábamos

sentados en el sofá ante la televisión mientras hablábamos. Knox se quedó congelado con el tenedor a mitad de camino hasta su boca y me miró.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido al verme realmente furiosa.

—No quiero tener hijos —le solté de sopetón. Quizá debería haber sido más suave a la hora de plantear el tema, pero me tenía bastante cansada.

—Bueno, no digo que los vayamos a tener ahora mismo —intentó bromear para quitarle hierro al asunto—. Pero llegará un momento en que deberemos planteárnoslo y pensarlo.

Dejé mi plato sobre la mesita de centro y me giré para mirarlo.

—No hay nada en que pensar. No quiero tener hijos. Ni ahora, ni nunca.

—¿Qué? ¿Por qué?

Parecía realmente decepcionado con la idea y me sentí culpable por haber tomado aquella decisión hacía tanto tiempo. Pero, ¿no debería sentirme yo igual de decepcionada porque él hubiese dado por supuesto que yo sí querría tenerlos?

—No tengo madera de madre, eso es todo. En un momento de mi vida supe que tendría que elegir entre mi carrera en la policía o formar una familia, y decidí que mi prioridad sería lo primero. Tener hijos solo me traería problemas.

—Pero ya no estás en la policía de Boston. Eres una simple ayudante del *sheriff*. ¿De veras crees que tener hijos iba a dificultarte en tu carrera? ¿Qué carrera, por amor de Dios?

—Muchas gracias por recordarme que todo por lo que he luchado durante años se fue por el retrete —me enfadé. Me levanté del sofá para apartarme de él. Aquello había sido un golpe muy bajo—. Y por dejarme saber el respeto que te merece mi trabajo, que por lo visto, es cero.

—No quería decir eso.

—Pero es exactamente lo que has dicho. Y más cosas que puedo deducir de tus palabras. Como ya no tengo que elegir entre mi trabajo y tener hijos, se da por supuesto que voy a querer tenerlos, ¿no? Por eso ni siquiera es necesario que antes hablemos del tema. Soy mujer, ergo voy a querer parir como una maldita coneja para evitar la extinción de la especie humana. Pues mira, no.

—Está bien, está bien —intentó aplacarme—. Tienes razón, es algo que deberíamos haber hablado antes. Lo siento.

—Lo sientes porque piensas que voy a cambiar en un futuro.

—Bueno, todos podemos cambiar de opinión. Yo lo hice, ¿no? No quería saber nada de amores y relaciones, pero volví de Nueva York porque decidí que sí quería intentar tener una relación contigo.

—Y también podemos decidir no cambiar, Knox. Yo no tengo instinto maternal. Pensar en tener un hijo hace que me den sudores fríos. Me gusta mi vida como es ahora, y no quiero que un crío venga a trastornarla.

—Eso es egoísta.

—No. Egoísta sería tenerlo a pesar de lo que siento. Tener un hijo solo porque eso es lo que se espera de mí y no ser la madre que merece. Eso es ser egoísta. Yo no soy cariñosa, ni afectuosa, ni tengo paciencia. Lo oíría llorar y en lugar de ir corriendo para ver qué le pasa, me alejaría de él para no oírlo más. Tener hijos es una gran responsabilidad, y nadie parece darse cuenta de ello. Y yo no quiero esa responsabilidad. No sabría cuidar de él, ¡se me moriría seguro! Un hijo no es una maldita mascota.

—¿Y yo no tengo derecho a opinar al respecto? —me preguntó, empezando a enfurecerse conmigo.

—¿Vas a ser tú quien lo lleve durante nueve meses en la panza? No. ¿Vas a ser tú quien tenga que parirlo? No. ¿Vas a ser tú quien se quede en casa a cuidarlo? No. Tú harás como todos los hombres,

«me ayudarás» cuando me veas sobrepasada, y poco más. Unas cuantas monerías antes de meterlo en la cuna para que se duerma, y ¡hala! ya has cumplido.

—Ahora eres tú la que está presuponiendo cosas, Nita. Estás dando por hecho que voy a desentenderme de la crianza de nuestros hijos, y eso no va a ser así.

—Si crees que voy a ser tan tonta como para crearme eso, es que no me conoces en absoluto.

—Y si tú crees que yo sería tan irresponsable como mi padre, que se desentendió de mí y mis hermanos cuando mi madre murió, es que *tú* no me conoces en absoluto a *mí*.

Se levantó bruscamente, cogió la chaqueta, y sin decir nada más, abandonó mi casa dando un portazo.

No podía creerlo. Aceptaba que se cabreara por haber dado por hecho que querría tener hijos. Aceptaba todos sus miedos y reparos ante la idea de ser madre. Incluso podía llegar a aceptar que no cambiase de opinión. ¿Pero que pensara que yo sería tan irresponsable como para no compartir con ella el compromiso de cuidar de nuestros hijos? Eso me dolió.

Nunca había pensado en la posibilidad de tener hijos hasta que conocí a Nita. Como no tenía ninguna intención de enamorarme y planear un futuro junto a una mujer, ni siquiera me había planteado si quería tenerlos o no. Cuando conocí a Nita, la cosa cambió. Sí pude imaginarme siendo padre, tener a un pequeñajo en mis brazos, verlo crecer, cuidarlo y jugar con él hasta que fuese un adolescente malhumorado avergonzado de su padre, como le ocurre a todo el mundo.

Pero Nita me había arrebatado esa idea sin hablarlo siquiera.

«Bueno, tú tampoco sacaste la conversación. Simplemente diste por hecho que habría hijos y empezaste a agobiarla con la idea».

Eso era cierto, pero ¿cómo podía yo pensar que no querría ser madre?

«Pues preguntándolo, imbécil».

Llegué a mi coche en un santiamén. Me metí dentro y me aferré al volante, apoyando la cabeza en él.

Joder, ¿cómo podía haberse torcido todo tanto? Había pasado de ser completamente feliz, a ser un capullo desgraciado. Tenía claro que solo había dos alternativas ante mí: renunciar a Nita, o renunciar a tener hijos. No había más. ¿Qué iba a hacer?

—No puedo renunciar a Nita —me dije en un murmullo. Pero estaba muy cabreado con ella. ¿Por qué no podía ser como cualquier mujer normal?

«¿Y te habrías enamorado de ella, si hubiera sido *normal*?»

La respuesta era clara: no. Había estado con un montón de mujeres normales que solo habían conseguido de mí una noche loca de sexo sudoroso. Pero más allá de eso, no había habido nada; y no porque fueran mujeres que no se merecían ser amadas y todo eso, sino simplemente porque yo no estaba dispuesto a ello.

Con Nita había sido completamente diferente. Todo al revés. No había habido sexo hasta que ambos estábamos completamente enamorados. Había huido de ella en lugar de perseguirla. Me había aterrorizado. Ella me daba miedo. Su intensidad, su fortaleza, su decisión y su independencia, habían sido unos acicates bastante poderosos para hacerme salir huyendo, porque supe que si me enamoraba de ella, nuestra relación, si llegaba a haberla, iba a ser de todo menos fácil y plácida.

Y ahí estaba nuestra primera bronca, que no iba a ser la última.

«Entonces, supongo que vas a seguir con ella, ¿no?»

Casi me eché a reír al hacerme esa pregunta. ¡Por supuesto que iba a seguir con ella! Solo tenía que hacerme a la idea de que no iban a haber hijos. Era un duro golpe a mi esperanza de futuro, pero es que no había futuro de ninguna clase si no estaba con Nita. Así que sí, iba a seguir con ella. Volvería, le pediría perdón por ser un capullo integral y por mi boca, me arrastraría si era necesario, aceptaría su decisión y, simplemente, lucharía por un futuro diferente del que me había imaginado en un principio.

Pero eso sería mañana. En aquel momento todavía tenía corriendo por mis venas toda la adrenalina de la discusión, seguía cabreado, y Nita no estaría receptiva a mis súplicas. Me echaría a patadas de su casa, o por lo menos, lo intentaría, habría otro inicio de discusión, yo la besaría para hacerla callar, ella respondería y acabaríamos en la cama.

Y por la mañana, ella me acusaría de haberla manipulado con sexo para convencerla de perdonarme, y volvería a enfadarse conmigo.

No, mejor volver a casa, dejar pasar esta noche, llamarla por la mañana y sentarnos a hablar tranquilamente. Entonces le pediría perdón, me rendiría a sus condiciones, y entonces sí, vendría el sexo de reconciliación.

Eso estaría bien.

Gruñí porque me había puesto duro. Maldita sea. Mejor irme a casa y darme una ducha fría antes de meterme en la cama.

Cuando llegué, Elsa estaba terminando de recoger la cocina. Oí los ruidos y entré a saludarla.

—Buenas noches.

—Uy, qué cara más larga. ¿Qué ha pasado? —me preguntó mientras seguía metiendo los platos en el lavavajillas.

—He discutido con Nita —gruñí.

—Seguro que ella tenía razón.

—¿Y por qué supones que yo estoy equivocado? —pregunté, ofendido.

—¿La tienes?

—No —volví a gruñir, molesto. Ella sonrió, condescendiente—. Mañana le pediré perdón.

—¿Y vas a dejar que pase toda la noche pensando que sigues enfadado con ella?

—Estoy enfadado con ella.

—Knox, no hagas eso.

—¿El qué?

—Ir a dormir estando enfadados. No cuesta nada enviarle un *whatsapp*, ¿sabes? Dile algo bonito, hazle saber que, a pesar del enfado, todavía la quieres. Discúlpate.

—Si me disculpo por *whatsapp* es capaz de enfadarse más conmigo. Mejor espero a mañana. Así se le enfriará el cabreo y estará más receptiva.

—Haz lo que quieras, pero te estás equivocando. Pasará una noche horrible por tu culpa, dándole vueltas a la discusión.

«Quizá se lo merezca», pensé con crueldad. Ella acababa de arrebatarme un futuro con hijos. ¿Qué mal había en que la hiciese sufrir un poco a cambio? Pero yo no soy así, por eso, cuando llegué a mi dormitorio, me senté en la cama, cogí el teléfono, y le envié un mensaje.

«Lo siento mucho. Tienes razón. La decisión es tuya, y la respeto. Mañana hablamos, ¿ok? Te quiero».

Cuando recibí su *whatsapp* ya estaba en la cama. Lloraba a mares por todo, y estaba más que cabreada con él y conmigo. Odiaba llorar porque para mí, derramar lágrimas era sinónimo de debilidad. Era algo que mi padre me había inculcado desde bien pequeña. «Las niñas duras no lloriquean cuando se caen. Se levantan y siguen adelante».

Cuando oí el aviso de notificación del teléfono móvil, tardé un rato en mirarlo. Tuve mucho miedo de que me dijera que ya no quería saber nada de mí. Incluso me planteé la posibilidad de ceder y aceptar tener hijos, aunque sabía que acabaría odiándolo por eso. El dolor de perderlo era demasiado como para razonar con coherencia. Cuando por fin me decidí a mirarlo, pude sonreír, aliviada.

«Lo siento mucho. Tienes razón. La decisión es tuya, y la respeto. Mañana hablamos, ¿ok? Te quiero».

Volví a llorar, pero esta vez de alivio. Las lágrimas me empañaron los ojos y desdibujaron las letras y el teclado, por lo que no pude contestarle en seguida. Me limpié de un manotazo y sonreí. Empecé a escribir el mensaje cuando un ruido me sobresaltó. Había alguien en mi casa.

Dejé el móvil sobre la mesita, con el mensaje a medio escribir. Abrí con mucho cuidado la mesita de noche, y cogí el revólver. Siempre lo guardaba allí cuando llegaba a casa y me quitaba el uniforme. Puse los pies en el suelo y tragué saliva.

¿Quién podía haber entrado en mi casa? ¿Un ladrón? ¿Quizá era Knox, que había decidido regresar? Pero si era él, ¿por qué no encendía las luces?

Caminé descalza teniendo mucho cuidado de no hacer ruido. Llevaba el arma ante mí, cogida con las dos manos, preparada para disparar. El corazón, más que latir, galopaba descontrolado; lo oía retumbar en mis oídos.

Me acerqué a la puerta muy despacio, con el oído atento. No oí nada. ¿Quizá me lo había imaginado? Deseché la idea en seguida. Mi instinto nunca me había fallado hasta aquel momento, y este me decía que había alguien en mi casa, acechando.

Me asomé a la puerta con cuidado para echar un vistazo al salón. Mantenía el cuerpo protegido detrás de la pared, por si acaso. Todo estaba oscuro, y aunque entraba un débil resplandor que provenía de la calle, a través de la ventana, no pude ver nada. Quién fuera, ¿estaría escondido? No había muchos lugares donde pudiera mantenerse oculto. El apartamento era pequeño, y no había demasiados muebles. ¿Quizá detrás de la barra de la cocina? El mostrador que la separaba del salón era un buen lugar; podría estar allí, agachado, esperando a que yo me acercara.

Maldita sea. Tendría que salir y ponerme al descubierto para llegar hasta allí.

Me agaché y caminé a gatas en dirección al sofá, que estaba en medio del salón. Era el único lugar en mi camino que me ofrecía un refugio, aunque fuese precario. Al llegar allí volví a prestar oídos a mi alrededor. La casa estaba silenciosa. ¿Me lo habría imaginado y estaba haciendo el ridículo? Me asomé desde el sofá y me pareció ver una sombra más allá. Joder. Y había un resquicio de luz que entraba desde el descansillo a través de la puerta principal, que estaba entornada en lugar de bien cerrada.

Maldita fuese mi estampa. Después de la marcha enfurecida de Knox no había echado la llave ni el cerrojo, como hago cada noche antes de irme a dormir.

—Seas quién seas, te has metido en un buen lío. Soy ayudante del *sheriff*, voy armada y estoy dispuesta a disparar. Será mejor que salgas de tu escondite, con las manos alzadas y bien a la vista.

No hubo respuesta. El maldito, o no me creía, o estaba dispuesto a arriesgarse. ¡Maldita sea! Si me veía en la tesitura de disparar, iba a hacerlo; pero eso podría traerme muchos problemas.

Tenía que salir de detrás del sofá y acercarme más. No veía otra salida a la situación.

Respiré profundamente un par de veces, y salí, agachada, casi arrastrándome por el suelo, intentando no hacer ruido aunque eso era casi imposible. Por suerte, los ojos se me habían acostumbrado a la oscuridad y la tenue luz que entraba por la ventana era más que suficiente para ver las siluetas de los muebles y así no tropezar con ellos.

Caminé agachada por detrás del sofá hasta que llegué a la isleta. Los dos malditos taburetes me impidieron que me pegara a la pared, así que en último momento decidí seguir y rodearla para asomarme. El intruso tenía que estar allí detrás. No había otro sitio donde pudiera esconderse. La puerta que daba al descansillo quedaba a mi derecha y, aunque estaba dentro de mi visión periférica, concentré los ojos en lo que tenía ante mí, que era nada de nada. No había nadie detrás de la isleta.

La puerta a mi derecha se abrió de repente y la luz entró a raudales, cegándome. Me giré con rapidez con el arma alzada, pero no sé si llegué a disparar. Creo que no. Un terrible dolor se apoderó de todo mi cuerpo, provocándome espasmos que me hicieron caer al suelo y rebotar contra él como si fuese una pelota. Fue como si tuviese un puto ataque de epilepsia. Mis músculos no me obedecían y las convulsiones me golpeaban con fuerza. Mi cabeza chocó contra la pared, y con el hombro derribé un taburete, que se cayó sobre mí sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Ni siquiera pude gritar porque el temblor de mi mandíbula me atrapó la lengua y la mordí. El sabor de la sangre me llenó la boca.

«Una taser» atiné a pensar antes de que la oscuridad se apoderara de mí por completo. Lo último que oí fue la música de llamada entrante de mi móvil.

Llevaba media hora esperando la contestación de Nita al *whatsapp* que le había enviado. El doble *check* me indicaba que lo había leído, y esperaba como un idiota a que me mandara aunque fuese un simple «ok».

Pero no llegaba.

Mi mente voló hacia mil posibles motivos, pero el que se agarraba con más fuerza era que estaba tan cabreada que mi disculpa todavía la había enfurecido más. Maldita Elsa y sus consejos no solicitados.

Dejé el teléfono sobre la mesita y me dejé caer hacia atrás sobre la cama. Siempre había creído que las mujeres, en el fondo, no eran complicadas; que me bastaba con complacerlas en la cama para que se fueran contentas y felices. Pero quién diga eso es que no tenido nunca una relación, ni conoce a Nita. Ella es como un rompecabezas del que nunca tienes todas las piezas, y las pocas que se ha dignado entregarte, están mezcladas caóticamente.

Pero me había propuesto encontrarlas todas, como en una búsqueda de Pascua, solo que en lugar de huevos, descubriría hasta sus más recónditos anhelos para hacerlos realidad.

Me levanté de la cama y decidí darme una ducha antes de meterme en la cama. Sabía que no iba a pegar ojo y que estaría toda la noche pendiente del maldito teléfono, pero no perdía nada con intentar relajarme un poco e intentar dormir.

No me entretuve demasiado, diez minutos a lo sumo. Salí con una toalla envolviéndome las caderas y secándome el pelo con otra. Volví a mi dormitorio y miré el teléfono. Nada. Maldita sea. ¿Tenía intención de hacerme sufrir durante toda la noche? Bueno, si lo analizaba fríamente, me lo merecía. Le había dicho algo muy grave, había menospreciado su trabajo como si no fuese importante, y eso debió dolerle mucho. No era mi intención. O sí. Quizá sí. Me sentí insultado y contraataqué. Un defecto más sobre el que debería trabajar. Mi relación con mi hermano Kaden debería haberme enseñado a hacerlo, pero parecía que no había aprendido nada. Durante años, Keitan y yo nos divertíamos humillándolo. Nos decíamos que lo hacíamos sin mala intención, que burlarse de los hermanos es algo normal que hace todo el mundo; pero la realidad era que nos hacía sentir inferiores, menos hombres, y por eso lo atacábamos de esa manera. No es que él lo hiciera a propósito. Simplemente se sentía abrumado por la responsabilidad que había caído sobre sus hombros siendo tan joven, y nosotros no lo ayudamos, todo lo contrario. Incluso llegamos a las manos una vez, y nos hinchamos la cara a hostias. Todo muy adulto y muy maduro.

Ese era mi problema, que debía madurar de una puta vez y dejar de reaccionar como un adolescente.

Me estaba poniendo el pijama cuando sonó el teléfono. Volé para cogerlo, pensando que era Nita, pero era un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Knox? ¿Está Nita contigo? —Era la voz de Mac.

—No, la dejé en su apartamento hace como tres cuartos de hora. ¿Por qué?

—La estoy llamando, es muy urgente, y no me lo coge.

—Bueno... —Tuve que confesar a regañadientes—. Hemos tenido una pelea. Quizá no quiera hablar con nadie.

—Te dije que si le hacías daño, te rompería las piernas —me amenazó con un gruñido.

—Todas las parejas tienen discusiones, ¿ok? Así que no te metas, capullo.

—¿Así que sois pareja? Vaya, felicidades. —Su voz sonó a sarcasmo total—. A Nita tendré que darle el pésame.

—Que te jodan, tío.

Se rio de mi evidente fastidio, muy divertido el muy capullo.

—Pues iré a verla ahora mismo, si se ha enfadado contigo necesitará un hombro sobre el que llorar. Hala, que descanses.

Colgó sin esperar a que yo le contestara. Me quedé mirando el móvil como si fuese un extraterrestre que hubiese aparecido en mi mano de repente. ¿Llorar sobre su hombro? Y una mierda. Vale, nunca en toda mi vida había sido presa de los celos, pero ahí me di cuenta de que era celoso, muy celoso; y que no iba a dejar que Nita y Mac estuviesen juntos en su apartamento, y mucho menos que ella llorara sobre su hombro. Si necesitaba un hombro, yo tenía dos perfectamente capaces de soportar todas sus lágrimas y puñetazos si era necesario.

Me vestí de nuevo y bajé las escaleras de dos en dos. Ya no quedaba nadie despierto en toda la casa, así que pude escabullirme sin tener que contestar preguntas incómodas. Volé hasta Cascade, casi literalmente. Apreté el acelerador del coche a fondo y entré en el pueblo como si acabase de llegar del infierno. Aparqué sin miramientos y subí al apartamento de Nita. Mac estaba dentro. Pero Nita, no. Los taburetes de la barra de la cocina estaban volcados, y allí, a un lado, estaba su revólver, tirado en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —rugí al verlo allí, parado en mitad de la habitación.

—No lo sé, pero no es nada bueno —contestó, con el rostro atenazado por la preocupación.

—Maldita sea, Mac.

—Esto es una mierda, una puta mierda —musitó revolviéndose el pelo con desesperación. Tuve ganas de agarrarlo por la pechera y estamparlo contra una pared. De molerlo a golpes. De pisotearle sus partes nobles.

—Dime qué coño ha pasado —grité amenazándolo con el puño.

—Que he llegado tarde, eso es lo que ha pasado, maldito infierno. Si esos putos de la DEA hubiesen avisado antes... Pero, ¿quién iba a pensar que realmente vendría a por ella en lugar de intentar desaparecer?

—¿De qué coño me estás hablando?

—¿Nita te habló de Álvaro Ojeda? —Asentí, desconcertado—. Pues el tío no está muerto. Lo tenían los de la DEA bajo custodia, pero se les ha escapado y creen muy posible que haya venido a por ella.

Lo primero de lo que fui consciente antes de intentar abrir los ojos, fue de que el dolor se había apoderado de todo mi cuerpo, incluso de esas partes que ni siquiera sabía que existían. Cuando intenté abrirlos, no pude porque mis párpados se negaron a despejarse. Era como si me hubieran colgado de las pestañas varios kilos de plomo. Tenía la boca seca y la lengua hinchada, y la cabeza parecía que me iba a estallar.

Gemí e intenté moverme. Todavía estaba aturdida y el cuerpo parecía no responder a los estímulos que mi cerebro le estaba enviando. Había un molesto traqueteo que me sacudía el cuerpo y, en mi confusión, creí que todavía estaba teniendo convulsiones por culpa de la descarga eléctrica. Concentré todos mis esfuerzos en mover un brazo, y me di cuenta de que los tenía amarrados a la espalda. Parpadeé, furiosa, y por fin fui capaz de abrir los ojos.

Aquello no mejoró en nada mi situación. Al contrario, la hizo todavía más tétrica. Todo estaba oscuro a mi alrededor. ¿Me habría quedado ciega? El terror estuvo a punto de apoderarse de mí, y me costó mucho mantenerme bajo control. Me obligué a respirar profundamente varias veces para que el mundo volviera a centrarse y poder pensar con claridad. ¿Me habían secuestrado? Eso parecía. Tenía las manos atadas a la espalda y estaba metida en una especie de cajón de dimensiones reducidas que no paraba de traquetear. Probablemente, el maletero de un coche. No podía dejar que el pánico dominara mis pensamientos. Tenía que concentrarme y pensar en la mejor manera de salir de esta situación.

Primer paso. Tener las manos atadas en la espalda me ponía en una situación de indefensión total que no podía permitirme; así que mi prioridad era soltarme. Pero, ¿cómo? Me retorcí, maldiciendo el poco sitio que tenía para moverme y las cosas que se me clavaban en la espalda; pero, por suerte, mis horas de entrenamiento en defensa personal habían conseguido que mi cuerpo fuese bastante flexible. Además, estaba delgada, lo que me facilitó las cosas. Encogí las piernas todo lo que el reducido espacio me permitió y, a pesar del dolor que tenía en el hombro sobre el que estaba tumbada, pude ir deslizando mis brazos hacia abajo por la espalda y el culo, hasta pasar las piernas entre ellos. Ya no tenía la manos a la espalda, sino delante de mí, y aunque todavía estaban atadas, ya tenía más libertad de movimiento.

Las muñecas las tenía atadas con una brida de plástico, y lo habían hecho sin miramientos. Estaba tan apretada que creí que hasta me cortaba la circulación de la sangre. No iba a ser fácil romper aquello, y desde luego no iba a conseguirlo a mordiscos. Tenía que encontrar algo afilado. Quizá entre todos los trastos que había en el maletero y que se me estaban clavando en el cuerpo, encontraría algo. Me giré y lo primero con lo que se encontraron mis manos, me horrorizó. Era una pala de jardinería, de las grandes y metálicas que se usan para cavar la tierra. Por mi mente pasaron mil imágenes, sobre todo las de un episodio de Hawaii 5—0 que había visto con Knox hacía unos días, en la que unos pirados obligaban a Kono y a Chin Ho Kelly a cavar sus propias tumbas. ¿Iba a estar yo en la misma situación? Ni. De. Coña. Pero quizá la pala iba a servirme a mis propósitos. Estiré los brazos hasta alcanzar la parte redondeada y metálica. No es que estuviese afilada, pero si apretaba con fuerza la brida contra ella, quizá conseguiría resquebrajarla. Solo necesitaba que se hiciera una muesca para romperla con más facilidad.

Fue una tarea de titanes. Froté y froté durante no sé cuánto tiempo. Apretando con tanta fuerza que notaba que la brida se clavaba en mi piel hasta romperla y hacerme sangrar. Dolía como mil demonios, pero no iba a desistir. Tenía que conseguirlo para tener una oportunidad de escapar.

Maldita sea. No podía morir así, sin volver a ver a Knox. Nos habíamos separado enfadados el uno con el otro y no quería que ese fuese el último recuerdo que tuviera de mí. Además, si yo me moría iba a ser un golpe demasiado duro para él, un golpe del que tardaría en recuperarse, si es que se recuperaba algún día. No podía permitirlo. Tenía que luchar hasta mi último aliento para sobrevivir.

Hubo muchas preguntas que se acumularon. ¿Quién me había secuestrado? ¿Por qué? ¿Qué quería de mí? ¿Por qué quería matarme? ¿Por qué no lo había hecho directamente en mi apartamento? ¿A dónde me llevaba? Pero las aparté de mi cabeza para concentrarme en lo que realmente importaba: liberar mis manos para poder defenderme.

Porque en cuanto abrieran la puerta del maletero, iba a salir de allí soltando hostias a diestro y siniestro, sin importar las consecuencias. Si mi destino había marcado que iba a morir aquella noche, iba a hacerlo peleando hasta el final y llevándome por delante a todos los que pudiera.

Por Dios, qué pensamiento más melodramático. La histeria y el miedo casi hicieron que me riera

ante la idea de un final de película. Sería el broche de oro a mi patética y absurda vida.

No sé cuánto tiempo pasó, pero la brida empezó a romperse por fin. Me dolían los brazos y tenía las muñecas destrozadas y sangrando. No me importó. Cuando oí el *crack* definitivo que me anunció que el plástico estaba definitivamente roto y mis manos libres, casi lloré de alivio. Apenas podía respirar y tenía frío, aunque también estaba sudando por el esfuerzo. Solo llevaba puesto el pijama, y di las gracias a que siempre había preferido la comodidad a la hora de dormir, porque todos mis pijamas eran de tejido polar, de ese calentito y suave, y a pesar de tener frío, no estaba congelada. En Montana, las noches primaverales todavía son muy frías.

Cambié de posición de nuevo y meforcé a relajarme para recuperar el resuello. Estaba cansada por el esfuerzo y tenía que recobrar fuerzas, pero tampoco podía correr el riesgo de dormirme y que me pillaran por sorpresa al abrir el maletero. Eso me tocaba a mí hacerlo.

Cuando se abriera la puerta del maletero, podía encontrarme con cualquier cosa. No sabía quién me había secuestrado. ¿Era una persona? ¿Dos? ¿Más? No lo sabía, y cuando llegara el momento no tendría tiempo de pensar, solo para reaccionar. Visualicé todas las circunstancias que se me ocurrieron, y en mi mente decidí qué tenía que hacer en cada una de ellas. Las repasé una y otra vez hasta que mi cuerpo asimiló cada movimiento, cada golpe, cada giro, cada bloqueo.

Cuando llegara el momento, estaría preparada para vender cara mi vida.

Nunca se me había dado bien sentirme impotente, y aquella situación se llevaba la palma. Mac había usado el teléfono para alertar a todo el mundo del secuestro de Nita, y en menos de una hora, toda la zona estaba cubierta de patrullas de todas las agencias: departamentos del *sheriff*, DEA, FBI, Guardia Nacional, forestales... Incluso varias patrullas con perros para intentar seguirles el rastro, algo difícil ya que todo indicaba que se la habían llevado en un vehículo.

Todos buscaban el coche que suponían conducía Álvaro Ojeda.

Según me contó Mac, el tipo este no estaba muerto tal y como le hicieron creer a Nita. Él había causado la muerte de Mike, su compañero, y creyeron que era mejor para todos que ella no supiera que estaba vivo y coleando, y colaborando con la DEA. Álvaro conocía muchos secretos de los cárteles de la droga, y su información era considerada de vital importancia para dismantelar la red de importación hasta Estados Unidos; por eso no quisieron arriesgarse que, en un ataque de furia, Nita fuese a por él para matarlo y vengar la muerte de su compañero.

Yo lo consideré una estupidez que pensarán que Nita era capaz de matar a alguien a sangre fría, a pesar de los informes del psiquiatra. Era una mujer dura, sí, pero lo más importante de su vida era hacer cumplir la ley. ¿Cómo podían creer que cruzaría la línea y asesinaría a alguien por venganza? Por mucho que se lo mereciese.

—Puede haberla llevado a cualquier lado —musitó Mac, dejándose caer en la silla al lado de la mía. Yo estaba aturdido y enfadado porque no me habían dejado participar en la búsqueda y me tenían allí, casi prisionero en la oficina del *sheriff*. Sostenía en mi mano el teléfono de Nita. En él, destellando, estaba el mensaje que no había tenido tiempo de enviarme: «Acepto tus disculpas, pero todavía estoy furiosa contigo. Mañana hablamos».

—Pero, ¿qué quiere de ella, maldita sea? —me pregunté, angustiado—. ¿Por qué se la ha llevado? ¿Venganza?

—Los de la DEA suponen que es algo más. La investigación de Nita llevó a la detención no solo de Álvaro, sino de casi toda su red. El tío cree que lo consiguió gracias a un topo en su propia

organización, y piensan que quiere ese nombre.

—¿Para qué?

Mac se encogió de hombros. Estaba visiblemente cansado, igual que yo, con el rostro macilento y los ojos vidriosos por el cansancio y la preocupación.

—¿Quién puede saberlo? Y lo cierto es que no importa.

De repente, se formó revuelo entre los que estaban allí. Colin, el agente que solía ir de patrulla con Nita, vino corriendo hacia donde estábamos nosotros.

—¡Mac! Una de las cámaras de vigilancia de Castle Rock ha captado la imagen de un coche que parece ser el que buscamos. Pasó por allí hace una media hora.

—Maldita sea, va hacia las montañas —exclamé yo.

—El tío lleva un turismo. No es un coche preparado para ir por según qué lugares. Tendrá que seguir los caminos acondicionados. Vamos.

Me levanté con rapidez y lo seguí sin pensármelo dos veces. Durante todo el camino hasta Castle Rock, fui rezando para encontrar a Nita sana y salva.

Cuando el coche se detuvo por fin, estaba preparada. Dejarme llevar por el miedo no era una opción, así que reuní toda la calma y la serenidad que me quedaban, respiré hondo mientras oía cerrarse la puerta delantera del coche y unos pasos se acercaban hasta el maletero.

Mi cuerpo entró en tensión cuando lo oí hurgar en la cerradura, y el tiempo se ralentizó.

Todo pasó como en una emisión en cámara lenta. Apoyé las manos sobre el suelo de moqueta rancia, y disparé mis piernas hacia adelante. Lo golpeé en pleno plexo solar, y aproveché el impulso para salir del maletero. Me golpeé el costado contra el coche, pero ya estaba fuera.

Era un solo hombre, y se tambaleaba hacia atrás, sorprendido por mi golpe. La pistola que vislumbré como un reflejo, había salido disparada de su mano y ahora estaba en el suelo, sobre la hierba.

No le di tiempo a recuperarse. Mis puños se abatieron sobre él, golpeándolo con saña en el cuello. Cuando levantó los brazos para defenderse, agarré uno, giré sobre mí misma para ponerme a su espalda, y golpeé el codo por la parte exterior. El crujido del hueso, seguido de un grito agónico, llenaron el aire. Aproveché mi posición para castigarle los riñones hasta que cayó al suelo de rodillas, y le atenacé la garganta con el brazo, haciéndole una llave que impedía la llegada de oxígeno a su cerebro.

Todo ocurrió en unos interminables segundos que me parecieron una eternidad.

Me tambaleé hacia la pistola y la cogí. Intenté meterla en la cinturilla del pantalón, pero la goma elástica del pijama no era lo bastante fuerte. Solo me faltaría que se escurriera y me pegara un tiro en el pie por estúpida.

Estaba agotada. Mi cuerpo todavía estaba terriblemente dolorido a causa de la descarga eléctrica con la que me había noqueado en mi apartamento, y el esfuerzo de la pelea había minado las pocas fuerzas que me quedaban. Por suerte, el hombre estaba solo.

Todavía no había podido verle el rostro, y no sabía quién era. La oscuridad me rodeaba, solo atenuada levemente por el resplandor de la luna llena. Nos habíamos detenido en el borde de un camino que continuaba serpenteando entre los árboles, en medio de un frondoso bosque.

No tenía ni idea de dónde estaba.

Me froté el rostro con la mano que tenía libre y me obligué a moverme. No podía quedarme

quieta allí. El tipo podía recuperarse, así que busqué en el coche algo con lo que atarlo. En el asiento trasero encontré, tirado en el suelo, un paquete de bridas. Seguramente había sacado de allí la que había usado conmigo. Le pagué con la misma moneda, y le até las manos a la espalda sin importarme su brazo roto. También me ocupé de sus pies, un error que él cometió conmigo pero que yo no permitiría. Si también me hubiese amarrado los pies, probablemente no habría tenido una oportunidad.

—Por una vez, me ha ido bien que un tío me subestimara —gruñí llevándome la mano al costado, donde me había golpeado al salir del coche. Me costaba respirar—. Espero no haberme roto las putas costillas.

Tenía curiosidad por saber quién era, pero había otras prioridades antes. Encontrar un teléfono era la primera. Estaba segura que debía haber un móvil en alguna parte. Busqué primero en el coche, y ahí estaba, metido en una bandeja al lado del volante. Estaba apagado.

—Maldita sea.

La llave de arranque estaba puesta en su lugar. Eso era bueno. Podría salir de allí sin ayuda si era necesario.

Me senté de lado en el asiento del conductor e intenté respirar, pero con cada inhalación el costado me dolía mucho, como si alguien me estuviera cortando con saña todos los músculos. Puse en marcha el teléfono y la suerte me sonrió: estaba desbloqueado. Miré la cobertura y, aunque había poca, esperaba que fuera la suficiente. Y estaba la batería llena.

Mi primer impulso fue llamar a Knox para oír su voz, pero la sensatez me hizo ver que era una estupidez. Primero tenía que hablar con Mac y contarle lo ocurrido.

—Me preguntará si sé dónde estoy, debería mirar Google maps —murmuré para mí misma—. Bendita tecnología.

Activé el GPS y allí estaba mi posición. Encogí la imagen hasta que Cascade apareció. Pensé que eso le ayudaría a determinar mi posición. Hice una captura de la pantalla y se la envié por SMS. Una vez hecho eso, lo llamé.

Bendita memoria la mía, que me acordaba de su número sin recurrir a mi agenda... que se había quedado en mi apartamento con mi móvil.

El móvil de Mac empezó a sonar antes de entrar en Castle Rock. Él estaba concentrado conduciendo, y me pidió que atendiera la llamada y la pusiera en manos libres si era importante.

—Es un número desconocido —le dije antes de contestar—. ¿Diga?

—¿Knox? —Oí la voz de Nita y el corazón se me paró dos latidos—. ¿Qué haces con el teléfono de Mac?

—¿Dónde estás, maldita sea? —le grité, liberando el pánico que me había atenazado hasta aquel momento, convirtiéndolo en ira—. ¿Sabes la que se ha liado? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Eh, eh, tranquilo, chico —contestó con calma—. Pásame con Mac. Después hablaré contigo.

—¿Que des...? Maldita sea. —Tenía razón, así que me aguanté las ganas de gritarle por culpa de los nervios y el miedo que había pasado—. Te pongo en manos libres. Mac está conduciendo.

—¿Conduciendo? —Parecía extrañada—. Debería estar durmiendo a estas horas. Bueno, da igual. ¿Estoy ya en manos libres?

—Sí —contesté con sequedad.

—Ok. Hace un rato me secuestraron.

—Lo sabemos. ¿Qué te crees que..?

—Knox. Cállate. —Ese era Mac, ordenándome mantener silencio con toda la tranquilidad del mundo. Me mordí la lengua y respiré hondo. Tenía que controlarme porque estaba casi histérico—. Nita, sabemos que te secuestraron, y hay mucha gente buscándote ahora mismo. ¿Tú estás bien?

—Dolorida, y creo que tengo un par de costillas rotas, pero me he encargado del secuestrador.

—Esa es mi chica —comentó Mac con cariño, orgulloso de ella, y a mí los absurdos celos se me convirtieron en hiel amarga en la boca. ¿Su chica? Y una mierda. Era *mi chica*.

—Ahora está inconsciente y atado, pero yo no tengo ni puta idea de dónde estoy. Te he enviado por SMS una captura de pantalla de Google maps en la que está reflejada mi posición. ¿Podréis encontrarme con eso? Estoy al lado de un camino de tierra, en mitad de un bosque frondoso.

—Mira el SMS —me ordenó Mac. Yo no dije nada. Simplemente abrí el mensaje y se lo mostré. Le echó un vistazo rápido sin dejar de conducir y asintió con la cabeza—. Ok, Nita, tranquila. Creo que te tengo localizada. No te muevas de ahí.

—Está bien. ¿Tardaréis mucho?

—No. Ya estamos de camino. El coche de Álvaro fue visto cruzando Castle Rock en dirección a las montañas, así que ya hemos recorrido la mayor parte.

—¿Álvaro? —preguntó, extrañada—. ¿Qué Álvaro? Espera. ¿Álvaro Ojeda?

—Sí. ¿Te has peleado con él y no lo has reconocido?

—Esto está oscuro, joder. Y no estaba yo por la labor de fijarme en su cara. Bastante tenía con golpearlo para noquearlo antes de que me matara —contestó con un gruñido.

—Está bien, está bien —intentó tranquilizarla Mac—. Voy a colgar, ¿ok? Tengo que ponerme en contacto con...

—Vale, vale. Y yo tengo que ir a mirarle la cara a este gilipollas para asegurarme de que es quién tú dices. ¿Álvaro Ojeda? Maldita sea...

—¡Espera! —grité yo. Quería hablar con ella, pero había colgado antes de que tuviera tiempo de oírme—. Joder.

—Está en modo profesional, tío —me dijo Mac—. No se lo tomes en cuenta. Ahora no necesita derrumbarse, y hablar contigo probablemente provocaría eso.

—Vaya, gracias —contesté con amargura. ¿Yo provocaría que se derrumbara? Vaya alegría.

—No lo interpretes mal. Ahora mismo, Nita necesita mantener la cabeza fría hasta que nosotros lleguemos. Está sola y herida, probablemente asustada de muerte, aunque ella nunca lo reconocerá. No puede permitirse el lujo de sentir nada, y si habla contigo, abrirá las compuertas de los sentimientos y eso la abrumará.

—Está bien —admití a regañadientes. Lo entendía. Nita necesitaba mantener un control que se rompería si permitía que los sentimientos se desbordasen—. Pero en cuanto lleguemos, voy a abrazarla y no la soltaré hasta dentro de varios años.

Mac se rio, visiblemente aliviado.

—Eso será si ella te lo permite —se burló.

—Te aseguro que eso me va a importar una mierda.

Tuve que tragar saliva varias veces antes de atreverme a salir del coche. Oír por sorpresa la voz de Knox a través del teléfono casi me rompe en pedazos; tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no echarme a gimotear y llorar como una magdalena. Por eso me esforcé en ignorarlo y concentrarme en Mac, arriesgándome a herir su orgullo, porque si me derrumbaba en aquel momento, hubiera acabado en el suelo del coche hecha un ovillito quejumbroso.

Me levanté y salí del refugio que suponía el vehículo, con una mano en el costado en un vano intento de hacer que me doliera menos y la otra ocupada con la pistola, que no pensaba dejar abandonada. No entendía cómo un simple golpe contra el borde del maletero me había hecho tanto daño; pero dejé de pensar en ello (ya habría tiempo más adelante), en cuanto me acerqué al cuerpo caído e inconsciente.

Mi secuestrador estaba boca abajo, y el esfuerzo de darle la vuelta a su cuerpo inerte me provocó más dolor. Gemí. Intenté respirar hondo pero eso me dolió todavía más. Era como si tuviera un cuchillo clavado en mi costado, y alguien se entretuviera en hurgar con él.

Maldije entre dientes. Las luces de posición traseras producían un resplandor rojizo que fue suficiente para que pudiera reconocerlo. Era Álvaro Ojeda, no había duda.

Muchas preguntas se agolparon en mi mente.

¿Por qué me mintieron diciéndome que estaba muerto? Esa fue la primera y principal, porque no lo entendía y me enfureció la mentira. Pero había otra, tan importante como aquella, o incluso más: ¿por qué había venido a por mí? ¿Venganza, por haber conseguido cazarlo? Eso era una estupidez. Al fin y al cabo, podía presuponer que el tío no había ido a parar a la cárcel; ya antes del tiroteo sabía que la DEA estaba interesada en él, por su información y sus contactos, así que no era una locura imaginar que se habían hecho cargo de él y se lo habían llevado a algún lugar bonito y cómodo en el que mantenerlo seguro y vigilado a cambio de toda la información que podía proporcionarles. Si había conseguido escapar a esa vigilancia, era una tontería que se arriesgara a venir a por mí solo para hacerme pagar su «mala suerte». Lo más lógico era que hubiese desaparecido del mapa. ¿Por qué no lo había hecho?

Caminé hasta el coche y me apoyé en el maletero. Esperaba que el muy cabrón se despertara antes de que llegaran Knox y Mac, porque tenía muchas ganas de interrogarlo sin interferencias.

No sé cuánto tiempo pasó. Yo estaba aterida de frío, solo con el pijama y con los pies descalzos sobre la tierra casi helada. Empecé a temblar y decidí que era estúpido estar allí, observando su cuerpo inconsciente, cuando podría estar más calentita dentro del coche. Pero, tal y como estaba, tenía miedo de que el cansancio pasara factura, el sopor se apoderara de mí y acabara durmiéndome. Así que me quedé allí, temblando, con la pistola en la mano y los ojos fijos en Álvaro Ojeda, hasta que unos tenues gemidos me hicieron saber que se estaba despertando.

Me esperé a que se despertara del todo. Lo hizo maldiciendo y soltando culebras por su boca, revolviéndose contra las ataduras como si su vocabulario pudiese lograr que las bridas se rompieran, gritando de dolor por culpa del codo que yo le había roto. La palabra más bonita que le oí pronunciar fue «puta».

—Puede que yo sea una puta, pero eres tú el que está jodido —le espeté sin acercarme a él.

Me miró desde el suelo, inmobilizado con las bridas en las manos y los pies.

—Debí haberte pegado un tiro en lugar de electrocutarte —gruñó, mirando la pistola que yo

todavía sostenía en la mano.

—Lo que me lleva a preguntarme qué querías de mí para que no lo hicieras. O eres muy tonto, o muy estúpido. Y ambas cosas vienen a ser lo mismo.

—Esto no acaba aquí, y lo sabes. Volveré a escaparme y vendré a por ti.

—¿Pero por qué? Tenías la oportunidad de desaparecer, y en lugar de eso, me secuestras. —Solté una risita bastante irónica—. Tu ego debe estar muuuuy machacado para querer venganza a costa de tu libertad. ¿O eres tan estúpido que pensaste que podrías tenerlo todo? —Me lo quedé mirando y no respondió. Simplemente me fulminó con la mirada y se enfurruñó—. Eres tan estúpido —afirmé, con un suspiro de cansancio—. Podrías estar a salvo en Mexico, o en Canadá, y sin embargo, aquí estás, mordiéndome el polvo de nuevo. ¿Qué esperabas conseguir?

—El nombre del topo —murmuró. Su voz sonó vencida, como si ya no tuviera nada que ganar o perder. Y así era.

—¿Qué topo?

—El que te suministró toda la información que te llevó hasta mí. Es evidente que nunca podrías haber llegado tan lejos si no hubieses tenido alguien dentro de mi organización.

Me eché a reír con fuerza y la costillas me pegaron un latigazo que tuve que obligarme a calmarme. ¿De verdad creía que había tenido un soplón? La palabra estúpido se le quedaba corta.

—Eres un idiota. No hubo ningún soplón. Solo un buen trabajo de investigación e infiltración. Soy la mejor en lo mío, tío, aunque no te lo creas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dijo después de estar un rato callado, quizá evaluando mi respuesta.

—Claro, por qué no. No tenemos nada mejor que hacer hasta que llegue la policía. Pero a cambio, tú responderás a otra que te haré yo.

—De acuerdo. ¿Estabas dispuesta a hacerme la mamada? —me preguntó con una sonrisa torcida que me puso los pelos de punta. ¿En serio me estaba preguntando aquello?

La respuesta era sí. Para mí, en aquel momento, el trabajo era lo único importante de mi vida. Si para conseguir el trato tenía que meterme la polla de ese cabrón en la boca, lo hubiera hecho. Pero no iba a decirle eso. Y no iba a hacerlo porque, durante estos meses que habían transcurrido, habían cambiado muchas cosas en mi vida, y una de ellas era que mis prioridades habían dado un giro de 180 grados. Había descubierto que había cosas mucho más importantes que el trabajo.

—No, no iba a hacerlo.

—Mientes.

Me encogí de hombros, displicente.

—Me da igual lo que pienses. Es mi turno. ¿Qué fue lo que te hizo ordenar que nos dispararan?

Esa era la pregunta que me había estado martirizando desde ese aciago día, la que me hacía sentir culpable por la muerte de Mike, y la que provocaba mis pesadillas recurrentes. Intenté que él no notara la importancia que tenía su respuesta para mí, una respuesta que me liberaría o me condenaría para siempre.

—Tu compañero. Lo reconocí en cuanto me bajé del coche. Me detuvo una vez, hace muchos años, cuando todavía era un patrullero. Pero yo no olvido jamás una cara.

Creo que dejé ir un suspiro de alivio. Al fin y al cabo, no había sido culpa mía; ni de mis respuestas, ni de mi actitud.

—Así que todo lo que hiciste fue jugar con nosotros.

—Sí.

—¿Y no pensaste que tendríamos apoyo?

—No —gruñó.

Creo que parpadeé varias veces porque no podía creer lo que oía. ¿De veras pensó que no íbamos a tener apoyo? ¿Que no habría un montón de polis armados hasta los dientes, esperando la señal para caer sobre él como un halcón, y detenerle? ¿En serio? ¿De verdad?

—No entiendo cómo pudiste crear una organización como la que desmantelamos. Tu inteligencia no da para tanto. A no ser que... —Una terrible idea se formó en mi mente—. Tú no lo hiciste, ¿verdad? Solo eres el hombre de paja. ¡Maldita sea! Tú no eres el que da las órdenes, ¡tiene que ser eso! Te limitabas a hacer un papel y sigues haciéndolo, mientras el cabrón que está realmente detrás, queda libre. Y seguramente no tienes ninguna información de relevancia para la DEA.

—¿Eh? ¿Qué? ¡No! —exclamó, desesperado—. ¡Eso no es verdad! ¡Soy Álvaro Ojeda! ¡Yo daba las órdenes!

—Y una mierda. Eres demasiado imbécil para eso. —Me acerqué a él, con la pistola en la mano, y lo encañoné—. Ahora, vamos a contar un cuento. En ese cuento, hay un imbécil que da la cara como jefe de una organización de tráfico ilegal de estupefacientes. Ese tío, llámalo Álvaro, por ejemplo, se pega la gran vida a cambio solo de hacer de intermediario entre el verdadero jefazo y sus secuaces. Así, el jefazo queda siempre fuera del radar de la policía y de la DEA. Nadie sabe que existe, excepto el tal Álvaro y sus contactos colombianos. Está limpio, nadie lo busca, ni lo investiga, y puede hacer una vida absolutamente normal mientras su cuenta corriente se va llenando de dinero sin riesgo. Pero, resulta que a Álvaro, su hombre de paja, un tío bastante estúpido, lo detienen. O sea, que el único tío en todo Estados Unidos que sabe quién es realmente, está en las manos de la policía. ¿Qué crees que pensaría? ¿Qué querría cualquiera con dos dedos de frente, en su misma situación? Tu muerte, tío. ¿No te das cuenta? Apostaría todo lo que tengo a que estás aquí porque él te lo ha ordenado, ¿verdad? De alguna manera consiguió ponerse en contacto contigo, facilitar tu fuga a cambio de que vinieras a por mí con la absurda excusa de buscar a un posible topo. ¿Es eso lo que ha pasado? ¿Eh?

—No —gruñó, apartando sus ojos de mí. Lo negaba, pero mis palabras estaban haciendo mella en él. Solo tenía que presionarlo un poco más, y cantaría.

—No te creo. Dame su nombre, idiota. ¿No ves que te ha enviado a por mí con la esperanza de que yo te matara?

—¡Eso no es cierto! —lloriqueó—. ¡No sé de qué me hablas!

—Voy a contar hasta tres. O me das el nombre, o despídete.

—¡Eres poli! ¡No puedes hacer eso!

—Uno.

—¡Maldita sea! ¡Te digo la verdad!

—Dos. Él ganará, Álvaro. Piénsalo bien.

—¡Me matará si te digo quién es!

—De todas formas, estás muerto. Tres.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Te lo diré!

Confesó, lloriqueando. Me dio el nombre del hombre que estaba verdaderamente detrás de todo, una información que iba a ser muy útil a la DEA. Durante un segundo pensé en que, gracias a eso, podría recuperar mi trabajo en Boston, volver a narcóticos, a las noches en vela, a las vigilancias interminables, a hacerme pasar por una narcotraficante y rodearme de escoria...

No. Ni hablar. Aquella vida ya no era para mí. En aquel momento me di cuenta de que ya no sería feliz en Boston, y que Knox tenía mucho que ver en la decisión que acababa de tomar. Y lo mejor de todo, era que no sentía que estaba renunciando a algo. Mi vida en Boston se centraba en mi trabajo y

en nada más. Aquí, en Cascade, tenía mucho más. Tenía un hombre que me amaba, y tenía amigos. En Boston ya no me quedaba ninguno. El único, Mike, estaba muerto, y el resto me habían traicionado de mala manera, habían despedazado mi confianza y dado la patada cuando más los necesitaba. ¿Por qué iba a volver? ¿Para demostrarles que estaban equivocados? No valía la pena.

Vi aparecer unas luces en el camino, y respiré aliviada. El rojo y el azul de la torreta giraban silenciosos y se acercaban cada vez más. Cuando llegaron y vi a Knox bajar del coche precipitadamente y correr hacia mí, sentí que ya no necesitaba esforzarme por permanecer serena y controlada, y todas las emociones, el miedo, la angustia, el dolor, y la desesperación que había sentido, volvieron a mí como aguas torrenciales, me rodearon y me hundieron en un llanto incontrolable.

Me rodeó con los brazos y me fundí con él, dejando que el resto del mundo desapareciera a mi alrededor. Casi no fui consciente de la presencia de Mac, ni de los que llegaron poco después. La oscuridad del bosque fue invadida por luces de todos los colores y por múltiples voces, algunas vagamente conocidas, otras completamente extrañas. Los técnicos sanitarios que llegaron con la ambulancia quisieron apartarme de Knox para reconocerme, pero no les permitió que me separaran de él. Subió conmigo en la ambulancia y sostuvo mi mano en la suya durante todo el trayecto hasta el hospital.

Dos horas tardaron en dejar que entrara a verla. Cuando llegué al hospital acompañándola con la ambulancia, me impidieron el paso a la zona de urgencias donde iban a hacerle el reconocimiento. No quería dejarla sola, pero comprendí que intentar imponer mi presencia solo iba a retardar que ella recibiera la asistencia que necesitaba.

Me quedé en la sala de espera dispuesto a estar allí las horas que fueran necesarias. Al cabo de un rato llegó Colin, el compañero de Nita, y se sentó a mi lado. Intentamos iniciar una conversación intrascendente, pero ninguno de los dos teníamos muchas ganas de charla. Poco después, llegó Mac. La DEA se había hecho cargo de Álvaro Ojeda y se lo habían llevado de allí.

—Por lo menos, todo esto no ha sido en vano —dijo al sentarse—. Por lo visto, Nita le sacó una buena confesión. Resulta que él solo era un hombre de paja, y ahora la DEA tiene el verdadero nombre del hombre que está tras la organización.

—No me extraña. —Sonreí, recordando el miedo que daba mi chica cuando se enfadaba—. El hombre estará aterrorizado. Puede que hasta llegue a darme lástima. Dentro de unos años, cuando haya olvidado todo esto. ¿Qué harán con él?

—No lo sé, pero ya me enteraré. Y me ocuparé de que no vuelva a tener la oportunidad de escaparse.

—¿Puede hacer eso, señor? —preguntó Colin. Mac se limitó a sonreír de manera enigmática.

Cuando el médico salió, los tres nos precipitamos hacia él. Nos informó del estado de Nita que, por fortuna, era bastante bueno teniendo en cuenta las circunstancias.

—Tiene dos costillas rotas, probablemente a causa del taser y de los golpes que ha recibido, pero nada más. Mucho reposo durante los próximos días, antiinflamatorios y calmantes. Le voy a dar el alta y puede irse a casa.

—Muchas gracias, doctor —dijo Mac.

—¿Puedo ir con ella? —pregunté yo.

—¿Y usted es..?

—Su prometido —afirmé sin ningún tipo de duda.

—Muy bien. *Box siete*.

Asentí y me metí dentro, atravesando las puertas vaivén sin darle tiempo a Mac a protestar ni decir nada. Busqué el *box siete* y entré sin preguntar. Nita estaba intentando vestirse de nuevo con el pijama sucio que llevaba, y me maldije por no haber pensado en ir hasta su casa para buscarle algo para cambiarse.

—Lo siento, no he pensado en que necesitarías ropa limpia.

—No importa —me contestó con una sonrisa radiante—. Necesito una ducha, ya me cambiaré en casa.

La ayudé a ponerse el pijama, yendo con cuidado porque sabía que debía dolerle bastante. Me temblaban un poco las manos y ella se rio de mí.

—Mi pobre Knox —dijo, ya vestida, cuando la rodeé con mis brazos y la atraje hacia mi cuerpo—. Lo habrás pasado fatal.

—No más que tú.

Le pasé las manos por la espalda y nos quedamos un ratito así, sin decir nada, solo disfrutando con el contacto del otro. Había muchas cosas que quería decirle, pero no era el momento adecuado.

—Es hora de irnos —dijo al fin—. Tengo ganas de llegar a casa.

—Afuera hace frío. Espera. —Me quité la chaqueta y la obligué a ponérsela. Intentó protestar, pero me salí con la mía—. Así está mejor.

—Qué tonto eres —bromeó con cariño.

—No soy tonto, solo quiero cuidar de ti. Vamos. Mac y Colin están esperando fuera.

—¿Colin también? Pobrecillo. Es un gran chico.

—Sí, aunque creo que está un poco enamorado de ti. No sé si ponerme celoso.

—¡No digas tonterías! —se rio, y yo me encogí de hombros, feliz de verla así después del susto que me había llevado.

Volvimos a casa con Mac. Nos sentamos en la parte trasera del coche patrulla, y Nita se quedó adormecida entre mis brazos al poco rato. Estaba agotada. Mac nos miraba a través del espejo retrovisor, pero se mantuvo silencioso durante todo el trayecto. Solo cuando Cascade apareció por fin ante nuestros ojos, abrió la boca.

—No le hagas daño, Knox —me dijo.

—Creo que he demostrado con creces que no pienso hacérselo.

—Bien. Porque no me gustaría verme obligado a partirte las piernas.

—No es necesario que me amenaces, Mac. La quiero y no pienso dejarla escapar.

—Eso está bien. Y recuerda que, aunque parezca muy dura...

—En realidad es muy vulnerable —terminé la frase por él—. Lo sé muy bien.

—Me alegro de que nos entendamos.

Subí a Nita en brazos hasta su apartamento. Mac nos acompañó y abrió la puerta con las llaves que había cogido horas antes. Nita balbuceaba medio dormida, pero estaba relajada entre mis brazos y no abrió los ojos. La puse en la cama y la tapé sin quitarle mi chaqueta porque no quería molestarla. Le di un beso en la frente y salí al salón. Mac todavía estaba allí, sacando una cerveza de la nevera.

—¿Te apetece una? —me preguntó.

—Sí, la necesito.

Me pasó una botella abierta y me senté en el sofá después de cogerla. Eché un trago. Mac se

sentó en uno de los taburetes después de ponerlo en pie. El otro todavía estaba tirado en el suelo.

—¿Qué planes tienes referentes a Nita?

—¿A largo o a corto plazo?

—Ambos.

—Vivir juntos. Hacerla feliz. Pedirle que se case conmigo cuando vea que está preparada y que no va a salir huyendo...

—Sabes que con esto que ha pasado, tendrá la oportunidad de volver a Boston, a su antiguo puesto.

—Lo sé.

—¿Y qué harás si decide marcharse?

—Irme con ella.

Eso lo sorprendió. Lo sé porque se quedó con la botella a medio camino de la boca, mirándome fijamente. Lo más curioso fue que yo también me sorprendí a mí mismo, porque ni siquiera pensé en la respuesta. Tenía a toda mi familia en Cascade, pero parecía que eso no era nada si Nita no estaba también aquí.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Es un gran paso. Yo no sé si podría hacerlo.

—Bueno, tú nunca te verás en mi lugar, ¿verdad? Hannah vive aquí —le dije con mi mejor sonrisa de «te acabo de dar donde más te duele».

—No sé de qué me hablas —bufó, pero no fue nada convincente.

—Sí lo sabes. Lo que no entiendo es por qué haces el tonto con ella. Acabará cansándose de esperar a que te decidas y se casará con otro.

—Eso es asunto mío. —Se levantó y dejó la botella en el fregadero—. Me voy. Llamaré en unas horas para saber cómo está Nita.

—Eso, huye, mamón —me reí. Mac me enseñó su dedo corazón en un gesto obsceno que me hizo reír todavía más.

Me acabé la cerveza y tiré la botella a la basura. Estaba cansado, así que me desnudé y me metí en la cama con Nita. Ella se dio cuenta de mi presencia a pesar de estar dormida, y se giró para reposar entre mis brazos soltando un suspiro.

Me desperté porque algo se me estaba clavando en las costillas doloridas. Abrí los ojos poco a poco y vi a Knox a mi lado en la cama, mirándome. Sonreí a pesar del dolor.

—Buenos días —susurró con su magnífica sonrisa—. ¿Qué tal estás?

—Me duele todo —me quejé—, y apesto. Al final, anoche no me duché.

—Estabas muy cansada y no quise despertarte. Necesitabas dormir.

—Sí, supongo que sí —murmuré amodorrada—, pero ahora no tengo excusa. —De repente, me acordé de la confesión de Álvaro, y de que no había dicho nada—. Maldita sea, tengo que hablar con Mac. Álvaro Ojeda me confesó que él no era el verdadero jefe de la organización y...

—Lo saben. Le faltó tiempo para confesar a todo el mundo en cuanto llegamos, y tú lo que necesitas ahora es descansar.

—Bien. —Me relajé de nuevo. Por lo visto, mis prioridades habían cambiado más de lo que pensaba. En otro tiempo, eso no me hubiera impedido levantarme, darme una ducha, e irme a

comisaría para enterarme de todo lo que había pasado. Es más, en otro tiempo, no me habría permitido el lujo de derrumbarme como lo hice, en brazos de Knox—. Pensarás que soy una tonta.

—¿Por qué? —se sorprendió.

—Por el espectáculo tan lamentable que di anoche. Lloré en tus brazos como una idiota.

—Voy a confesarte algo —me susurró agachando la cabeza para poder susurrarme en el oído—.

Yo también lo hice.

—¿El qué?

—Llorar como un idiota.

—Eso no es cierto. Lo dices para que yo no me sienta fatal.

—Oh, sí, lo es. Lloré de alivio cuando te vi sana y salva. —Tragó saliva, como si fuese a hacer una confesión muy importante—. Pasé mucho miedo, Nita. Creí que te había perdido, que no tendría la oportunidad de decirte que lo único que me importa, eres tú. ¿Que no quieres tener hijos? Por mí, perfecto. ¿Que quieres volver a Boston y recuperar tu antiguo trabajo? Yo me voy contigo. Tenerte a mi lado es lo único que me importa. El resto me da absolutamente igual.

—¿De veras vendrías conmigo a Boston? —Me tocó a mí sorprenderme porque eso era algo que no me esperaba. No tenía ninguna intención de marchar, ya lo había decidido la noche anterior, pero era un regalo inesperado que estuviera tan decidido a acompañarme.

—Por supuesto.

—Pero, ¿y tus planes? ¿Y el *resort*?

—Keitan es perfectamente capaz de llevar adelante el proyecto sin mi ayuda —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Y tú? ¿Estás dispuesta a mantenerme hasta que encuentre trabajo? Te pagaré con todo el sexo que quieras —bromeó.

Yo me eché a reír y me acurruqué todavía más entre sus brazos. Era un alivio oírle decir algo así, no porque tuviese la intención de volver a Boston, que no era así, sino porque me daba una seguridad que quizá no había tenido hasta aquel momento. Yo sabía que estaba enamorada de Knox y que por él, sería capaz de hacer cualquier sacrificio; pero no tenía claro que él fuese capaz de hacer lo mismo por mí. Sus palabras me dejaban muy claro que sí que lo haría, si llegaba el momento.

—¿Serías mi mantenido, llevarías la casa, y me esperarías desnudo en la cama cada noche a que yo volviera de trabajar, dispuesto a satisfacer mis más bajos instintos? —bromeé, tomándole el pelo. Aunque la imagen de él en la cama, ofreciéndose, era muy, muy atractiva. Mmm, algo en lo que pensar detenidamente.

—Seré lo que tú necesites —me susurró.

—Es bueno saberlo —me reí—. Pero puedes respirar tranquilo, no tengo intención de volver a Boston. Cascade es ahora mi hogar, me gusta mi trabajo aquí, y tengo muchos planes que poner en marcha. ¿Me ayudarás con ellos?

—No lo dudes ni un momento. Para empezar —siguió, apartándose de mí con cuidado y levantándose de la cama—, voy a prepararte ese baño, y te frotaré la espalda.

—Solo frotar la espalda —lo advertí, frunciendo el ceño—, no tengo el cuerpo para nada más. Así que procura que tu «amiguita» no se ponga dura.

—Cariño, mi amiguita siempre está dura cuando tú estás presente. No te preocupes por ella. La mantendré dentro de los calzoncillos hasta que te hayas recuperado. Ahora, —hizo bailar las cejas y yo me reí—, cuando ya estés bien y no te duela nada, voy a cobrarme todo lo atrasado.

—Y yo te pagaré con mucho gusto.

Cumplió con su palabra. Me preparó el baño y me frotó la espalda con cuidado amoroso sin provocarme, aunque sus manos sobre mi cuerpo eran suficiente insinuación para que yo me excitara,

pero mis costillas se preocuparon de recordarme que estaba magullada, dolorida y que no sería una buena idea dejarme llevar por la pasión.

Me secó con cuidado, me ayudó a ponerme el pijama limpio, y me llevó en brazos hasta la cama. Dejé que me cuidara, porque sabía que él lo necesitaba tanto como yo. En un tiempo no muy lejano, un gesto como este hubiera hecho que me sintiera vulnerable y poco capaz, y me vería en la obligación de apartarlo para hacerlo todo yo sola, sin ayuda de nadie, para reafirmar mi independencia y mi capacidad de cuidarme solita. Pero había cambiado, me puse en su lugar, y supe la impotencia y el miedo que debió sentir anoche durante las horas en que permanecí secuestrada. Yo me habría vuelto loca de desesperación de estar en sus pantalones.

—Voy a prepararte el desayuno y a darte el calmante —me dijo.

—Me mimas demasiado. Voy a acostumbrarme a esto y después te lo exigiré cada día.

—Para mí será un placer mimarte durante el resto de mi vida.

En los días siguientes, no se separó de mi lado ni un solo segundo. Me cuidó, mimó y atendió hasta agobiarme un poco. Empecé a comprender a Clara y sus quejas sobre Kaden, pero me dejé cuidar sin protestar. Era un cambio agradable tenerlo en casa.

Mac apareció al día siguiente acompañado de un par de agentes de la DEA que me interrogaron. Contesté a todas sus preguntas hasta tener una narración coherente de todo lo ocurrido, obviando la parte en que yo amenacé a Álvaro con la pistola. No quería darles un motivo para tener problemas con la ley. Ellos escuchaban mis respuestas y asentían con la cabeza. Cuando terminaron, y antes de marcharse, me ofrecieron un puesto en su equipo que yo rechacé ante la mirada atónita de Mac y la sonrisa satisfecha de Knox.

—¿En serio vas a dejar pasar esta oportunidad? —me dijo mi amigo, muy sorprendido.

—Sin pensarlo ni un segundo.

Al cabo de una semana, me sentía prisionera en mi propia casa. Necesitaba salir, moverme, que me diera el sol en la cara y, aunque a regañadientes, Knox me acompañó a dar un paseo. Caminé a su lado, cogida de su brazo, viendo Cascade por primera vez con otros ojos. Ya no era un pueblo de mala muerte al que me había exiliado voluntariamente porque no tenía ningún otro lugar al que ir; era el lugar en el que había decidido pasar el resto de mi vida, al lado del hombre que amaba más que a mi propia vida. El sitio en el que iba a construir un hogar, mi hogar. La única parte de todo el mundo en que me sentía verdaderamente en casa.

Varios meses después...

Cuando llegué a casa después del trabajo, Knox me estaba esperando con la cena hecha. Desde que se había trasladado a mi apartamento definitivamente para vivir juntos, habíamos instaurado una pequeña rutina que me gustaba. No nos veíamos en casi todo el día, yo ocupada en hacer cumplir la ley, y él con las obras del *resort*, que avanzaban bien y deprisa; pero siempre teníamos un rato para comer juntos en el Grill, y por la noche, él siempre me esperaba con la cena hecha.

Pero aquella noche iba a ser diferente.

Me di cuenta al abrir la puerta del que ahora era nuestro hogar, hasta que decidiésemos comprar una casa y mudarnos. Knox lo había llenado todo de velas encendidas, cuyo resplandor me recibió al cruzar el umbral; y había alfombrado el suelo con pétalos de rosa. Me quedé quieta durante unos segundos mientras el corazón se llenaba de emoción. Aquella noche, ¿iba a ser la noche? Sinceramente, estaba empezando a cansarme de esperar a que se decidiera a pedirme que me casara con él, y estaba pensando en tomar la iniciativa y hacerlo yo.

Entré en casa mirándolo todo. El apartamento estaba impecable, y no la leonera en que se había convertido desde que él había entrado en mi vida. No había ropa por en medio, ni polvo sobre los muebles, ni revistas tiradas por ahí. Todo estaba recogido y limpio.

Como no teníamos una mesa de comedor (el apartamento no daba para tanto), había cubierto la mesita del café con un mantel bordado, y la había preparado con bonitos platos de porcelana, cubiertos relucientes y copas de cristal. También había dos velas rojas encima, y un pequeño centro floral, todo muy romántico.

Knox estaba esperándome vestido con esmoquin, y se había quitado su sempiterno sombrero de vaquero. Estaba muy guapo, incluso cuando me hizo una ridícula reverencia como si yo fuese una dama.

—Bienvenida a casa, milady —me dijo—. Tenéis el baño preparado, y espero que os pongáis el vestido que he dejado encima de vuestra cama.

Lo miré con el ceño fruncido, embargada por la emoción, pero tenía que hacerme un poco la dura o no sería yo.

—¿A qué viene esto? ¿Te ha dado un aire, o algo?

Knox ni se inmutó. Simplemente me dedicó esa sonrisa suya torcida que me volvía loca y se acercó a mí moviéndose como un felino. Me cogió por la cintura, me arrimó a él y me dio uno de esos besos con lengua que me rizaban hasta los dedos de los pies.

—No hagas preguntas y haz lo que te pido.

—Está bien, pero solo porque quiero más besos de esos —le dije sin perder la compostura. O, por lo menos, lo intenté, porque la realidad era que las piernas habían empezado a temblar.

Me duché rápidamente para quitarme de encima el olor a sudor. Estábamos en pleno verano y no había sido un día muy agradable. Cuando entré en el que ahora era nuestro dormitorio, vi un precioso vestido de noche sobre la cama. Era rojo, con la espalda descubierta, largo hasta los tobillos. Y a los pies de la cama, unas magníficas sandalias de suela plana a juego. Knox sabía con certeza que los zapatos de tacón y yo no hacíamos buenas migas.

Me vestí con rapidez. También había una combinación preciosa que decidí no ponerme para darle una sorpresa. En algún momento le provocaría diciéndole que no llevaba bragas porque eso lo

volvería loco.

Salí y me quedé quieta, mirándolo. Lo cierto era que estaba algo indecisa y asustada. Creía saber qué se proponía, pero no quería hacerme ilusiones. ¿Y si era otra cosa? En fin. Levanté los hombros, miré al frente, y caminé hacia él.

Había preparado una cena deliciosa. El muy canalla es un gran cocinero, y aquella noche se esmeró más de lo normal. Hablamos de cómo nos había ido el día mientras cenábamos. Estaba siendo un auténtico cielo, tierno, cariñoso, atento, caballeroso... Me hizo reír varias veces contándome anécdotas de cuando era un niño, de lo trasto y travieso que era, y de cómo siempre él y su hermano la liaban en el colegio.

En todos estos meses, no había vuelto a sacar el tema de los hijos, y sabía que no iba a hacerlo. Respetaba mi decisión, y yo lo quería más por ello.

Estábamos llegando al postre, cuando su móvil sonó. Knox lo miró pero no contestó.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Kaden, siempre oportuno.

—¿Y por qué no contestas?

—Porque... tengo algo importante que decirte y no quiero interrupciones.

Se arrodilló delante de mí, encajonado entre el sofá y la mesita de café. Se llevó la mano a uno de los bolsillos y... su móvil volvió a sonar.

—Maldita sea. —Se levantó apresuradamente—. Tú no te muevas, ¿ok? —me dijo—. Ni se te ocurra levantarte del sofá.

—Contesta de una vez —le dije, divertida al ver su apuro. Iba a pedirme matrimonio. ¡Iba a hacerlo! Tuve que contenerme para no empezar a dar palmadas de alegría.

—¿Qué quieres? —le dijo a Kaden a través del teléfono—. Estoy a punto de hacer algo muy importante y... ¡¿Qué?! Dios mío, sí, sí. No te preocupes. Vamos para allá en coche ahora mismo. Y Kaden, tranquilo, todo irá bien, ya lo verás.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Era evidente que algo malo estaba pasando porque Knox estaba alterado, se había puesto muy pálido y nervioso.

—Clara está de parto —me dijo—. Se la llevan al hospital de Templeton en helicóptero.

—¿De parto? Pero si todavía le faltan dos semanas...

—Exacto. Tenía la cesárea programada para dentro de quince días, pero se ve que el pequeño tiene prisa por llegar. ¡Maldita sea! Yo quería pedirte...

—Sssht. —Me levanté y fui hacia él para ponerle un dedo sobre los labios—. Habrá tiempo para eso, cuando sepamos que Clara y el pequeño están bien. Vamos, tenemos que ir al hospital para estar con tu hermano.

Bajamos apresuradamente las escaleras y nos montamos en el coche. Yo ni siquiera me entretuve en cambiarme de ropa. Iba a ir al hospital con un vestido de noche de un rojo escandaloso, y sin bragas. Madre mía.

Fue una noche larga. Ingresaron a Clara e inmediatamente la llevaron al quirófano. Su doctor ya estaba allí, esperándola, y no perdieron ni un solo segundo de tiempo. Cuando nosotros llegamos, ya llevaba un buen rato dentro.

Kaden estaba... Nunca había visto a un hombre tan desesperado y lleno de miedo. Tenía los ojos llorosos, la piel muy pálida, como si la sangre hubiese huido de ella a toda prisa, y no paraba de pasearse de un lado a otro de la sala de espera. Su padre intentaba calmarlo, pero no lo conseguía. Keitan todavía no estaba allí.

Cuando Kaden vio a su hermano, fue hacia él sin dudarle ni un segundo y se fundieron en un abrazo.

—¿Qué haré si le pasa algo, Knox? —le preguntó, sollozante—. ¿Qué haré?

—No le va a pasar nada —le aseguró con firmeza—. Estarán bien, ambos, ¿ok? Ten fe, hermano.

Kaden asintió, separándose un poco de él.

—Sí, seguro que sí. —Se limpió las lágrimas con la mano—. Tú y Keitan tendréis buen material para reiros de mí, ¿eh? —dijo con amargura.

—Seguro. Y todos nos reiremos. Clara la que más.

En aquel momento llegaron Keitan y las amigas de Clara, Hannah y Brittany. Hubo más abrazos, más palabras de consuelo y de confianza en que todo saldría bien. Yo me aparté un poco para darles más espacio. Aunque la familia Wescott me había aceptado completamente como una más de la familia, yo todavía me sentía un poco incómoda entre ellos. Era una gran familia muy unida, y yo no sabía muy bien cómo encajar en ella. Supongo que todo era herencia de mi niñez, con un padre siempre ausente de casa a causa del trabajo y una madre un tanto histérica. Seguía sin saber cómo ser cariñosa, excepto con Knox.

Pero entonces, de la piña que se había formado alrededor de Kaden, abrazándolo y dándole fuerzas con su cariño, la mano de Knox se dirigió hacia mí. Me miró durante un segundo, y me di cuenta de que yo también necesitaba estar allí con ellos, formar parte de la melé de abrazos como una más.

No lo pensé. Fui hacia allí y me abracé a ellos. Eran mi familia, ahora. Y me necesitaban.

Pocos minutos después, una hora después del ingreso de Clara en el quirófano, el cirujano salió con una sonrisa de oreja a oreja y pudimos respirar tranquilos.

—Todo ha ido bien, —nos informó—. Clara todavía está en postoperatorio bajo los efectos de la anestesia y no podrás verla hasta dentro de un rato —le dijo a Kaden—, pero puedes ir a la nursery para ver a tu hijo. Están ambos perfectamente bien.

A Kaden le fallaron las rodillas del alivio y tuvieron que cogerlo entre los dos hermanos para que no se diera de bruces en el suelo. Se recuperó rápido, y empezó a reír.

—¡Soy padre! —exclamó entre risas de alegría—. ¿Os lo podéis creer? ¡Padre!

—Es el hombre más feliz del mundo —se rio Knox a mi lado, abrazándome por detrás y dejando un beso en mi pelo.

—Sí. Lo siento, Knox —le dije yo, presa de un extraño sentimiento de tristeza y culpabilidad, porque yo no quería tener hijos e iba a privarlo de un momento así.

—¿Por qué? —preguntó él, extrañado.

—Porque tú nunca vivirás algo así.

—Bah, ni ganas. ¿Sabes una cosa? Durante estos meses ni siquiera he vuelto a pensar en ello. Quizá tener hijos es algo que está sobrevalorado. Quizá solo quería tenerlos porque eso es lo que se espera de un hombre cuando sienta la cabeza.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

—¿Y no es para que yo me sienta mejor?

—En absoluto.

—¿Y no te arrepentirás, con el tiempo?

—Nita, de lo único que podría arrepentirme es de dejarte escapar. Eres la mujer de mi vida, lo único que me importa. Todo lo demás es absolutamente prescindible.

—Te quiero, Knox Wescott. Y la respuesta a la pregunta que todavía no me has formulado, es sí.

Sí, quiero casarme contigo. Y sí, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—No podías esperar a que te lo preguntara, ¿verdad? —se rio.

—No. Además, ese anillo que lleva horas guardado en tu chaqueta, está suplicando por que lo saques y me lo pongas en el dedo.

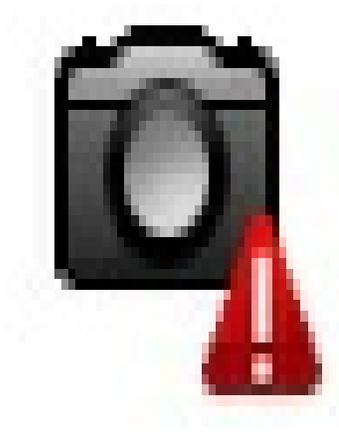
—Eres terrible, pero no vas a librarte de pasar por la vergüenza. —Se puso serio de repente, me hizo girar hasta quedar frente a frente, y se arrodilló ante mí, delante de toda su familia, que nos miraron con sorpresa. Se sacó la cajita del bolsillo y la abrió, para mostrarme el anillo de pedida que guardaba en su interior—. Nita García, llegaste a mi vida como un torbellino para ponerla patas arriba. ¿Quieres ayudarme a sentar cabeza y convertirme en un hombre responsable, para que las mujeres dejen de perseguirme? ¿Me harías el inmenso honor de casarte conmigo?

Me emocioné, no pude evitarlo. A pesar de que hacía horas que sabía lo que quería pedirme, no pude evitar echarme a reír y llorar al mismo tiempo, como una tonta, y asentir con la cabeza como un muñeco *bobblehead* mientras me tapaba la boca con las manos.

—Claro que sí, tonto —sollocé al final—. Me casaré contigo.

Se levantó y me besó, mientras todo el mundo a nuestro alrededor aplaudía y nos vitoreaba.

Fue el momento más mágico de mi vida.



[Cómprame](#)

Cuando llegué al rancho Triple K en Cascade, Montana, lo hice huyendo de Nueva York, una ciudad en la que siempre he tenido la sensación de que me chupaban el alma. Quería prados verdes, aire puro, una comunidad pequeña, y un lugar en el que poder vivir con tranquilidad. Llegué con mi maleta bajo el brazo, un contrato como cocinera, y dispuesta a forjarme un futuro lleno de colores. Estaba harta de grises, de no ver el sol, y de mi apartamento lleno de humedad y de vecinos molestos. Pero, sobre todo, estaba cansada de las miradas de lástima que me dirigían los desconocidos cuando me veían caminar ayudada por un bastón.

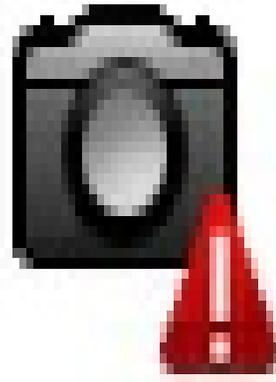
Lo que no me esperaba encontrar, era a los hermanos Wescott; y menos aún, sentir que, poco a poco, me iba enamorando de Kaden, el mayor.

Clara Simmons y Kaden Wescott provienen de mundos muy distintos.

Ella ha crecido en Nueva York, huérfana desde los doce años, y empleada doméstica desde que abandonó el sistema de protección de menores. Nunca ha dejado que su minusvalía la definiera, y hace todo lo posible por llenar su vida de color.

Él ha crecido junto a sus dos hermanos en Cascade, Montana, en el rancho propiedad de su padre, y desde muy joven ha trabajado duro para sacar adelante al Triple K. El peso de la responsabilidad y las circunstancias familiares han acabado por agriarle un poco el carácter.

Quizá sus mundos no son tan distintos. Quizá ambos se sienten solos, por distintas circunstancias. Y cuando sus vidas se cruzan y saltan las chispas, es inevitable que el amor aparezca.



[Cómprame](#)

Me llamo Daniela Vivancos y mi sueño es convertirme en directora de spots para televisión. Me van más los anuncios que el cine, una de mis muchas rarezas. Dicen de mí que soy una borde rematada, y sé que es verdad, una especie de erizo que va soltando lindezas allí por donde va.

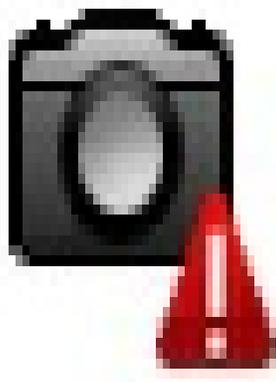
Acabo de llegar a Esquelles, una pequeña ciudad de la costa mediterránea, para hacer un curso de especialización en una escuela privada, la BelleEpoque, y voy a compartir piso con cuatro desconocidas.

Pero de esas cuatro resulta que una, en realidad, es uno. Se llama Alonso, es bombero, y está para mojar pan.

¿Os podéis imaginar la que se lía?

«Esta divertida historia con un leve toque de thriller te hará reír, llorar, suspirar y desear tener a un Alonso en tu vida. Porque cuando el fuego te consume, lo mejor es tener a un buen bombero a mano». Sophie West.

«Angélica ha sido capaz de crear una simbiosis casi imposible entre chick-lit y thriller, con toques de misterio, buenas dosis de acción y ambientes que pasan de lo festivo a una oscuridad casi propia de la novela negra. Todo ello sustentado por una trama de fondo que os dejará con el culo del revés. No solo eso. Además, la muy jodía ha sabido hacer que quede bien». Nellie Pink.



«Cuando eres una mujer como yo, no es fácil enamorarse de un hombre como Julio, un ligón empedernido por el que todas las chicas suspiran, que además desprecia las artes a las que yo me dedico, y no deja de burlarse de mí y de mi tienda.

Pero el amor es ciego, además de tonto, y no puedo evitar suspirar por él».

Nuria Albalat vivió una auténtica pesadilla en su adolescencia, que la marcó profundamente. Sola y sin familia que la apoye, se refugia en sus amigas y en su pequeña tienda llamada Cosas necesarias. Practicar espiritismo es lo que la mantiene cuerda, y se relaciona constantemente con magos, videntes y echadoras de cartas.

Julio desprecia todas las «mancias» a las que Nuria dedica su vida, y no comprende cómo alguien tan razonable puede tener estas creencias tan supersticiosas. También es incapaz de entender por qué está empeñado en volver a acostarse con ella.

Nuria y Julio, dos personas diametralmente opuestas que no pueden evitar sentirse atraídos el uno por el otro. ¿Los separarán las diferencias, o el amor conseguirá lo imposible?

Si disfrutas de la novela erótica sin tabúes ni censuras, atrévete a pasar por la web de DirtyBooks y empápate con sus novelas.

<http://sophiewestautora.wixsite.com/dirtybooks>

Si te gustan las novelas románticas llenas de ternura, pásate por la web de Sweetystories y estate atenta a sus novedades.

<http://sophiewestautora.wixsite.com/sweetystories>

También puedes darte una vuelta por nuestro blog.

<https://dirtybookssite.wordpress.com/>

Seguimos en nuestra página de Facebook

<https://www.facebook.com/DBdirtyBooks/>

o en el Twitter

<https://twitter.com/@DBdirtybooks/>

Muchas gracias por leer una novela de DirtyBooks.